

Anita Amirrezvani



El rojo
de las flores

«Una novela maravillosa, conmovedora y sensual
sobre el camino hacia la madurez.» *Bookseller*

Lectulandia

Ventana abierta a un mundo tan lejano como desconocido, rica en fascinantes detalles sobre la vida cotidiana en la Persia del siglo xvii, esta novela cuenta la historia de una joven audaz y perseverante que logra transformar su vida gracias a su extraordinario don para confeccionar alfombras.

A los catorce años, tras la prematura muerte de su padre, la protagonista ve cómo sus posibilidades de matrimonio se desvanecen, lo que la obliga a marcharse del pueblo con su madre y trasladarse a la capital, Isfahán, donde un pariente lejano las acoge como sirvientas. Sin dote y condenada a depender de la caridad ajena, la joven huérfana no tendrá más remedio que aceptar un *sigué*, un contrato de matrimonio temporal, pero gracias a la ayuda de su tío, diseñador de alfombras en la corte del sah, tendrá ocasión de descubrir los secretos del antiguo arte de tejer alfombras, su tradición, el significado de sus dibujos y el origen vegetal de sus vibrantes colores.

El rojo de las flores narra una hermosa historia de aprendizaje y pérdida de la inocencia en un mundo evocado con meticulosidad, desde la vida de los ricos y los pobres a la suntuosidad de la arquitectura, desde el bullicio de los bazares a la confección de las alfombras, cuya belleza incomparable mantiene viva hasta hoy la fama de Isfahán.

Lectulandia

Anita Amirrezvani

El rojo de las flores

ePub r1.0

orhi 09.05.15

Título original: *The Blood of Flowers*
Anita Amirrezvani, 2007
Traducción: Gema Moral Bartolomé

Editor digital: orhi
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*para mi familia iraní,
lituana y norteamericana*

Prólogo

«Primero no hubo y luego hubo. Antes de Alá, nadie hubo.

»Erase una vez una aldeana que ansiaba tener un hijo. Lo intentó todo: rezar, ingerir hierbas, comer huevos de tortuga crudos y rociar con agua gatos recién nacidos, pero no sirvió de nada. Por fin, emprendió un viaje hacia un lejano cementerio donde había un antiguo león de piedra y una vez allí frotó su vientre contra el flanco del animal. Al ver que el león temblaba, la mujer regresó a su hogar llena de esperanza, convencida de que su mayor deseo se vería por fin cumplido. Al llegar la siguiente luna había concebido el único fruto de su vientre.

»Desde el día que nació, la niña fue la luz de los ojos de sus padres. El padre la llevaba a pasear por las montañas todas las semanas, tratándola como si fuera el hijo que siempre había deseado. La madre le enseñaba a preparar tintes con flores de alazor, cochinillas, corteza de granada y cascara de nuez, y a hacer alfombras de nudos con la lana teñida. Al cabo de un tiempo, la niña conocía todos los diseños de su madre y en la aldea la consideraban la mejor tejedora de su edad.

»Cuando cumplió catorce años, decidieron que había llegado el momento de casarla. Con el fin de conseguir dinero para la dote, el padre trabajó duramente en el campo, esperando obtener una buena cosecha, y la madre hiló lana hasta que se le llagaron los dedos, pero no fue suficiente. La muchacha sabía que podía ayudarlos tejiendo una alfombra que deslumbrara a cuantos la contemplaran. Decidió que en lugar de utilizar los rojos y marrones corrientes de la aldea, emplearía un resplandeciente turquesa, como el cielo estival.

»La muchacha suplicó a Ibrahim, el tintorero, que le revelara el secreto para obtener el color turquesa, y él le indicó que subiera a una loma en busca de una planta con las hojas dentadas, y que luego buscara algo dentro de sí misma. Ella no entendió a qué se refería, pero igualmente fue a recoger las hojas para hervirlas, aunque sólo consiguió un tinte de color violáceo. Cuando su madre vio el líquido, le preguntó qué estaba haciendo. La muchacha respondió titubeando y vio que su madre torcía el gesto.

»—¿Has ido a casa de Ibrahim tú sola?

»—*Bibi*, por favor, perdóname —replicó la muchacha—. He olvidado mi sentido común con las cabras esta mañana.

»Cuando el padre volvió a casa, la madre le contó lo que había hecho su hija.

»—Si la gente empieza a rumorear, no tendrá la menor posibilidad de encontrar marido —se lamentó la mujer—. ¿Por qué ha de ser tan imprudente?

»—¡Siempre lo ha sido! —exclamó él, y reprendió a la joven por su error.

»La muchacha se pasó la tarde remendando sin levantar la cabeza ni atreverse a mirar a sus padres a los ojos.

»Durante varios días, su *bibi* y su *baba* la vigilaron de cerca mientras ella trataba de desentrañar el acertijo del tinte. Una tarde que estaba en las montañas con las

cabras, la chica se ocultó tras una roca para orinar y de pronto se le ocurrió una idea sorprendente. ¿Sería posible que Ibrahim se refiriera a... eso? Porque sin duda era algo que había estado dentro de ella.

»Volvió a casa y preparó de nuevo el tinte violáceo. Después, cuando fue a la letrina, echó un poco de orina en un pote viejo, la mezcló con el apagado tinte violáceo y dejó la lana en remojo toda la noche. Cuando al día siguiente levantó la tapa, soltó una exclamación triunfal, pues el tinte había adquirido el color turquesa de los estanques del paraíso. Tomó entonces una hebra de la lana turquesa y la ató a la aldaba de la puerta de Ibrahim, a pesar de que su padre le había prohibido que fuese allí sola.

»La muchacha vendió su alfombra turquesa a un mercader de sedas que pasó por la aldea. Hassan, que así se llamaba el mercader, deseaba tanto esa alfombra que entregó las monedas de plata antes incluso de que la prenda hubiera salido del telar. La madre de la muchacha se lo contó a las demás mujeres de la aldea y todas alabaron la habilidad de su hija. La joven ya tenía su dote y podía casarse. Los festejos de la boda duraron tres días y tres noches. Su marido le hizo comer pepinos en vinagre cuando se quedó encinta, y tuvieron siete hijos varones en otros tantos años. El libro de su vida se había escrito con la tinta más brillante, y continuaría así, *insh Alá*, hasta que...»

—La historia no ocurrió así —interrumpí, arrebujiándome en la tosca manta, pues fuera soplaba un fuerte viento. Mi madre, Mahin, y yo estábamos sentadas muy juntas, pero hablábamos en voz baja porque los demás dormían a unos pasos de nosotras.

—Tienes razón, pero a mí me gusta contarla de esta manera —dijo ella, volviendo a remeterse un mechón de cabellos grises que había escapado del raído pañuelo—. Es lo que deseábamos para ti.

—Es un buen final —admití—, pero cuéntalo todo como sucedió realmente.

—¿Incluso las partes más tristes?

—Sí.

—Aún me hacen llorar.

—A mí también.

—Voy! —exclamó mi madre, con la aflicción reflejada en su rostro.

Nos quedamos en silencio unos instantes, sumidas en el recuerdo. Una fría gota de lluvia me cayó en el vestido de algodón y me pegué más a mi madre para evitar la gotera del techo. La pequeña lámpara de aceite que ardía entre ambas no desprendía calor alguno. Apenas unos meses atrás, yo llevaba un grueso vestido de terciopelo con un motivo de rosas rojas y también pantalones de seda. Me pintaba los ojos con kohl, perfumaba mis ropas con incienso y aguardaba a mi amante, que me desnudaba en una habitación tan cálida como un día de verano. En ese momento, en cambio, temblaba con mi fino vestido azul, tan gastado que parecía gris.

Mi madre tosió convulsivamente. Aquel sonido me desgarraba el corazón y recé

para que se curara.

—Hija mía, no puedo continuar —dijo con voz ronca—. Aún no ha terminado.
Respiré hondo.

—¡Gracias sean dadas a Alá! —exclamé, y entonces se me ocurrió una idea, aunque no estaba muy segura de que debiera confiársela. Ella siempre había tenido una voz dulce como la miel de la montaña, y en nuestra aldea era famosa por la forma en que hilvanaba las historias sobre Zal, el de los blancos cabellos, criado por un ave; sobre Yamshid, que había inventado el arte de tejer, y sobre el necio ulema Nusradin, que siempre metía la pata—. ¿Y si... y si esta vez cuento yo la historia?

Mi madre me observó un momento como si me viera por primera vez, y luego se recostó en los viejos cojines que cubrían la pared.

—Sí, ya eres mayor —convino—. Creo que en los últimos meses has crecido varios años. Tal vez no habrías cambiado tanto si no hubieras hecho lo que hiciste.

Noté que me ruborizaba y me ardía el rostro, aunque estaba completamente helada. Ya no era una niña. Nunca había imaginado que pudiera mentir, y peor aún, callarme parte de la verdad: que sería capaz de traicionar a alguien a quien quería y abandonar a alguien a quien importaba pero no lo suficiente, que acabaría arremetiendo contra una persona de mi propia sangre y que estaría a punto de matar a quien más me quería en el mundo.

La mirada de mi madre era amable y expectante.

—Adelante, cuéntala —indicó.

Bebí un sorbo de té fuerte, me senté bien erguida y empecé a hablar.

1

En la primavera del año en que debía casarme, un cometa surcó el cielo de mi aldea. Era más brillante que cualquier otro que hubiéramos visto antes, y también más maligno. Noche tras noche, a medida que recorría el cielo esparciendo sus frías semillas blancas de dolor, tratamos de descifrar los aterradores mensajes de las estrellas. Haj Alí, el hombre más sabio de nuestra aldea, partió a Isfahán en busca de un ejemplar del almanaque del astrónomo jefe, para que así pudiéramos conocer las calamidades que nos aguardaban.

La noche de su regreso, todos salimos de nuestras casas para escuchar las predicciones de los meses siguientes. Mis padres y yo nos colocamos cerca del viejo ciprés, el único árbol de nuestra aldea, en el que los vecinos colgaban cintas de tela donde dejaban constancia de sus promesas. Todos volvíamos el rostro hacia el cielo y contemplábamos las estrellas con expresión grave. Debido a mi escasa estatura, yo veía la parte inferior de la blanca barba de Haj Alí, que parecía un matojo de hierba seca del desierto. Mi madre, Mahin, señaló el Hendidor de Cabezas, que despedía un rojo fulgor en el cielo nocturno.

—¡Mirad qué encendido está Marte! —indicó—. Eso aumentará la maldad del cometa.

Muchos aldeanos habían reparado ya en los misteriosos signos o habían oído hablar de las desgracias causadas por el astro. Una plaga había assolado el norte de Irán, matando a miles de personas. En Dugabad, un terremoto había derribado una casa sobre una novia y sus invitadas, y las había matado a todas momentos antes de que la comitiva se reuniera con el novio. En mi aldea, insectos rojos desconocidos hasta entonces habían acabado con nuestras cosechas.

Goli, mi mejor amiga, llegó con su marido Ghasem, que era mucho mayor que nosotras. Me saludó con un beso en cada mejilla.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté, y la mano se le fue rápidamente hacia el vientre.

—Pesada —dijo, y comprendí que debía de estar inquieta por el futuro del nuevo ser que llevaba en su seno.

Poco después, todos los habitantes de la aldea, salvo los más ancianos y los enfermos, se encontraban allí reunidos. Las mujeres vestían túnicas holgadas de brillantes colores y finos pantalones, y se cubrían la cabeza con pañuelos de flecos. Los hombres llevaban largas túnicas blancas, pantalones y turbantes. En cambio, el de Haj Alí era negro, para indicar que descendía del profeta Mahoma, y allá donde fuera siempre llevaba consigo un astrolabio.

—Buenas gentes —empezó, y su voz sonaba como una rueda sobre guijarros—, antes que nada, cantemos nuestras alabanzas a los primeros discípulos del Profeta, sobre todo a Alí, rey de todos los creyentes.

—Que la paz sea con él —replicamos todos.

—Las predicciones de este año empiezan con malas noticias para nuestros enemigos. En el nordeste, los uzbekos sufrirán una plaga de insectos tan virulenta que destruirá toda su cosecha de trigo. En el noroeste, las deserciones se multiplicarán en el ejército otomano, y más al oeste todavía, en los reinos cristianos, enfermedades inexplicables deformarán la boca de los reyes.

Mi padre, Ismail, se inclinó hacia mí.

—Siempre es bueno saber que los países contra los que luchamos tendrán tan mala suerte —susurró. Nos reímos los dos, pues las predicciones siempre vaticinaban cosas similares.

Mientras Haj Alí seguía leyendo, mi pulso latía acelerado, como si estuviera escalando una montaña. Me preguntaba qué diría el almanaque sobre los matrimonios celebrados durante ese año, que era lo que a mí me interesaba. Empecé a toquetear los flecos de mi pañuelo, costumbre que mi madre me censuraba siempre, mientras Haj Alí explicaba que ni el papel, ni los libros, ni el arte de la escritura sufrirían daño alguno; que en el sur habría terremotos, pero leves, y que se producirían grandes batallas que teñirían de sangre el mar Caspio.

Haj Alí agitó el almanaque en alto, como hacía cuando la predicción que estaba a punto de leer era alarmante. Su ayudante, que sostenía una lámpara de aceite, tuvo que apartarse de un brinco.

—Tal vez lo peor de todo es que durante este año se producirán largos e inexplicables períodos de relajación moral —leyó—, períodos que sólo pueden explicarse por la influencia del cometa.

Un sordo murmullo se elevó entre la multitud. Todos comentaban las relajaciones morales que habían observado ya en los primeros días del nuevo año.

—Sacó del pozo más agua de la que le correspondía... —oí rezongar a Zainab. Era la mujer de Gholam y nunca tenía nada bueno que decir de los demás.

Finalmente, Haj Alí llegó al tema que concernía a mi futuro.

—En cuanto a los matrimonios, el año será diverso. El almanaque no dice nada sobre los que se celebren en estos primeros meses, pero los que se lleven a cabo en las últimas semanas estarán dominados por las pasiones y los conflictos.

Miré a mi madre con inquietud, pues yo esperaba casarme precisamente a finales de ese mismo año, ahora que ya había cumplido los catorce. Capté su mirada de preocupación y comprendí que no le gustaba nada lo que había oído.

Haj Alí dio la vuelta a la última hoja del almanaque, alzó la vista e hizo una pausa, a fin de atraer mejor la atención de sus oyentes.

—La profecía final, y la más inquietante, se refiere a la conducta de las mujeres —anunció—. A lo largo de este período, las mujeres de Irán no serán obedientes.

—¿Y cuándo lo son? —oí decir a Gholam, y a su alrededor resonaron las risas.

Mi padre sonrió a mi madre y ella se sintió feliz sabiendo que su marido la quería tal como era. La gente solía decir que la trataba con tanto amor como si fuera una segunda esposa.

—Las mujeres serán castigadas por su perverso comportamiento —advirtió Haj Alí—. La maldición de la esterilidad se abatirá sobre muchas de ellas, y las que consigan dar a luz se retorcerán en medio de dolores inusualmente atroces.

Mis ojos se cruzaron con los de Goli y vi mi propio miedo reflejado en los suyos. Ella estaba preocupada por el parto, mientras que a mí me inquietaba la idea de una unión tumultuosa. Recé para que el cometa desapareciera finalmente en el firmamento y nos dejara tranquilos.

Al verme temblar, mi padre me echó una manta de lana de oveja sobre los hombros, mientras mi madre me tomaba una mano entre las suyas y la frotaba para calentarme. Desde donde estábamos, en el centro de la aldea, se veían todos los lugares que me resultaban familiares. No lejos de allí se alzaba nuestra pequeña mezquita con los centelleantes azulejos de la cúpula; el *hammam* donde me bañaba todas las semanas, en su interior humeante y lleno de reflejos de luz; y los viejos puestos de madera del pequeño mercado donde los aldeanos intercambiaban frutas, verduras, medicinas, alfombras y herramientas todos los jueves. Alejándose de los edificios públicos, un camino discurría entre un grupito de viviendas de adobe que albergaban a las doscientas almas de mi aldea, y desembocaba al pie de la montaña, hacia los senderos trillados que recorrían mis cabras en busca de alimento. Todo lo que veía me llenaba de consuelo, de modo que cuando mi madre me estrechó la mano para ver qué tal me encontraba, le devolví el apretón, aunque no tardé en retirarla: no quería parecer una niña.

—*Baba* —susurré a mi padre—. ¿Y si las predicciones de Haj Alí sobre el matrimonio son ciertas?

Aunque no lograba disimular la inquietud de su mirada, su voz sonó firme.

—Tu marido cubrirá tu senda de pétalos de rosas —contestó—. Si en algún momento no te tratara con honor...

Se interrumpió un momento y sus negros ojos lanzaron una mirada feroz, como si lo que pudiera hacer fuera demasiado horrible para imaginarlo siquiera. Se dispuso a decir algo más, pero finalmente se contuvo.

—... siempre podrás volver con nosotros —terminó.

La esposa que regresa a casa de sus padres siempre es perseguida por la vergüenza y la culpa, pero eso no parecía importar a mi padre. Sus ojos bondadosos quedaron rodeados de arrugas al sonreírme.

Haj Alí terminó la reunión con una breve plegaria. Algunos aldeanos formaron grupitos para hablar de las predicciones en familia, mientras otros se encaminaban hacia sus casas. Goli quiso hablar con nosotros, pero su marido le dijo que debían volver, así que mi amiga musitó que le dolían los pies por el peso y nos deseó buenas noches.

Mis padres y yo nos encaminamos a nuestra casa, situada en la única calle de barro que recorría la aldea. Todas las viviendas se apiñaban a ambos lados para darse calor y protección unas a otras. Conocía tan bien el camino que podría haberlo

recorrido a ciegas y haberme detenido justo ante nuestra puerta, la última antes de que la aldea diera paso a la arena y los matorrales. Mi padre empujó con el hombro la hoja de madera tallada y entramos en la única habitación. Las paredes de barro y paja estaban recubiertas de yeso, que mi madre mantenía inmaculadamente blanco. Una pequeña puerta conducía a un patio cerrado donde disfrutábamos del sol sin que nadie nos viera.

Mi madre y yo nos quitamos los pañuelos de la cabeza y los colgamos de unos ganchos cerca de la puerta, descalzándonos al mismo tiempo. Agité la melena, que me llegaba hasta la cintura. Toqué los cuernos de cabra montés que relucían sobre una mesita baja, cerca de la puerta, para darme buena suerte. Mi padre había abatido la cabra durante uno de nuestros paseos de los viernes. Desde entonces, los cuernos habían ocupado un lugar de honor en nuestro hogar, y los amigos de mi padre lo alababan a menudo por su destreza.

Nos sentamos los dos juntos en la alfombra roja y marrón que yo había tejido cuando tenía diez años. Él cerró los ojos y me pareció más cansado que de costumbre.

—¿Iremos a pasear mañana? —pregunté.

Me miró.

—Por supuesto, niña mía.

Tenía que trabajar en el campo por la mañana, pero insistía en que no nos perdiéramos ninguna de nuestras salidas, a no ser por voluntad divina.

—Pues pronto serás una esposa muy ocupada —añadió, y se le quebró la voz.

Aparté la vista, pues no imaginaba que pudiera separarme de él.

Mi madre echó boñigas secas a la estufa para poner a hervir agua y preparar té.

—Aquí tenéis una sorpresa —dijo, y nos trajo un plato de galletas de garbanzos recién hechas, que olían a esencia de rosas.

—¡Que tus manos jamás conozcan el dolor! —exclamó mi padre.

Eran mis dulces favoritos, y comí demasiados. Al poco rato me sentí cansada y extendí mis mantas junto a la puerta, como de costumbre. Me quedé dormida oyendo hablar a mis padres, cuyas voces semejaban arrullos de palomas, y creo que incluso vi a mi padre abrazar a mi madre y besarla.

Al día siguiente por la tarde, me encontraba en la puerta esperando a que *baba* volviera del campo con los demás hombres. Me gustaba ofrecerle su té antes de que entrara en casa. Mi madre estaba agachada junto a la estufa, horneando el pan para la cena.

Al ver que tardaba, volví a entrar en casa, partí unas nueces, las eché en un cuenco y coloqué los lirios que había recogido en un recipiente con agua. Luego salí de nuevo al umbral para ver si llegaba, pues estaba impaciente por iniciar nuestro paseo. ¿Dónde se habría metido? Muchos hombres habían regresado de la faena hacía rato y seguramente estaban ya lavándose en el patio.

—Necesitamos agua —observó mi madre, así que cogí un cántaro de barro y me dirigí al pozo.

Por el camino me tropecé con Ibrahim, el fabricante de tintes, que me lanzó una mirada extraña.

—Vuelve a casa —me indicó—. Tu madre te necesita.

—Pero si acaba de pedirme que vaya por agua —respondí, sorprendida.

—No importa. Te digo que vuelvas.

Lo hice lo más deprisa que pude, con el cántaro golpeándome las rodillas. Vi entonces a cuatro hombres que transportaban un bulto. Acaso se había producido algún accidente en los campos. De vez en cuando, mi padre regresaba con la noticia de que un campesino se había lastimado con una herramienta de trillar, o que una mula le había dado una coza, o que había vuelto cubierto de sangre tras una pelea. Pensé que nos lo contaría también esta vez mientras tomábamos el té.

Los campesinos se movían pesadamente a causa de su carga. El rostro del herido quedaba oculto sobre el hombro de uno de ellos. Recé una plegaria por su pronta recuperación, pues para una familia era muy duro que el hombre estuviera enfermo y no pudiese trabajar. Al acercarse más el grupo, me fijé en que el herido llevaba el turbante enrollado igual que mi padre. Pero eso no significaba nada, me dije apresuradamente. Muchos se lo enrollaban de manera similar.

Los dos de delante perdieron el paso por un instante y estuvieron a punto de dejar caer al hombre, cuya cabeza se ladeó como si apenas estuviera sujeta al cuerpo. Sus miembros, además, estaban inertes, sin vida. Se me resbaló el cántaro, que se rompió en pedazos a mis pies.

—*Bibi* —gemí—. ¡Socorro!

Mi madre salió sacudiéndose la harina de la ropa. Cuando vio a mi padre, soltó un gemido penetrante. Las vecinas acudieron a su lado y la envolvieron como una red mientras ella desgarraba el aire con sus lamentos. La sujetaban amablemente, abrazándola y apartándole el pelo de la cara, mientras ella se retorció.

Los hombres metieron a mi padre en casa y lo depositaron sobre unas mantas. Tenía la piel de un enfermizo tono amarillo, y un hilo de saliva le resbalaba por la comisura de la boca. Mi madre puso los dedos junto a las ventanas de su nariz.

—¡Loado sea Alá, aún respira! —exclamó.

Nagui, que trabajaba con mi padre en los campos, no sabía adónde mirar mientras nos relataba lo sucedido.

—Tenía cara de cansado, pero parecía encontrarse bien hasta esta tarde —explicó—. De repente se sujetó la cabeza y cayó al suelo boqueando. Después dejó de moverse.

—¡Que Alá salve a tu marido! —dijo un hombre al que no reconocí.

Después de acomodar al enfermo del mejor modo posible, los hombres se marcharon musitando plegarias para que recobrarla la salud.

Mi madre tenía el ceño fruncido mientras descalzaba a mi padre, le arreglaba la

túnica y le ahuecaba la almohada. Le palpó las manos y la frente y comentó que su temperatura era normal, pero me indicó que lo tapara con una manta para que no se enfriara.

La noticia se extendió rápidamente por la aldea y empezaron a llegar amigos que querían ayudarnos. Kolsum nos trajo agua que había recogido durante las primeras lluvias de la primavera y bendecida por un ulema, y roció nuestra casa para que nos concediera la gracia de curar a mi padre. Ibrahim se situó en el patio y empezó a recitar el Corán. Goli vino con su hijo dormido en brazos a traernos pan caliente y lentejas estofadas. Preparé té para que todo el mundo conservara el calor. Me arrodillé junto a mi padre y observé su rostro, rezando para que sus párpados se movieran, para que esbozara aunque sólo fuera una leve mueca, cualquier cosa que me asegurara que aún quedaba vida en su cuerpo.

Al caer la noche vino Rabii, el médico de la aldea, cargado con saquitos de hierbas. Los dejó junto a la puerta y se arrodilló para examinar a su paciente a la trémula luz de la lámpara de aceite. Entornó los ojos mientras observaba de cerca el rostro de mi padre.

—Necesito más luz —dijo.

Pedí prestadas dos lámparas de aceite a unos vecinos y las coloqué junto al lecho. El médico levantó la cabeza del enfermo y le desenrolló el blanco turbante con mucho cuidado. La cabeza parecía hinchada. A la luz de las lámparas, su cara tenía el color de la ceniza y sus abundantes cabellos salpicados de gris parecían tiesos y también cenicientos.

Rabii le palpó las muñecas y el cuello, y al no hallar lo que buscaba, aplicó la oreja a su pecho. En ese momento, Kolsum preguntó a mi madre entre susurros si quería más té. El médico alzó la cabeza y exigió silencio. Después de escuchar un poco más, se incorporó con el rostro serio y anunció:

—Su corazón late, pero muy débilmente.

—¡Alí, príncipe entre los hombres, dale fuerzas! —exclamó mi madre.

Rabii cogió sus bártulos y sacó unos manojos de hierbas. Explicó a Kolsum cómo debía hervirlos para obtener una medicina que reforzara el corazón. Finalmente prometió volver a la mañana siguiente.

—¡Que Alá os otorgue sus bendiciones! —dijo al despedirse.

Kolsum empezó a quitar los tallos a las hierbas para echarlas en un pote, y a continuación añadió el agua que mi madre había puesto a hervir.

Cuando el médico salió, se detuvo a hablar con Ibrahim, que aún seguía en el patio.

—No dejes de rezar —le advirtió, y luego le oír susurrar—: Puede que Alá lo reciba esta noche en su seno.

Sentí un regusto amargo. Busqué a mi madre y me arrojé en sus brazos. Nos quedamos abrazadas durante un rato, con el dolor reflejado en la mirada.

Mi padre empezó a emitir unos silbidos. Aún tenía los labios entreabiertos y su

respiración era áspera como el sonido de las hojas secas agitadas por el viento. Mi madre se acercó rápidamente desde la estufa con los dedos manchados de verde por las hierbas. Se inclinó sobre su esposo y exclamó:

—¡Voy, amado mío, voy!

Kolsum se acercó a observar al enfermo y luego condujo a mi madre de nuevo hasta la estufa, pues nada podía hacerse.

—Terminemos la medicina para ayudarlo —dijo la mujer, cuyos ojos siempre brillantes y encendidas mejillas daban fe de sus conocimientos sobre hierbas.

Cuando estuvo preparada la infusión y se hubo enfriado, Kolsum vertió el líquido en un pequeño cuenco y se lo llevó a mi padre. Mi madre le levantó la cabeza y la sanadora le introdujo el remedio en la boca con una cuchara. La mayor parte se derramó y manchó las mantas. En el siguiente intento, la sanadora consiguió meterle la medicina en la boca, pero mi padre escupió, tosió, y por un momento pareció que dejaba de respirar.

Kolsum, que solía ser una mujer muy serena, dejó el cuenco en el suelo con manos temblorosas y miró fijamente a mi madre.

—Esperaremos a que abra los ojos antes de volver a intentarlo —le aconsejó.

Mi madre llevaba el pañuelo torcido, pero no se daba cuenta.

—Necesita la medicina —objetó débilmente, pero la otra le recordó que aún le era más necesario respirar.

La voz de Ibrahim empezaba a sonar ronca y Kolsum me pidió que lo atendiera. Serví té caliente en un vaso y se lo llevé al patio, junto con unos dátiles. Él me dio las gracias con la mirada, pero sin dejar de recitar, como si la virtud de sus palabras pudiera mantener al enfermo con vida.

Al volver a entrar tropecé con el bastón de mi padre, que colgaba de un gancho junto a la puerta del patio. Recordé que en nuestro último paseo me había llevado a ver una antigua diosa tallada en piedra, oculta bajo una cascada. Habíamos avanzado lentamente por un saliente hasta encontrar la talla bajo el agua. La diosa llevaba una alta corona que parecía hecha de nubes. Una fina tela le cubría los senos y llevaba un collar de grandes piedras. No se le veían los pies; sus ropas parecían arremolinarse como las olas. Extendía sus vigorosos brazos, tan fuertes como los de un hombre, como si conjurara la cascada a su antojo.

Mi padre estaba cansado aquel día, pero había ascendido jadeando por los empinados senderos que llevaban a la cascada para mostrarme aquella maravilla. Ahora parecía respirar con mayor dificultad aún, entrecortadamente, con un sonido bronco. Sus manos empezaron a moverse como pequeños ratones inquietos. Treparon hasta su pecho y arañaron la túnica. Sus largos dedos estaban muy curtidos del trabajo en el campo y tenía las uñas sucias; de haberse encontrado bien, se las habría limpiado antes de entrar en casa.

—Si permites que siga con nosotros, prometo dedicarme por entero a cuidar de él —susurré a Alá—. Rezaré todos los días y jamás me quejaré de hambre durante el

Ramadán, ni siquiera de pensamiento.

Mi padre agitó las manos en el aire como si luchara contra su enfermedad con la única parte del cuerpo que conservaba las fuerzas. Kolsum se arrodilló con nosotras junto al lecho y nos guió en las plegarias, mientras observábamos las manos del enfermo y escuchábamos su angustiada respiración. Le conté a mi madre lo cansado que parecía durante el último paseo por las montañas y le pregunté si creía que la caminata lo había debilitado. Ella me sujetó la cara entre las manos y contestó:

—Luz de mis ojos, seguramente le dio fuerzas.

Durante la noche, la respiración de mi padre se acompasó y sus manos dejaron de luchar. Mientras mi madre lo arropaba, también ella parecía más tranquila.

—Ahora descansará —declaró con satisfacción.

Salí al patio, contiguo a la casa de nuestro vecino, para ofrecer más té a Ibrahim. Se había colocado sobre un cojín cerca de mi alfombra turquesa, que aún estaba en el telar, inacabada. Mi madre había vendido la pieza a un mercader de sedas llamado Hassan, que pensaba regresar más adelante por ella. Pero el origen del tinte turquesa que tanto había complacido a Hassan seguía siendo un tema delicado entre mi padre y yo, y enrojecí de vergüenza al recordar su enojo por mi visita a Ibrahim.

Regresé para velar al enfermo. Tal vez aquella terrible noche acabara pronto y el nuevo día trajera consigo una agradable sorpresa, como que mi padre abriera los ojos o que pudiera tragar la medicina. Y luego, más adelante, cuando se hubiese recuperado, volveríamos a pasear por las montañas cantando juntos. Nada sería más dulce a mis oídos que oír sus desafinadas melodías.

De madrugada, cuando no se oía más sonido que el río de plegarias de Ibrahim, empecé a notar los párpados pesados. No sé cuánto tiempo pasó antes de que me despertara, viera el rostro de mi padre, todavía tranquilo, y volviera a caer dormida. Al alba, me sentí reconfortada por el piar de los gorriones que rompían el silencio con sus estridentes llamadas. Se parecían a los pájaros que habíamos oído durante el paseo y empecé a soñar que nos habíamos detenido a observarlos mientras recogían ramitas para sus nidos.

Fuera se oyeron las ruedas de un carro al pasar y me desperté sobresaltada. Los aldeanos salían de sus casas para iniciar sus tareas diarias en el pozo, en las montañas o en el campo. Ibrahim seguía rezando, pero tenía la voz quebrada y ronca. Mi madre encendió una lámpara de aceite y la colocó junto a mi padre, que no se había movido desde que se quedara dormido. Ella observó su rostro y colocó los dedos bajo su nariz para notar la respiración. Los dedos se demoraron un momento, temblorosos, antes de desplazarse hacia la boca. Buscando aún, volvió a ponerlos junto a la nariz. Yo la observaba, esperando una expresión satisfecha que indicara que él seguía respirando, pero ella no me miraba. En medio del silencio, echó la cabeza atrás y emitió un terrible gemido. Las plegarias de Ibrahim cesaron; acudió corriendo junto al lecho del enfermo y comprobó su respiración, igual que había hecho mi madre antes de dejarse caer de rodillas sujetándose la cabeza.

Ella empezó a gemir con más fuerza y a arrancarse mechones de pelo. Se le cayó el pañuelo, que quedó abandonado junto a la cama. La tela seguía anudada y conservaba la forma de su cabeza.

Yo cogí la mano de mi padre para estrecharla, pero la noté fría e inerte. Cuando levanté su pesado brazo, la mano le colgó sin vida. Su rostro estaba surcado por profundas arrugas y su expresión parecía ofendida, como si se hubiera visto obligado a luchar contra un malvado *yinn* o algún otro espíritu diabólico.

Solté un grito breve y agudo y me desplomé sobre él. Kolsum y mi madre me dejaron así unos instantes, pero finalmente la mujer me apartó.

Mi padre y yo sabíamos que pronto tendríamos que separarnos, pero yo había creído que sería yo quien se marcharía, engalanada de novia y con sus bendiciones resonando en mis oídos.

* * *

Los días siguientes a la muerte de mi padre fueron negros, pero aún nos esperaban tiempos peores.

Sin un hombre en casa que se ocupara de la cosecha en verano, fue escaso el grano que recibimos de la parte de los campos de mi padre, aunque los vecinos trataron de ser generosos. Y sin grano no podíamos obtener a cambio combustible, zapatos o tintes para la lana. Tuvimos que ir vendiendo las cabras para conseguir grano, de manera que ya no podríamos hacer quesos. Cada vez que vendíamos una, mi madre lloraba.

Hacia el final de los días largos y calurosos, nuestros víveres empezaron a escasear. Por la mañana, comíamos el pan que horneaba mi madre acompañado con queso o yogur caseros, pero las cenas eran cada vez más exiguas. Pronto no pudimos permitirnos ni un solo trozo de carne. Ella empezó a vender las pertenencias de mi padre para obtener comida. Primero fue la ropa, luego los zapatos, a continuación los turbantes, y al final su precioso bastón.

Otras personas habrían pedido ayuda a sus parientes, pero mi madre y yo, por desgracia, no teníamos a nadie a quien recurrir. Mis abuelos habían muerto siendo yo muy pequeña. Los dos hermanos de mi madre habían caído durante una guerra contra los otomanos. El único familiar vivo de mi padre era un hermanastro, llamado Gostaham, hijo del padre de mi padre con su primera esposa. Gostaham se había mudado a Isfahán cuando era joven y no sabíamos nada de él desde hacía años.

Cuando empezó a hacer frío, nos mantuvimos a base de finas tortas de pan y de zanahorias en vinagre del año anterior. Pasábamos hambre, pero yo sabía que mi madre no podía hacer nada, de modo que procuraba no mencionar que me dolía el estómago. Me sentía siempre cansada y las tareas que antes me parecían fáciles, como ir a buscar agua al pozo, empezaban a superarme.

La única posesión valiosa que nos quedaba era la alfombra turquesa. Poco

después de que hubiera acabado de anudar los flecos, Hassan, el mercader de sedas, regresó para pagarla y llevársela. Se sorprendió al vernos con túnicas y pañuelos negros, y al enterarse de nuestro luto, preguntó a mi madre si podía ayudarnos. Temiendo que no sobrevivieramos al invierno, ella le pidió que cuando regresara a Isfahán buscara a nuestro único pariente, Gostaham, y le hablara de nuestra apurada situación.

Más o menos al cabo de un mes nos llegó una carta de la capital por medio de un mercader de burros que iba de camino a Shiraz. Mi madre acudió a Haj Alí para que se la leyera, pues ni ella ni yo sabíamos leer. Era de Gostaham. Nos decía que lamentaba mucho nuestra pérdida y nos invitaba a vivir con él en la capital hasta que mejorara nuestra suerte.

Y así fue como, una fría mañana de invierno, supe que habría de abandonar mi hogar por primera vez en mi vida para viajar muy lejos. Si mi madre me hubiera dicho que nos enviaban a tierras cristianas, donde las mujeres bárbaras exponen sus senos a todas las miradas, comen carne de cerdo quemada y se bañan únicamente una vez al año, nuestro destino no me habría parecido más remoto.

La noticia de nuestra inminente partida se difundió rápidamente por toda la aldea. Por la tarde empezaron a llegar a casa mujeres con sus hijos pequeños. Se quitaron los pañuelos, se ahuecaron el pelo y se saludaron mutuamente, antes de sentarse en grupos sobre la alfombra. Los niños que tenían edad suficiente para jugar se retiraron a un rincón.

—¡Que no conozcáis más aflicciones de ahora en adelante! —dijo Kolsum al entrar, y besó a mi madre en las mejillas.

A ella se le humedecieron los ojos.

—Fue el cometa —añadió la mujer en tono compasivo—. Ni siquiera el agua bendita podía derrotar semejante poder.

—Marido mío —dijo mi madre, como si él todavía estuviera con nosotras—. ¿Por qué anunciaste que la vida nos iba tan bien? ¿Por qué atrajiste así la ira del cometa?

Zainab esbozó una mueca.

—Mahin, ¿recuerdas al musulmán que recorrió el largo camino desde Isfahán hasta Tabriz tratando de dejar atrás al ángel de la muerte? Cuando llegó, Azrael le dio las gracias por llegar puntual a su cita. Tu marido no hizo nada malo; tan sólo respondió a la llamada de Alá.

La espalda de mi madre se encorvó un poco, como siempre que sufría.

—Jamás creí que habría de abandonar mi hogar —se lamentó.

—Tu suerte cambiará en Isfahán, Dios mediante —aseguró Kolsum, y nos ofreció ruda silvestre para protegernos de la mala suerte. Encendió el manojito de hierba con una brasa de la estufa y pronto su olor acre purificó el aire.

Mi madre y yo servimos té a nuestras invitadas y les ofrecimos los dátiles que había traído Kolsum, pues nosotras no teníamos nada. Le llevé una taza de té a Safa, la más anciana de la aldea, que estaba sentada en un rincón con un narguile.

—¿Qué sabéis de vuestra nueva familia? —preguntó tras exhalar el humo.

Era una pregunta tan embarazosa que en la habitación se hizo el silencio. Todo el mundo sabía que mi abuelo se había casado con la madre de mi padre hacía muchos años, cuando visitaba a unos amigos de la aldea. Mi abuelo estaba casado ya con su primera mujer y vivía con ella y con Gostaham en Shiraz. Cuando mi abuela dio a luz a mi padre, mi abuelo venía a verlos de vez en cuando y les enviaba dinero, pero evidentemente las dos familias no mantenían una relación estrecha.

—Poca cosa —contestó mi madre—. Hace más de veinticinco años que no veo a Gostaham. De hecho lo he visto sólo una vez, cuando se dirigía a visitar a sus padres y se detuvo en la aldea de camino a Shiraz, la ciudad de los poetas. En aquella época se estaba convirtiendo en uno de los más afamados diseñadores de alfombras de la capital.

—¿Y su esposa? —preguntó Safa, con la voz tensa por el humo que tenía en los pulmones.

—No sé nada de ella, salvo que le ha dado dos hijas.

Safa exhaló el humo con satisfacción.

—Si Gostaham tiene éxito en los negocios, su mujer debe de llevar una gran casa —comentó—. Espero que sea buena y generosa con el reparto del trabajo.

Sus palabras me hicieron comprender que mi madre y yo ya no seríamos dueñas de nuestras vidas. Si a nosotras nos gustaba el pan oscuro y crujiente, pero a ella no, tendríamos que comerlo a su manera. Y fueran cuales fuesen nuestros sentimientos, siempre tendríamos que alabar su nombre. Creo que Safa percibió mi preocupación, porque dejó de fumar un momento para ofrecerme consuelo.

—El hermanastro de tu padre debe de tener muy buen corazón; de lo contrario, no os habría invitado a vivir con él —señaló—. Si hacéis todo lo posible por complacer a su esposa, ellos velarán por vosotras.

—*Insh Alá* —asintió mi madre, aunque no sonó muy convencida.

Contemplé los rostros amables que nos rodeaban, de mis amigas y las amigas de mi madre, mujeres que habían sido como tías y abuelas para mí desde que era niña. No imaginaba la vida sin ellas: Safa, con su rostro arrugado como una pasa; Kolsun, ágil y delgada, célebre por sus conocimientos sobre hierbas; y finalmente Goli, mi mejor amiga, que estaba sentada a mi lado con su hija recién nacida en los brazos. Cuando el bebé empezó a llorar, se aflojó la túnica para darle el pecho. Mi amiga tenía las mejillas sonrosadas, igual que el bebé; las dos parecían sanas y satisfechas, y yo deseé con todo mi corazón que mi vida fuera como la de ella.

Cuando la niña terminó de mamar, Goli me la puso en los brazos. Respiré su olor a recién nacido, fresco como el de los brotes de trigo.

—No me olvides —susurré. Le acaricié la diminuta mejilla, pensando que no oiría sus primeras palabras ni vería sus primeros pasos vacilantes.

Goli me abrazó.

—¡Piensa en lo grande que es Isfahán! —dijo—. Te pasearás por la plaza más

amplia jamás construida, y tu madre podrá elegirte marido entre miles y miles de hombres.

Por un momento me sentí animada, como si mis antiguos sueños aún fueran posibles, antes de recordar mi problema.

—Pero ahora no tengo dote —le recordé—. ¿Qué hombre me aceptará sin nada?

La habitación volvió a sumirse en el silencio. Mi madre agitó la ruda. Los surcos de su frente se hicieron más profundos. Todas las mujeres trataron de hablar a la vez.

—¡No te preocupes, Mahin *yun*! ¡Tu nueva familia te ayudará! ¡No permitirán que una joven tan guapa se quede soltera! ¡Hay un semental para cada yegua y un robusto soldado para cada luna!

—Seguramente el sah Abbas querrá a tu hija para su harén —vaticinó Kolum, dirigiéndose a mi madre—. ¡Allí la alimentarán con queso y azúcar, y entonces tendrá los pechos más grandes y el vientre más redondo que cualquiera de nosotras!

En una visita reciente al *hammam*, había captado mi imagen reflejada en un espejo de metal. No tenía las curvas de las madres que amamantaban, como Goli, tan admiradas en los baños de las mujeres. Mis brazos eran musculosos y mi rostro reflejaba las penalidades que pasaba. Estaba segura de que no sería como la luna para nadie, pero sonreí al imaginar que mi cuerpo delgado y huesudo podía adquirir esas formas femeninas. Cuando Zainab reparó en mi expresión, estalló en carcajadas. Reía con ganas, doblada sobre sí misma, y abría tanto la boca que parecía un caballo mordiendo el freno. Enrojecí hasta la raíz del pelo al comprender que Kolum sólo trataba de ser amable.

No tardamos mucho en empaquetar nuestras escasas pertenencias. Puse una muda de ropa de luto en una alforja tejida a mano, junto con unas cuantas mantas, y llené de agua todos los recipientes que encontré. La mañana de nuestra partida, los vecinos acudieron a traernos pan, queso y frutos secos para el largo viaje. Kolum arrojó al suelo un puñado de guisantes para ver si los auspicios nos eran favorables y determinó que el día era excelente. Alzó entonces un valioso ejemplar del Corán y rodeó con él tres veces nuestras cabezas. Nosotras lo rozamos con los labios, rezando para llegar sanas y salvas a nuestro destino. Cuando ya nos disponíamos a partir, Goli cogió un fruto seco de mi alforja y se lo metió en una manga. Estaba robando algo que fuera mío para asegurarse de que algún día yo regresaría.

—Eso espero —le susurré, y nos despedimos. Era la persona a la que más me costaba dejar atrás.

Mi madre y yo viajaríamos con un mercader de almizcle llamado Abdul Rahman y su esposa, que escoltaban a viajeros de una ciudad a otra a cambio de un estipendio. A menudo llegaban incluso hasta la frontera nordeste del país en busca de almizcle del Tíbet, que vendían en las grandes ciudades. Sus alforjas, mantas y tiendas olían a ese perfume, que se pagaba a precio de oro.

El camello que mi madre y yo compartíamos tenía unos dulces ojos negros que le habían pintado con kohl para protegérselos, y su espeso pelaje era color arena. Abdul Rahman había adornado su bonito hocico con una tira de tela roja con borlas azules, que servía de brida. Nos sentamos en su lomo sobre una montaña de alfombras dobladas y sacos de comida, antes de sujetarnos a la joroba. El camello alzaba las pezuñas delicadamente al caminar, pero tenía mal genio y apestaba como las letrinas de la aldea.

Yo jamás había visto los campos que se extendían al norte de nuestro pueblo. En cuanto nos alejamos de los arroyos de las montañas, el terreno se volvió yermo. Los escuálidos matorrales luchaban por sobrevivir en esos parajes, igual que nosotros. Los recipientes llenos de agua de repente fueron más valiosos que el almizcle. A lo largo del camino, vimos vasijas rotas, y a veces incluso los huesos de quienes no calculaban bien la duración de su viaje.

Abdul Rahman nos obligaba a emprender la marcha al alba, y cantaba a los camellos para que los animales adaptaran el paso a la cadencia de su voz. El sol se reflejaba en la tierra y la brillante luz blanca me deslumbraba. El suelo estaba helado; las pocas plantas que veíamos estaban cubiertas de escarcha. Al final de la jornada tenía los pies tan fríos que ni siquiera los sentía. Mi madre se metía a dormir en nuestra tienda en cuanto anochecía. No soportaba ver las estrellas, decía.

Al cabo de más de una semana de viaje, divisamos las montañas Zagros, señal de que nos acercábamos a Isfahán. Abdul Rahman nos dijo que en algún lugar en lo alto de aquellos picos nacía la fuente misma de la existencia de Isfahán, el *Zayendé rud*, o río Eterno. Al principio no fue más que un pálido temblor azul, pero su fresco soplo de aire nos llegaba desde muchos *farsajs* de distancia. Al acercarnos, el río me pareció de una longitud imposible, ya que hasta entonces sólo había visto arroyos de montaña.

Al llegar a sus orillas, desmontamos, pues no se permitía entrar con camellos en la ciudad, y nos agrupamos para admirar la corriente.

—¡Alabado sea Alá por su abundancia! —exclamó mi madre. Las aguas del río fluían con rapidez. Una rama pasó tan rápido que no habríamos podido cogerla.

—Merece todas las alabanzas —dijo Abdul Rahman—, pues este río da vida a los melones de Isfahán, refresca sus calles y llena sus pozos. Sin él, la ciudad dejaría de existir.

Dejamos los camellos al cuidado de un amigo de Abdul Rahman y continuamos el viaje a pie por el puente de los Treinta y Tres Arcos. A mitad del puente más o menos, nos asomamos por uno de los arcos para disfrutar de la vista.

—¡Mira! ¡Mira! —exclamé, tomando la mano de mi madre.

El río fluía precipitadamente, casi como si estuviera nervioso, y a lo lejos se vislumbraba otro puente, y un tercero relucía aún más allá. Uno de ellos estaba cubierto de azulejos azules, un segundo tenía casas de té, y aún otro mostraba arcos que parecían puertas infinitas de entrada a la ciudad, invitando a los viajeros a que

desvelaran sus secretos. Frente a nosotros, Isfahán se extendía en todas direcciones, y la visión de sus miles de casas, jardines, mezquitas, bazares, escuelas, caravasares, kebabis y casas de té nos sobrecogió. Al otro lado del puente empezaba una larga avenida flanqueada de árboles que recorría toda la ciudad hasta desembocar en la plaza que había construido el sah Abbas, tan renombrada que todos los niños la conocían como la Imagen del Mundo. Mis ojos se posaron sobre la Gran Mezquita, cuya vasta cúpula azul brillaba apaciblemente al sol de la mañana. Mirando alrededor, descubrí otra cúpula azul, y luego otra, y a continuación una docena más que otorgaban colorido a la tierra de color azafrán, y en ese momento pensé que Isfahán atraía al viajero como un campo de turquesa sobre oro.

—¿Cuánta gente vive aquí? —preguntó mi madre, alzando la voz para hacerse oír pese al ajetreado y ruidoso trasiego.

—Cientos de miles de personas —contestó Abdul Rahman—. Más que en Londres o París; sólo Constantinopla es mayor.

—Voy! —exclamamos mi madre y yo al unísono; no podíamos imaginar tantas almas en un solo lugar.

Al llegar al otro lado, entramos en un bazar cubierto y recorrimos un mercado de especias donde se amontonaban sacos llenos de menta, eneldo, cilantro, limón seco, cúrcuma, azafrán y muchas especias que no reconocí. Distinguí el olor floral, pero un poco más amargo, de la alholva, que me recordó el estofado de cordero. Se me hizo la boca agua, pues hacía muchos meses que no probábamos la carne.

No tardamos mucho en llegar a un caravasar del hermano de Abdul Rahman. Constaba de un patio rectangular donde burros, mulas y caballos podían descansar, rodeado por soportales donde se hallaban las habitaciones. Dimos las gracias a Abdul Rahman y su esposa por sus servicios, les deseamos toda clase de Buenaventuras y pagamos por el alojamiento.

Nuestra habitación era pequeña, de gruesas paredes sin ventanas y con un fuerte cerrojo. Había paja limpia en el suelo, pero nada más.

—Tengo hambre —dije a mi madre, recordando el kebab de cordero que había visto asándose junto al puente.

Ella desató el sucio trozo de tela donde guardaba las pocas monedas que nos quedaban.

—Debemos bañarnos antes de ir en busca de nuestra familia —contestó—. Comeremos el pan que nos queda.

Estaba muy seco, así que nos acostamos con el estómago vacío. El suelo resultaba duro comparado con la arena del desierto, y me sentía extraña, pues me había acostumbrado al suave balanceo del camello. Sin embargo, estaba tan cansada por el largo viaje que me dormí al poco de apoyar la cabeza en la paja. Durante la noche, empecé a soñar que mi *baba* me tiraba del pie para despertarme; quería que fuéramos a dar uno de nuestros paseos de los viernes. Me incorporé sobresaltada para seguirlo, pero él había salido ya por la puerta. Traté de alcanzarlo, pero siempre lo veía de

espaldas, subiendo por un sendero de la montaña. Cuanto más corría yo, más deprisa ascendía él. Lo llamé por su nombre, pero no se detuvo ni se dio la vuelta. Me desperté empapada en sudor, confusa, notando la aspereza de la paja en la espalda.

—*Bibi?*

—Aquí estoy, hija mía —contestó mi madre en la oscuridad—. Llamabas a tu *baba*.

—Se ha ido sin mí —musité, atrapada aún en la telaraña de mi sueño.

Ella me atrajo hacia sí y me acarició la frente. Me quedé tumbada a su lado con los ojos cerrados, pero no logré conciliar el sueño. Suspiraba y daba vueltas y más vueltas. Un burro rebuznó en el patio y su voz semejaba un lamento, como si llorara por su destino. Entonces mi madre empezó a hablar y sus palabras parecieron iluminar la penumbra:

«Primero no hubo y luego hubo. Antes de Alá, nadie hubo.»

Siendo yo muy niña, mi madre ya me contaba cuentos para consolarme. A veces sus narraciones me ayudaban a solucionar un problema separando las diferentes capas, como si de una cebolla se tratara, o me daban ideas sobre lo que podía hacer; otras veces me tranquilizaban tanto que caía en un sueño reparador. Mi padre decía que sus cuentos eran mejores que la mejor medicina. Suspiré y me acurruqué pegada al cuerpo de mi madre como una niña pequeña, sabiendo que su voz sería un bálsamo para mi corazón.

«Erase una vez un buhonero que tenía una hija. Se llamaba Golnar y se pasaba el día trabajando en el huerto de su familia. Sus pepinos eran muy alabados por su firmeza y dulzura, sus calabazas porque adoptaban formas agradables y muy carnosas, y sus rábanos porque desprendían un fragante olor al quemarlos. La joven amaba las flores apasionadamente, por lo que rogó a su padre que le permitiera plantar un único rosal en un rincón del huerto. Aunque su familia era pobre y necesitaba todo cuanto ella sembraba, el padre recompensó su trabajo concediéndole ese deseo.

»Golnar cambió unas cuantas verduras por un esqueje del rosal de un rico vecino y lo plantó, arrancando unas cuantas matas de pepinos para hacerle sitio. A su debido tiempo, el rosal floreció y dio unas rosas exageradamente grandes. Eran más grandes que el puño de un hombre y tan blancas como la luna. Entonces sopló un viento cálido y el rosal se meció, bailando como si respondiera al canto de los ruiseñores, mientras sus blancos capullos se abrían semejantes a un revuelo de faldas.

»El padre de Golnar era vendedor de kebabs de hígado. Una tarde, regresó a casa y anunció que había vendido el último kebab a un fabricante de sillas de montar que iba con su hijo. El vendedor había alardeado ante los clientes de lo buena trabajadora que era su hija y les había asegurado que no iba a enfermar por los rancios vapores del cuero curtido. Poco después, el muchacho y su familia visitaron al vendedor de kebabs y a su hija. A Golnar no le gustó el muchacho: tenía los hombros y los brazos delgados, y sus ojos pequeños y redondos le conferían el aspecto de una cabra.

»Después de tomar el té e intercambiar cumplidos, los padres de la joven la instaron a que mostrara su huerto al muchacho. Ella lo llevó fuera a regañadientes. El muchacho ensalzó la lozanía de las verduras, las frutas y las hierbas aromáticas, y admiró la belleza del rosal. Conmovida, la joven le rogó que aceptara unas rosas para su familia y cortó unas cuantas con sus tijeras de podar. Cuando la pareja entró en la casa con los brazos llenos de blancas rosas, sus padres sonrieron y los imaginaron en el día de su boda.

»Esa noche, cuando el muchacho se fue con su familia, Golnar estaba tan cansada que cayó en un profundo sueño antes de ir a ver sus rosas. A la mañana siguiente, se despertó con un mal presentimiento y corrió al huerto. El rosal estaba mustio y sus flores mostraban un sucio color blanco al sol de la mañana. El huerto estaba sumido en el silencio, pues todos los ruiseñores se habían marchado. Golnar podó las flores más grandes con cariño, pero cuando apartó las manos del espinoso arbusto, estaban manchadas de sangre.

»Arrepentida, la joven prometió cuidar mejor del rosal. En la tierra que rodeaba el arbusto vertió un cubo de agua ensangrentada que había utilizado para limpiar los cuchillos de su padre, y encima echó un fertilizante especial hecho de diminutas perlas de hígado.

»Esa tarde, llegó un mensajero con una propuesta de matrimonio de la familia del muchacho. El padre aseguró a Golnar que no encontraría mejor partido, y su madre le habló tímidamente al oído de los niños que tendrían. Sin embargo, la joven se echó a llorar y rechazó la oferta. Desconcertados y enfadados, sus padres le prometieron enviar una carta de rechazo a la familia del muchacho, pero en secreto le mandaron un mensaje pidiendo tiempo para reflexionar.

»A la mañana siguiente temprano, Golnar despertó con los dulces trinos de los ruiseñores y descubrió que, una vez más, sus rosas se erguían altivas. Se habían abierto numerosos capullos, alimentados por la carne de hígado, y brillaban como estrellas bajo el cielo aún oscuro. Cortó unas cuantas flores, tímidamente al principio, y la planta le acarició la yema de los dedos con sus sedosos pétalos, desprendiendo un penetrante perfume, como si deseara su contacto.

»La mañana del día en que la familia se iba a comer fuera para celebrar el Año Nuevo, la joven tenía tantas tareas que hacer que olvidó regar su rosal. Ayudó a su madre a preparar el almuerzo y luego se fueron todos a su lugar favorito, cerca de un río. Mientras comían, casualmente vieron al muchacho y a sus padres, que también estaban allí. El padre les invitó a tomar té y a compartir unos dulces. El muchacho ofreció los mejores pasteles a Golnar, detalle que sorprendió a la joven, pues creía haberlo rechazado. A instancias de sus padres, los dos fueron a dar un paseo por la orilla del río. Cuando ya no los veían, el muchacho le besó la punta del dedo índice, pero ella dio media vuelta y salió corriendo.

»Cuando Golnar volvió a casa con su familia ya era de noche. La joven salió al jardín para regar el rosal sediento. Al inclinarse con un cubo de agua del pozo, se

levantó una súbita ráfaga de viento que enredó sus cabellos en los tallos del rosal; el arbusto la abrazó y la sujetó estrechamente con sus largos y delgados brazos. Cuanto más se debatía ella, más se le clavaban las espinas y le herían la cara. Por fin consiguió soltarse, chillando, y cegada por la sangre volvió a entrar en casa a trompicones.

»Al verla aparecer en la puerta, sus padres chillaron como si se tratara de un malvado *yinn*. Al principio ella no les permitió que la tocaran y agitaba los brazos con frenesí. Su padre se la sujetó para que la madre pudiera curarle las heridas. Horrorizados, descubrieron que en el dedo índice tenía una espina negra y gruesa clavada tan firmemente como un clavo. Cuando su madre la arrancó, dejó una herida que sangró a borbotones.

»El padre salió corriendo de la casa, dando alaridos de rabia. Al cabo de unos instantes se oyó el ruido de un hacha hendiendo el arbusto, que se resquebrajó. A cada golpe, Golnar daba un respingo y se mesaba los cabellos, tal era su pesar. Su madre la acostó, y la joven guardó cama durante varios días, consumida por la fiebre y gritando en medio de su delirio.

»Por insistencia de sus padres, al cabo de dos semanas se casó con el muchacho que parecía una cabra. Los dos se quedaron a vivir en casa de los padres de él, y el muchacho regresaba todas las tardes apestando a sangre y a podredumbre de la curtiduría. Cuando intentaba abrazar a Golnar, ella volvía la cara y se estremecía al notar su contacto. Al poco tiempo quedó embarazada y dio a luz un hijo varón, al que siguieron dos hijas. Todos los días se levantaba antes del amanecer, se ponía sus viejas ropas y vestía a sus hijos con prendas que le daban y que estaban aún más raídas que las suyas. Nunca más tuvo tiempo de cultivar sus propias flores. Pero a veces, cuando pasaba junto a la tapia del jardín donde había tenido el rosal, cerraba los ojos y recordaba el olor de sus flores, más dulce que la esperanza.»

Cuando mi madre dejó de hablar, di vueltas sobre la paja para evitar el picor en las piernas y la espalda, pero no conseguí encontrar una posición cómoda. Me sentía tan angustiada como si se me hubiera metido una abeja en el oído.

Mi madre me cogió el rostro entre las manos.

—¿Qué te ocurre, hija mía? —preguntó—. ¿Te encuentras mal? ¿Te duele algo?

Un sonido lastimero escapó de mis labios y fingí que intentaba dormir.

—No sé muy bien por qué he elegido esa historia —añadió mi madre, como pensando en voz alta—. Me ha salido sin más, antes de recordar de qué trataba.

Yo ya la conocía, pues mi madre la había contado un par de veces en nuestra aldea. Entonces no me había turbado. Esperaba casarme con un hombre que arrojaría pétalos de rosa a mis pies, no con un muchacho que olierá a piel de vaca podrida. Jamás había pensado que mi destino pudiera ser como el de Golnar, pero en ese momento, en la oscuridad de un cuarto desconocido en una ciudad desconocida, la narración se me antojaba una profecía. Mi padre ya no podía protegernos, ni había ninguna otra persona que tuviera el deber de hacerlo. Mi madre era demasiado mayor

para volver a casarse, y puesto que no teníamos dinero para la dote, yo no encontraría marido. El paso del cometa había arruinado todas mis expectativas.

Abrí los ojos; a la luz mortecina que entraba en el cuarto, vi a mi madre observándome. Parecía asustada, lo que me inspiró más tristeza por ella que por mí. Respiré hondo y traté de aparentar calma.

—Me encontraba un poco mal, pero ahora ya estoy mejor —aseguré.

El alivio que se reflejó en sus ojos fue tan intenso que di gracias a Alá por haberme concedido fuerzas para pronunciar esas palabras.

2

El ruido de los viajeros que cargaban sus mulas para reanudar su camino nos despertó a la mañana siguiente. Mi túnica y mis pantalones negros estaban impregnados de polvo y sudor, pues los llevaba puestos desde hacía más de una semana. Con el poco dinero que nos quedaba, mi madre pagó para entrar en un *hammam* cercano, donde nos quitamos la suciedad del cuerpo y nos lavamos la cabeza. Una vez limpias, realizamos la Gran Ablución, sumergiéndonos en una pila lo bastante grande para dar cabida a veinte mujeres. La empleada de los baños me frotó la espalda y las piernas hasta que sentí que se me relajaban los músculos agarrotados por el largo viaje. Mientras ella frotaba, me miré las costillas, el vientre cóncavo, las manos encallecidas y las flacas extremidades. Soñando despierta, me había imaginado como una mujer bien atendida, con caderas redondeadas y senos como melones. Pero era inútil. Nada había cambiado, excepto el color de mi rostro y mis manos, que después de tantos días de viaje al sol se habían oscurecido aún más, como comprobé con gran consternación.

Cuando terminamos, nos vestimos con ropas negras limpias, nos pusimos sendos pañuelos negros, y partimos en busca de Gostaham en la Imagen del Mundo, que el sah Abbas había mandado construir después de convertir Isfahán en su nueva capital. Entramos en la plaza por una estrecha puerta que no hacía sospechar en absoluto sus vastas dimensiones, pero una vez dentro nos detuvimos en seco, atónitas.

—Dos aldeas como la nuestra... —empecé, y mi madre terminó la frase, pues estaba pensando lo mismo que yo:

—... cabrían aquí. ¡No es de extrañar que la gente diga que Isfahán es la mitad del mundo!

La plaza era tan grande que las personas que había en cualquiera de sus lados parecían figuras de un cuadro en miniatura. Los minaretes de la Gran Mezquita eran tan altos y esbeltos que al contemplarlos sentí vértigo, pues parecían perderse en el cielo. La cúpula turquesa de la mezquita se me antojaba demasiado grande para permanecer suspendida en el aire; ¡sin duda Dios tenía que haber ayudado a los hombres para que la arcilla resultara tan ligera! El portalón de entrada al bazar estaba coronado por el mural —el primero que veía en mi vida— de una batalla, que parecía tan real como si se estuviera produciendo allí mismo. Todo cuanto había en esa plaza parecía desafiar las leyes de lo posible.

—*Janum*, no se detengan, por favor —dijo un hombre detrás de nosotras, utilizando el trato de respeto reservado a las mujeres casadas. Nos disculpamos y nos apartamos de la entrada. El hombre volvió la mirada hacia nosotras al pasar y añadió con una sonrisa—: ¿Es la primera vez? Me encanta ver la cara de asombro de los visitantes.

Asombro era la palabra más adecuada para describir nuestro estado de ánimo. En los lados más cortos de la plaza se encontraban el palacio dorado y azul del sah

Abbas y su mezquita privada de cúpula amarilla, que relucía como un pequeño sol. En los lados de mayor longitud, el portalón del Gran Bazar frente a la entrada de la inmensa Gran Mezquita, para recordar a los mercaderes temerosos de Alá que debían ser honrados.

—Poder, dinero y Dios, todo en un único lugar —comentó mi madre, contemplando los edificios que nos rodeaban.

—Y *chogan* —añadí, reparando en las porterías de polo que había en el extremo más alejado de la plaza, lo bastante amplia para albergar una competición de ese tipo.

Desde lo alto de uno de los minaretes de la Gran Mezquita, el muecín inició la llamada a la oración, surcando el aire con su dulce voz nasal: «*Alá hu Akbar!*», decía, difundiendo su voz por encima de nuestras cabezas.

Cuando nos adentramos en la plaza, me fijé en que la mayoría de los edificios estaban revestidos de azulejos de los más puros colores del sol y del cielo. Desde lejos, la cúpula de la Gran Mezquita parecía enteramente turquesa, pero en realidad unas espirales blancas y amarillas le otorgaban mayor realce. En la mezquita de color limón del sah, unas guirnalda blancas y turquesas adornaban la cúpula. En las entradas ojivales de las mezquitas abundaban los azulejos decorados con flores blancas, como estrellas centelleantes en el azul de la penumbra. Todos los edificios resplandecían con sus adornos. Era como si un maestro orfebre hubiera elegido las turquesas más exquisitas, los zafiros amarillos más excepcionales, los diamantes más puros y las esmeraldas más verdes, y los hubiera dispuesto en una infinidad de ornamentos centelleantes que irradiaban color y luz.

—Jamás había visto nada tan maravilloso —dije, olvidando por un momento las penalidades que nos habían llevado hasta allí.

Pero mi madre las tenía muy presentes.

—Es todo demasiado grande —replicó, señalando la plaza con un amplio gesto, y comprendí que echaba de menos nuestra pequeña aldea, donde conocía a cuantas personas se cruzaban en su camino.

La plaza rebosaba de gente. Había niños que iban de un lado a otro con tazas de un líquido caliente y oscuro, gritando: «¡Café! ¡Café!» Yo nunca lo había probado, pero tenía un aroma tan intenso como la comida. Dos malabaristas realizaban sus números, rogando al público que fuera generoso. Los vendedores ambulantes nos paraban a cada paso, pidiéndonos que examináramos telas, kohl, e incluso un colmillo de elefante, un enorme animal de la India cuya memoria era legendaria.

Tras caminar unos minutos, llegamos al palacio del sah. Comparado con la Gran Mezquita, parecía modesto. Sólo tenía unos cuantos pisos, y estaba protegido por una doble puerta de gruesa madera tallada, ocho cañones dorados y una hilera de guardias armados con espadas. Mi madre se acercó a uno de los guardias y le preguntó cómo podíamos encontrar a Gostaham, el tejedor de alfombras.

—¿Qué queréis de él? —preguntó el guardia, frunciendo el ceño.

—Él nos dijo que lo buscáramos —contestó mi madre.

El guardia sonrió despectivamente al oír que hablaba con acento típico del sur, arrastrando las vocales.

—¿Él os ha invitado?

—Pertenece a la familia de mi marido.

El guardia pareció dudar de sus palabras.

—Gostaham es maestro del taller de alfombras del sah, que está en la parte posterior del palacio —dijo—. Le anunciaré que habéis llegado.

—Somos polvo bajo tus pies —respondió mi madre, y volvimos a la plaza para esperar.

Cerca había una hojalatería, y observamos a los artesanos que labraban formas de pájaros y otros animales en teteras, tazas y cucharas.

Al poco rato, el guardia nos encontró y nos condujo hasta Gostaham, que nos aguardaba cerca de la puerta del palacio. Me sorprendió comprobar que no se parecía en nada a mi padre. Bien es verdad que sólo eran hermanastros, pero mientras que mi padre era alto y de facciones tan finas que parecían talladas a cuchillo, Gostaham era bajo y rechoncho como una patata, de ojos caídos y nariz ganchuda como un pico de halcón, y una tupida barba gris. Nos saludó con amabilidad y nos besó en las mejillas. Luego me sonrió y me cogió las manos.

—¡Vaya, vaya! —exclamó—. Así que tú eres la hija de Ismail. Tienes su misma tez morena y sus lisos cabellos negros, ¡y reconocería esas manos tan pequeñas y perfectas en cualquier parte!

Examinó mis manos teatralmente, haciéndome reír, y las comparó con las suyas. Las tenía muy pequeñas para ser un hombre, delgadas y de largos dedos, igual que las mías.

—El parecido familiar es evidente —concluyó—. ¿Haces alfombras?

—Por supuesto —respondió mi madre—. Es la mejor de nuestra aldea. —Y le contó la historia de cómo habíamos vendido mi alfombra turquesa antes de que saliera del telar.

—¡Que Alí sea siempre contigo! —exclamó él, impresionado.

Gostaham pidió a mi madre que le refiriera lo sucedido en la aldea. Mientras nos conducía fuera de la plaza, ella le habló de mi padre. Las palabras le salían a borbotones, como si hubieran estado embotelladas durante demasiado tiempo, y cuando relató la muerte de su esposo, puso tanta emoción que a Gostaham se le saltaron las lágrimas.

Abandonamos la Imagen del Mundo por una estrecha puerta y caminamos un rato por un barrio llamado de los Cuatro Jardines, dirigiéndonos a la casa de Gostaham. El barrio estaba dividido en parques, desnudos porque era invierno. Un cedro señalaba el inicio de la calle de Gostaham. Desde fuera, todas las casas parecían fortalezas, protegidas por altos y feos muros revocados con un apagado tono beis para ahuyentar el mal de ojo.

Gostaham nos condujo a través de unas gruesas puertas de madera y nos

detuvimos un momento para contemplar la fachada de su casa. Era tan grande que al principio no sabíamos por dónde ir. Él entró en un estrecho pasillo, dio unos cuantos pasos y nos introdujo en el *biruni*, las habitaciones exteriores donde recibía a los invitados masculinos. La Gran Sala tenía altos ventanales de cristal en los que destacaban dos cisnes verdes pintados que bebían agua azul a ambos lados de una fuente. Flores y enredaderas de yeso adornaban el techo y las paredes. Bajo los gruesos cojines de cálidos tonos carmesíes, las alfombras de color rubí tenían los nudos más apretados que había visto en mi vida. Incluso en aquel frío día invernal, la habitación parecía irradiar calor.

Gostaham abrió los ventanales, que llegaban hasta el suelo, y salimos a un gran patio. En él había un estanque bajo dos álamos. Pensé en el único árbol de mi aldea, un gran ciprés. La idea de que una sola familia tuviera sus propios árboles que daban sombra me pareció el mayor de los lujos.

En el patio encontramos a Gordiyé, la esposa de Gostaham. Era una mujer de grandes pechos y caderas ampulosas. Se acercó lentamente y nos besó en las mejillas. Uno de sus criados acababa de poner agua a hervir, y observé que preparaba té con hojas ya usadas. Me pareció extraño que una casa tan espléndida utilizara las hojas de té dos veces. El té era tan insípido como el agua, pero le dimos las gracias a Gordiyé y añadimos:

—Que tus manos jamás conozcan el dolor.

—¿Qué edad tienes? —me preguntó ella.

—Quince años.

—¡Ah! Entonces tienes que conocer a Nahid. Es hija de una mujer que vive cerca y también tiene quince años. —Se volvió hacia mi madre—. Nahid procede de una excelente familia. Siempre he tenido la esperanza de que nos encargaran alguna alfombra, pero aún no lo han hecho.

Yo me pregunté para qué deseaba vender más alfombras, ya que a mis ojos poseían ya todo cuanto podía desear una familia. Pero antes de que atinara a formular pregunta alguna, Gordiyé sugirió que debíamos de estar cansadas y nos condujo por el patio hasta una habitación diminuta situada entre las despensas y las letrinas. En su interior sólo había unas mantas para dormir en el suelo y cojines.

—Os pido disculpas por esta habitación tan indigna de vuestra presencia —dijo Gordiyé—, pero todas las demás están ocupadas.

Mi madre se esforzó por disimular la consternación. Las paredes de la habitación estaban sucias y el suelo cubierto de polvo. La casa de Gostaham era un palacio comparado con nuestro pequeño hogar de la aldea, pero aquella habitación era mucho peor.

—En absoluto —respondió educadamente—, tu generosidad sobrepasa con mucho lo que merecemos.

Gordiyé nos dejó para que pudiéramos descansar. Extendí las mantas sobre el suelo y se levantó polvo, que nos hizo toser. Al cabo de un rato, oímos que un criado

entraba en una habitación contigua a la nuestra mientras otro abría la puerta de las letrinas, tras lo cual llegó hasta nosotras un intenso olor, más acre que el hedor del camello.

—¿Ahora somos criadas? —pregunté a mi madre, alarmada. Se había echado sobre las mantas y tenía los ojos abiertos.

—Todavía no —contestó, pero evidentemente sentía la misma inquietud que yo.

* * *

Al despertar tras un breve sueño, fuimos a reunirnos con Gordiyé y Gostaham en el *biruni* para cenar. ¡Qué festín se había servido sobre los paños ante nuestros ojos! Yo no había visto semejantes manjares ni siquiera en las bodas. Sin embargo, para Gordiyé y Gostaham parecía cosa de todos los días. Había una sopa fría de yogur con eneldo, menta, uvas blancas, nueces y pétalos de rosa, que resultaba muy refrescante; pollo guisado con frutos de agracejo azucarados; tiernas berenjenas con cordero jugoso; arroz al azafrán con una crujiente capa dorada; un aromático queso de oveja, pan caliente, y un plato de rábanos, menta fresca y verdura amarga para favorecer la digestión. Aquella primera noche comí demasiado, como si quisiera compensar la escasez de alimentos que había sufrido en mi aldea.

Cuando todos nos hubimos saciado, mi madre empezó a hablar.

—Dignísimos anfitriones —dijo—, nos sentimos muy honradas de que nos hayáis invitado a vuestra casa y agasajado como si nos hubiéramos visto ayer mismo. Y ello pese a que no nos habíamos encontrado, honorable Gostaham, desde hace más de veinticinco años. En todo este tiempo te has elevado por encima de la más alta estrella. ¿Cómo has llegado a vivir en esta magnífica casa, con toda la buena fortuna que un hombre pueda desear?

Gostaham sonrió y apoyó las manos sobre su amplio vientre.

—En verdad, a veces, cuando me levanto por la mañana y miro alrededor, ni yo mismo puedo creerlo. Y luego, cuando veo a Gordiyé a mi lado, sé que mis sueños se han hecho realidad y doy gracias a Alá por todas sus bendiciones.

—Que sean siempre tan abundantes como ahora —deseó mi madre.

—Pero no siempre fue así. Mucho antes de que tú nacieras —dijo Gostaham, dirigiéndose a mí—, mi padre comprendió que si se quedaba en su aldea siempre sería pobre. Sabiendo que no había mucho que heredar, se fue a Shiraz con su familia para probar suerte. Éramos tan pobres que tuve que ponerme a hacer alfombras. Cuando tenía doce años, descubrí que podía tejer los nudos más deprisa que cualquier otro.

—Igual que mi hija —intervino mi madre con orgullo.

—Nuestro hogar era tan pequeño que no había espacio para un telar. Cuando hacía buen tiempo, lo colocaba en el exterior, como hacías tú, seguramente —me dijo Gostaham—. Un día estaba tejiendo una alfombra con tal celeridad que una multitud

se congregó para observarme. Tuve la fortuna de que uno de los que pasaban por allí fuera el propietario del mayor taller de alfombras de Shiraz. Nunca buscaba aprendices para su taller. ¿Para qué iba a hacerlo, si podía enseñar el oficio a los hijos de sus empleados? Pero, al verme, se ofreció a contratarme, pues mi velocidad aumentaría sus beneficios.

»Los años siguientes fueron los más duros de mi vida. El dueño del taller exigía resultados de acuerdo con la habilidad de cada uno, fuera cual fuere su edad. Yo era muy rápido, de modo que se me exigía que acabara las alfombras más deprisa que los demás. En una ocasión, el dueño me pilló lejos del telar y le dijo a uno de sus matones que me azotara las plantas de los pies hasta hacerme gritar. Sólo un loco estropearía las manos a un tejedor de alfombras, pero ¿qué más le daba si me impedía andar?

Aquella historia me produjo escalofríos. Había oído hablar de niños, sobre todo huérfanos, a los que se obligaba a pasar muchas horas en los telares. A veces, al final de la jornada, ni siquiera podían estirar las piernas para levantarse, y los encargados de cuidarlos tenían que llevarlos a casa. Tras años de duro trabajo con las piernas dobladas, se les deformaban los huesos y parecía que tenían la cabeza demasiado grande para el cuerpo. Cuando intentaban caminar, se tambaleaban como ancianos. Me alegré de haber crecido en una aldea donde nadie habría permitido que un telar castigara el cuerpo de un niño. Aun así, cuando trabajaba durante los cálidos días primaverales, envidiaba a los pájaros e incluso a los escuálidos perros que vagabundeaban a su antojo. Cuando un niño lleno de vitalidad, que sólo desea charlar y reír, tiene que permanecer sentado trabajando durante horas, se hace mayor demasiado deprisa.

—La verdad es que el dueño del taller tenía razón —prosiguió Gostaham—. Yo intentaba eludir mis deberes porque no quería ser tejedor de alfombras. A la menor oportunidad me iba con el maestro diseñador y el maestro colorista. El primero me permitía copiar algunos de sus motivos, y el segundo me llevaba consigo al bazar para mostrarme cómo elegía las tonalidades de la lana. Y así, en secreto, lo iba aprendiendo todo.

A mí nunca se me había ocurrido que se pudiera ser otra cosa que tejedora, de modo que escuchaba sus palabras con atención, pese al sopor que empezaba a sentir después de tan abundante comida.

—Mi marido apenas necesitaba que le enseñaran nada —intervino Gordiyé—. Tiene mejor vista para los colores que cualquier otro hombre.

Gostaham se recostó en los cojines con una sonrisa, regodeándose en los elogios de su esposa.

—Pero yo era muy ambicioso, y por eso le dije al maestro diseñador que quería hacer una alfombra por mi cuenta. Él me ofreció un motivo dibujado en papel que ya no utilizaba y me permitió copiarlo. Me fui al bazar con todos mis ahorros y compré la mejor lana que pude permitirme. Me pasé horas eligiendo los colores. Tardaba

tanto que los mercaderes me gritaban que comprara algo o me largara. Pero yo tenía que asegurarme bien de elegir los tonos adecuados.

»Tenía entonces diecisiete años, y tardé casi un año en terminar aquella alfombra fuera de las horas de trabajo. Era la mejor que había tejido nunca. Mi madre se sintió muy complacida, pues aportaría dinero a la casa. Pero entonces corrí el mayor riesgo de mi vida, que a la postre fue el primer paso para que me encontréis aquí hoy, en esta espléndida casa, con una esposa más deslumbrante que las estrellas del cielo.

Me erguí, atenta e impaciente por saber cómo había conseguido semejante fortuna.

—Oí que el sah Abbas el Grande viajaría a Shiraz y que recibiría en audiencia a sus súbditos todas las tardes. Terminé la alfombra, la enrollé y la llevé a cuestas hasta palacio. Se la mostré a uno de los guardias, explicando que era un regalo. El guardia la desenrolló para asegurarse de que dentro no se ocultaban asesinos, animales, venenos o cosas parecidas, y prometió mostrársela al sah.

—¡Qué audacia separarte así de tu único tesoro! —exclamó mi madre.

—Al sah le mostraron mi presente justo después de que hubiera oído el testimonio de un criado acusado de robar, al que ordenó que azotaran como castigo —prosiguió Gostaham—. Supongo que estaba deseoso de pasar a asuntos más agradables. Cuando desenrollaron mi alfombra a sus pies, levantó una esquina para comprobar la solidez de los nudos. A mí me preocupaba que se limitara a decir a sus criados que se la llevaran, pero entonces pidió que el creador se diera a conocer.

»Sus ojos me miraron y, como si comprendiera mi pobreza y mi ambición, dijo: “Todos los días recibo regalos en oro de algún rey, pero ninguno puede compararse con el sacrificio que tú acabas de hacer.” Tuve la enorme suerte de que el sah acabara de fundar el taller real de alfombras en Isfahán, donde se fabricarían los mejores tapices para sus palacios y para venderlos a hombres adinerados. Le gustó tanto mi alfombra que me invitó a trabajar en su taller durante un año, a prueba. Cuando mi madre se enteró de lo que yo había hecho, estuvo a punto de azotarme. Pero luego, al explicarle cómo había cambiado mi suerte, ensalzó el nombre del sah.

—¡Tu historia no tiene parangón! —exclamó mi madre.

—Aún me quedaba un largo camino por recorrer —continuó Gostaham—. Empecé a trabajar en el taller de alfombras real ocupando el puesto más bajo. Tuve suerte, porque a todos nos pagaban un salario anual, y aunque el mío era el más bajo, me bastaba para mantenerme y para enviar dinero a mi familia. Las condiciones de trabajo eran mucho mejores en el taller del sah que en el de Shiraz. Trabajábamos desde el amanecer hasta el mediodía, pero luego teníamos libertad para hacer lo que quisiéramos. Por la tarde, aprendía de los maestros sin pagar nada, con la aprobación del sah.

—¿De modo que lo conoces? —pregunté con asombro, pues sólo Alá era más grande que el sah.

—Sólo como un humilde servidor —respondió Gostaham—. Se interesa mucho

por las alfombras y él mismo sabe tejer. De vez en cuando pasa por el taller, que al fin y al cabo se encuentra junto a su palacio, para ver cómo van las alfombras, y a veces intercambiamos unas frases. Pero volviendo a mi historia, uno de los maestros coloristas se interesó por mí y me enseñó el arte de combinar las tonalidades en un tapiz. Ése ha sido mi trabajo durante casi veinte años, y después de que mi mentor fuera a reunirse con el Creador, me convertí en uno de los maestros ayudantes.

—Sólo el maestro jefe está por encima de él —observó Gordiyé orgullosamente—. Y tal vez un día dirija todo el taller.

—Eso no es seguro —adujo Gostaham—. El maestro ayudante diseñador, Afshin, es un poderoso rival, y creo que al sah le impresionan más los que diseñan los motivos que quienes mezclan los colores. Aun así, no cambiaría nada de mi vida. Porque fue ese mismo maestro colorista, que me permitió ser su aprendiz y me enseñó cuanto sabía, el que me entregó a su hija como esposa. —Sonrió a Gordiyé con tanto afecto y deseo que me recordó la forma en que mi padre solía mirar a mi madre. También ella se percató, y por un momento los ojos se le humedecieron.

—¿Qué clase de alfombras haces en el taller real? —pregunté rápidamente, esperando que así Gostaham dejaría de sonreír a su mujer.

—Las mejores del país —respondió él sin vacilar—. Alfombras que requieren un ejército de especialistas. Alfombras que el sah guarda enrolladas en habitaciones oscuras para que la luz no las estropee. Alfombras encargadas por reyes extranjeros con sus escudos de armas tejidos con hilo de plata. Alfombras que serán apreciadas mucho después de que todos nosotros nos hayamos convertido en polvo.

—¡Qué Alá derrame sus bendiciones sobre el sah Abbas! —exclamó Gordiyé.

—De no haber intervenido él, yo seguiría siendo un humilde tejedor de alfombras en Shiraz —admitió Gostaham—. No sólo le debo mi buena fortuna, sino que además es el responsable de haber elevado el arte de tejer alfombras por encima de los demás.

Se hacía tarde. Mi madre y yo dimos las buenas noches y nos fuimos a dormir a nuestra pequeña habitación. Mientras me arrebujaba entre las mantas, pensé en que la buena suerte parecía derramarse sin cesar sobre algunas familias. Tal vez en Isfahán, viviendo con una familia afortunada, también cambiaría nuestro sino, a pesar de lo que había vaticinado el cometa.

Al día siguiente, Gordiyé envió un mensajero a la madre de Nahid para contarle que yo había llegado de visita desde el sur y que tenía la misma edad que su hija. La madre respondió con una invitación a visitarlas esa misma tarde. Cuando Gordiyé me anunció que ya era hora de salir, me recogí el pelo bajo el pañuelo y anuncié que ya estaba lista.

—¡No puedes salir así de casa! —exclamó ella, exasperada.

Me miré la ropa. Llevaba una túnica de manga larga, que me llegaba a los tobillos, y unos pantalones holgados, todo negro porque aún estaba de luto. Me palpé

las sienes y remetí los mechones de pelo escapados del pañuelo. En mi aldea, mi indumentaria siempre se había considerado decorosa.

—¿Por qué no?

—En la ciudad es diferente —contestó ella—. ¡Las mujeres de buena familia siempre van cubiertas del todo!

Me quedé sin habla. Gordiyé me tomó la mano y me condujo hasta sus aposentos. Allí abrió un arcón lleno de telas y revolvió dentro hasta hallar lo que buscaba. Colocándome frente a su amplia figura, me quitó el pañuelo de la cabeza y me echó el pelo por detrás de las orejas. Desde luego, era rebelde. Luego me envolvió la cabeza con una ligera tela blanca y me la ató bajo el mentón.

—¡Ya está! —dijo—. Ahora irás igual que Nahid y las demás jóvenes cuando están en casa o de visita.

Gordiyé sujetó un espejo de metal frente a mi cara para que pudiera verme. La tela me tapaba el pelo y el cuello, pero no me gustaba cómo me quedaba la cara, demasiado redonda y visible. Los días que había pasado viajando al sol del desierto me habían oscurecido la piel, cuyo tono aún resaltaba más bajo la tela blanca.

Aparté la mirada del espejo, dándole las gracias y disponiéndome a salir.

—¡Espera, espera! —protestó Gordiyé—. Déjame acabar.

Sacudió una capucha y me la pasó por la cabeza con mano experta. Aunque la capucha era blanca, dentro de ella todo era oscuro y sentí que me faltaba el aire.

—¡No veo nada! —me quejé.

Gordiyé ajustó la capucha hasta que el rectángulo de encaje me quedó sobre los ojos. El mundo volvía a ser visible, pero como si lo mirara a través de una red.

—Esto se llama *piché* —explicó—. Hay que llevarlo para salir a la calle.

Me costaba respirar, pero una vez más le di las gracias, aliviada por haber acabado.

—¡Oh, pero qué graciosa eres! —dijo Gordiyé—. Pequeña y rápida como una liebre e igual de nerviosa. ¿Qué prisa tienes? ¡Espera a que busque todo lo necesario!

Se movió lentamente, hurgando entre las telas hasta que encontró una pieza grande y blanca. Me envolvió la cabeza con ella y me mostró cómo sujetarla firmemente bajo el mentón con la mano derecha.

—Ahora ya vas vestida como es debido, con el chador bien ajustado —concluyó.

Salí de la habitación sintiéndome como si llevara puesta la tienda de un nómada. Aunque veía bastante bien si miraba al frente a través del encaje, no tenía visión lateral. No estaba acostumbrada a usar el chador, salvo para ir a la mezquita, y me lo pisé varias veces hasta que aprendí a mantenerlo por encima de los tobillos.

Mientras avanzaba con paso vacilante por el pasillo, Gordiyé dijo:

—Al principio, todo el mundo se dará cuenta de que no eres de la ciudad. Pero muy pronto aprenderás a moverte con tanta suavidad y ligereza como una sombra.

Cuando entramos en el *biruni*, Gostaham me felicitó por mi nuevo atuendo, e incluso mi madre aseguró que no me reconocería en medio de una multitud. Gordiyé

y yo fuimos caminando hasta la casa de Nahid, que estaba en el barrio de los Cuatro Jardines, a unos minutos. El paseo fue reparador, pues el sah Abbas había hecho construir una gran avenida flanqueada por jardines y estrechos canales de agua que atravesaba el barrio. La calzada era lo bastante amplia para que veinte personas caminaran por ella de lado a lado, y estaba bordeada de plátanos, cuyo follaje formaba un sombrío dosel verde en primavera y verano. La avenida conducía al Río Eterno y al puente de los Treinta y Tres Arcos, y desde allí se divisaban las montañas Zagros, con sus irregulares cimas cubiertas de nieve. Las mansiones ante las que pasábamos tenían jardines que parecían parques y, comparadas con las pequeñas y apretujadas viviendas de mi aldea, se me antojaban palacios.

Oculto bajo el *piché*, me sentía libre para observar a las personas con que me cruzaba, pues nadie sabía adónde miraba. Un anciano al que le faltaba parte de una pierna mendigaba limosna bajo el cedro que había cerca de la casa de Gostaham. Una muchacha caminaba sin rumbo, mirando repetidamente a un lado y otro, como si buscara algo demasiado vergonzoso para nombrarlo. A mi izquierda, la cúpula turquesa de la Gran Mezquita se elevaba sobre la ciudad como una bendición, en apariencia más ligera que el aire.

Poco después de que apareciera a la vista el puente de los Treinta y Tres Arcos, tomamos por una amplia calle en dirección a la casa de Nahid. En cuanto traspusimos el umbral, nos quitamos los chadores y los *piché* y se los entregamos a un criado. Me sentí aliviada.

Nahid me recordó a una de las princesas de los cuentos que le gustaba contar a mi madre. Llevaba una larga túnica de seda lavanda con un vestido naranja que asomaba por el cuello, las mangas y los tobillos. Era alta y delgada como un ciprés, y sus ropas flotaban libremente cuando se movía. Tenía los ojos verdes —heredados de su madre, Ludmila, que era rusa— y el cabello muy largo y ondulado, parcialmente cubierto por un pañuelo blanco bordado. Sobre el pecho colgaban dos trenzas flojas, y el resto de la melena, que le llegaba casi hasta las rodillas, la llevaba trenzada a la espalda con cintas de seda naranja. Yo deseaba hablar con ella, pero las dos tuvimos que sentarnos y permanecer en silencio mientras nuestros mayores intercambiaban saludos. La madre de Nahid percibió nuestra ansiedad y le dijo:

—Ve, *yunam*, hija mía, y muéstrale tu trabajo a tu nueva amiga.

—Con mucho gusto —dijo Nahid.

Mientras me conducía a su pequeño y bonito taller, donde había una alfombra tejida en suaves tonos grises y azules, me susurró:

—¡Por fin podremos hablar sin los viejos! —Su descaro me encantó.

Nahid abrió un arcón lleno de papel con trazos negros y sacó una hoja para mostrármela. Me quedé mirándola un momento antes de darme cuenta de lo que era.

—¡Alabado sea Alá! —exclamé—. ¡Sabes escribir!

No sólo era hermosa, sino también sabia. Casi nadie en mi aldea sabía leer ni escribir; de hecho, yo jamás había conocido a una chica que supiera usar una pluma.

—¿Quieres que te enseñe cómo lo hago?

—¡Sí!

Nahid hundió una pluma roja en un recipiente de tinta negra y sacudió un poco el líquido sobrante. Cogió un papel y escribió unas palabras en grandes letras con la facilidad que otorga la larga práctica.

—¡Mira! —dijo, mostrándome la hoja—. ¿Sabes qué pone aquí?

Hice chasquear la lengua contra los dientes.

—Es mi nombre —explicó Nahid.

Contemplé las gráciles letras, que tenían un delicado punto encima y una raya debajo. Era la primera vez que veía escrito el nombre de una persona.

—Toma, para ti —dijo.

Apreté el papel contra mi pecho sin pensar que la tinta me mancharía la ropa.

—¿Cómo has aprendido?

—Me enseñó mi padre. Me da clases todos los días. —Sonrió al mencionarlo y comprendí que estaba muy unida a su *baba*. Sentí entonces una punzada en el corazón y aparté la vista—. ¿Qué te ocurre? —preguntó.

Le conté por qué habíamos viajado hasta Isfahán desde tan lejos.

—Lamento que vuestra suerte haya sido tan negra —observó—. Pero ahora que estás aquí, estoy segura de que todo cambiará.

—Dios mediante.

—Debes de echar de menos a tus amigas —dijo, escudriñando mi rostro.

—Sólo a Goli. Somos amigas desde niñas. ¡Haría cualquier cosa por ella!

Nahid me miró con aire de incertidumbre.

—Si Goli te contara un secreto, ¿sabrías guardarlo?

—Hasta la tumba —contesté.

Nahid pareció satisfecha, como si hubiera despejado una importante incógnita sobre mi lealtad.

—Espero que seamos buenas amigas —manifestó.

Sonreí, sorprendida por su rápido gesto de amistad.

—Yo también —respondí—. ¿Puedes escribir más para mí?

—Por supuesto. Toma, coge la pluma tú misma. ¿Quieres aprender?

Nahid me enseñó a hacer unas cuantas letras básicas. Yo me mostré torpe y emborriné la hoja, pero ella me aseguró que eso era normal al principio. Después de practicar durante un rato, Nahid tapó el recipiente de tinta y lo guardó.

—¡Basta de escribir! —declaró—. Hablemos de otras cosas. —Me sonrió con tanta complicidad, que enseguida adiviné sus intenciones—. Dime, ¿estás comprometida?

—No —respondí con tristeza—. Mis padres iban a buscarme marido, pero entonces mi *baba*... —No pude terminar la frase—. ¿Y tú? —pregunté.

—Todavía no —dijo—, pero pienso comprometerme muy pronto.

—¿Quién es el hombre elegido por tus padres?

—Lo he elegido yo misma —puntualizó con una sonrisa triunfal.

—¿Cómo lo has hecho? —pregunté, atónita.

—No quiero casarme con ningún viejo chivo que conozcan mis padres, sobre todo después de haber visto al hombre más guapo de Isfahán.

—¿Y dónde coincidiste con él? —pregunté.

—¿Me prometes que no se lo contarás a nadie?

—Prometido.

—Tienes que jurarme que jamás soltarás ni una sola palabra sobre ello, o te lanzaré una maldición.

—Te lo juro por el sagrado Corán —dije, asustada por la idea de una maldición. No necesitaba más desgracias.

Nahid exhaló un suspiro de placer.

—Es uno de los mejores jugadores de polo de la Imagen del Mundo. ¡Deberías verlo a caballo! —Nahid se levantó y fingió controlar a un caballo que corcoveaba, haciéndome reír.

—Pero Nahid —dije, preocupada—, ¿y si tu madre se entera?

Ella volvió a sentarse, un poco jadeante.

—No debe saber nada —replicó—, pues rechazará a cualquier hombre que haya elegido yo.

—¿Cómo conseguirás lo que te propones, entonces?

—Tendré que ser muy lista —dijo—. Pero no me preocupa. Siempre encuentro el modo de que mis padres hagan lo que quiero. Y la mayoría de las veces creen que ha sido idea suya.

—¡Que Alí, príncipe entre los hombres, haga realidad todas tus esperanzas! —exclamé, sorprendida por su audacia.

Pocas jóvenes mostraban tanta seguridad sobre su futuro como Nahid. La admiré por su confianza tanto como por la suavidad y transparencia de su cutis, sus ojos verdes, su túnica de seda lavanda y su habilidad con la pluma. No entendía por qué quería ser amiga mía, cuando yo no era más que una pobre aldeana y ella una joven educada de la ciudad, pero al parecer Nahid era una de esas muchachas que podía establecer sus propias normas para luego romperlas a su antojo.

* * *

Al día siguiente, viernes, nos levantamos antes del amanecer y mimos a la cocina para desayunar. Una bonita criada llamada Shamsi nos dio pan caliente y una taza de café, el primero que yo probaba. Su intenso sabor me produjo tanto placer que se me saltaron las lágrimas. ¡No era de extrañar que todo el mundo hablara maravillas de aquellos granos! Si el té despertaba el apetito, el café era lo bastante fuerte para quitarlo. Estaba dulce, pero me eché otra cucharadita de azúcar aprovechando que nadie me miraba. Empecé a charlar de cosas intrascendentes con mi madre, que tenía

las mejillas arreboladas y también parloteaba alegremente como un pájaro.

Mientras desayunábamos, entró Gordiyé y nos anunció que sus hijas vendrían de visita con los niños, como todos los días sagrados, y que se necesitaría ayuda para preparar el festín del mediodía. Habría mucho trabajo, puesto que en la casa vivían más personas de las que parecía a primera vista. Había seis sirvientes: la cocinera; Alí Asgar, que se ocupaba de tareas propias de hombres, como matar a los animales; dos criadas, Shamsi y Zohré, que fregaban y limpiaban; un muchacho llamado Samad, cuyo único trabajo consistía en preparar y servir el café y el té; y un chico para los recados, Tagui. Habría que alimentarlos a todos, además de a mi madre y a mí, a Gordiyé, Gostaham, sus hijas y sus nietos, y a todas las posibles visitas.

Alí Asgar, un hombre menudo y enjuto con unas manos tan grandes como su cabeza, había sacrificado un cordero en el patio por la mañana y lo había colgado para que se vaciara de sangre. Mientras nosotras pelábamos berenjenas con afilados cuchillos, él despellejó al animal y lo troceó. La cocinera, una mujer delgada cuyas manos nunca descansaban, echó la carne en un caldero que hervía al fuego y añadió sal y cebollas. Mi madre y yo troceamos las berenjenas y les echamos sal para que desprendieran su agrio y oscuro jugo.

Gordiyé aparecía de vez en cuando para supervisar los preparativos. Al ver las berenjenas, que apenas empezaban a sacar jugo, ordenó de malos modos que echáramos más sal.

Noté que mi madre se mordía la lengua para no decir lo que pensaba. Obedeció y esperó.

—¡Más! —exigió Gordiyé.

Esta vez mi madre echó sal hasta cubrir casi por completo la fuente y Gordiyé le indicó que parara.

Cuando la berenjena estuvo lista, la lavamos con agua fría y mi madre la frió en aceite. A medida que los trozos se doraban, yo los secaba con un paño para quitarles la grasa y los dejaba a un lado. La berenjena se colocaría sobre el cordero antes de servirlo para que se empapara del jugo de la carne.

Dado que aún faltaban varias horas para la comida, Gordiyé nos pidió que preparáramos un gran cuenco de *torshi* de verduras, una salsa especiada para acompañar el arroz. La receta llevaba gran cantidad de berenjena, zanahorias, apio, nabos, perejil, menta y ajo, que tuvimos que lavar, pelar y picar, mientras la cocinera medía el vinagre que había preparado previamente y luego lo mezclaba todo. Cuando terminamos, yo tenía las manos cansadas y doloridas.

Las hijas de Gordiyé, Mehrbanu y Yahanara, llegaron y pasaron por la cocina para ver qué guisábamos. Mehrbanu, la mayor, de veintidós años, tenía dos hijas que iban vestidas y arregladas como dos muñecas, con túnicas amarillo y naranja, pendientes y brazaletes de oro. Yahanara era un año más joven y tenía un hijo, Mohamad, un niño de tres años que parecía demasiado pequeño para su edad y que no hacía más que moquear. Ambas mujeres vivían con las familias de sus maridos,

pero visitaban a sus padres una vez a la semana por lo menos. Me presentaron a ellas como hija del hermanastro de su padre, «una pariente lejana», según Gordiyé.

—¿Cuántos de éstos tenemos? —preguntó Mehrbanu a su madre, soltando una carcajada que reveló varios dientes cariados—. ¿Cientos?

—Demasiados para contarlos —contestó Gordiyé.

Me sorprendió su displicente respuesta.

—Nuestra familia es tan extensa que mis hijas no llevan la cuenta —explicó Gordiyé a mi madre.

Justo en ese momento Shamsi entró en la cocina.

—Tu venerado marido ha llegado —anunció a Gordiyé.

—Vamos, que vuestro padre siempre trae hambre después de la oración del viernes —dijo Gordiyé, y salió con sus hijas.

Toda la cocina empezó a bullir de actividad.

—¡Deprisa! —ordenó la cocinera, tendiéndome unas telas de algodón—. Extiéndelas sobre las alfombras de la Gran Sala. ¡No te entretengas!

Seguí a Gordiyé y sus hijas, que se habían instalado sobre los cojines y charlaban animadamente sin prestarme atención. Yo estaba ansiosa por sentarme y comer con ellas, pero la cocinera me llamó de vuelta a la cocina y me puso en las manos una bandeja de pan caliente y un plato de queso de cabra con menta; a continuación me dio el plato principal de cordero con berenjena, mientras Zohré se tambaleaba bajo el peso del arroz. Mi madre apareció con un gran cuenco lleno de una bebida fría que había hecho con agua de rosas y albahaca.

Volvimos a la cocina, aún sin haber comido.

—Será mejor que empecemos a fregar —señaló la cocinera, tendiéndome una cacerola grasienta con restos de berenjena y un trapo.

La miré, preguntándome cuándo nos llamarían para comer. Mi madre se remetió bajo el pañuelo unos mechones de pelo y empezó a limpiar la cazuela del arroz. Supuse que no tardarían en llamarnos para que nos uniéramos a la familia. Traté de cruzar la mirada con mi madre, pero ella tenía la cabeza inclinada mientras fregaba y no parecía esperar nada.

Cuando hubimos terminado, la cocinera me envió de vuelta a la Sala Grande con un cuenco de agua caliente para que la familia se lavara las manos. Todos habían terminado de comer y se habían recostado cómodamente en los cojines con el estómago repleto. El mío no dejaba de quejarse, pero nadie pareció reparar en ello. Zohré y Shamsi recogieron las bandejas y entonces la cocinera repartió las sobras entre los seis miembros del servicio doméstico, mi madre y yo. Alí Asgar, Tagui y Samad almorzaron en el patio, mientras que las mujeres lo hicimos en la cocina.

Aunque estuviéramos comiendo, la cocinera no parecía dispuesta a dejar de trabajar. No bien daba un bocado, se levantaba para limpiar un cucharón o tapar un recipiente. Sus platos ofrecían una deliciosa combinación de sabores, pero su nerviosismo empañó el placer que proporcionaban. En cuanto terminamos, nos indicó

a cada una lo que debíamos hacer para terminar de arreglarlo todo y luego nos envió a descansar.

Me arrojé sobre mis mantas con las piernas y los brazos doloridos. Nuestra habitación era tan pequeña que estábamos pegadas la una a la otra.

—Me he quedado sin fuerzas —dije, y bostecé con ganas.

—Y yo —suspiró mi madre—. ¿Te ha gustado la comida, luz de mis ojos?

—Era digna de un sah —respondí, aunque me apresuré a añadir—: Pero no tan buena como la tuya.

—Era mejor —aseguró ella—. ¿Quién habría pensado que comerían carne todas las semanas? Una persona podría vivir sólo con el arroz que sirven para acompañar.

—Alabado sea Alá —dije—. ¿No hacía un año desde la última vez que probamos cordero?

—Por lo menos.

Era agradable disponer de alimentos suficientes durante dos días seguidos.

—*Bibi* —dije—. ¿Y la berenjena? ¡Estaba demasiado salada!

—Dudo que Gordiyé haya tenido que cocinar en todos estos años —respondió mi madre.

—¿Por qué no le has dicho nada?

Mi madre cerró los ojos.

—Hija mía, recuerda que no tenemos otro sitio a donde ir.

Suspiré. Safa tenía razón; ya no éramos dueñas de nuestras vidas.

—Pensaba que Gordiyé nos invitaría a compartir la comida con ellos otra vez —comenté.

Mi madre me miró compasiva.

—Oh, hija a la que amo más que a nadie, una familia como ésta es muy suya.

—Pero nosotros formamos parte de ella.

—Sí, y si hubiéramos venido de visita con tu padre, portando regalos y buena fortuna, todo habría sido distinto —declaró—. Pero como parientes pobres de la segunda esposa de tu abuelo, no somos recibidas de la misma manera.

Sintiéndome más cansada que nunca, cerré los ojos y caí en un profundo sueño. Me pareció que habían pasado apenas unos instantes cuando la cocinera llamó a nuestra puerta pidiendo ayuda. La familia se despertaría pronto, dijo, y querían tomar café, fruta fresca y dulces.

—¡Qué vida más regalada! —musité, pero mi madre permaneció en silencio.

Estaba dormida, con la frente fruncida en un gesto de preocupación. No quise despertarla, de modo que dije a la cocinera que yo me ocuparía del trabajo de las dos.

Un par de veces al año, el Gran Bazar de Isfahán se cerraba a los hombres y las damas del harén real salían a comprar con toda libertad. Los mercaderes enviaban a sus esposas e hijas para que atendieran el negocio durante tres días, de manera que

todas las mujeres, fueran compradoras o vendedoras, podían pasear por el bazar sin el pesado chador.

Gostaham tenía un pequeño puesto donde exponía unas cuantas alfombras, no tanto para venderlas como para recordar al público que aceptaba encargos especiales. Siempre mostraba sus obras más elegantes los días destinados a las mujeres, dado que ellas solían procurarle los pedidos más lucrativos y le permitían afirmar sus contactos dentro del harén.

Habitualmente Gostaham enviaba a su hija mayor a atender la tienda durante la visita de las damas del harén, pero en aquella ocasión Mehrbanu enfermó la noche anterior. Gordiyé ocupó su lugar y yo rogué a Gostaham que me permitiera acompañarla. Había oído historias sobre las concubinas del sah, que procedían de todas las regiones del país, como si se tratara de flores para ornato de su palacio. Quería ver lo hermosas que eran y admirar sus ropajes de seda. Tuve que prometer que permanecería callada como un ratón mientras Gordiyé realizara las ventas.

El primer día de la visita del harén nos dirigimos hacia la Imagen del Mundo poco antes del amanecer. La vasta plaza, normalmente poblada de vendedores de frutos secos, buhoneros, músicos y acróbatas, era ahora terreno exclusivo de mujeres y palomas. A todos los hombres se les había ordenado que se mantuvieran alejados so pena de muerte, para que no vieran a las mujeres descubiertas. La plaza vacía parecía aún más grande. Me pregunté cómo iría el sah desde su palacio a su mezquita privada, que estaba en el otro lado de la plaza. Parecía un trecho muy largo para que lo hiciera andando tan alto dignatario.

—¿Cómo va el sah a la mezquita? —pregunté a Gordiyé.

—¿No lo adivinas? —dijo ella, señalando el suelo. Me pareció que no había nada de particular en él, y tuve que pensarlo un momento.

—¿Por un pasadizo subterráneo? —pregunté con incredulidad, y ella asintió sin pronunciar palabra. Era tal la inventiva de los ingenieros del sah que habían pensado en todas sus comodidades.

Cuando salió el sol, los fornidos guardias del bazar abrieron sus puertas y nos permitieron entrar. Esperamos cerca de allí hasta que las mujeres del harén llegaron en una comitiva de caballos suntuosamente enjaezados. Iban completamente tapadas, sujetándose las riendas con una mano y el chador con la otra. De hecho, no se quitaron estos ropajes ni los *piché*, desechándolos con alegría y frivolidad, hasta que desaparecieron todos los caballos y los jinetes. Vivían en palacios que apenas se encontraban a unos minutos andando, pero a aquellas damas no se les permitía caminar.

En el bazar había miles de tiendas para satisfacer todos los deseos: alfombras, joyas de oro, telas de seda y algodón, bordados, zapatos, perfumes, arreos, artículos de cuero, libros y papel, y en días normales, toda clase de alimentos. Sólo los doscientos fabricantes de babuchas mantendrían ocupadas a las mujeres durante un buen rato. Aunque oíamos su charla y sus risas, no hablamos con ninguna de ellas

hasta el final del día.

Yo imaginaba que todas las mujeres del harén serían auténticas bellezas, pero me equivocaba. Las cuatro esposas del sah se encontraban en la quinta o sexta década de su vida. Muchas de las cortesanas llevaban años en el harén y ya no eran hermosas. Y la mayoría ni siquiera tenía curvas generosas. Sin embargo, vi a una joven muy hermosa que me llamó la atención porque nunca había visto un cabello como el suyo, del color del ocaso llameante. Parecía perdida entre sus compañeras y advertí que no hablaba nuestro idioma. La compadecí, pues seguramente era parte de un botín de guerra.

—¡Mira! —dijo Gordiyé con tono de reverencial respeto—. ¡Ahí está Yamilé!

Era la favorita del sah. Unos abundantes rizos negros rodeaban su cara blanca y diminuta en la que los labios destacaban como un capullo de rosa. Llevaba una camisa de encaje abierta desde la garganta hasta el ombligo, que mostraba la curva de sus senos. Por encima se había puesto un vestido de seda de manga larga de un brillante color azafrán. Y para terminar, una holgada túnica de seda roja cuyo cuello abierto revelaba un estampado dorado de cachemira. Se había atado un ancho fajín de color azafrán alrededor de las caderas, que mecía al andar. En torno a la frente llevaba un aro de oro con colgantes de perlas y rubíes, que se agitaban cuando movía la cabeza.

—Es el vivo retrato de una joven a la que el sah amó en su juventud —dijo Gordiyé—. Dicen que se pasa los días haciendo preguntas a las mujeres mayores del harén sobre su predecesora muerta.

—¿Por qué?

—Para ganarse el favor del sah. Se pellizca las mejillas a cada momento, porque las de la otra joven eran siempre como dos rosas.

Cuando Yamilé llegó a nuestra tienda con su séquito, Gordiyé estaba más nerviosa que un gato. Se inclinó prácticamente hasta el suelo e invitó a las señoras a beber algo. Yo me apresuré a ir en busca de café caliente, porque no quería perderme nada. Cuando regresé, una Yamilé de pálidas mejillas levantaba la esquina de cada alfombra con el dedo índice para examinar los nudos.

Después de servirle el café, se sentó y explicó que estaba cambiando la decoración de su sala de estar en el harén. Necesitaría doce cojines nuevos para apoyarse contra la pared, cada uno tan largo como mi brazo y tejido en lana y seda.

—Para que él esté cómodo —añadió con elocuente expresión.

Encargar unos almohadones a Gostaham era como pagar a un arquitecto para construir un cobertizo, pero Yamilé sólo aceptaba lo mejor de lo mejor. De sus labios brotaron con fluidez los halagos sobre las alfombras del maestro: «La luz del taller del sah, sin la menor duda.»

Gordiyé, que debería haber sido inmune a tales halagos, se derritió tan rápidamente como un bloque de hielo al sol. Cuando las dos mujeres empezaron a regatear, comprendí que había perdido la partida. Ya el primer precio que dio por el

encargo era demasiado bajo. Calculé que una persona tendría que trabajar tres meses para tejer aquellos cojines, sin contar el trabajo del diseño. Pero cada vez que Yamilé arqueaba sus elegantes cejas o se pellizcaba las blancas mejillas, Gordiyé reducía el precio o hacía una nueva concesión.

Sí, se harían algunos nudos de hilo de plata. No, los cojines no se parecerían en nada a los que había encargado su predecesora. Sí, estarían listos en tres meses. Cuando terminó el regateo, los ojos de Yamilé tenían un brillo de astucia, y por un momento dio la impresión de ser de nuevo la joven aldeana de otros tiempos. Seguro que todas las damas del harén se reirían con ganas cuando ella les contara el magnífico trato que había conseguido ese día.

Uno de los eunucos que acompañaban a Yamilé escribió dos copias del acuerdo y estampó en ellas el intrincado sello de cera del sah. El trato quedó cerrado.

Cuando cayó la noche, regresamos a casa y Gordiyé se fue directamente a la cama, aduciendo que le dolía la cabeza. En todas las estancias reinaba un extraño silencio, como si aguardaran una catástrofe. Y, en efecto, cuando Gostaham volvió a casa y leyó el acuerdo, fue a la habitación de su esposa y le reprochó a gritos que arruinara su negocio.

Al día siguiente, la mujer se vengó quedándose en cama y dejándolo a él a cargo de la casa y las visitas. Desesperado, Gostaham envió a mi madre a encargarse del puesto y yo la acompañé. No podía haber elegido mejor, pues mi madre conocía el valor de cada nudo. Fue toda una sorpresa para las mujeres más jóvenes del harén, que disponían de menos dinero y se habían enterado del ventajoso trato obtenido por Yamilé. Durante todo el día, mi madre regateó duramente con aquellas mujeres, que se quejaron de los altos precios, pero aun así aceptaron pagarlos porque también ellas querían alfombras como las de la favorita del sah.

Por la noche, cuando Gostaham vio los tratos obtenidos por mi madre, alabó su habilidad comercial.

—Has conseguido buenos beneficios a pesar de las artimañas de Yamilé —dijo—. ¿Qué puedo ofrecerte como recompensa por tu esfuerzo?

Mi madre pidió un par de zapatos nuevos, pues los que llevaba estaban reventados tras el viaje por el desierto.

—Dos pares de zapatos nuevos, pues, uno para cada una —prometió él.

Yo esperaba tener la oportunidad de pedir a Gostaham lo que realmente deseaba, y me pareció el momento idóneo.

—Te agradezco mucho los zapatos —intervine—, pero preferiría que me llevaras a ver el taller de alfombras.

Él pareció sorprendido.

—No creía que ninguna muchacha pudiera resistirse a unos zapatos, pero de acuerdo: te llevaré cuando el bazar vuelva a la normalidad.

Esa noche, mi madre y yo nos acostamos jubilosas. Mientras extendíamos las mantas, cuchicheábamos sobre las peculiaridades de la casa en que nos tocaba vivir.

—Ahora entiendo por qué Gordiyé usa las hojas de té dos veces —dijo mi madre.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque no sabe llevar la casa. Se le escapan las riendas en alguna que otra situación y luego intenta compensarlo.

—Tendrá que reutilizar muchas hojas de té para compensar las pérdidas por los cojines de Yamilé —observé—. Qué mujer tan extraña.

—Extraña no es la palabra. Tendremos que demostrar a Gordiyé que sabemos trabajar y no somos despilfarradoras. Al fin y al cabo, Gostaham no ha dicho cuánto tiempo podemos quedarnos.

—¡Pero ellos tienen mucho!

—Sí —admitió mi madre—, pero ¡qué importa eso si tienes siete gallinas en el gallinero y te comportas como si sólo tuvieras una!

Mis padres siempre habían defendido el punto de vista opuesto. «Alá proveerá», solía decir mi padre. Puede que fuera igualmente engañoso, pero era un modo de vivir mucho más agradable.

Unas semanas más tarde, después de cubrirme con el *piché* y el chador, Gostaham y yo salimos de casa en dirección a su taller, cerca de la Imagen del Mundo. El día era apacible y en el barrio de los Cuatro Jardines empezaban a notarse los primeros signos de la primavera. Los árboles echaban sus primeras hojas y en los jardines florecían los jacintos violetas y blancos. Sólo faltaba una semana para el Año Nuevo, que se celebraría en el equinoccio de primavera, a las cinco y veintidós minutos de la mañana, en el momento preciso en que el sol cruzara el ecuador celeste.

Gostaham aguardaba con impaciencia el Año Nuevo, porque sus trabajadores y él se tomarían dos semanas de vacaciones. Empezó a hablarme de sus proyectos.

—Ahora mismo estamos trabajando en una alfombra que tiene setenta nudos por ray —dijo con orgullo.

Me detuve tan repentinamente que un conductor de mulas con un cargamento de cacharros de hojalata me gritó que me apartara. Un ray medía aproximadamente lo mismo que mi dedo corazón. Mis alfombras podían tener hasta treinta nudos por ray, pero no más. Me costaba imaginar que existiera una lana tan fina como para obtener tantos nudos, o dedos tan ágiles como para hacerlos.

Gostaham rió al ver mi asombro.

—Y algunas son más finas incluso —añadió.

El taller de alfombras real se encontraba en un espacioso edificio cerca del Gran Bazar y del palacio del sah. La sala principal era amplia, de techo alto y muy luminosa. En cada telar había dos, cuatro o incluso ocho trabajadores, y muchas de las alfombras que se estaban tejiendo eran tan largas que tenían que enrollarse al pie del telar para poder seguir trabajando en ellas.

Los hombres parecieron sorprenderse de ver a una mujer en el taller, pero al

constatar que acompañaba a Gostaham desviaron la mirada. Casi todos eran menudos —es bien sabido que los mejores tejedores lo son—, pero tenían las manos más grandes que yo, y aun así conseguían nudos que apenas se veían. Me pregunté si algún día sería capaz de hacerlos aún más pequeños.

El dibujo de la primera alfombra que observamos me recordó los Cuatro Jardines, el barrio cercano al hogar de Gostaham. Representaba cuatro vergeles cuadrados divididos por canales de agua en los que crecían rosas, tulipanes, azucenas y violetas tan hermosos como los de verdad. Un único melocotonero de blancas flores dominaba las cuatro secciones, dando vida a otras tantas almácigas. Era como contemplar la naturaleza misma, alimentando y renovando su propia belleza.

En el siguiente telar donde nos detuvimos, el diseño de la alfombra era tan abigarrado que al principio mis ojos no lograron interpretarlo. El motivo más visible era un disco rojo con rayos de los que surgían diminutas flores de color añil y turquesa perfiladas de blanco. De manera increíble, los tejedores habían hecho una capa aparte de enredaderas y otra capa simultánea de arabescos delicados como un soplo de aire. A pesar de la complejidad de los motivos, éstos no interferían entre sí, y la alfombra parecía tener vida propia.

—¿Cómo consiguen hacerla tan fina? —pregunté.

Gostaham rió amablemente.

—Toca una madeja —indicó.

Me puse de puntillas para alcanzar la bola azul celeste que colgaba de lo alto del telar. El hilo era más suave y fino que la lana que yo usaba en casa.

—¿Es seda? —pregunté.

—Sí.

—¿De dónde procede?

—Hace mucho tiempo, un par de monjes cristianos que querían granjearse el favor de nuestros conquistadores mongoles introdujeron unos cuantos capullos de contrabando en Irán. Ahora es el producto que más exportamos; incluso vendemos más que los chinos —explicó con una risita.

Iraj, el encargado de la alfombra con el sol rojo, llamó a los trabajadores. Cuando estuvieron instalados en sus cojines, se acuclilló tras el telar y empezó a recitar la secuencia de colores que se necesitaban para una flor blanca y azul. La alfombra era simétrica, por lo que los tejedores trabajaban en flores similares pero en extremos opuestos del telar. Cada vez que Iraj anunciaba un cambio de color, dos pares de manos alcanzaban la seda simultáneamente y hacían el nudo. Con la mano derecha los hombres sujetaban un cuchillo que usaban para cortar el hilo de la madeja, una vez hecho el nudo.

—Abdulá —dijo Iraj bruscamente—, vuelve atrás. Te has saltado el cambio a blanco.

El trabajador soltó un reniego y cortó unos cuantos nudos con el cuchillo. Sus compañeros se desperezaron mientras él corregía el error. Luego el sonsonete volvió

a empezar y los tejedores prosiguieron con su labor.

De vez en cuando, el encargado consultaba unas hojas de papel.

—¿Por qué tienen el diseño por escrito en lugar de aprendérselo de memoria? — pregunté.

—Porque es una guía exacta de dónde ha de aparecer cada nudo y cada color — contestó mi guía—. El resultado está tan cerca de la perfección como le es posible a un ser humano.

En mi aldea, yo siempre tejía los motivos de cabeza, inventando pequeños detalles a medida que iba avanzando. Estaba acostumbrada a considerarme una buena tejedora, aunque mis alfombras no fueran absolutamente simétricas y a menudo las formas curvas de pájaros, animales o flores parecieran más cuadradas que redondas. Pero al contemplar la obra de los auténticos maestros, deseé aprender todo lo que ellos sabían.

Antes de regresar a casa, Gostaham decidió comprobar qué tal iban las ventas en el bazar. Recorrimos las sinuosas callejas del mercado, pasando por delante de *hammams*, mezquitas, caravasares, escuelas, pozos y tiendas donde se ofrecía todo aquello que el hombre hubiera fabricado o utilizado alguna vez. Los olores que flotaban en el ambiente me indicaban qué sección atravesábamos. Las distintas fragancias cosquilleaban la nariz, sobre todo a canela, al intenso aroma de cuero que usaban los fabricantes de babuchas, a la sangre de corderos recién degollados del mercado de carne, a la frescura de las flores que pronto se destilarían en esencias.

—Llevo veinte años trabajando aquí —me dijo un mercader de alfombras—, y aún hay partes del bazar en las que jamás he puesto los pies.

No dudé de sus palabras.

Cuando Gostaham recogió los encargos de su puesto, fuimos a ver las alfombras de otros mercaderes. De pronto me fijé en una que me suscitó una exclamación.

—¡Mira! —señalé—. ¡Ésa es la alfombra de la que hablaba mi madre, la que le vendí al mercader!

La pieza colgaba a la entrada de una tienda. Gostaham se acercó y la palpó con dedos expertos.

—Los nudos están apretados y bien hechos —ponderó—. Es un buen trabajo, aunque se notan sus raíces campesinas.

—El motivo es un poco desigual —admití. Sus defectos me parecían evidentes ahora que había visto trabajos mejores.

Gostaham contempló el diseño con detenimiento.

—¿En qué estabas pensando cuando elegiste los colores? —preguntó.

—Quería que se saliera de lo corriente —contesté—. En general las alfombras de mi aldea sólo tienen tonos marrones, además de rojo y blanco.

—Entiendo —asintió él, y su expresión me hizo temer que no hubiera elegido acertadamente.

Gostaham preguntó el precio al mercader. Al oír su respuesta, me quedé muda

unos instantes.

—¿Qué ocurre?

—Es carísimo, es como si me pidieran la sangre de mi padre —protesté airadamente—. Si nos hubieran pagado tanto, posiblemente habríamos podido quedarnos en la aldea.

Gostaham meneó la cabeza con tristeza.

—Merecías mucho más.

—Gracias —dije—, pero ahora que he visto tu taller, sé que me falta mucho por aprender.

—Aún eres muy joven —replicó.

En ese momento me ruboricé, pues sabía exactamente lo que quería y esperaba que él lo captara.

—¿Me enseñarás? —pedí.

—¿Qué más quieres saber? —preguntó Gostaham, sorprendido.

—Todo. Cómo consigues motivos tan hermosos y les das color como si fueran imágenes del cielo.

Gostaham reflexionó unos instantes.

—No he tenido ningún hijo varón a quien enseñar mi oficio —dijo—. Ninguna de mis hijas necesitó aprenderlo. ¡Qué lástima que no seas chico! Tienes la edad adecuada para ser aprendiz en el taller.

Yo ya sabía que no tenía la menor posibilidad de trabajar entre aquellos hombres.

—Tal vez podría ayudarte con tu trabajo en casa... si consideras que soy lo bastante hábil —propuse.

—Ya veremos.

Su respuesta no fue tan alentadora como yo esperaba. Él también había rogado a su maestro que le enseñara, pero parecía haberlo olvidado.

—¿Puedo ver cómo diseñas los cojines de Yamilé? —pregunté—. Te prometo que ni siquiera te darás cuenta de mi presencia. Te llevaré el café cuando estés cansado y te ayudaré en todo lo que pueda.

Al sonreír, el rostro de Gostaham se suavizó y sus amables ojos parecieron aún más caídos.

—Si realmente quieres hacerlo, primero has de preguntar a Gordiyé si tus tareas domésticas van a dejarte tiempo libre —contestó—. Y no te sientas mal por lo de tu alfombra. Los precios son mucho más altos en la ciudad. Además, ten en cuenta que si piden un precio tan alto y la exponen de esa manera es por lo mucho que la valoran.

Sus palabras me animaron y de pronto se me ocurrió una idea. Podía hacer otra alfombra para venderla, y quizá así conseguiría todo el dinero que se había embolsado Hassan.

Aquella tarde encontré a Gordiyé en sus habitaciones, examinando unos rollos de seda que le había llevado un mercader. Éste jamás la había visto, por supuesto; le entregaba las telas por medio de los criados y aguardaba en el *biruni* a que ella eligiera.

Los dedos de Gordiyé se habían detenido en un rollo de tela con un motivo de hojas otoñales en tonos rojizos y ocres.

—¡Mira esto! —dijo—. ¿No quedaría perfecta en una bonita túnica larga para cuando refresque?

Yo, que aún iba de luto, sólo podía imaginar cómo me sentiría llevando algo tan precioso. Tras admirar la gruesa seda, le hablé de mi visita al taller y le pregunté si me permitiría observar a Gostaham cuando él trabajara en casa. Después de haber visto cómo se derretía con los halagos de Yamilé, salpiqué mi petición de frases admirativas sobre la maestría de Gostaham en el arte de tejer alfombras.

—¿Por qué quieres perder el tiempo de esa manera? —preguntó Gordiyé, dejando a un lado la seda con reticencia—. Jamás se te permitirá aprender en un taller lleno de hombres, y tampoco podrías realizar tan excelente trabajo sin un ejército de especialistas.

—Aun así quiero aprender —me obstiné, notando que tenía los dientes apretados. Mi madre decía siempre que cuando no me salía con la mía parecía una mula.

La mujer dudaba. Recordando las palabras de mi madre unas cuantas noches antes, me apresuré a añadir:

—Tal vez algún día seré lo bastante hábil para ayudar a Gostaham con pequeñas tareas para sus encargos. De ese modo aliviaré un tanto la carga que supone para él y para tu casa.

Esa idea pareció complacerla, pero aún no estaba dispuesta a ceder.

—Siempre hay más trabajo que manos en la cocina —objetó.

Yo tenía la respuesta a punto.

—Prometo hacer todo lo que me mande la cocinera, como ahora. Seguiré ayudando igual.

Ella devolvió su atención a las sedas.

—En ese caso —dijo—, dado que mi marido ha dado su aprobación, puedes aprender de él, pero sólo si cumples con tus deberes.

Me sentí tan contenta que prometí trabajar más de lo normal, aunque ya estaba tan atareada como cualquier doncella.

Durante la semana siguiente me afané muchas horas junto a mi madre, Shamsi, Zohré y la cocinera para preparar la fiesta del Año Nuevo. Fregamos la casa de arriba abajo y aireamos todas las mantas, levantando las camas para limpiar y pulir el suelo. Llenamos la casa con jarrones de flores y montañas de frutos secos, frutas y pasteles. Limpiamos tantas verduras como las que crecían en todo un huerto para el tradicional

plato de Año Nuevo hecho de pescado blanco asado con menta, cilantro y perejil.

El día de Año Nuevo, el ruido de los criados nos despertó a mi madre y a mí en medio de la noche. A las cinco y veintidós minutos de la mañana nos besamos en las mejillas y lo celebramos con café y pasteles de agua de rosas. Gostaham y Gordiyé entregaron monedas de oro a sus hijas y ofrecieron una pequeña gratificación a los miembros del servicio doméstico. Yo di las gracias a Alá por habernos permitido sobrevivir el último año y guiarnos a una casa donde podía aprender tantas cosas.

El taller que Gostaham tenía en casa se encontraba en el *biruni*. Era una habitación sencilla con alfombras y cojines en el suelo y nichos en la pared para papel, tinta, plumas y libros. Dibujaba sus motivos sentado en un cojín con las piernas cruzadas y una tabla de madera sobre el regazo. Me reuní con él por primera vez el día que diseñaba los almohadones de Yamilé y observé cómo dibujaba un jarrón de tulipanes parcialmente rodeado por una guirnalda. Me maravilló lo naturales que parecían sus diseños y lo de prisa que surgían de su pluma.

Gostaham decidió que los pétalos serían amarillos y rosas, con hojas de un verde claro sobre un fondo negro. El perfil de las flores se haría con hilo de plata, tal como había prometido Gordiyé. Cuando comenté la rapidez con que diseñaba los cojines, se limitó a decir:

—Este encargo me ha costado ya más de lo que vale.

Al día siguiente desdobló una hoja de papel en la que uno de sus ayudantes había trazado una cuadrícula. Con gran cuidado, dibujó sobre ella el motivo de tulipanes con tinta negra y lo pintó con acuarelas. La cuadrícula seguía visible bajo el motivo, dividiendo el dibujo en miles de diminutos cuadrados de color, cada uno de los cuales representaba un nudo. Con esta guía en la mano, el diseñador podía vocear los colores o el tejedor los leería por sí mismo, tal como un mapa orienta a los viajeros.

Cuando terminó, le rogué que me pusiera una tarea para practicar. Lo primero que me enseñó fue a dibujar una cuadrícula. Me llevé pluma y tinta a mi cuarto y practiqué en el suelo. Al principio tuve dificultades en controlar la cantidad de tinta. Sólo me salían borrones y manchas, y mis trazos irregulares se torcían. Pero no tardé en aprender a mojar la pluma correctamente, eliminar el exceso de tinta y trazar una línea limpia y recta, por lo general conteniendo el aliento. El trabajo era tedioso; una hoja de papel me llevó casi toda una tarde, y al levantarme tenía las piernas entumecidas y doloridas.

Cuando conseguí completar una cuadrícula correcta, Gostaham me recompensó regalándome una pluma. Estaba hecha de juncos de las marismas cercanas al mar Caspio. Aunque era casi tan ligera como una pluma de ave, para mí fue un regalo más valioso que el oro. A partir de entonces, Gostaham me encargó las cuadrículas que utilizaba para los motivos de sus encargos personales. También empecé a practicar mis habilidades para el dibujo con los esbozos de guirnaldas, hojas, flores de loto,

nubes y animales que me daba Gostaham para que copiara. Lo que más me gustaba era copiar los dibujos más intrincados, que parecían flores dentro de flores dentro de flores.

Más adelante, cuando adquirí seguridad, Gostaham me dio el motivo que había dibujado para los cojines de Yamilé y me indicó que lo copiara del revés, de modo que el ramo de tulipanes se inclinara hacia la derecha en lugar de la izquierda. A menudo las alfombras más grandes tenían motivos que primero se inclinaban hacia un lado y luego hacia el otro, de modo que el diseñador tenía que saber dibujarlo de las dos maneras. Todas las tardes, mientras los demás dormían, yo practicaba mis dibujos. Cantaba canciones populares de mi aldea mientras trabajaba, feliz de aprender algo nuevo.

Siempre que tenía tiempo, visitaba a Nahid. Nos estábamos haciendo muy amigas, ahora que no sólo compartíamos un secreto, sino dos.

Tras mi primera experiencia al ver escrito su nombre, le había pedido que me enseñara a escribir. Ella me daba clases en su estudio siempre que la visitaba. Si entraba alguien para hablar con nosotras, yo fingía estar dibujando. No era normal que una joven aldeana aprendiera a escribir.

Empezamos con la letra *alef*. Era sencilla, apenas tardé un segundo en trazarla.

—Es larga y alta como un minarete —explicó Nahid, que siempre pensaba en formas que me ayudaran a recordar las letras.

Alef. La primera letra de la palabra «Alá». El principio de todo.

Llené una hoja de trazos altos y rectos, mirando a Nahid de reojo. A veces curvaba un poco el trazo al final de la letra para indicar un sonido largo y grave en la garganta. Cuando mis esfuerzos merecieron la aprobación de Nahid, me enseñó la letra *bé*, que era curvada como un cuenco, con un punto debajo. Aquella letra era más difícil. Mis *bés* parecían infantiles y sin gracia comparadas con las suyas. Pero ella se dio por satisfecha con mis esfuerzos.

—Ahora escríbelas juntas, *alef* y *bé*, y tendrás la mayor bendición de nuestra tierra —dijo Nahid.

Lo hice y formé con los labios la palabra *ab*: «agua».

—Escribir es igual que hacer alfombras —comenté.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Nahid con un deje despectivo. Ella jamás había hecho una alfombra, por supuesto.

Dejé la pluma para explicarme.

—Las palabras se forman letra a letra, del mismo modo que las alfombras se confeccionan nudo a nudo. Si combinas diferentes letras, éstas forman diferentes palabras, y lo mismo ocurre cuando combinas los colores para crear distintos motivos.

—Pero la escritura procede de Dios —objetó mi amiga.

—Él nos dio las treinta y dos letras —repliqué, orgullosa de mis nuevos conocimientos—, pero ¿cómo explicas que nos diera más colores de los que podemos contar?

—Supongo que tienes razón —dijo Nahid, pero por su tono comprendí que para ella la escritura era superior a otras artes, igual que para la mayoría de la gente.

Respiró hondo y suspiró.

—Debería hacer mis ejercicios —se quejó. Su padre le había dado un libro de caligrafía que debía copiar antes de dibujar un león con la frase *Alá hu Akbar*. «Alá es grande»—. Pero ya no aguanto más sentada —añadió, paseando sus verdes ojos por la habitación—. Tengo demasiadas cosas en que pensar.

—¿No tendrá algo que ver con un apuesto jugador de polo?

—He averiguado su nombre: Iskandar —dijo Nahid, pronunciándolo con deleite.

—¿Y qué hay de su familia?

—No lo sé —respondió ella, desviando la mirada.

—¿Y sabe él quién eres tú? —pregunté, sintiéndome celosa.

Nahid esbozó su preciosa sonrisa.

—Creo que empieza a saberlo —contestó.

—¿Cómo?

—La semana pasada fui a la Imagen del Mundo con una amiga para ver el partido de polo. Iskandar marcó tantos puntos para su equipo que los espectadores estaban entusiasmados. Después del partido, me acerqué a donde felicitaban a los jugadores y fingí conversar con mi amiga hasta que me aseguré de que se fijaba en nosotras. Entonces me subí el *piché* como si necesitara ajustármelo y le mostré el rostro.

—¡No puede ser!

—Sí —dijo Nahid, triunfante—. Él se quedó mirándome y fue como si su corazón se hubiera convertido en pájaro y hallado el lugar idóneo para anidar. No podía dejar de mirarme, incluso después de que volví a cubrirme.

—Pero ahora, ¿cómo va a encontrarte?

—Tendré que seguir yendo a los partidos hasta que sepa quién soy.

—Ve con cuidado —la advertí.

Nahid me miró con los ojos un poco entornados, como si no estuviera segura de confiar en mí.

—Tú no se lo dirías a nadie, ¿verdad?

—Por supuesto que no, ¡soy tu amiga!

Nahid no parecía convencida. De pronto, dio media vuelta y llamó a un criado, que no tardó en presentarse con un refrigerio. Nahid me ofreció una taza de café y una bandeja de dátiles. Dado que habría sido una descortesía no aceptar, elegí un dátil pequeño y me lo llevé a la boca. Tuve que hacer un gran esfuerzo para no esbozar una mueca infantil de repugnancia. Me lo tragué rápidamente y expulsé el hueso.

Nahid me miraba atentamente.

—¿Estaba bueno?

Una frase tónica acudió a mis labios: «Tu hospitalidad avergüenza a tu humilde servidora», pero no pasó de ahí. Cambié de posición en el cojín y bebí un buen sorbo de café, mientras pensaba en qué decir.

—Estaba amargo —comenté al fin.

Nahid rió con tantas ganas que su esbelta figura se agitó como un ciprés azotado por el viento.

—¡Eres de lo que no hay! —exclamó.

—¿Qué otra cosa podía decir, sino la verdad? —pregunté.

—Ni te lo imaginas —contestó—. Ayer serví los mismos dátiles a unas amigas mías, incluida la que me acompañó al partido de polo. Se comió uno y dijo: «Los dátiles del paraíso deben de ser como éstos», y otra añadió: «Pero éstos son más dulces.» Probé uno cuando se fueron y descubrí la verdad. —Suspiró—. Estoy harta de tanto *taarof* —murmuró—. Ojalá la gente fuera más sincera.

—La gente de mi aldea tenía fama de ser muy franca —comenté, pues no se me ocurría qué más decir.

—Ése es uno de los rasgos que me gustan de ti.

Justo antes de que me levantara para marcharme, Nahid me preguntó si podía hacerle un favor especial.

—Es sobre los partidos de polo —indicó—. Mi amiga tiene miedo de volver a acompañarme. ¿Vendrías tú en su lugar?

Imaginé que los partidos estarían llenos de hombres jóvenes que se juntarían en grupos para animar a sus equipos favoritos. Aunque yo era nueva en la ciudad, sabía que no era un lugar adecuado para que fuera una joven casadera sola.

—¿No te preocupa lo que pensarían tus padres si se enteraran?

—No lo entiendes; tengo que ir —replicó con una mirada suplicante.

—Pero ¿cómo evitaremos que se enteren nuestras familias?

—Yo diré que voy a visitarte a ti, y tú dirás a tu familia que vienes a visitarme a mí. Llevaremos chador y *piché*, así que nadie nos reconocerá cuando salgamos.

—No sé —vacilé.

Una expresión de desdén pasó por la mirada de Nahid, y pensé que debía de considerarme una persona pobre de espíritu. No quería que tuviera aquella opinión de mí, de modo que accedí a acompañarla y ayudarla a atraer a su amado.

Me había sorprendido la audacia de Nahid al mostrar su rostro al hombre al que admiraba. Sin embargo, apenas unos días más tarde yo misma me expuse ante un hombre al que jamás había visto. Era un jueves por la tarde y yo regresaba del *hammam* con el pelo aún húmedo. En cuanto traspasé la alta y pesada puerta de la casa de Gostaham, me quité el chador, el *piché* y el pañuelo de la cabeza y sacudí la cabeza. No me fijé en que había un desconocido esperando a que Gostaham lo recibiera; el criado debía de haber ido a buscarlo. El hombre llevaba un turbante

multicolor con hilo de oro y una casaca larga de seda azul sobre una túnica naranja pálido. Percibí un leve olor a hierba y caballos.

—¡Ya, Alí! —exclamé, tal fue mi sobresalto.

El desconocido debería haber tenido la cortesía de apartar la vista, pero se quedó observando, disfrutando de mi sorpresa y turbación.

—¡Pero bueno, no se quede ahí mirando! —le espeté, y me refugié rápidamente en el *andaruni*, la parte de la casa en que las mujeres estaban a salvo de miradas masculinas. El hombre estalló en risas a mi espalda. ¿Quién era aquel individuo tan insolente? No había nadie cerca a quien preguntar. Pensando en averiguarlo, subí corriendo al segundo piso, que era poco más que un corredor para acceder al tejado. Lo usábamos para salir a tender la ropa. Al igual que el resto de las mujeres de la casa, había descubierto la existencia de un diminuto recoveco junto a la escalera, donde podía ocultarme para observar lo que ocurría en la Gran Sala. Las flores y enredaderas de yeso que adornaban las paredes formaban una celosía desde donde se podía ver y escuchar.

Al escudriñar el interior de la estancia, vi al desconocido de elegante indumentaria sentado en el lugar de honor, y oí que Gostaham le decía:

—... profundamente honrado por ser el instrumento de tus deseos.

Jamás le había oído hablar con tanto respeto a nadie, y sobre todo a un hombre mucho más joven que él. Esperaba no haber insultado a una persona importante. Miré al visitante con mayor detenimiento. Su esbelta figura, su elegante porte y su piel tostada por el sol sugerían que se trataba de un jinete entrenado. Sus cejas, espesas y enmarañadas, se unían sobre unos ojos en forma de media luna. La larga nariz se curvaba hacia los labios, que eran carnosos y muy rojos. Llevaba la barba muy corta. No era guapo, pero tenía la belleza poderosa de un leopardo. Mientras Gostaham hablaba, el visitante daba chupadas a su pipa de agua, entornando los ojos con deleite al inhalar el humo. Hasta mi escondite llegaba el aroma del tabaco dulce curado con fruta y me cosquilleaba la nariz.

El anfitrión hacía todo lo posible para que su huésped se sintiera cómodo, invitándolo a conversar sobre sus recientes viajes.

—La ciudad entera habla de las hazañas del ejército en el norte —dijo—. Me sentiría sumamente honrado si nos contaras lo sucedido.

El visitante relató que cien mil otomanos habían atacado con cañones la fortaleza que protegía la frontera noroeste del país. Ocultos en túneles, habían disparado los cañones contra sus puertas.

—Durante muchos días creímos que Alá había decidido inclinar la victoria del otro lado —añadió.

Saliendo de la fortaleza, el visitante había atravesado las líneas otomanas al mando de un grupo de hombres para ir en busca de víveres que les permitieran resistir el asedio. Al cabo de dos meses y medio, los otomanos habían empezado a sucumbir de hambre. Unos cuarenta mil soldados habían muerto cuando por fin su ejército

inició la retirada.

—Dentro de la fortaleza, también se empezaba a pasar hambre —prosiguió el desconocido—. Hacia el final, no comíamos más que pan hecho con harina infestada de gorgojos. Tras una campaña de seis meses, doy las gracias por poder comer pan caliente horneado en mi propia casa.

—Como le ocurriría a cualquier hombre —observó Gostaham.

El visitante hizo una pausa para inhalar el humo de la pipa de agua.

—Por supuesto, un hombre nunca sabe lo que ocurrirá en la batalla —dijo luego—. Tengo una hija de tres años a la que quiero más que a mi propia vida. Enfermó de cólera en mi ausencia, y se ha curado sólo por la gracia de Dios.

—*Alhamd Alá.*

—Como padre, estoy obligado a dar limosna para agradecer su curación.

—Es el deber de todo buen musulmán —convino Gostaham.

—La última vez que visité la Madraza de los Cuatro Jardines —explicó el visitante—, me fijé en que algunas alfombras estaban muy raídas. —Dio una chupada a la pipa y exhaló el humo lentamente, mientras Gostaham y yo esperábamos a que continuara—. Pero aunque la pieza esté destinada a mayor gloria de Alá, tengo una petición especial —prosiguió—. La alfombra se hará para dar las gracias por la recuperación de mi hija, y quiero que contenga talismanes para protegerla en el futuro.

—Con la gracia de Alá —dijo Gostaham—, tu hija se verá libre de enfermedades para siempre.

En aquel momento, oí que Gordiyé me llamaba, de modo que tuve que abandonar mi escondite. Esperaba que luego ella me contara más cosas. La encontré en el patio examinando la carga de pistachos de Kerman que Alí Asgar descargaba de los burros y llevaba a la despensa. Necesitaban un par de manos más.

—¿Quién es nuestro visitante? —pregunté.

—Fereidun, el hijo de un rico tratante de caballos —respondió ella—. No podríamos hacer nada mejor por nuestro futuro que llegar a su corazón.

—¿Es... muy rico? —pregunté, tratando de valorar hasta qué punto podía ser un hombre importante.

—Sí. Su padre cría en el norte algunos de los mejores corceles árabes del país. Antes era sólo un ganadero, pero ahora que todo el mundo quiere poseer un caballo de categoría, ha ganado muchísimo dinero.

Nadie en mi aldea tenía un caballo de categoría, pues cualquier jamelgo valía más de lo que la gente podía permitirse. Supuse que Gordiyé se refería a las familias más prósperas de Isfahán.

—La familia de Fereidun está comprando casas por todo el país, y todas necesitarán alfombras —añadió Gordiyé—. Si le complacemos, podríamos ganar una fortuna sólo con sus encargos.

Luego me ofreció unos pistachos mientras descargábamos los pesados sacos. Los

frutos estaban muy buenos, pero yo me sentía algo turbada. Me ocurría a menudo que hablaba de forma indiscreta. Ahora que estaba en la ciudad, tenía que aprender a refrenar la lengua, pues me costaba distinguir a un hombre poderoso de un criado.

Más tarde, Gordiyé me contó que Fereidun había encargado una alfombra y que había prometido pagar muy buen precio. Me sentí tan aliviada que me ofrecí a ayudar a Gostaham en todo lo que fuera posible. Para celebrar su buena suerte, la señora de la casa me excusó de la mayor parte de las tareas domésticas y fui a ver a Nahid.

Tras la visita de Fereidun, el maestro dejó de lado el resto de los encargos y empezó a trabajar en el nuevo diseño, y yo fui a su taller para observarlo dibujar. Esperaba que los motivos surgieran de su mano con tanta facilidad como en el caso de los cojines de Yamilé, pero era como si un demonio se hubiera apoderado de su pluma. Se pasó horas trabajando, pero al final le dio la vuelta a la hoja y volvió a comenzar. El nuevo dibujo le gustó tan poco como el primero, de modo que estrujó la hoja y la arrojó al otro lado de la habitación.

Las manos de Gostaham quedaron manchadas de tinta y pronto el suelo del taller estuvo cubierto de motivos desechados. Cuando un criado trató de limpiarlo todo, Gostaham bramó:

—¿Cómo voy a terminar mi trabajo si no dejáis de molestarme?

De vez en cuando se levantaba y revisaba las hojas descartadas en busca de inspiración.

La única razón por la que toleraba mi presencia era que yo mantenía un escrupuloso silencio. Cuando él necesitaba más papel, yo le preparaba una hoja del tamaño adecuado, y cuando se le acababa la tinta, me apresuraba a rellenar el frasco. Si parecía cansado, iba a buscarle café y dátiles para que recuperara las fuerzas.

Unos días más tarde, cuando Gordiyé vio aquel desorden, probó con una nueva táctica y se quejó de lo que costaba el papel.

—¡Mujer, fuera de aquí! —aulló el marido—. ¡Esta alfombra no es para un hombre cualquiera!

Mientras Gostaham estaba absorto en sus dibujos, pensé en los talismanes que Fereidun había solicitado para su alfombra. En mi aldea solíamos tejer toda clase de símbolos, como gallos para aumentar la fertilidad, o tijeras que servían de protección contra los malos espíritus. Pero los símbolos campesinos resultarían poco adecuados en la ciudad, y en cualquier caso, una alfombra destinada a un colegio religioso no podía mostrar criatura viviente alguna, excepto árboles, plantas y flores, para evitar el culto idólatra.

Una tarde, cuando Gostaham desechó una nueva hoja de papel y salió del taller hecho una furia, me llevé la mano al cuello y acaricié una joya que mi padre me había dado como protección contra el mal de ojo. Era un triángulo de plata con una cornalina sagrada en el centro, y a menudo la tocaba para sentir su bendición. Aunque sabía que no debía hacerlo, cogí la pluma y el papel de Gostaham y empecé a dibujar. En realidad no pensaba en nada, sólo disfrutaba de la sensación de la pluma

deslizándose sobre la hoja al tiempo que observaba cómo trazaba la forma de un triángulo con un círculo en el centro, idéntico al de mi collar. De la parte inferior del triángulo colgué delicados objetos con forma de cuentas, monedas y gemas.

Gostaham regresó al taller con aire cansado.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, al ver que yo mojaba su pluma en la tinta.

—Sólo me entretenía —me disculpé, y devolví la pluma a su soporte.

El rostro de Gostaham pareció aumentar de tamaño bajo el turbante, que parecía a punto de explotar.

—¡Tu padre es un perro! —gritó—. ¡Nadie toca mi pluma sin mi permiso!

Reclamó la pluma y la tinta con expresión iracunda. Yo me quedé quieta como un telar, temiendo que volviera a gritarme. Rápidamente volvió a concentrarse en el problema del diseño, pero su ceño fruncido me indicaba que no le satisfacía el resultado. Con un suspiro exasperado, se levantó y dio una vuelta por el taller, pasando cerca de mí. De repente cogió el papel que yo había utilizado, mascullando que sería mejor que aprovechara la otra cara. Entonces se quedó mirando fijamente mi dibujo.

—¿Qué es esto? —preguntó.

Me ruboricé, pero Gostaham volvió a acomodarse sobre su cojín.

—Es un talismán como el que pidió Fereidun —contesté.

Gostaham contempló mi obra un buen rato y yo me mantuve callada. Al poco, volvió a concentrarse en un nuevo diseño y su pluma pareció volar sobre el papel. Vi cómo transformaba mi tosco y sencillo bosquejo en un hermoso motivo. Dibujó formas triangulares de las que colgaban cuentas, monedas y gemas, conectándolo todo para que formara un delicado motivo escalonado. Las formas eran bellas y delicadas, tal como yo imaginaba a la hija de Fereidun.

Cuando terminó, Gostaham pareció complacido por primera vez en semanas.

—Buen trabajo con los esbozos —dijo, pero también detecté una chispa de ira en sus ojos—. Que quede bien claro que no debes volver a tocar mi pluma nunca más.

Sin levantar la vista de la alfombra, le rogué que me perdonara por mi atrevimiento. Más tarde le dije a mi madre que había contribuido al diseño, pero sin entrar en detalles, pues me habría recriminado mi imprudencia.

Poco tiempo después, Gostaham llevó el diseño a Fereidun para que lo aprobara. El cliente jamás había visto un motivo como aquél y quiso saber de dónde procedía. El maestro tenía suficiente confianza en su propia habilidad para admitir que un pariente lejano había contribuido al diseño de las gemas.

—¡Es tan delicado...! Igual que mi hija —aprobó Fereidun.

—En realidad —explicó Gostaham— está basado en las joyas de las mujeres del sur.

Fereidun imitó entonces el acento del sur. Gostaham rió y le dijo que así hablaba exactamente su sobrina, que estaba de visita en la casa. Al recordar las descaradas palabras que le había dirigido con ese mismo acento, comprendí que Fereidun sabría

exactamente quién era yo. Me consolé pensando que mi grosería no lo había ofendido, puesto que había aceptado el diseño.

Cuando llegamos a casa, Gostaham me alabó por mi colaboración y le dijo a mi madre que había sido una leal ayuda. Como recompensa, prometió llevarme a ver una alfombra muy especial que describió como una de las estrellas de la época.

El encargo de Fereidun era tan importante que Gostaham decidió que tiñeran la lana según sus instrucciones. Solía tratar con un tintorero llamado Yahanshá, que tenía una tienda a orillas del Río Eterno, y me permitió acompañarlo una mañana para ver cómo seleccionaba el añil, el color más codiciado, cuya receta está envuelta en el misterio.

Yahanshá tenía unas gruesas cejas blancas, barba también blanca y mejillas de tono subido. Nos saludó junto a sus calderos de metal, llenos de agua. Dado que los calderos estaban fríos, pensé que se habría olvidado de nuestra visita.

—¿Es su primera vez? —preguntó a Gostaham.

—Sí.

—Ah —dijo él, con una amplia sonrisa—. Acércate para mirar.

Humedeció unas cuantas madejas y las metió con cuidado en un caldero. El agua tenía un extraño color verdoso, y cuando miré la lana no parecía haber cambiado.

Nos sentamos en unos bancos mirando hacia el río. Mientras los hombres comentaban el aumento de precio de la lana de oveja, yo observaba a la gente que cruzaba el viejo puente Shahrestan, con sus gruesos pilares, construido varios siglos antes de que yo naciera. Más antiguas aún eran las montañas Zagros, semejantes a dagas, con sus afilados picos apuntando hacia el cielo como si quisieran hendirlo. Nadie había escalado jamás aquellas misteriosas cimas, ni siquiera los pastores.

Una ráfaga de viento rizó la superficie del río y amenazó con arrancarme el chador. Lo sujeté por las puntas y esperé con impaciencia a que Yahanshá añadiera el mágico añil, pero no parecía tener prisa. Tomamos té mientras él removía la lana lánguidamente.

Cerca había otro tintorero trabajando junto a unos calderos humeantes. Echó una bolsa de espuelas de caballero secas, que revolotearon hasta caer en el líquido y crearon un brillante torbellino amarillo. Luego echó las madejas de lana blanca, que absorbieron el tinte y adquirieron el color del sol.

Yo quería acercarme para verlo mejor, pero Yahanshá me tendió una larga herramienta.

—Saca una madeja —indicó.

Hundí la herramienta en su caldero y la agité hasta que conseguí pescar una, que levanté en alto. Se había vuelto de un soso tono verde, como los charcos que deja un caballo enfermo. Me volví hacia Yahanshá, desconcertada.

—¿No vas a añadir el índigo? —pregunté.

Él se echó a reír, y Gostaham lo imitó mientras yo seguía sujetando la madeja, que goteaba. Por mi parte, no me explicaba el motivo de tanto regocijo.

—No pierdas de vista la lana —dijo el maestro.

No sé por qué, la madeja no tenía el mismo tono verdoso de antes. Parpadeé, sintiéndome como uno de esos cansados viajeros que imaginan ver un oasis en el desierto. Sin embargo, nada cambió al parpadear. La madeja tenía ahora un suave tono esmeralda, y al cabo de unos instantes cambió a un verde intenso similar al de las primeras hojas de la primavera, que se hizo más oscuro, de un verde azulado quizá como el del mar Caspio, y a continuación se oscureció más aún, como el color del fondo de un lago. Arrojé la herramienta hacia Yahanshá y exclamé:

—¡Que Alá nos proteja de los trucos de *yinn*! El tintorero rió de nuevo.

—No te preocupes, es sólo un truco de los hombres.

La madeja había adquirido un tono azul tan intenso que alegraba mis ojos con sus infinitas posibilidades. La contemplé, asombrada y luego pedí:

—¡Otra vez!

Yahanshá me permitió sacar otra madeja y observar su transformación a través de un sinfín de verdes y azules, hasta que adquirió el intenso color del lapislázuli.

—¿Cómo? —pregunté atónita.

Pero Yahanshá se limitó a sonreír.

—Ha sido un secreto familiar desde hace poco más de mil años —dijo—, desde que el profeta Mahoma condujo a sus seguidores a Medina, cuna de mis antepasados.

Gostaham quería que la lana tuviera un tono levemente más oscuro, de modo que Yahanshá la sumergió de nuevo hasta que el cliente quedó satisfecho. Luego cortó una hebra para el maestro y se guardó el resto, para que ambos pudieran verificar el color del pedido.

Cuando llegamos a casa, apenas me había quitado el chador y ya estaba preguntando a mi benefactor en qué más podía ayudarlo.

Él pareció sorprendido.

—¿No quieres descansar?

—Ni hablar —contesté, pues la visión de la magia del añil me había vuelto impaciente.

Gostaham sonrió y me puso a trabajar en una nueva cuadrícula.

A partir de entonces, cuanto más le rogaba que me permitiera ayudarlo, más me quería él a su lado. Siempre había algo que hacer: cuadrículas que dibujar, colores que mezclar, papel que medir. Al poco tiempo me permitió copiar las partes más sencillas de sus diseños en la cuadrícula principal. A veces me sacaba incluso de mis tareas en la cocina. Yo saboreaba aquellos momentos, pues detestaba las largas horas que pasaba limpiando y troceando. Cuando él me hacía una seña, me apresuraba a abandonar el cuchillo o el almirez para acudir a su lado agradecida. Los otros criados murmuraban indignados a mis espaldas, sobre todo la cocinera, que preguntaba sarcásticamente si los ciervos y onagros que aprendía a dibujar me llenarían el

estómago en la cena. A Gordiyé tampoco le gustaba. «Con tantas bocas que alimentar, todo el mundo tiene que echar una mano», dijo una vez, pero Gostaham prescindió de su comentario. Con mi ayuda, empezaba a terminar sus encargos más deprisa, y creo que disfrutaba con mi compañía durante las largas horas que dedicaba al diseño, pues no habría podido encontrar a nadie más entusiasta que yo.

Para mi madre, la vida en Isfahán no era tan fácil. Seguía en la cocina, a merced de la señora de la casa, y tenía que terminar las labores que yo dejaba a medias. Gordiyé siempre corregía su trabajo, como si despreciara nuestras costumbres campesinas. Supongo que percibía la resistencia de mi madre y que trataba de romperla. El arroz tenía que ser lavado seis veces, ni una más ni una menos, para eliminar el almidón; había que cortar los rábanos a lo largo en lugar de abrirlos; las galletas de garbanzos se hacían con más trozos de pistachos por fuera; en cambio, para el delicioso *sharbat* había que usar menos fruta y más agua de rosas. Mi madre, que había llevado su casa desde que tenía mi edad, recibía órdenes como si fuera una chiquilla.

Un día, durante el descanso de la tarde, mi madre irrumpió en nuestra habitación tan furiosa que noté el calor que desprendía su piel.

—Ay, *joda* —dijo, apelando a la compasión de Alá—. ¡No lo aguanto más!

—¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

—No le gustaban las pastas que he hecho —contestó—. ¡Quería cuadrados, no óvalos! He tenido que tirar toda la masa a los perros y empezar de nuevo.

Semejante despilfarro habría sido inconcebible en mi aldea, pero Gordiyé exigía perfección.

—Lo lamento —dije, sintiéndome culpable. Yo me había pasado el día con Gostaham, y mi trabajo había sido agradable y ligero.

—No es sólo por las pastas. Estoy harta de ser una criada. ¡Si tu padre viviera, estaríamos en nuestra casa, haciendo las cosas a nuestra manera!

Traté de consolarla, pues a mí me encantaba todo lo que estaba aprendiendo.

—Por lo menos ahora comemos bien y no tememos morir de hambre.

—A menos que ella nos eche.

—¿Por qué iba a hacerlo?

Mi madre resopló, exasperada.

—No tienes ni idea de lo mucho que le gustaría a Gordiyé librarse de nosotras.

Yo pensé que exageraba.

—¡Con todo lo que trabajamos!

Mi madre se quitó los zapatos y se echó en el jergón. Tenía los pies enrojecidos de estar tanto rato de pie preparando la masa de las pastas.

—¡Oh, cómo me duelen! —gimió.

Me levanté y le puse un cojín debajo de los talones.

—A sus ojos, estamos esquilmando su casa, pero no somos criados contratados a los que pueda echar cuando quiera. Hoy me ha dicho que docenas de mujeres de

Isfahán darían los ojos por trabajar en su cocina. Mujeres jóvenes capaces de ocuparse de todo lo necesario sin quejarse, y no muchachitas que pierden un tiempo valioso en aprender a tejer alfombras.

—¿Qué podemos hacer? —pregunté.

—Sólo nos queda rezar para que encuentres marido y llegues a tener casa propia. Un hombre bueno que considere su deber cuidar de tu madre.

Yo pensaba que la cuestión del matrimonio había quedado olvidada, puesto que ya no teníamos nada para ofrecer.

—¿Cómo voy a encontrar marido sin dote?

Mi madre estiró los pies para aliviar el dolor.

—¡Qué cruel cometa se llevó a tu padre antes de que te hubieras casado! —se quejó—. He decidido preparar medicinas para venderlas a los vecinos y ahorrar así para tu dote. No debes esperar mucho más —añadió en tono de advertencia.

Era cierto que empezaba a hacerme mayor. Todas las chicas que conocía estaban casadas ya con dieciséis años, y algunas mucho antes.

—Confeccionaré otra alfombra para conseguir mi dote —prometí.

—Sólo casándote podemos abrigar la esperanza de volver a vivir en una casa nuestra —declaró mi madre. A continuación, se dio la vuelta y se quedó dormida casi al instante.

Yo deseé que hubiera una manera de hacerle la vida más llevadera. Me volví hacia La Meca y recé para que se disipara pronto la dañina influencia del cometa.

Una noche que no tenía nada que hacer, cogí un trozo grande de papel que Gostaham había tirado y me lo llevé a la habitación. A la luz de una lámpara de aceite, empecé a dibujar el motivo para una alfombra. Esperaba que acabara adornando la habitación de invitados de un hombre rico y que hiciera palidecer al resto de sus alfombras. Mi diseño incluía todos los motivos que había aprendido. Conseguí incluirlos todos. Dibujé corceles saltando, pavos reales de colas multicolor, gacelas pastando, esbeltos cipreses, jarrones pintados, estanques, patos nadando y peces plateados, todos unidos por enredaderas, flores y hojas. Mientras trabajaba, pensaba en una inolvidable alfombra que había visto en el bazar. En ella se representaba un árbol magnífico con ramas terminadas en cabezas de gacelas, leones, onagros y osos, en lugar de hojas. El mercader lo llamó «árbol vaqvaq» y me explicó que ilustraba un poema en el que los animales hablaban sobre los humanos y sus misteriosas costumbres. Me dije que un árbol semejante podría pasarse la noche chismorreando sobre los misterios de la casa en que vivíamos ahora.

Esperé a que Gostaham estuviera de buen humor para preguntarle si podía mostrarle un diseño. Él pareció sorprenderse por la petición, pero me indicó por señas que lo acompañara al taller. Nos sentamos sobre los cojines y el maestro desenrolló el papel en el suelo. Reinaba tal silencio en la habitación que oí la última llamada al

rezo desde la Gran Mezquita. El muecín de la tarde, allá en lo alto del minarete, tenía una voz dulce y clara que me llenaba siempre de felicidad y esperanza. Pensé que su llamada debía de ser un buen presagio.

Gostaham observó el diseño apenas unos instantes.

—¿Cuál es el significado de todo esto? —preguntó mirándome.

—Bueno... —vacilé—, quería hacer algo maravilloso, algo que...

Un desagradable silencio llenó la estancia. Gostaham dejó a un lado el papel, que se enrolló y rodó por el suelo.

—Escucha, junam —dijo—, seguramente crees que las alfombras son sólo cosas, objetos que se compran y se venden y que sirven para sentarse encima. Pero cuando uno se inicia en el arte de hacer alfombras, comprende que su propósito es mucho más grande, al menos para quienes saben verlo.

—Lo sé —asentí, aunque no entendí sus palabras.

—Crees que lo sabes —adujo Gostaham—. Entonces, dime, ¿qué tienen todos estos motivos en común?

Intenté pensar una respuesta, pero no se me ocurrió nada. Los había dibujado porque quedaban bonitos.

—Nada —admití finalmente.

—Exacto —asintió Gostaham, suspirando como si nunca hubiera tenido que trabajar tanto. Se tiró de un lado del turbante como si intentara sacar una idea de él—. Cuando tenía tu edad más o menos —dijo—, estando en Shiraz, me contaron una historia que me afectó profundamente. Era sobre Tamerlán, el conquistador mongol que marchó contra Isfahán hace más de doscientos años y conminó a nuestra gente a rendirse si no querían ser destruidos. Aun así, nuestra ciudad se opuso a su mano de hierro. Fue una rebelión pequeña, sin poder militar que la apoyara, pero en venganza Tamerlán mandó a sus soldados que pasaran a cuchillo a cincuenta mil ciudadanos. Sólo se libró un grupo: el de los tejedores de alfombras, a quienes valoraba demasiado. Y a pesar de semejante calamidad, ¿crees que ellos mostraron la muerte, la destrucción y el caos en sus tapices?

—No —respondí en voz baja.

—¡Jamás, ni una sola vez! —exclamó Gostaham, alzando la voz—. Al contrario: crearon imágenes de una belleza aún más perfecta. Así es como protestamos nosotros, los fabricantes de alfombras, contra la maldad. Nuestra respuesta a la crueldad, el sufrimiento y la congoja es recordar al mundo la cara de la belleza, que es el mejor medio de devolver la tranquilidad a los hombres, limpiar sus corazones de malicia y conducirlos por la senda de la verdad. Todos los fabricantes de alfombras saben que la belleza es un tónico incomparable. Pero sin unidad no puede haber belleza. Sin integridad no puede existir la belleza. ¿Lo comprendes ahora?

Observé de nuevo mi dibujo y fue como si lo examinara con los ojos de Gostaham. Era un diseño que trataba de disimular su ignorancia mediante figuras audaces, y sólo interesaría a un sucio *farangi* que no supiera distinguir la diferencia.

—¿Me ayudarás a hacerlo bien? —pregunté con voz dócil.

—Sí —respondió Gostaham, alargando la mano para coger su pluma.

Sus correcciones fueron tan extensas que apenas quedó nada de mi diseño. Cogió una nueva hoja de papel y trazó únicamente uno de los motivos que yo había elegido: un boté en forma de lágrima llamado «madre e hija», porque contenía su propia progenie. Lo dibujó con pulcritud, tres a lo ancho y siete a lo largo. Eso fue todo; sin embargo, era mucho más hermoso que mi diseño.

Fue una cura de humildad. Me sentía como si me quedara por aprender mucho más de lo que cabía en una vida. Me recosté en los cojines con una sensación de agotamiento.

Gostaham también se recostó.

—Jamás había conocido a nadie tan ansioso por aprender como tú.

Pensé que quizá fuera cierto, pero me sentí avergonzada, porque no era propio de una mujer mostrar tanta ansia.

—Todo cambió cuando mi padre... —empecé.

—Ciertamente, Mahin y tú habéis tenido muy mala suerte —dijo Gostaham con tono serio—. Tal vez sea bueno que te distraigas aprendiendo.

Yo tenía en mente algo más que distracción.

—Me pregunto si, con tu permiso, podría tejer la alfombra que acabas de diseñar para conseguir mi dote... por si pudiera necesitarla algún día.

—No es mala idea. Pero ¿cómo pagarás la lana?

—Tendré que pedir el dinero prestado —contesté.

Gostaham reflexionó unos instantes.

—Aunque sería muy sencilla comparada con las que hacemos en el taller real, ciertamente valdría mucho más que la lana en sí.

—Trabajaría sin descanso —insistí—. Prometo que no te decepcionaré.

Él me miraba fijamente. De repente, se incorporó como si hubiera visto un *yinn*.

—¿Qué ocurre? —pregunté alarmada.

Gostaham dejó escapar un gran suspiro y volvió a recostarse en los cojines.

—Por un momento —dijo—, he tenido la extraña sensación de que estaba sentado junto a mí mismo cuando era más joven.

Sonreí, recordando su historia.

—¿El joven que regaló su más preciada posesión al sah?

—Exacto.

—Yo habría hecho lo mismo.

—Lo sé —asintió Gostaham—. Y por tanto, como tributo a la buena fortuna que ha llegado hasta mi puerta, te daré permiso para tejer la alfombra. Cuando la termines, podrás guardarte lo que reste después de devolverme el coste de la lana. Pero recuerda: seguirás respondiendo ante Gordiyé en lo que respecta a tus deberes domésticos.

Me incliné y le besé los pies antes de ir a dar a mi madre la buena nueva.

Nahid no tenía que preocuparse por conseguir su dote, pero tenía otros problemas. Cuando llamó a la puerta de Gostaham y me invitó a visitarla, comprendí lo que se proponía en realidad. A veces íbamos a su casa y seguíamos con las clases de escritura. En otras ocasiones, en lugar de ir a su casa, tal como decíamos a los demás, tomábamos un atajo para ir a la Imagen del Mundo y nos situábamos cerca del bazar, en el sitio donde mi amiga había mostrado brevemente su rostro a Iskandar por primera vez. Yo observaba fascinada a la gente que se arremolinaba alrededor durante el partido: soldados de rostro curtido por el sol con largas espadas, derviches desgñados con escudillas pidiendo limosna, juglares paseando, indios con monos amaestrados, cristianos que vivían al otro lado del puente Sulfa, mercaderes itinerantes que acudían a la ciudad para vender sus mercancías, mujeres veladas con sus maridos. Nahid y yo tratamos de perdernos entre la muchedumbre, como si fuéramos acompañadas por nuestras familias. Cuando empezó el partido, Nahid buscó a su amado y lo siguió con la mirada de la misma forma que otros espectadores seguían la pelota, con el cuerpo inclinado hacia él.

Iskandar era tan apuesto como Yusuf, el de legendaria belleza, a tal punto que las mujeres perdían la cabeza por él. Recuerdo una frase que mi madre utilizaba siempre al contar su historia: «Cegadas por su apostura, las damas egipcias se cortaban alegremente los dedos, y su brillante sangre roja goteaba sobre las ciruelas moradas.» Me parecía que habrían hecho lo mismo por Iskandar. Me atraía especialmente la belleza de su boca. Sus dientes blancos y regulares brillaban como estrellas cuando sonreía. Me preguntaba cómo me sentiría si fuera una joven como Nahid, que podía entregar su corazón a semejante hombre y conquistarlo. Yo no podía esperar nada parecido.

Una tarde, llegamos a la plaza justo antes de que empezara el partido. Reparé en que el público no dejaba de mirar hacia el palacio del sah con aire expectante, y en que las porterías eran de mármol. De repente sonaron las trompetas reales y el monarca salió al balcón de su palacio, que dominaba la plaza desde lo alto. Llevaba una larga casaca de terciopelo azul oscuro con un bordado de pequeñas flores doradas, una túnica verde y un fajín que combinaba varias capas de verde, azul y dorado. El turbante era blanco con un broche de esmeraldas y plumas; su bigote, largo y gris. Incluso a esa distancia advertí que le faltaban la mayoría de los dientes.

—¡Ohhhh! —exclamé sorprendida, pues era la primera vez que veía a la realeza. Nahid, nacida en la ciudad, se rió de mí.

El sah se sentó en un trono bajo situado en el centro de una alfombra azul y dorada. Cuando se hubo acomodado, los hombres de su séquito se arrodillaron formando un semicírculo a su alrededor y se sentaron sobre los talones. El sah hizo una señal con la mano y el partido comenzó.

Cuando me cansé de mirar el encuentro a través de mi *piché*, dejé a Nahid sola para ir a examinar las alfombras del bazar. No me gustaba mucho el polo, con la polvareda que levantaban los caballos y toda la gente que se agolpaba tratando de ver

mejor y voceando sus preferencias. Fui a mirar la alfombra que había hecho en la aldea y descubrí que ya no la tenían. El mercader me informó que se la había vendido la víspera a un forastero. Cuando regresé junto a Nahid para contárselo, la llamé por su nombre, pero ella no me contestó. Cuando por fin se dignó hablar, su respuesta fue lacónica y áspera. Llevaba el *piché* y el chador, de modo que nadie podía reconocerla; aun así, no debería estar allí, y mucho menos sola. Me necesitaba a su lado.

Nahid volvió a centrarse en el partido. Esperaba que Iskandar le hiciera alguna señal, aunque la plaza estuviera atestada de espectadores. Pero ¿cómo iba a distinguir su menuda figura envuelta en ropajes, entre cientos de otras mujeres igualmente ataviadas? Nahid se había situado en el mismo rincón donde le había mostrado el rostro. Esa tarde, lo vimos obtener tres tantos seguidos y llevar a los espectadores hasta el delirio. Después del partido, se le pidió que se acercara a caballo a cada una de las cuatro esquinas del campo para saludar a la multitud. Cuando llegó a la nuestra, del cinturón sacó una pelota de cuero que arrojó al aire. La pelota se elevó antes de caer justo en la mano extendida de Nahid. Era como si un *pari* se lo hubiera entregado a ella directamente.

Nos quedamos rondando por allí mientras los jugadores recibían felicitaciones y la multitud se iba dispersando. Nahid llevaba la pelota en la palma de la mano. Al cabo de un rato, un niño de dientes torcidos apareció ante nosotras con un papel oculto en la manga. Nahid le tomó la mano discretamente y se deslizó la nota hacia el interior de la manga, antes de entregar al niño una moneda. Después de ocultar la pelota bajo la ropa, se cogió de mi brazo e iniciamos el camino de regreso a casa. Desdobló la nota cuando nos alejamos de la multitud, y yo la miré por encima del hombro, deseando poder leerla.

—¿Qué dice? —pregunté.

—Sólo hay una línea escrita apresuradamente —contestó—. «En medio de miles de personas, ninguna otra brilla como tú, la estrella más rutilante de mi corazón.» Y firma: «Tu amante siervo, Iskandar.»

No podía ver el rostro de Nahid, oculto bajo el *piché* y el chador, pero percibí la emoción en su voz.

—Tal vez vuestros destinos estén unidos —comenté, no sin asombro.

—Debo saber si ello es posible. ¡Vayamos a ver a Kobra para que nos eche la buenaventura!

Kobra era una vieja criada de la familia de Nahid, conocida en todo el vecindario por la exactitud de sus predicciones. Me recordaba a algunas mujeres de mi aldea, que sabían escudriñar el cielo o un puñado de guisantes y te decían si era el momento Propicio para que se cumplieran tus deseos. Su tez era del color el té fuerte y las finas arrugas de su frente y sus mejillas le daban un aire de sabiduría.

En cuanto llegamos, Nahid llamó a la anciana a sus habitaciones. La mujer acudió con dos tazas de café y nos indicó que bebiéramos sin mover el poso. Lo bebimos en un par de tragos, para que pudiera leernos el futuro en el poso. Kobra observó

primero la taza de Nahid y sonrió, mostrándonos las encías prácticamente desdentadas. Afirmó que Nahid se casaría con un joven apuesto muy rico y tan fuerte como el héroe Rostam, acontecimiento que daría como fruto más hijos de los que podía contar.

—¡Vas a pasarte mucho tiempo con los pies en alto! —comentó.

La predicción coincidía exactamente con lo que su ama quería oír, lo que me hizo dudar de su sinceridad.

Cuando me llegó el turno, Kobra observó mi taza largamente. Varias veces pareció que iba a decir algo, pero luego volvía a examinar el poso como si el mensaje resultara demasiado perturbador.

—¿Qué dice? —la apremió Nahid.

Kobra miró el suelo y musitó que mi futuro sería exactamente igual que el de Nahid. De inmediato recogió las tazas y abandonó la habitación aduciendo que tenía mucho trabajo pendiente.

—Qué raro —comenté—. ¿Por qué no habrá querido contarme lo que vio?

—¡Si te lo ha dicho!

—¿Cómo va a ser mi futuro igual que el tuyo?

—¿Por qué no? También tú puedes casarte con un joven guapo y tener muchos hijos.

—Pero si era tan sencillo, ¿por qué parecía tan asustada?

—Oh, no le hagas caso. Es vieja. Seguramente necesitaba ir a la letrina.

—Me temo que el cometa maligno nos persigue aún —me lamenté, desesperada—. ¡Me parece que Kobra cree que mi futuro será muy negro!

—Claro que no —dijo Nahid. Llamó a Kobra de nuevo y le pidió que nos contara más cosas.

La anciana se llevó ambas manos al pecho, una sobre la otra.

—Nada más he hallado en el poso —afirmó—, pero puedo contaros una vieja historia que me ha venido a la cabeza mientras lo observaba, aunque no sé qué significa.

Nahid y yo nos acomodamos en los cojines para escuchar la historia de Kobra:

«Primero no hubo y luego hubo. Antes de Alá, nadie hubo.

»Erase una vez un príncipe que casi todas las noches tenía inquietantes sueños. En ellos veía a una mujer tan hermosa como la luna. Sus rizados cabellos enmarcaban un rostro blanco como la leche. Bajo la túnica de seda rosa, sus pechos eran abundantes y dulces. A medida que avanzaba su sueño, el príncipe veía que la mujer lloraba y elevaba los brazos al cielo en señal de desamparo y desesperación. El príncipe se despertaba sudando, pues no soportaba ver su sufrimiento. Ansiaba ayudarla, pero primero tenía que encontrarla.

»Un día, el príncipe marchó a combatir contra un fiero bandido que asaltaba a los viajeros cuando intentaban cruzar un puente que se hallaba en su territorio. Él y sus hombres pasaron por el puente ostentadamente para provocar la emboscada, tras la

cual luchó contra el bandido y sus secuaces durante horas, bajo un sol ardiente. En un momento dado, el bandido traspasó con su espada a uno de los mejores soldados y arrojó su cuerpo por el parapeto del puente. El príncipe se abalanzó contra el bandido con un rugido de rabia, jurando vengar a su amigo. Entrechocaron las espadas, pero el príncipe era más fuerte y logró desarmar a su oponente, que cayó al suelo. Entonces se sentó sobre el pecho del vencido, que iba protegido por una armadura, y empuñó su daga con intención de saborear la muerte del hombre que había arrojado a su mejor soldado por el parapeto como si de una simple hoja se tratara.

»—¡Alto! —exclamó el bandido—. No sabes a quién vas a matar.

»—Todos los hombres ruegan clemencia en sus últimos momentos —replicó el príncipe—, pero pronto suplicarás ante Dios. —Y entonces alzó la daga.

»—Al menos deja que me desprenda de la armadura para que veas quién soy.

»El bandido se quitó el yelmo, dejando al descubierto un rostro suave como el de una mujer, de largos cabellos negros y rizados.

»El príncipe se quedó atónito.

»—¡Qué lástima que un jovencito tan agraciado pronto vaya a convertirse en polvo! Has luchado con tal bravura que te tenía por un hombre adulto.

»—No lo soy —replicó el bandido. Se apartó la coraza y al levantarse la casaca mostró su torso musculoso y unos senos pequeños como capullos de rosa.

»El príncipe vaciló y dejó caer la mano. El deseo de matar había dado paso otro tipo de anhelo. Se inclinó sobre la joven y besó sus tiernos labios.

»—¿Por qué llevas armadura? —preguntó.

»El rostro de la mujer se endureció, de manera que nuevamente pareció un guerrero.

»—Mi padre era el jefe y me educó para matar. Cuando murió, seguí al mando de sus hombres, protegiendo sus posesiones.

»En los días siguientes, el príncipe llegó a conocer y admirar a la intrépida joven, que montaba tan bien como él, le hacía sudar cuando se batían con la espada y le ganaba en una carrera cuesta arriba. La joven tenía un cuerpo esbelto pero musculoso, y era tan ágil como una cierva. No se parecía en nada a la mujer con que el príncipe soñaba tan a menudo, pero igualmente se enamoró de ella y la desposó.

»Tras un año de felicidad, los sueños volvieron a perturbar la tranquilidad del príncipe. La mujer bella como la luna aparecía todas las noches de rodillas, con la cabeza inclinada, como si su aflicción fuera más profunda que nunca. Una mañana, después de una de sus agitadas noches, el príncipe besó a su mujer guerrera y se despidió.

»—¿Adónde vas? —protestó ella.

»—Tengo que encontrar a una persona. *Insh Alá*, volveremos a vernos algún día.

»El príncipe partió a lomos de su caballo sin volver la vista atrás para ver la expresión de su esposa.

»Viajó durante meses, describiendo lo que había visto en sus sueños a cualquiera

que quisiera escucharlo, pero siempre obtenía la misma respuesta: “No hay nadie así en nuestro pueblo.” Finalmente, llegó a una ciudad donde la gente se negó a ayudarlo en sus pesquisas, y entonces comprendió que había encontrado el lugar que buscaba. Al caer la noche, bajo la luna llena, se dirigió sigilosamente al palacio y se ocultó a la sombra de sus muros. Al poco rato oyó un gemido lastimero. Escaló los muros del palacio y se dejó caer al otro lado, silencioso como un gato. Allí descubrió a la mujer que tanto había perseguido. Estaba arrodillada sobre un tejado, con los brazos alzados hacia el cielo, mientras los sollozos sacudían su cuerpo. Sus negros cabellos rizados brillaban a la luz de la luna y la visión de sus formas sinuosas despertó el deseo del príncipe, quien la llamó desde los jardines del palacio.

»—Afligida mujer, no hagas llorar a las nubes. Aquí vengo en tu ayuda.

»La encantadora princesa miró alrededor con asombro.

»—Dime cuál es la causa de tu sufrimiento y la destruiré —declaró el príncipe, notando con deleite que sus músculos se contraían al pensar en ello.

»—¿Quién eres? —preguntó la dama, desconfiada.

»Él se mostró a la luz de la luna, recitó su linaje y las grandes hazañas de su familia, y repitió su deseo de ayudarla a vencer sus penas.

»Ella se enjugó las lágrimas.

»—Mi doncella es los oídos de mi padre —dijo—. De día me sirve a mí, pero de noche se abraza al cuerpo de él. Me amenaza con decirle que conspiro contra él con su principal consejero. Ya le he entregado todas mis joyas y el dinero que tenía. ¿Y si mi padre acepta sus mentiras? Me desterrará o mandará que me ejecuten.

»El príncipe se encaramó al tejado y se ofreció a acompañar a la joven. Le reveló su amor, que había pervivido en sus sueños durante tantos años, y prometió tratarla con honor, desposándola. Juntos huyeron de la ciudad a caballo, y en cuanto llegaron a una población importante, un ulema los unió en matrimonio. Pasaron su primera noche como marido y mujer en un caravasar digno de un sah. La princesa era tal como él la había imaginado: redonda y madura como un melocotón. Por fin su sueño se había cumplido.

»El príncipe llevó a su nueva esposa a la casa de la primera, la mujer guerrera, a la que no agradó en absoluto la nueva adquisición. Sin embargo, los tres viajaron a la casa del padre de él para vivir allí juntos. Muchas cosas habían cambiado mientras tanto. No era ya el joven soñador que dos años atrás había emprendido una búsqueda imposible en apariencia, sino un hombre casado y un guerrero experto.

»El padre ofreció un banquete especial en honor del recién llegado por su regreso. La mujer guerrera le aconsejó que tuviera cuidado con la comida que le sirvieran. El príncipe siguió su consejo y dio su comida a un gato, que inmediatamente sufrió convulsiones y murió. El padre, que había decidido que deseaba a la mujer guerrera como esposa, ordenó que le arrancaran los ojos a su hijo y lo dejaran solo en medio del desierto.

»El príncipe vagó durante horas con los ojos en las manos, incapaz de llorar

siquiera. Al oír el sonido de un manantial, palpó la tierra hasta que la halló húmeda. Bebió agua hasta saciarse y se sentó para descansar. Unas hojas cayeron sobre él desde lo alto. Las aplastó entre las manos y se frotó con ellas las cuencas de los ojos con intención de aliviar su dolor. De inmediato dejaron de arderle. El príncipe volvió a meterse los ojos en las cuencas. ¡Había recobrado la vista!

»Decidió regresar a la ciudad y, al llegar a las afueras, descubrió que se había desatado una guerra. Incluso desde lejos y entre tantos soldados cubiertos con armaduras, reconoció la esbelta figura de su esposa guerrera, cuya espada hendía el aire sin piedad. Soltando un vibrante grito de batalla, el príncipe se unió a ella en el combate, y juntos vencieron a las tropas de su padre.

»Cuando los enfrentamientos cesaron, el príncipe y la mujer guerrera volvieron a la ciudad. Él se convirtió en sahe y instaló a sus dos mujeres en aposentos distintos. Procuró siempre visitarlas por igual y hacerles el mismo número de regalos. Con su primera esposa cazaba, luchaba y discutía planes de batalla; con la segunda exploraba el arte de la pasión. Y así vivió satisfecho hasta el fin de sus días.»

Cuando Kobra terminó su relato, Nahid y yo guardamos silencio. La anciana sirvienta se levantó, recogió las tazas de café y volvió a sus tareas.

—Qué cuento tan extraño —comenté—. Jamás lo había oído.

—Ni yo. ¡Qué talismán tan bueno debía de tener el príncipe para conseguir cuanto quería!

Mi amiga bostezó y se tumbó sobre un montón de cojines con las manos bajo una mejilla. Tuve la impresión de que se consideraba tan afortunada como el protagonista del relato, y recordé con tristeza que yo sentía algo similar al oír la historia de una princesa que rechazó a todos sus pretendientes, hasta que la cortejó aquel a quien estaba destinada.

Me tumbé sobre los almohadones delante de Nahid, también con las manos bajo una mejilla, y quedamos así cara a cara.

—¿Crees que confesó a su segunda esposa que ya tenía una primera? —preguntó Nahid.

—Eso espero.

—Yo lo detestaría —declaró Nahid con un mohín de enfado.

—¿El qué? ¿Ser una segunda esposa?

—O una tercera, o una cuarta. Mis padres no permitirían jamás que eso ocurriera. Seré la primera esposa o nada.

—Eso es lo único bueno de pertenecer a una familia humilde. —Suspiré—. La mayoría de mis pretendientes no podría permitirse una segunda esposa, ni siquiera una concubina.

Nahid enarcó las cejas.

—Al parecer los hombres ricos siempre se casan varias veces —observó—. Creo que si mi marido se casara con otra, yo trataría de hacerla desgraciada. —Su sonrisa tenía un aire malévolo.

Pensé en lo que había ocurrido en mi propia familia.

Cuando mi abuelo tomó una segunda esposa, las dos familias permanecieron separadas, por eso mi padre y mi tío Gostaham no se vieron casi nunca —dije—. Pero a veces no ocurre así. Cuando el mercader más rico de mi aldea se casó con una mujer más joven, su primera mujer la aborrecía. Pero un día se puso enferma y la más joven la cuidó tan bien que se hicieron amigas.

—*Insh Alá*, eso jamás me ocurrirá a mí —manifestó Nahid, estremeciéndose.

—Yo tampoco quiero compartir a mi marido. Pero no sabemos qué les ocurrió a las esposas de la historia de Kobra. No nos ha contado esa parte.

—Eso es porque en realidad el cuento no trata sobre ellas —afirmó Nahid—. ¿Qué hombre no desearía a una mujer guerrera con quien cabalgar y a otra de formas abundantes para retozar en la cama?

Nos reímos, conscientes de que podíamos hablar con más libertad cuando estábamos solas.

Me había quedado con Nahid mucho más tiempo del que pretendía. Casi había anochecido, de modo que pedí que una doncella me acompañara a casa. Al llegar, la sirvienta me entregó un paquete grande, diciéndome que era un regalo. Estaba lleno de brillantes túnicas de algodón en tonos azafrán, rosa y rojo, con vestidos a juego para llevar debajo y amplios pantalones bordados que apenas parecían usados. La prenda más deslumbrante era una gruesa túnica púrpura que llegaba a las rodillas, con pieles en los puños, en el dobladillo y el pecho. Bailé de contento al ver aquellas coloridas ropas, y cuando se las mostré a mi madre, me dio permiso para abandonar el luto, aunque ella tenía pensado vestir de negro el resto de su vida. Mi alegría no tenía límites. No daba crédito a mi suerte por tener una amiga como Nahid.

3

Desperté una mañana de verano, cuando llevábamos medio año en Isfahán, pensando en un poema que mi madre recitaba a menudo sobre una amada con unas mejillas como rosas, cabello negro como el carbón y un seductor lunar junto a unos labios rojos como rubíes.

*Contempla el rostro de tu amado,
pues en ese espejo te verás a ti mismo.*

Mi amado no era el apuesto jugador de polo de Nahid, ni el poderoso y viejo sah, ni ninguno de los miles de jóvenes de dulce rostro que se congregaban en los puentes de Isfahán, fumaban en sus cafés o se paseaban por los Cuatro Jardines. Yo amaba algo menos fácil de alcanzar, más variado y maravilloso: la ciudad misma. Cada día me levantaba con presteza, impaciente por explorarla. No había ojos más ávidos que los míos, pues habían memorizado tanto los edificios, las personas y los animales de mi aldea, que estaba ansiosa por alimentarme de nuevas vistas.

Los puentes de Isfahán eran el lugar perfecto para empezar, desde allí veía las imponentes montañas Zagros, el río que discurría veloz bajo mis pies y las cúpulas de la ciudad, centelleantes como estrellas en medio de los edificios color tierra. Uno de mis lugares predilectos era el puente de los Treinta y Tres Arcos, el punto por el que mi madre y yo habíamos llegado a la capital. Desde uno de sus famosos arcos, contemplaba el trasiego de gente que entraba y salía. Algunos procedían del Golfo y tenían la piel negra como la nafta; otros, que llegaban del nordeste, tenían antepasados mongoles de los que habían heredado los ojos rasgados y el cabello negro y lacio. A veces veía incluso a nómadas con piernas como troncos, pues escalaban las montañas en busca de pastos para sus ovejas, llevando a los corderos recién nacidos a la espalda.

La ciudad alimentaba también mi pasión por las alfombras, pues allá donde mirara descubría nuevos motivos. Estudiaba las plantas, los árboles y las flores de los Cuatro Jardines, para comprender cómo se inspiraban los diseños en la naturaleza; el barrio mismo se me antojaba una enorme alfombra. Por la misma razón, observaba los trofeos y la carne de caza que vendían en el bazar: el fuerte y musculoso onagro, la grácil gacela, incluso el autoritario león con su melena, tan difícil de dibujar. «Dicen que puede uno pasarse cien años dibujando corceles antes de conseguir que el animal cobre vida bajo la pluma», me había dicho Gostaham.

También observaba los tapices, que llegaban desde todos los confines de Irán, y aprendí a reconocer los nudos y motivos característicos de cada región. Incluso los edificios de la Imagen del Mundo me enseñaban como un libro abierto. Un día, pasaba por delante de la mezquita privada del sah, cuando me fijé en que los azulejos

que había junto a la puerta eran como alfombras de rezos. Eran de color añil, con vistosas flores blancas y amarillas, rodeadas por un campo verde trébol. Me prometí que, con el tiempo, aprendería a hacer diseños igual de intrincados.

En casa, las alfombras ocupaban la mayor parte de mis pensamientos. Estaba resuelta a aprender todo lo que sabía Gostaham, y trabajaba día y noche en los proyectos que me asignaba. Rápidamente terminé de dibujar el motivo boté y Gostaham me dio su aprobación para empezar la alfombra. Uno de sus trabajadores instaló un sencillo telar en el patio, donde tendí los hilos de algodón. Con el dinero que el maestro me había prestado para comprar lana, fui al bazar en busca de madejas de diferentes colores, igual que había hecho él de joven. Había pensado en comprar tonos sencillos como los que usábamos en mi aldea: beis hecho con cascara de nueces, violeta de raíces de rubia, rojo obtenido de las cochinillas y amarillo del azafrán. ¡Qué variedad de tonalidades me ofrecía el Gran Bazar! Me dejé embelesar por la visión de miles de madejas de lana colgando como frutos de un árbol. Desde los azules con el resplandor turquesa de un cielo estival hasta el añil más oscuro. ¡Y eso sólo con el azul! Contemplé los rollos de lana e imaginé los diferentes colores juntos en una alfombra. ¿Qué tal el verde lima con un anaranjado vivo? ¿O el granate junto al azul celeste? Elegí doce tonos que sedujeron mi vista, más colores de los que había usado nunca para una alfombra. Me atrajeron los más brillantes: el amarillo limón, el verde hierba, el naranja ocaso, el rojo granada. Me llevé las vistosas madejas a casa, las até a la parte superior de mi telar y pinté mi diseño con acuarelas para guiarme al hacer los nudos con los colores que pensaba utilizar. Estaba impaciente por terminar la alfombra, pues era consciente de lo importante que era para demostrar mi valía a todos los de la casa. Mientras todo el mundo dormía por la tarde, yo me pasaba horas tejiendo, y rápidamente la pieza tomó forma.

Mientras me concentraba en esa labor, mi madre encontró su propia manera de alejarse de la supervisión de Gordiyé, ofreciéndose a preparar hierbas medicinales, pues los remedios eran muy caros. Aunque mi madre nunca había sido muy hábil con las plantas, Gordiyé parecía creer que su origen rural le confería poderes especiales.

Mi madre hacía largas excursiones a pie hasta los estribos de las montañas Zagros, donde recogía hojas, raíces, hierbas e insectos. También frecuentaba las boticas del bazar para solicitar información sobre las plantas autóctonas de Isfahán. Kolsum le había dado unas cuantas recetas de infusiones contra la fiebre cuando yo estaba enferma, y mi madre aún las recordaba. También empezó a aprender sobre medicinas para dolores de cabeza y afecciones femeninas, y las preparaba al fuego en el patio. Los brebajes eran negros y viscosos, pero Gordiyé confiaba en su poder curativo. En una ocasión en que le dolía la cabeza, mi madre le dio un líquido que alivió su malestar y le permitió dormir. «Unas medicinas tan buenas deberían hacerse en abundancia», afirmó la señora. Prometió entonces a mi madre que, cuando hubiera preparado suficiente para uso de toda la casa, podía vender el resto y guardarse el dinero. A mi madre se le alegró el corazón, pues ahora tenía un dominio propio en el

que Gordiyé no intervendría.

Nahid me visitó un día para ver qué tal me quedaban sus viejas ropas. Yo llevaba su vestido de color azafrán y sus pantalones, a los que mi madre rehízo el dobladillo, y la túnica violeta.

—¡Estás muy guapa! —dijo Nahid—. Tienes las mejillas sonrosadas como dos capullos de rosa.

—Es agradable llevar colores animados después de un año de luto. Gracias por tu generosidad.

—No tienes más que pedirme. Y ahora espero que tú me hagas un favor a mí. ¿Me acompañarás al partido de polo?

Yo no pensaba ir a la Imagen del Mundo ese día, pues tenía mucho que hacer.

—Nahid *jun*, ojalá pudiera, pero he de acabar mis tareas —alegué.

—Por favor —rogó ella—. Necesito tu ayuda.

—¿Y cómo voy a terminar todo el trabajo?

—Llama a Shamsi —indicó Nahid en tono autoritario.

La criada se presentó con un bonito pañuelo naranja en la cabeza y un collar barato de cuentas del bazar. Nahid le puso unas monedas en la mano y le susurró que habría más si se encargaba de mis tareas por ese día. La muchacha se fue haciendo tintinear las monedas y con una alegre sonrisa en el rostro.

Sin embargo, yo seguía resistiéndome.

—¿No tienes miedo de que al final nos descubran?

—De momento no lo han hecho. Bueno, vamos.

—Pero sólo un rato —repliqué con reticencia.

Nos escabullimos en cuanto Gordiyé nos perdió de vista.

La intención de Nahid era pasar una carta a Iskandar en la que le revelaba sus sentimientos. No me la leyó, pues según dijo quería que los ojos de Iskandar fueran los primeros en verla. En la nota le profesaba amor y admiración eternos con elevados sentimientos, como los que usan los poetas, explicó. Yo estaba segura de que su elegante caligrafía llevaría sus palabras directamente al corazón de Iskandar.

Cuando nos dirigimos a la Imagen del Mundo el sol brillaba inclemente. El cielo era una cúpula azul sin una sola nube que nos protegiera de sus rayos. Respirar bajo el *piché* era como inhalar fuego y los ropajes nos hacían sudar. Llegamos con el partido ya empezado. Los espectadores gritaban más de lo normal, pues ninguno de los dos equipos parecía capaz de ganar. El aire estaba saturado de polvo que se pegaba a los vestidos. Yo esperaba que el partido terminara pronto para que no me descubrieran allí, lejos de mis tareas. Pero el enfrentamiento siguió y siguió, hasta que los jugadores empezaron a perder las fuerzas y finalmente acabó en empate.

Nahid estaba radiante, como siempre después de contemplar a su amado. Cuando la multitud empezó a dispersarse, encontró al chico de Iskandar y con cautela le

deslizó la carta y una moneda. Luego regresamos a nuestras respectivas casas, separándonos al poco de abandonar la plaza. La cortina de polvo levantada por los caballos me había manchado todas las prendas, por lo que pensaba ocultarlas en cuanto llegara, pero Zohré me estaba esperando en la puerta con órdenes de llevarme directamente a presencia de Gordiyé. Era la primera vez que ocurría algo así. Con el corazón desbocado, me quité el chador y el *piché* e hice una pelota con todo mientras me dirigía a las habitaciones de la señora, esperando que no se fijara en el polvo. La encontré sentada en un cojín, aplicándose alheña en los pies.

—¿Dónde has estado? —me preguntó furiosa, sin siquiera un saludo.

—En casa de Nahid —contesté, aunque la mentira se me trabó en la lengua.

—No es verdad. Como no te encontraba, envié a Shamsi a su casa. No estabas allí.

Me indicó que me acercara, porque no quería mover los pies por la alheña.

—Dame la mano —exigió.

Obedecí inocentemente y ella me golpeó en el dorso con la delgada paleta de madera que usaba para aplicarse la alheña. Me tambaleé, sintiendo el escozor del palmetazo. Era demasiado mayor para que me pegaran como a una niña.

—Mira cómo tienes la ropa —me reprochó—. ¿Cómo iba a ensuciarse tanto si hubieras estado en casa de Nahid?

Temiendo que volviera a pegarme, confesé de inmediato.

—Hemos ido al partido de polo.

—Nahid no tiene permiso para eso —señaló Gordiyé—. Una joven como ella puede perderlo todo si provoca murmuraciones, aunque no haya hecho nada.

Llamaron a la puerta. Una criada hizo pasar a la madre de Nahid, Ludmila. Mostraba tal desolación que parecía haber perdido a su única hija.

—¿Cómo has podido? —me dijo con un tono tranquilo y decepcionado que resultó mucho peor que el golpe de Gordiyé. La mujer hablaba en farsi muy lentamente y con acento ruso—. Lo que has hecho está muy mal. No comprendes lo que puede llegar a sufrir una joven como Nahid si la ven en lugares inapropiados.

—Lo siento mucho —me disculpé, con la mano dolorida a la espalda.

Ludmila era forastera en Isfahán, como mi madre y yo. Siempre me recordaba a un delicado pájaro que revoloteara como si aquél no fuera su sitio, aunque llevaba veinte años viviendo en la ciudad. La sangre le producía una terrible aversión, por culpa de todo lo que había visto durante las guerras en su país. Si una criada se hacía un corte en el dedo mientras troceaba la carne, Ludmila se echaba a temblar y se acostaba. A veces, según me había contado Nahid, gritaba en sueños, describiendo manantiales de sangre que brotaban del pecho y los ojos de la gente.

Ludmila estaba muy pálida y tenía una expresión asustada.

—Nahid me ha contado lo mucho que te gusta el polo y que a menudo le suplicas que te acompañe a los partidos. Ha sido muy egoísta por tu parte. Espero que comprendas lo perjudicial que ha sido tu conducta.

Debí de parecer sorprendida, pues me costaba creer que Nahid me hubiera echado la culpa de sus malas acciones. Sin embargo, decidí callar, consciente de que la metería en un buen lío si su madre descubría qué la empujaba a asistir a los partidos.

—No siempre comprendo bien las costumbres de la ciudad —me excusé con voz sumisa—. No volverá a ocurrir.

—Como castigo, todas las mañanas recogerás las deposiciones de la noche de todas las habitaciones hasta la próxima luna —sentenció Gordiyé.

Eso me ponía al nivel de la criada de más baja categoría. Ver el estado de las entrañas de cada persona todos los días, tener que verter el contenido de los orinales en la gran cuba de recogida para luego limpiarlos... No podía pensar en ello sin sentir náuseas.

Me ordenaron que fuera a mi habitación y le contara a mi madre lo que había hecho. Ella no se mostró en absoluto comprensiva.

—¡Bibi, me ha pegado! —me quejé.

—¿Cómo se te ocurre ser tan imprudente? ¡Podrías haber arruinado la reputación de Nahid en un solo día, por no hablar de la tuya!

—Tú sabes que el polo no me gusta —aduje, esperando que mi madre se pusiera de mi parte—. Era Nahid la que me suplicaba que la acompañara.

—¿Por qué?

No quise revelar el secreto de mi amiga, para evitarle problemas aún mayores.

—Le parece muy emocionante. Sus padres la tienen siempre muy vigilada.

—Deberías haberte negado —replicó mi madre—. ¡Sabías que no estaba bien!

—Lo siento —murmuré—. Sólo quería hacerle un favor.

Mi madre se ablandó un poco.

—Sé que sólo querías complacerla. Pero has cometido un error y espero que cumplas tu castigo sin quejarte.

—Lo haré —prometí amargamente.

—Ahora ven aquí. —Me frotó la mano con un emplasto hecho de grasa de cordero que había preparado con una receta de Kolsum. El remedio me alivió el escozor.

—Ya está mucho mejor —dije.

—Por fin he encontrado las hierbas adecuadas —comentó mi madre. Se quedó pensativa un momento—. Dime una cosa: Nahid te ha echado la culpa a ti, ¿no?

—Sí.

—¿Qué clase de amiga hace eso?

—Estoy segura de que no lo ha hecho con mala intención.

—Eso espero, desde luego —dijo mi madre con severidad.

—Sin duda la han pillado desprevenida —repliqué, pero la idea de que me hubiera sacrificado para salvarse ella me atormentó durante días.

Aquella fue la última vez que Nahid y yo fuimos a los partidos de polo. Durante las dos semanas siguientes me prohibieron salir de casa. Cumplía con mis tareas y

limpiaba los orinales todas las mañanas. Desde entonces, cada vez que Nahid quería verme, una criada la acompañaba hasta mi casa y la esperaba para llevarla de vuelta a la suya.

Desesperada por ponerse en contacto con Iskandar, Nahid confió en Kobra y le ofreció plata por su ayuda. La vieja sirvienta fue al siguiente partido de polo y se situó en el rincón donde solíamos situarnos nosotras. Llevaba la pelota que había cogido mi amiga y cuando terminó el partido la mostró a la vista como por casualidad. El chico de Iskandar fue lo bastante avisado para comprender que era una mensajera de Nahid, puesto que llevaba la pelota de ella. A partir de entonces, Kobra se encontraba con el niño cerca del bazar cada pocos días para que los enamorados pudieran intercambiarse cartas.

* * *

Cuando Nahid y yo cumplimos con nuestros respectivos castigos empezamos a citarnos los jueves por la tarde en el resplandeciente *hammam* que frecuentaban las familias ricas de nuestro barrio. Como precaución ante posibles reincidencias, la familia de mi amiga le advirtió que enviarían a una doncella en algún momento de la tarde para asegurarse de que estábamos allí.

Yo había estado varias veces en aquel *hammam* desde mi llegada a Isfahán, pero era demasiado caro para ir regularmente, así que Nahid pagaba por mí. Yo le estaba agradecida porque el baño era uno de nuestros mayores placeres. Pasábamos casi toda la tarde bañándonos, charlando y mirando a las demás mujeres de reojo. Allí nos enterábamos de los nacimientos, defunciones y compromisos del barrio, o descubríamos que una mujer estaba encinta por el abultamiento de su vientre, o deducíamos que una recién casada se había acostado con su marido la noche anterior, porque tenía que hacer la Gran Ablución de un modo distinto del habitual.

Homa, la encargada de los baños, era una bisabuela con la piel casi tan lozana como la de una joven, gracias a los muchos años que había pasado entre los vapores. Me lavaba y me daba masajes como una madre, y siempre tenía historias que contar sobre las idas y venidas de las mujeres de los baños. Homa era una hábil interrogadora, y a menudo me sonsacaba información sobre mí misma cuando me quedaba amodorrada después de bañarme en agua caliente y recibir sus masajes. Lo sabía todo sobre mi vida en la aldea, la muerte de mi padre, nuestra pobreza y mis malogrados planes de boda. Incluso le susurraba a veces algún comentario sobre mis dificultades en la casa de Gostaham y mi deseo de casarme y tener un hogar propio. «¡Que Alá te conceda tu más ardiente deseo!», respondía ella, pero a veces yo veía una sombra de duda en su mirada.

Homa tuvo que ausentarse de Isfahán unos meses para cuidar a un pariente enfermo. La primera vez que la vi después de que regresara, caminaba por el *hammam* como de costumbre, con los cabellos blancos sueltos y los pechos caídos

que le llegaban casi hasta la fina tela que rodeaba su cintura. Después de muchos besos y saludos, Nahid y yo nos desnudamos y le entregamos la ropa, que ella guardó en un cesto. Luego Homa frotó a Nahid con un *kissé* para eliminar la piel muerta y le lavó la cabeza, mientras yo descansaba en una pila de agua caliente.

Cuando Homa terminó con Nahid, me llamó a su lado. Un rayo de luz que entraba por las ventanas ovales del techo iluminaba su cara redonda y su blanco cabello. Cuando salí de las sombras, caminando desnuda hacia el grifo junto al que ella estaba acucillada, Homa abrió los ojos con aire de sorpresa.

—¡Cómo has cambiado! —exclamó.

—Las cosas son diferentes aquí en la ciudad —musité.

—No, no me refiero a eso —puntualizó Homa, y me atrajo hacia la luz—. ¡Mírate!

Nahid alzó la vista desde la pila donde se estaba bañando, y varias mujeres que había cerca de ella también me observaron, iluminada por la luz cenital. Traté de doblarme por la cintura para protegerme de las miradas, pero Homa no me dejó.

—La última vez que te vi parecías una niña. No tenías casi nada aquí —dijo, señalándome el pecho con el dedo—, ni aquí —añadió, dándome una palmada en la cadera—. ¡Y mira lo que ha ocurrido en unos pocos meses!

Era cierto. Seguía siendo baja como antes, y tenía las manos y los pies de una niña. Pero desde el cuello hasta las caderas, mi cuerpo se había rellenado de un modo sorprendente. Mis pechos, antes tan escasos, eran ahora como dos manzanas maduras, y mis caderas se curvaban como un melón.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Te has prometido en secreto?

—No —respondí sonrojándome—. Sólo sé que ahora como más carne, pan y queso que en toda mi vida.

—Bueno, pues pronto lo estarás —aseguró ella afablemente.

Homa me hizo dar la vuelta de un lado y de otro, admirando mis curvas. Yo me ruboricé. En el *hammam* no había lugar donde ocultarse.

—Tu cuerpo es perfecto, como una rosa recién abierta —dictaminó la anciana finalmente—. Pronto serás bendecida con un marido, Dios mediante, que amaré cada uno de sus pétalos.

Y empezó a entonar una vieja canción de matrimonio del sur con una voz tan hermosa como el trino de un ruiseñor.

*Oh, joven de las montañas, flor entre las flores,
con violetas en los cabellos y tulipanes en las mejillas.
No escuches más los trinos de los pájaros,
pues un joven y apuesto pastor ha venido
para robarte el corazón cantando.*

Varias mujeres se unieron a la melodía y, antes de que me diera cuenta, se

pusieron en pie y empezaron a seguir el ritmo, golpeando el suelo con los pies y dando palmadas. No sabiendo qué otra cosa hacer, las imité. Mientras cantaba, me erguía, olvidando la vergüenza.

Cuando la tonada terminó, se oyeron bromas y risas.

—¡Dicen que esos jóvenes y apuestos pastores saben cómo tratar a sus mujeres! —dijo una mujer, sonriendo.

—¡Normal, si se pasan el día cuidando de sus rebaños! —exclamó otra.

Homa me hacía un regalo al alabar la madurez de mi cuerpo ante todas las mujeres del *hammam*, que podían conocer a algún hombre adecuado para mí como marido. También me demostraba que yo tenía algo que valía la pena ofrecer.

—Ahora eres una de nosotras —añadió con tono de aprobación—, salvo por unos pocos detalles que pronto aprenderás. —Mientras las demás volvían a sus actividades, la anciana empezó a frotarme la espalda con el *kissé*. Miró de reojo a Nahid, cuyo cuerpo era aún largo y plano como un ciprés—. Lo que sea que hayas estado comiendo —dijo—, Nahid también debería probarlo.

Mi amiga tenía los ojos cerrados y no dijo nada. Ignoro si estaba dormida de verdad o sólo lo fingía.

¿Por qué siempre creemos que el pollo de nuestro vecino ha de ser más sabroso que nuestro ganso? Durante el resto de la tarde, dejé de preocuparme que la piel de Nahid fuera tan blanca, sus cabellos tan rizados y sus ojos tan verdes.

* * *

Como recompensa por haberle ayudado con la alfombra de las gemas, Gostaham permitió que me reuniera con él en el taller real después de la última llamada a la oración, a fin de mostrarme una pieza que iba a ser la maravilla de los siglos venideros. Yo jamás había visto semejante tesoro, pues en mi aldea las alfombras se usaban hasta que quedaban raídas y se reducían a polvo.

Recorrí los Cuatro Jardines justo después de la última llamada a la oración, que señalaba el fin del día. La gente abandonaba la Imagen del Mundo; los buhoneros de la plaza habían recogido sus mercancías y se encaminaban a casa. Por mi lado pasó un hombre con su carga de almendras verdes, que a mí me encantaban. Eran tan suaves como el queso, pero más delicadas.

Encontré a Gostaham en el taller que había visitado anteriormente, donde estaban todos los telares, pero ahora en ese lugar reinaba el silencio y no había nadie trabajando.

—*Salam* —dije, mirando alrededor—. ¿Adónde se han ido todos?

—A casa —contestó él—. Sígueme, deprisa.

Me condujo a través de varias habitaciones llenas de alfombras en diferentes etapas de realización. Recorrimos un largo pasillo y llegamos a una puerta con un grueso cerrojo en forma de escorpión. Mirando furtivamente para asegurarse de que

no había nadie por allí cerca, Gostaham sacó una llave que llevaba bajo su casaca y abrió la puerta. Encendió dos pequeñas lámparas de aceite y me tendió una de ellas. A su tenue luz, descubrí una gran alfombra que tomaba forma en un telar.

Avanzamos con las lámparas en alto.

—Obsérvala bien —indicó, acercando la luz a la alfombra—. Ocho hombres trabajan en ella desde hace un año y sólo han completado un cuarto.

La alfombra era ya tan alta como yo, pero cuando estuviera acabada alcanzaría cuatro veces mi estatura. Tenía casi noventa nudos por ray, de manera que el dibujo era tan detallista como el que podía dibujar un miniaturista con una pluma. Jinetes vestidos con casacas de seda naranja y verde, tocados con turbantes blancos y dorados, perseguían a ágiles antílopes y gacelas. Tigres y asnos salvajes peleaban entre sí. Había músicos tocando el laúd. Aves celestiales se acicalaban el plumaje con el pico, mostrando sus colas engalanadas con joyas. Era la pieza más maravillosa que había visto en mi vida.

—¿Quién puede permitirse semejante lujo? —pregunté.

—Es para el sah, para adornar sus aposentos personales. En ella se emplean las mejores sedas del país, los mejores tintes y los mejores diseñadores y tejedores. Esta alfombra seguirá existiendo mucho después de que tú y yo, y los hijos de nuestros hijos, nos hayamos convertido en polvo.

Tomé aire, sobrecogida, pues jamás había visto nada que pudiera durar tanto. Al examinarla más de cerca, me sorprendió el aire tan natural que tenían los animales y las personas. Los cuerpos se curvaban y movían con la misma gracia de los seres de carne y hueso. Señalé una figura sentada junto a un ciprés.

—¿Cómo consiguen que todo parezca tan real? —pregunté.

—No es la figura, sino la cara, lo que requiere la mayor habilidad —explicó Gostaham—. Cuando se trata de hacer un ojo, los demás tejedores han de ceder el sitio a los especialistas. De lo contrario, podría salir un rostro de aire distraído, inexpresivo, o incluso malicioso.

—¿Y los colores? —pregunté.

—Es lo mejor de esta alfombra incomparable —aseguró él, con una sonrisa burlona que al principio no supe a qué obedecía—. Fíjate en cómo el brillo del oro ilumina la densidad del dibujo. Nota sobre todo que los tonos apagados, el verde desvaído, el humilde beis, el azul pálido, realzan la belleza de los más brillantes, igual que la hembra del pavo real es el contraste perfecto para el plumaje más vistoso del macho.

—La elección de los colores es extraordinaria —alabé—. ¿A quién se debe?

—A mí —contestó, y ambos soltamos una carcajada.

Después fuimos a ver la alfombra para Fereidun, que ya estaba casi terminada. Las gemas de su diseño relucían como si fueran auténticas. Gostaham había dispuesto que se perfilara cada una de ellas con finas líneas de color, igual que un joyero engarza las piedras preciosas en oro o plata. Me pareció que tenía un aspecto muy

delicado y femenino, comparada con las escenas de caza de la alfombra del sah.

—Es aún más hermosa que tu diseño —dijo Gostaham, atribuyéndome todo el mérito. Su generosidad no conocía límites.

Cuando abandonamos el taller sentí una punzada de pesar. De haber sido un varón, habría podido trabajar como aprendiz junto a Gostaham, aprendiendo todas las técnicas que él dominaba. Pensé con envidia en los jóvenes tejedores que había visto en el taller en mi anterior visita. Ellos podían dedicar todo el día a aprender, mientras que yo me veía obligada a trabajar largas horas en la cocina antes de tener la oportunidad de concentrarme en mi alfombra. Sin embargo, sabía que disfrutaba de más privilegios que la mayoría de las chicas, porque Gostaham me había tomado bajo su protección y me ayudaba a mejorar, algo por lo que yo daba gracias todos los días.

Regresé a casa con los ojos brillantes. Gostaham me había mostrado una perla cuya contemplación se reservaba a unos pocos elegidos, y apenas hacía unos días que Homa había alabado mi nueva feminidad en el *hammam*. Por primera vez desde la muerte de mi padre, empecé a abrigar esperanzas.

Al cruzar el patio, me detuve para examinar mi alfombra y vi mi trabajo con otros ojos. El diseño estaba bien, porque Gostaham ya se había asegurado de ello, pero en ese momento me pareció que la elección de los colores era muy mejorable. En una ocasión había visto al maestro mirando la alfombra con una expresión extraña, como si hubiera probado una comida demasiado ácida. Aunque no había hecho ningún comentario sobre mi elección, había dicho varias veces que me ayudaría a elegir los colores para la siguiente alfombra. Ahora ya sabía por qué. Yo había elegido los colores por su belleza individual, más que por el efecto de conjunto.

¿Por qué no había pedido ayuda al maestro? Estaba tan impaciente por empezar, tan embriagada por la variedad de tonos disponibles, que me había precipitado. No había comprendido que un diseño de semejante complejidad exigía el mayor cuidado en la elección de los tintes. Esa noche, la tristeza apenas me permitió conciliar el sueño. Cuando aún brillaban las estrellas, me levanté para contemplar mi obra de nuevo. Las tonalidades no eran sólo inadecuadas, sino que chocaban entre sí. Sentí la necesidad imperiosa de arrancar la alfombra del telar y volver a empezar.

En Isfahán se burlaban de lo que en mi aldea se consideraba bueno. Desde nuestra llegada, no habían hecho más que recordarme mis humildes orígenes. Al contrario que una joven rica de ciudad, yo no había aprendido a leer ni escribir, ni a envolverme en ropa como una flor o comportarme con cortesía. Yo quería brillar como cualquier otra joven de Isfahán, la única ciudad digna del título de «mitad del mundo». Si mi primera alfombra lograba mostrar cuánto había aprendido, tal vez podría escapar de los perniciosos efectos del cometa y mi madre y yo podríamos enfilar por fin la senda perfumada de la buena fortuna.

Jamás había oído hablar de nadie que hubiera vuelto a empezar una alfombra.

Casi oía la voz de mi padre diciéndome que no lo hiciera, pues había completado ya miles de nudos. Pero entonces pensé en que había ido a ver al tintorero Ibrahim para descubrir el secreto del color turquesa, y había confeccionado una alfombra que había seducido a los forasteros, a pesar de que mis padres al principio no lo aprobaban. Pensé en el día que había cogido la pluma de Gostaham y bosquejado un dibujo que le había ayudado a resolver su problema, aunque al principio me hubiera reprendido por tocar sus cosas.

Invadida por el mismo deseo ardiente que me había impulsado en tales ocasiones, agarré el afilado cuchillo que usaba para cortar la lana y empecé a arrancar la alfombra del telar, hilo por hilo, dejándolos sueltos. Los miles de nudos empezaron a perder la forma, la superficie de la pieza se combó y empezó a aflojarse. Cuando se levante Gostaham, pensé, admitiré mi error en la elección de los colores. Le pediré ayuda y entonces confeccionaré una alfombra de la que podrá enorgullecerse.

Antes de las primeras luces del alba, lo había deshecho todo y había empezado a tender de nuevo el hilo de algodón. Gordiyé fue la primera en descubrir el resultado de mi decisión. Salía de la despensa con un gran tarro de mermelada ácida de cerezas cuando vio el telar vacío y la pieza deshecha. Soltó un chillido y dejó caer el frasco, que se rompió y vertió su pegajoso contenido a los pies de la señora de la casa, formando un charco rojo que parecía sangre. En unos instantes, los criados, Gostaham y mi madre acudían corriendo al patio. Yo me quedé clavada en el sitio, junto al telar, temblando.

—¡Loca! —gritó la mujer—. ¡Estás loca como Majnún! ¿En qué estás pensando?

Se produjo un gran revuelo, pues todo el mundo trataba de comprender qué había ocurrido. Alí Asgar le preguntó a Tagui, el chico de los recados. Shamsi corrió al lado de su ama para preguntarle si quería oler un poco de agua de rosas para recuperarse. La cocinera se apretó las sienes con las manos como si estuviera en un funeral. Gostaham salió corriendo al patio y miró los despojos de la alfombra que yacían en el suelo; me miró y volvió a mirar mi obra con incredulidad.

Mi madre llegó, presa del pánico, ajustándose el pañuelo en la cabeza.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó con tono suplicante.

Nadie se dignó mirarla siquiera.

—¡Estúpida campesina! —me espetó Gordiyé.

Sólo entonces se volvió hacia mi madre en busca de una explicación, pero ella se quedó muda de asombro al ver lo que yo había hecho.

—¿Tienes idea de la cantidad de lana que has desperdiciado, y de todo el trabajo perdido? ¿Es que intentas arruinar a esta casa? —preguntó la mujer, golpeándose el pecho una y otra vez con la palma de la mano.

Gostaham se acercó a su esposa mientras ésta seguía quejándose y lanzándome frases que me helaban los huesos.

—¡Las acogemos e intentan arruinarnos! ¿Por qué? ¿Por qué Alá nos ha enviado semejante carga? ¡Dime por qué! —se quejó a su marido.

Él me dirigió una mirada iracunda.

—Explícate —ordenó.

Precisamente era a él a quien yo esperaba complacer. Apenas conseguí articular las palabras.

—Los colores estaban mal escogidos —aduje tartamudeando, y traté de ocultarme tapándome la cara enrojecida.

Gostaham no me contradijo.

—Anoche te quedaste deslumbrada, algo que les suele ocurrir a los aprendices. ¡Pero ahora has destruido meses de trabajo! ¿Por qué no me has preguntado a mí primero?

—Te pido humildemente perdón —susurré, pues apenas podía hablar—. Lo he hecho porque pensaba que podía confeccionar una alfombra mejor.

—Por supuesto que podías confeccionar una mejor —respondió—. Pero ¿por qué no te has parado a pensar que podías vender la primera y luego empezar otra superior?

—¡Qué estúpida! —exclamó Gordiyé.

Me encogí al oír esa palabra. Tenían razón; debería haberlo meditado, pero me había dejado llevar por el impulso. Ahora me costaba creer que hubiera tomado semejante decisión. Me quedé inmóvil junto al telar, sumida en la mayor de las humillaciones, sufriendo aún más bajo la mirada inclemente de los criados, que me observaban con una mezcla de asombro y desprecio.

Mi madre se arrojó al suelo de rodillas y tendió las manos hacia los pies de Gordiyé para besárselos, de manera que el fajín negro se le manchó de mermelada.

—¡Levanta! —exigió la señora con fastidio.

Mi madre se levantó con los brazos abiertos hacia ella en un gesto de súplica.

—Por favor, perdona a mi discípula hija —rogó—. Yo pagaré la lana. Haré más medicinas y las venderé a los vecinos. Mi hija solo quería complaceros. Siempre ha sido así, a veces pierde la cabeza.

Yo no había sido consciente de ello antes de oírlo de sus labios, pero tenía razón, y me avergoncé de mi propia incapacidad de distinguir entre una buena idea y otra calamitosa.

—¿Que pierde la cabeza? ¿Qué cabeza? —repitió Gordiyé, volviendo a golpearse el pecho.

El maestro esbozó una mueca y juntó las manos, apretándolas como si tratara de contenerse.

—Una acción tan insensata no puede quedar sin castigo —declaró—. Hasta la próxima luna no saldrás de casa. Harás todo lo que te ordene mi mujer. No respirarás siquiera sin su permiso.

Consciente de que no debía abrir la boca a menos que me dirigieran una pregunta, guardé silencio con los ojos bajos y la cara roja de vergüenza.

—Primero se va a los partidos de polo —se lamentó Gordiyé—, y ahora esto.

¿Por qué damos cobijo a gente como ésta? —añadió, como si hablara consigo misma.

Mi madre se estremeció, presa de sus peores miedos. La señora trató de alejarse, pero no pudo moverse. Miró el suelo horrorizada. La mermelada le había pegado los pies al suelo. Se quitó los zapatos y se fue descalza a sus aposentos.

—¡Imbécil! —masculló.

Gostaham fue tras ella, tratando de consolarla. Los criados empezaron a limpiar el estropicio y a recoger el tarro de loza roto, sin dejar de cuchichear.

—¡Cuánto trabajo perdido! —dijo la cocinera, que había preparado la mermelada.

—¿Cuándo volveremos a tener un dulce desayuno? —preguntó Alí Asgar con tristeza, pues todos sabíamos que Gordiyé no compraría más mermelada para el pan.

Yo fui detrás de mi madre con la cabeza gacha, hasta que llegamos a nuestra habitación.

—Una patata es más lista que esa chica —oí decir a la cocinera.

—Es su mala estrella —añadió Shamsi.

Mi madre no me miró ni me riñó, aunque evidentemente pensaba que su hija había perdido el juicio. Se puso el chador y empezó a rezar el *namaz*, tocando con la frente el *mohr* que había colocado en el suelo. Después de la oración, se sentó sobre los talones y pidió ayuda.

—Te lo ruego, Alá, protégenos. Te lo ruego, Alá, no permitas que nos convirtamos en mendigas. Os lo suplico a vosotros, Hossein, Hassan, Alí, que conocisteis el martirio, por favor salvad a mi hija, que ha cometido un error infantil.

Deseé entonces haber tenido en cuenta la inquietud de mi madre por nuestro futuro antes de arrancar la alfombra del telar. Cuando por fin terminó de rezar, me acerqué arrastrándome hasta donde estaba acucillada con la mirada perdida.

—*Bibi* —dije, tocándole el brazo—. Te pido perdón con todo mi corazón. Si hubiera sabido cuánto iba a enfadarse todo el mundo, nunca habría tomado una decisión tan mala.

Mi madre tenía el brazo rígido y no me miraba. Se apartó de mí.

—¿Cuántas veces te dijimos tu padre y yo que no fueras tan impulsiva? —preguntó—. ¿Cuántas veces?

Suspiré.

—Lo sé —admití.

Ella miró el techo como pidiendo a Dios una hija mejor.

—No eres consciente de la suerte que has tenido —prosiguió—. Pero esta vez estoy segura de que se te ha terminado.

—*Bibi*, yo sólo quería hacerlo mejor —gemí.

—¡Cállate!

Volví el rostro hacia la pared y me quedé así, con los ojos secos, sufriendo por dentro. Habría dado la vida por aliviar su sufrimiento. Se puso de nuevo a rezar, como si el torrente de sus palabras pudiera lavar mi error.

El mes que pasé castigada me pareció tan vasto como el desierto. Iniciaba el día recogiendo, vaciando y limpiando los orinales, lo que me dejaba con el estómago revuelto. Luego, después de que Gordiyé hubiera consultado a la cocinera y a Alí Asgar sobre las tareas del día, me destinaba las que nadie quería hacer. Limpiaba el suelo grasiento de la cocina, troceaba los viscosos riñones, metía la ropa sucia en una tina, la pisoteaba para lavarla y la retorció hasta que me dolían los brazos. Incluso por la tarde, mientras todos dormían, Gordiyé me asignaba nuevas tareas. Tenía las manos tan ásperas como los cuernos de una cabra, y todas las noches caía rendida en la cama. Lamentaba amargamente mi estupidez, pero también creía que mi castigo era más severo de lo que merecía, y que Gordiyé disfrutaba con el poder que tenía sobre mí.

Una mañana, cuando el mes de castigo casi había terminado, una criada vino a decirnos que Gostaham quería que nos presentáramos en el *biruni*. Me temblaban las piernas cuando mi madre y yo atravesamos el patio, pues estaba segura de que iban a decirnos que ya no éramos bienvenidas en su casa. En la Gran Sala, me sorprendí al encontrar al maestro sentado en el lugar de honor, y Gordiyé a su derecha. El cabeza de familia indicó a mi madre que se sentara en un cojín que había a su izquierda. Yo me senté sola en el otro lado de la alfombra.

—¿Cómo estás, *janum*? —preguntó Gordiyé a mi madre, utilizando el término cortés reservado a las mujeres casadas—. ¿Tienes buena salud?

Me sorprendió que de pronto se mostrara tan amable.

—Pues sí —respondió mi madre, con igual cortesía—. Estoy muy bien, gracias.

—¿Y tú, pequeña? —prosiguió la señora de la casa—, ¿cómo te encuentras?

Aquellas cariñosas palabras me pusieron piel de gallina y respondí que me sentía bien. Miré a Gostaham tratando de comprender qué ocurría. Aunque normalmente era capaz de permanecer sentado durante horas con las piernas cruzadas y la espalda erguida como un telar, ahora no hacía más que moverse y cambiar de posición las piernas.

Cuando llegó el café, Gordiyé nos lo ofreció aparatosamente, acompañado de unos dátiles. Un embarazoso silencio se instaló en la sala mientras bebíamos la infusión.

—*Janum* —dijo Gostaham al fin, dirigiéndose a mi madre—, es mi deber informarte sobre una carta que he recibido esta mañana. Es de Fereidun, el tratante de caballos que me encargó una alfombra hace unos meses.

Mi madre se sorprendió, pues sólo había oído mencionar aquel nombre una vez, cuando yo le conté que había contribuido al diseño de su alfombra. Me pregunté qué habría hecho mal otra vez. ¿Habría algo en mi diseño que le hubiera molestado?

—Supongo que Fereidun está satisfecho con la alfombra, a juzgar por lo que dijo cuando la vio en el telar —continuó el maestro—, pero la carta no la menciona apenas; de hecho, no la menciona en absoluto.

Me temblaba tanto la mano que tuve que dejar mi taza en el suelo por miedo a

derramar el café en la alfombra de seda y dejarle una mancha marrón que no podría limpiarse.

—En realidad sólo hay otra cosa que pueda desear un hombre tan rico como él —prosiguió Gostaham—. Y esa cosa es tu hija. —Hablabla con el mismo tono directo y práctico que usaba para negociar el precio de una alfombra.

Mi madre se llevó las manos a las mejillas.

—No hay más Dios que Alá —dijo, como siempre que se sorprendía.

Gostaham se reajustó el turbante con ambas manos como si no soportara su peso. Yo lo conocía lo suficiente para reconocer los signos de su inquietud. Pero ¿por qué? ¿Qué podría halagarle más que aquella proposición de un hombre rico?

—Desea casarse con tu hija —intervino Gordiyé sin aliento, incapaz de ocultar su emoción.

Gostaham lanzó a su mujer una mirada de advertencia que mi madre no detectó, pues se puso en pie de repente, haciendo vacilar su taza de café.

—¡Por fin! —exclamó elevando los brazos—. ¡Un matrimonio enviado desde el cielo para mi querida hija! ¡Después de todo lo que hemos sufrido, por fin cambia nuestra veleidosa fortuna! ¡Loado sea Mahoma! ¡Loado sea Alí!

Gordiyé pareció divertida con sus exclamaciones, pero su tono fue amable.

—Mi corazón de madre comprende tus sentimientos —dijo—. Pocas mujeres son bendecidas con tan buena fortuna, tan esperada como la lluvia.

—Hija mía, manantial de mi corazón —exclamó mi madre tendiendo los brazos hacia mí—. Desde el momento de tu nacimiento has sido motivo de maravilla en nuestra humilde familia. Tus ojos brillan como el sol.

Mi corazón se llenó de esperanza. Como esposa de un hombre rico, me convertiría en una de esas damas gordas y mimadas sobre las que bromeaban las mujeres de mi aldea. ¿Sería posible tanta dicha en el año del cometa?

En cuanto mi madre se tranquilizó, empezó a hacer preguntas.

—¿Cómo sabe Fereidun que desea a mi hija? —quiso saber—. ¡Fuera de casa va siempre cubierta de los pies a la cabeza!

Yo guardé silencio; lo último que deseaba era que la familia supiera que me había mostrado a los ojos de un desconocido.

—Según tengo entendido, Homa alabó tus encantos en el *hammam* —explicó Gordiyé—. Casualmente, una de las criadas de Fereidun se encontraba presente y se lo contó a su señor.

Suspiré de alivio. Fereidun había esperado a encontrar una excusa adecuada para proponerme matrimonio. Entonces me ruboricé, preguntándome si la criada le habría descrito a Fereidun cómo era yo desnuda.

Mi madre debió de suponer que mi silencio era fruto de la modestia.

—¿Cuándo celebraremos la ceremonia? —preguntó a Gordiyé—. Lo antes posible, supongo.

—Estoy de acuerdo —convino la señora—, pero no creo que él desee celebrar

una gran ceremonia. Sólo será preciso que tu hija y Fereidun se presenten ante un ulema para hacerlo legal.

Yo carecía de experiencia sobre matrimonios entre gente rica, pero en mi aldea las bodas se celebraban durante tres días, si no más. Lo que Gordiyé describía parecía más bien la firma de un contrato.

—No comprendo —dijo mi madre, desconcertada.

—Lo que propone aquí —intervino Gostaham, mostrándonos la carta elegantemente escrita— no es un contrato matrimonial de por vida, sino un *sigué* de tres meses.

Yo había oído antes ese término, pero no sabía su significado, aparte de que era algo corto.

—¿Un *sigué*? —repitió mi madre, aún perpleja—. Sé que los que peregrinan a Quom contratan a veces un *sigué* por una hora o una noche, pero son acuerdos por placer. ¿Quieres que mi hija se case para eso?

Gordiyé debió de ver la consternación reflejada en nuestros rostros.

—Es cierto que no durará para siempre —admitió—, pero en este mundo no hay nada eterno, por voluntad de Alá. Lo importante es que os proporcionará beneficios que no conseguiríais de otra manera.

El instinto comercial de mi madre se había despertado. Irguió la espalda y sus ojos adoptaron una mirada severa. Tenía el mismo aspecto que el día que había regateado el precio de las alfombras con las mujeres del harén.

—¿Cuánto? —preguntó con dureza.

Gostaham desdobló la carta y leyó la suma, la misma que Fereidun había ofrecido a Gostaham por la alfombra. Era una cantidad importante, pero no alcanzaba para permitirnos la independencia económica.

Mi madre chasqueó la lengua.

—No es suficiente. Cuando pierda la virginidad, ¿quién va a quererla? Es mucho mejor un matrimonio para toda la vida.

Gostaham pareció a punto de mostrarse de acuerdo con ella, pero su mujer lo cortó en seco.

—¿Quieres decir que preferirías entregársela al hijo de un panadero con los brazos peludos y cubiertos de harina, antes que a un hombre rico? —preguntó—. No olvides que el *sigué* puede renovarse. Si tu hija complace a Fereidun, es posible que desee quedársela indefinidamente. Cada vez que lo renueve, pagará la suma estipulada. Puede que también le regale joyas, o incluso una casa. Si tiene suerte y es lista, esta alianza podría significar vuestra fortuna.

El maestro volvió a cambiar de posición sobre el cojín. Parecía bastante menos optimista que su esposa.

—No olvidemos que también podría terminar rápidamente —apuntó—. Sólo hay una garantía de tres meses. Después, todo dependerá de lo que decida Fereidun.

Gordiyé habló entonces a mi madre en un tono almibarado que pretendía restar

importancia a las palabras de su marido.

—¿Por qué una joven tan agradable como tu hija no iba a complacer a Fereidun? ¡La luna brillará sobre él toda la noche, todas las noches!

—Sí, en efecto —convino mi madre—. Pero si tanto le gusta, ¿por qué no plantea una propuesta de matrimonio como es debido?

—No puede —contestó ella—. Su primera esposa enfermó de cólera, igual que su hija, y murió. Como hijo de un hombre rico, está obligado a casarse con una mujer de alcurnia que pueda darle un heredero.

Una aldeana como yo no podía aspirar a tanto.

—Homa está buscándole ya una joven adecuada —continuó la señora—. Pero imagino que Fereidun ansia compañía, después de llevar luto por su esposa. Podría tener a cualquier mujer del país para ese propósito, pero ha elegido a tu hija.

Me sentí muy emocionada. Fereidun se había fijado en mí y me presentaba una oferta. ¡A mí, que tenía las manos callosas de tanto limpiar y tejer!

—Seguramente se encaprichó contigo al ver tu alfombra de gemas —aventuró Gordiyé, como si hubiera captado mis pensamientos—. Ha puesto los ojos en ti por encima de todas las demás mujeres. ¡Atraer la atención de un hombre tan rico debe de ser mucho más de lo que nunca soñaste!

—Cierto —admití ruborizándome.

—Realmente, todo son ventajas para ti —insistió—. Si concibieras hijos, serían legítimos y se les proporcionaría todo lo necesario. Ningún hombre de su posición dejaría que la madre de sus hijos pasara hambre. ¡E imagina lo que puede ocurrir si consigues tenerlo feliz y satisfecho!

Gostaham alzó las manos para interrumpir la incontinencia verbal de su mujer.

—Recuerda, *janum* —dijo a mi madre—, que aunque los hijos serían legítimos, jamás gozarían de la misma posición que los de sus esposas permanentes.

La señora hizo un movimiento cortante con la mano como para descartar las palabras de su marido.

—Sólo Alá sabe lo que ocurrirá —manifestó—. No somos nosotros quienes decidimos.

El maestro se volvió hacia mi madre.

—A ti te corresponde reflexionar cuidadosamente sobre esta oferta, *janum*. No puedes predecir si Fereidun se quedará con tu hija o no. No sabes si tu hija y tú viviréis con todos los lujos u os veréis reducidas a la miseria. Y aunque tu hija tenga descendencia, no adquirirá ningún derecho a la herencia de Fereidun, ninguno.

Gordiyé exhaló un suspiro de exasperación.

—Aunque se casara con un panadero, su destino también podría dar muchas vueltas —alegó—. Su marido podría enfermar y morir de un día para otro. El sah podría acusarlo de engañar con el peso del pan y mandar cocerlo en su propio horno. O podría caerse de una mula y partirse la cabeza.

—Sin duda —admitió Gostaham—. Pero entonces tendría una familia legítima a

la que recurrir: los padres, hermanos y primos de su marido. No se vería triste y abandonada al cabo de tres meses.

—¿Triste? —tercié.

—Bueno, realmente no hay nada de qué preocuparse —declaró Gordiyé—. Un *sigué* es una unión legal.

—Legal sí, pero algunas personas lo consideran indigno —replicó su marido.

Enrojecí momentáneamente, aunque no sabía muy bien a qué se refería. El maestro se volvió hacia mi madre.

—Si te hubiera ofrecido un matrimonio convencional, no vacilaría en animarte a aceptarlo —dijo.

—Aun así —se apresuró a intervenir Gordiyé—, hay muchos motivos para celebrarlo. No hallarás una oferta igual. Sería mejor que la aceptaras como una manera de obtener ingresos, sobre todo porque la economía de nuestra casa es muy inestable.

—¿Inestable? —preguntó mi madre, paseando la vista por la sala ricamente adornada. Yo seguí su mirada y me fijé en los grandes ramos de rosas rojas y amarillas, los montones de dulces con miel, las bandejas rebosantes de melones maduros y pepinos, y los cuencos llenos de pistachos tostados—. ¿Te preocupas por el dinero? —preguntó mi madre.

—El salario que recibe mi marido del taller de alfombras real apenas alcanza para cubrir nuestros gastos —afirmó la señora—. El sah le permite hacer encargos por su cuenta en su tiempo libre, y gracias a eso disfrutamos de comodidades, pero son ingresos que vienen y van con el viento. Una alfombra de seda nueva es lo primero de lo que prescinde una familia con problemas de dinero.

Se volvió hacia su esposo.

—¿Y no es cierto que ni siquiera se puede confiar en la familia real como clientes? Recuerdo las historias sobre el difunto sah Tahmasp, que se volvió un hombre muy religioso y despidió a cientos de pintores miniaturistas, iluminadores, calígrafos y encuadernadores. Podría volver a ocurrir una desgracia semejante.

Gostaham pareció disgustarse.

—El sah Abbas no se parece en nada a su abuelo. No tiene motivo alguno para dejar de financiar el taller de alfombras real, que rinde grandes beneficios.

—Aun así —insistió la mujer con impaciencia—, ¿quién puede predecir lo que ocurrirá? Por supuesto, una madre y una hija solas deben mostrarse siempre muy precavidas con el futuro de sus finanzas.

Mi madre se inclinó hacia atrás al oír estas palabras, como golpeada por el fuerte viento del desierto. Nada la aterrorizaba más que la idea de tener que sobrevivir solas, ella y yo, igual que tras la muerte de mi padre.

—Fereidun y sus parientes tienen docenas de casas en Isfahán y en todo el país —prosiguió Gordiyé—. Cada casa que compran y cada tienda que montan en el desierto necesitan alfombras, buenas alfombras. Y una familia como ésa las quiere de seda, no

de lana. —Se volvió hacia mí—. ¡Piensa en lo mucho que beneficiaría semejante alianza a nuestra familia!

Era la primera vez que la oía referirse a la familia incluyéndonos. Comprendí que Gordiyé tenía sus propias razones para alentar la unión, aunque el dinero del *sigué* fuera sólo para nosotras dos.

—Haría cualquier cosa por ayudar a la familia —repliqué en tono elocuente.

—Y yo también —se apresuró a añadir mi madre—. ¿Qué dice Fereidun acerca de proporcionar una casa a mi hija?

—No ha ofrecido ninguna —contestó Gordiyé—, pero si tu hija lo complace y es obediente, eso podría venir después.

Mi madre suspiró.

—Desde luego, no es la oferta que yo creía al principio.

—Lo comprendo —dijo la señora en tono tranquilizador—. Por supuesto, deseas lo mejor para ella. Pero ¿qué mejor oferta puede esperar una joven sin dote?

La frente de mi madre se llenó de arrugas y detecté una expresión de impotencia en sus ojos.

—Tendréis mi respuesta en unos días —dijo al fin.

—No le hagas esperar demasiado —replicó Gordiyé.

—Y no digas una sola palabra a nadie —añadió Gostaham—. Queremos que se mantenga en secreto, aunque tu hija se case finalmente con Fereidun.

—¿Por qué? —pregunté.

La señora apartó la mirada.

—Es absolutamente legal —repitió, y se produjo un largo e incómodo silencio, momento en que Gostaham carraspeó. Mi madre lo miró, esperando una respuesta.

—No es del tipo de cosas que una familia como la nuestra querría dar a conocer —respondió él finalmente.

Yo tenía otra preocupación que me escocía como la sal bajo fe piel.

—¿Y qué hay de mi aprendizaje? —dije—. Gostaham me está enseñando el arte de hacer alfombras.

Por primera vez en aquella conversación, el maestro pareció complacido, como si realmente me considerara hija suya.

—Al margen de lo que decida tu madre sobre ese matrimonio, seguiré enseñándote mientras quieras aprender —declaró.

Su respuesta fue como una luz que manara de su corazón al mío.

—Quiero seguir aprendiendo —aseguré—. Pero ¿y si tengo que irme a vivir lejos?

—Dado que Fereidun no te ha ofrecido una casa, seguirás aquí —explicó Gordiyé.

—¿No insistirá en mantenerla encerrada, lejos de la mirada de extraños? —preguntó mi madre.

—Es rico, pero no procede de una familia de alcurnia de Isfahán —respondió

Gordiyé—. Lo más seguro es que sólo encierre a sus mujeres permanentes. —Se volvió hacia mí—. No te preocupes —dijo—, estoy segura de que no le importará lo que hagas durante el día.

Después de esta entrevista, fui a la habitación donde dormía con mi madre y miré alrededor sin ver nada; luego subí las escaleras hasta la azotea como si fuera a mirar la ropa tendida, aunque no había ropa alguna; después fui a la cocina por si necesitaban ayuda y estuve picando cebollas unos minutos, hasta que derramé un cuenco de alholva al suelo y la cocinera me echó de allí con la orden de que no volviera.

No era que el aspecto físico de Fereidun me desagradara, pues, aunque no era tan apuesto como Iskandar, tenía un cuerpo erguido y musculoso y desprendía un atrayente olor a caballo. Pero su propuesta no era la respetable oferta que yo esperaba recibir de un pretendiente. Si Fereidun me quería a mí, ¿por qué no se casaba conmigo para siempre? Y si debía contraer matrimonio con una mujer de alcurnia que le diera un heredero, ¿por qué no se casaba con ella primero y luego me convertía en su segunda esposa?

Hice mis tareas con una gran inquietud, consciente de que mi porvenir podía cambiar en un solo día. Si me casaba, perdería la virginidad para siempre y tal vez tuviera hijos. Mi vida sería completamente distinta. Imaginé los días ociosos y las noches de amor, los cuencos llenos de miel y dátiles, mi vientre abultándose. Pero ¿y si no seguía casada al cabo de tres meses? En tan poco tiempo no se me notaría nada.

Me habría gustado ir a casa de Nahid y preguntar qué opinaban su madre y ella. Pero Gostaham me había advertido que guardara silencio sobre la propuesta. Si el *sigué* concluía al cabo de los tres meses sin que hubiera embarazo, tendría mejores perspectivas si nadie estaba al corriente. La situación me parecía muy extraña, puesto que todos los matrimonios que yo había conocido hasta entonces se anunciaban y celebraban con gran gozo. ¿Por qué éste parecía ocultarse tras un velo de vergüenza?

—Hija de mi corazón —dijo mi madre cuando nos encontramos en la habitación por la noche—, ¿qué has estado pensando? —Tenía unas profundas ojeras y sus pies estaban de nuevo enrojecidos e hinchados, pues el trabajo en la cocina había sido muy duro ese día.

Acerqué un cojín y se lo coloqué bajo los pies cuando se tumbó sobre las mantas.

—*Baba* y tú siempre me decíais que me casara con un buen hombre —contesté—. ¿Cómo puede Fereidun ser ese hombre si sólo me quiere para unos meses?

Ella suspiró.

—Por lo que sabemos, tiene reputación de hombre cabal —señaló—. No hay motivos para pensar lo contrario.

—Me siento como si quisiera comprarme por poco dinero —repliqué—. *Baba* y tú me educasteis para esperar algo mejor.

Mi madre me cogió una mano entre las suyas.

—No podemos mantener las expectativas que tuvimos en otro tiempo —dijo—. Esta oferta ya sobrepasa lo que yo creía posible.

—¿Qué otra cosa es posible?

—Nada —contestó mi madre sombríamente—. Gordiyé tiene razón. ¿Qué más pueden esperar dos mujeres pobres como nosotras?

Me ajusté el pañuelo blanco que me cubría la cabeza.

—Si la decisión fuera mía, diría que no. Al fin y al cabo, Haj Alí decía que los matrimonios realizados en el año del cometa estarían llenos de pasiones y conflictos.

Mi madre retiró las manos.

—La decisión no es tuya —declaró con firmeza.

—Tengo derecho a decir que no ante el ulema si no estoy de acuerdo —repliqué airadamente, recordando lo que me había explicado Goli en una ocasión.

—Si haces eso, te apartarás para siempre de esta familia, y eso me incluye a mí.

Su respuesta me dejó helada.

—Entonces ¿quieres que me case con Fereidun en contra de mi voluntad?

—Nuestra posición en esta casa es insegura.

—Lo siento —dije, consciente de que yo tenía buena parte de culpa.

—Por eso te pido que no seas imprudente por primera vez en tu vida —prosiguió mi madre, suavizando el tono—. Es mejor que dejes esta decisión en manos de tus mayores, que se preocupan por tu futuro y sabrán hacer lo mejor.

La mera alusión a mis anteriores errores hizo que deseara ocultar el rostro de pura vergüenza. Tras haber actuado de forma tan irreflexiva, estaba impaciente por demostrar que podía aprender de mis equivocaciones.

—*Chashm* —dije dócilmente, usando la palabra con que los soldados expresaban obediencia a las órdenes de sus superiores—. Me someto a tu voluntad. —Y me incliné hasta tocarle con la cabeza los pies hinchados, resuelta a hacer cuanto me pidiera.

A la mañana siguiente, mi madre dio su consentimiento a la oferta. Gostaham escribió una carta a Fereidun y nos felicitó con escaso entusiasmo. Casi inmediatamente recibimos la respuesta, proponiendo que la unión se formalizara al día siguiente, el primero del Ramadán.

Esa mañana nos levantamos tarde, pues habríamos de ayunar hasta la puesta del sol. Mi madre ayudó a la cocinera a trocear las verduras y freír la carne, mientras yo limpiaba el arroz de bichos y piedrecitas y lo ponía en remojo para quitarle el almidón. Incluso una tarea tan sencilla como aquella pareció llevarme más tiempo de lo normal, porque tenía hambre y sed. Mis pensamientos volvían a menudo a Fereidun mientras trabajaba. Hacía meses que no lo veía, así que sentía curiosidad por saber qué aspecto tendría y si habría de lamentar haberme sometido a los deseos

de mi madre.

A media tarde sentía la lengua pegada al paladar y me costaba hablar. Los días empezaban a ser calurosos, todos teníamos mucha sed y nos costaba mucho no pensar en agua. Las jornadas también eran más largas, lo que significaba que el anochecer se retrasaba. Cada momento requería una gran fuerza de voluntad.

Al acercarse el ocaso, todos nos sentíamos débiles por la falta de alimento. Las hijas y los nietos de Gordiyé se habían reunido en la casa, esperando la hora de poder comer. Cuando el intenso aroma de los guisos de cordero y pollo de la cocinera impregnó el aire, empecé a salivar de tal modo que me dolió la lengua. Los adultos alimentaron primero a los niños que eran demasiado pequeños para ayunar. La tensión fue en aumento a medida que se acercaba el momento de satisfacer el hambre. La cocinera, que parecía especialmente nerviosa, nos gritaba órdenes como si fuéramos soldados. Quería que todo estuviera listo a tiempo, pero no demasiado pronto para que los platos no se enfriaran. Yo me sentía como si fuera a caerme de la nube de sensaciones que se cernía sobre mí.

Por fin el estruendo del gran cañón despertó a todo el mundo. Ayudé a Shamsi y Zohré a llevar la comida a la Gran Sala. La familia de Gostaham se precipitó sobre ella como leopardos dispuestos a devorar una gacela. No se oía más ruido que el de los dientes al masticar. El maestro, que normalmente cogía el arroz con un trozo de pan y se lo llevaba a la boca pulcramente, ahora dejaba caer los granos sin prestar atención. Nadie dijo nada hasta que los estómagos se llenaron y las gargantas se suavizaron con la bebida.

En la cocina, mi madre, los criados y yo estábamos igual de silenciosos mientras servíamos la comida. Por lo general esperábamos a que la familia terminara de comer, pero no así durante el Ramadán. El hambre apremiaba. Yo no sabía si comer o beber primero, así que empecé con una taza del *sharbat* de la cocinera, una refrescante mezcla de zumos de frutas, azúcar, vinagre y esencia de rosas. La bebida era dulce y ácida al mismo tiempo, lo que me abrió aún más el apetito. Pero cuando me dispuse a comer, no pude tragar un solo bocado.

Mientras tomábamos el té, llegó Fereidun con su administrador y el ulema. Gostaham los acompañó a la Gran Sala, donde les ofreció bebidas y dulces antes de llamarnos a mi madre y a mí. Yo llevaba el chador que me cubría completamente, puesto que me hallaba en compañía mixta. Eché una miradita a mi pretendiente, que vestía una suntuosa casaca larga de terciopelo marrón y estampada con un motivo de jinetes y corceles dorados. Gostaham leyó el contrato matrimonial en voz alta para comprobar su duración y la suma que se nos pagaría. Cuando el ulema me preguntó si consentía, asentí sin vacilar, tal como había prometido a mi madre. El novio firmó el documento, y mi madre, Gostaham, el ulema y el administrador actuaron como testigos.

Fereidun se mostró muy frío durante los trámites, pero cuando nadie lo veía, me lanzó una franca mirada de admiración que me hizo estremecer. Sentí que mi cuerpo

estaba pesado y maduro, como un dátil macerándose en sus propios jugos. Y me dio escalofríos pensar en lo que ocurriría al quedarme a solas con él por primera vez. Sabía que tendría que quitarme la ropa, pero no tenía la menor idea de lo que ocurriría después. Esperaba que me gustara y rogaba lograr complacerlo. Me consolé pensando en las palabras de Goli: «A todo el mundo le gusta», me había comentado en una ocasión.

Mi madre recibió un saco de monedas del administrador. Fereidun y su séquito nos dieron las gracias y partieron. Cuando regresamos a nuestra habitación, oí la plata que tintineaba debajo de las ropas de mi madre, y pensé que mi boda más parecía un negocio que una celebración.

Resultaba muy extraño quedarse en casa sin hacer nada el día de mi boda, de modo que mi madre y yo fuimos andando a la Imagen del Mundo para entretenernos un rato por la noche. Los tenderos habían adornado sus puestos con luces para que la gente pudiera examinar su mercancía hasta la madrugada. Los malabaristas y contadores de historias divertían a la multitud, y había chicos vendiendo almendras con miel e infusiones de azafrán con cristales de azúcar. Las familias compraban pinchos de cordero asado y los comían mientras paseaban de una tienda a otra. Reinaba una gran animación, pero me sentía un poco rara en medio de aquella multitud en lugar de estar celebrando mi boda, como habría ocurrido en mi aldea. Allí habría estado rodeada de invitados durante todo un día y una noche. Juntos habríamos bailado, cantado canciones, contado historias y recitado poemas, y después de habernos saciado de pollo con arroz, cascara de naranja y azúcar, mi marido habría venido a reclamarme. Pensé en lo orgulloso que habría estado mi padre y lo eché de menos con todo mi corazón.

Casi despuntaba el día cuando regresamos a casa y comimos cuajada, hierbas, frutos secos, dulces y pan para resistir el ayuno del día siguiente. Poco antes de que asomaran los primeros rayos del sol, tomé un último vaso de *sharbat* de cerezas, me acosté y me tapé con las mantas, esperando que no me despertaran antes de mediodía. Pero no hice más que dar vueltas, pues mi cuerpo no estaba acostumbrado a dormir a esas horas. Me sentía mareada y nerviosa por tantos cambios repentinos. Me recordó el momento en que mi padre nos había dejado solas de un día para otro. El mismo suelo que pisaba parecía tambalearse bajo mis pies, como si un terremoto estuviera a punto de reducir nuestra aldea a escombros.

No tuve que esperar mucho para que Fereidun me reclamara Por primera vez. Fue el cuarto día del Ramadán, y lo hizo por medio de una carta en la que se me daban instrucciones para que me bañara, me vistiera y estuviera lista para encontrarme con él antes de que sonara el disparo de cañón del siguiente día. Por fin iba a convertirme en una mujer madura. Lo sabría todo, igual que Goli.

Por la tarde, mi madre y Gordiyé me llevaron al elegante *hammam* de nuestro

barrio. Por primera vez, mi madre indicó a Homa que me llevara a un reservado. Allí la anciana me untó las piernas con una espesa crema de olor agrio, hecha de siempreviva menor. Al cabo de unos minutos me echó un cubo de agua y el vello desapareció, dejándome una piel de niña pequeña. Luego me echó la cabeza hacia atrás y me depiló las cejas, no tanto como si fuera una mujer madura, sólo lo justo para que se curvaran como dos medias lunas.

—Cada vez estás más guapa —comentó Homa. Yo me ruboricé, pues no estaba acostumbrada a pensar en mí de esa forma.

Cuando terminó, volví con las demás mujeres a la sala principal de los baños. Me dio la impresión de que mis muslos, tan lisos, se susurraban el uno al otro al andar. Regresé al lugar donde mi madre y Gordiyé reían tumbadas, y me eché junto a ellas. Prepararon pasta de alheña en un cuenco y Gordiyé me pintó las palmas de las manos hasta la muñeca y los dedos hasta la mitad. Mi madre me decoró los pies y los dedos también hasta la mitad. Al cabo de varias horas, cuando limpiaron la pasta, todos mis dedos parecían adornos. No rieron ni me hicieron bromas, como se suele hacer con las novias, pues estaban resueltas a mantener mi matrimonio en secreto.

Después llegó por fin el momento del baño.

—¡Vello y alheña, como si fueras a casarte! —observó Homa mientras me frotaba la espalda.

—¡Serías la primera en saberlo, Homa jun! —repliqué, tratando de hablar con desenfado. No estaba acostumbrada a mentir y las palabras se me trababan en la boca.

Homa rió y me echó agua por la cabeza para aclararme. Después hicimos la Gran Ablución en la pila más grande del *hammam*. Por lo general el agua caliente me producía una sensación de sueño y apatía, pero en esa ocasión no hacía más que moverme con nerviosismo, hasta que las demás mujeres me rogaron que parara.

Cuando llegamos a casa, Gordiyé nos condujo a su vestidor, una pequeña estancia del *andaruni*. Estaba llena de arcones que contenían prendas para ocasiones especiales. Mientras sacaban las preciosas sedas, la señora de la casa preguntó a mi madre por el día de su boda.

—Pensé que era la joven más afortunada de toda la aldea —respondió ella con una sonrisa—, porque me casaba con el hombre más guapo.

—¡Ah, pero la belleza viene y se va! —dijo Gordiyé—. Yo misma era una muchacha preciosa, y no tenía estas carnes gruesas y nacidas.

Mi madre suspiró.

—¡No me habría importado que su belleza desapareciera, con tal de que siguiera vivo! Pero, si Dios quiere, el futuro de mi hija será mejor que el mío.

Me desvestí y la señora me ayudó a ponerme un vestido largo de seda blanca transparente. Me estremecí al pensar cómo me sentiría al mostrarme así ante Fereidun, pues no osaba imaginarme completamente desnuda.

A continuación me pusieron una blusa holgada de seda, roja como una manzana, pantalones a juego y unas relucientes babuchas doradas acabadas en punta. La joya

del atuendo era una túnica con un estampado de rosales rojos que parecían pintados. Cada arbusto tenía un capullo, una flor medio abierta y una rosa en todo su esplendor. Una mariposa extendía sus alas hacia el corazón de la rosa, dispuesta a libar.

Mi madre me ayudó con la túnica.

—Hija mía, estas rosas no tienen espinas —observó—. Tenlo en cuenta cuando estés con tu marido.

De repente me sentí mareada, seguramente porque no comía nada desde antes de la salida del sol. Me senté en un escabel para tratar de serenarme. Gordiyé me pintó los párpados con kohl y me repasó las cejas. Luego me dio unos toques de color rosa en los labios, que así parecieron más pequeños, y me pintó un pequeño lunar negro cerca de la boca. Mi madre me cubrió el cabello con una tela de encaje blanco, dejando unos mechones sueltos para que adornaran mi rostro. Gordiyé me colocó uno de sus hilos de perlas de una sien a otra, pasando por debajo de la barbilla, y otro alrededor de la cabeza. Noté entonces cada una de las perlas posadas en mi frente, frías como las aguas de un arroyo.

—Levántate, *azizam*, querida —indicó mi madre. La obedecí y las dos me miraron con embeleso, como si contemplaran un hermoso cuadro que yo no había visto jamás. Luego me puso las manos sobre las mejillas—. Eres tan preciosa como la luna llena —dijo.

Una vez vestida, apenas me atrevía a moverme por miedo a estropear su excelente trabajo. Mi madre me condujo hacia una vasija donde ardía incienso, y me pidió que me colocara con un pie a cada lado para perfumar mis ropas.

—Y lo que hay debajo —añadió Gordiyé, y soltó una carcajada maliciosa. El dulce e intenso aroma del incienso me nubló el pensamiento y volví a sentirme mareada.

Entonces la señora me cubrió el cuerpo con un chador de seda blanca y un *piché* para que nadie me reconociera. Mi madre se puso su chador negro. Como estábamos en Ramadán y aún no había llegado la hora de comer, no me dieron un dulce de almendras mojado en agua de rosas, sino que me frotaron los labios con él y me desearon una dulce vida conyugal.

Nos habían indicado que mi madre y yo fuéramos a una de las casas que Fereidun tenía cerca de la antigua Gran Mezquita. Salimos, pues, de casa de Gostaham y nos alejamos del río en dirección a la puerta Norte, siguiendo el bazar hasta la antigua plaza central de la ciudad. Desde allí, pasamos por delante de cuatro caravasares, tres *hammam* y dos escuelas religiosas, antes de llegar a la antigua Gran Mezquita, construida quinientos años atrás, hecha de ladrillo, sin pinturas ni azulejos. Mientras que la plaza y la Gran Mezquita del sah eran de una insuperable magnificencia, aquella zona de la ciudad tenía la grandeza serena de lo que perdura. Ni siquiera los mongoles la habían destruido.

—Entremos un momento en la mezquita —pedí.

Traspusimos la inmensa entrada y fuimos a parar a un corredor oscuro de sólidos

muros de ladrillo y gruesas columnas. Pensé en todos los que habían rezado allí antes de mí, sobre todo en las muchachas que fueron vírgenes un día para convertirse en mujeres casadas al siguiente. Me sentí sumida en la oscuridad de la ignorancia, pero pronto esperaba alcanzar yo también la brillante luz del conocimiento. Salimos del corredor al patio exterior para el rezo, bañado por el resplandor del sol. Me quedé un momento bajo aquella luz, musitando plegarias, mientras mi madre aguardaba.

—Ya estoy lista —dije.

Abandonamos la plaza y enfilamos una calle angosta donde sólo las altas verjas indicaban que había casas. Faltaba poco para que disparasen el cañón y las calles estaban llenas de gente que se dirigía presurosa e impaciente al lugar donde pensara consumir su siguiente comida.

Mi madre preguntó a un niño por la casa de Fereidun, y él nos condujo hasta una puerta de madera tallada. Usamos la aldaba para las mujeres, que produjo un sonido agudo. Al punto, una anciana criada nos abrió la puerta y se presentó como Hayedé. La reconocí, pues era una de las mujeres que había cantado en el *hammam* cuando Homa me había alabado.

Entramos y nos quitamos el chador. Ella nos mostró sus respetos, pero asumiendo su posición de superioridad, indicó a mi madre que ella se ocuparía de mí a partir de ese momento. Yo no esperaba que tuviera que despedirme de mi madre tan pronto.

—No olvides que llevas el nombre de una mujer de gran fortaleza y sabiduría. Sé que harás honor a ese nombre —me susurró ella, tomándome la cara entre las manos.

Cuando se dio la vuelta para marcharse, vi que tenía los ojos llenos de lágrimas, igual que yo. Creo que jamás me he sentido tan sola como entonces.

—Te gustará estar aquí —dijo Hayedé, percibiendo mi angustia.

La casa tenía cuatro habitaciones dispuestas en torno a un Patio abierto con una bonita fuente cantarina. Hayedé recogió mi chador y observó mi atuendo. Debió de considerarlo apropiado, pues me condujo a una habitación y me indicó que me Quitara las babuchas y esperara allí.

La habitación era como un diminuto estuche de joyas. Sus paredes tenían numerosas hornacinas pintadas con amapolas anaranjadas y fantásticas flores de color turquesa. El techo estaba adornado con motivos de soles, como un cortinaje de yeso blanco, y lo habían cubierto de pequeños espejos que brillaban como estrellas. Una preciosa alfombra de seda con motivos florales cubría el suelo. Dos tapices más pequeños, con unos pájaros cantando en un árbol florecido, colgaban de las paredes, pues eran demasiado valiosos para pisarlos. Al alcance de la mano tenía cuencos llenos de melones, uvas y pepinos pequeños, así como altas jarras de agua y vino tinto.

No sé cuánto tiempo tardó Fereidun en presentarse. Cada minuto me pareció tan largo como un año, y apenas me moví por miedo a malograr mi aspecto. Creo que debía de parecer una princesa pintada en un cuadro. Todos los detalles eran perfectos, pero no me sentía yo misma. Me miré las manos y los pies adornados con alheña

como si pertenecieran a otra persona, pues era la primera vez que me los pintaban. Pensé en mi amiga Goli y en cuánto había ansiado yo descubrir los misterios que ella conocía desde hacía años. En ese momento deseé seguir ignorándolos toda mi vida.

Sonó el disparo del cañón y, tras unos instantes, la puerta de la habitación se abrió y entró Fereidun, seguido de media docena de criadas que llevaban humeantes bandejas de comida.

—*Salam* —dijo, sentándose en un cojín junto a mí. Llevaba una casaca larga del color del espliego sobre una túnica verde y un turbante blanco con hilo de plata.

Dos criadas extendieron un mantel delante de nosotros, y las demás criadas colocaron encima las bandejas con comida suficiente para veinte personas. Luego se retiraron respetuosamente.

Fereidun parecía tan cómodo como la primera vez que me había visto con la cara descubierta.

—Debes de tener hambre —comentó—. Rompamos juntos el ayuno.

Partió un trozo de pan, cogió con él una porción de cordero con arroz guisado al eneldo y me la ofreció. Yo la miré alarmada. Era la primera vez que aceptaba comida de manos de un desconocido.

—No tienes por qué mostrarte cohibida —dijo Fereidun, inclinándose hacia mí—. Estamos casados. —Al ver que yo daba un respingo, se echó a reír—. ¡Ah, las vírgenes! —exclamó con una sonrisa de deleite.

Cogí la comida de su mano y me la llevé a la boca. Era lo más succulento que había probado en mi vida, y había de sobra para los dos: dos pollos guisados, una pierna de cordero asada, arroz con habas y cebollas, y un plato de arroz dulce hecho con azafrán, agracejo, cascara de naranja y azúcar. No pude comer mucho, pero Fereidun tomó de todo y en abundancia, como podía esperarse de un hombre de su posición. De vez en cuando paraba y me preparaba un bocado. Comíamos en silencio, igual que en casa, para así apreciar mejor el regalo de los alimentos.

Cuando terminamos, Fereidun llamó a las criadas para que lo retiraran todo. Me fijé en que observaban cuánta comida quedaba en los platos para calcular si cenarían bien esa noche: yo había hecho lo mismo en otras ocasiones.

Fereidun pidió una pipa de agua y un músico. La gran pipa de cristal con un ascua ardiendo sobre el tabaco apareció al mismo tiempo que el joven músico, aún barbilampiño. Fereidun dio una chupada a la pipa y me la ofreció, pero yo rehusé; nunca había fumado. El músico se sentó delante de Fereidun y esperó a que éste levantara la mano para empezar a tocar. Luego comenzó a pasar el arco sobre el *kamanché*, cuyas melodías me abrasaban el corazón. Mientras contemplaba aquella pareja tan armoniosa, me abrumó una soledad desgarradora. El músico y su *kamanché* evocaban una vida conyugal que yo no había conocido y que quizá no conocería jamás. De pronto eché de menos a mi padre. Respiré hondo para tratar de serenarme, pero Fereidun vio mi expresión.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

No pude responderle, pues luchaba por contener mis emociones. El músico seguía tocando. Fereidun le hizo una seña para que se detuviera, pero él estaba absorto en su música.

—¡Basta! Retírate —ordenó finalmente.

El joven siguió tocando un poco más antes de alzar la vista. Una insinuante sonrisa bailaba en las comisuras de sus labios cuando dio las gracias a su amo y se fue.

Me sentí muy desdichada, como si hubiera cometido ya un terrible error. Pero en lugar de enfurecerse, Fereidun me acarició el dorso de la mano decorada con alheña. Sus manos eran el doble de grandes que las mías, y su piel tenía el color de la canela. Además, eran las más suaves que había tocado en mi vida. Me acarició las yemas encallecidas y sonrió, aparentemente complacido con su tacto.

Mientras Fereidun me observaba las palmas, yo estudiaba su rostro. Tenía un gran mostacho negro y una barba recortada que le llegaba hasta las orejas. Su boca desprendía olor a tabaco y sus labios eran tan rojos como mi blusa. Jamás había estado tan cerca de la cara de un hombre que no fuera mi padre, y debía de parecer asustada. Él me atrajo hacia sí y me acarició los cabellos y las manos. El calor de su piel empezó a calentar la mía.

—Bueno —dijo—, así que ésta es mi pequeña de las montañas del sur, tan dura por fuera pero tan suave por dentro. ¿Quién lo habría imaginado?

Yo no me hubiera descrito así, pero debía de ser cierto. Tras la muerte de mi padre, la ternura parecía haberse convertido en un sentimiento que no podía permitirme.

—Te he deseado desde el día en que te vi despojándote del chador —declaró.

—Y sin embargo, fui brusca contigo —repliqué, recordando mis palabras de aquel día.

—¡E hiciste bien!

—¿Por qué has esperado hasta ahora para pedirme a mi familia? —pregunté.

—Aún no estabas lista. Pero todo cambió cuando Hayedé te vio en el *hammam*.

Enrojecí. Fereidun me besó la frente justo por debajo de la ristra de perlas. Todo mi cuerpo ardía. Era asombroso ser la persona que más le importaba en el mundo a otra persona, aunque fuera sólo por un momento.

Yo quería seguir hablando, pero él me tomó la mano y me condujo a un pequeño dormitorio que había al otro lado de una puerta de madera tallada. En las hornacinas de las paredes había lámparas de aceite encendidas. Unas mantas cubrían la mayor parte del suelo, con una almohada lo bastante grande para una pareja. Era una habitación reservada a dos actividades: amar y dormir.

Nos acomodamos sobre las mantas y mi corazón empezó a latir tan deprisa que notaba la blusa de seda agitándose al ritmo de sus latidos. Fereidun me quitó la preciosa túnica dorada de Gordiyé y la arrojó a un lado con la despreocupación de quien está acostumbrado al lujo. Luego me sacó la blusa por la cabeza. Me estremecí

al quedarme sólo con el fino vestido de seda que lo revelaba casi todo. Fereidun apoyó las manos en mi cintura un momento y, al sentir su calor, dejé de temblar, que era lo que él esperaba. Cuando me relajé, empezó a acariciarme el cuerpo muy, muy levemente, sólo con la yema de los dedos, que me transmitían su calidez a través de la seda.

Yo deseaba que siguiera acariciándome, pero en cambio me quitó el vestido con cierta premura y contempló mi desnudez, mientras yo procuraba no encogerme de vergüenza como un gusano prendido en un anzuelo. En sus ojos apareció una mirada de deleite.

—¡Pechos firmes como granadas, caderas como un oasis! ¡Lo sabía!

Me sonrojé al oír sus elogios.

—Rosas rojas florecen en tus mejillas —añadió tiernamente.

Se desprendió de su elegante vestimenta arrojándola al suelo. Cuando se quitó el turbante, tuve que reprimir una exclamación: el cabello espeso y brillante le caía hasta los hombros formando ondas. Me habría gustado tocarlo, pero no me atreví.

El vello de su cuerpo formaba dibujos que parecían motivos de un bordado. Aunque no le miré más abajo de la cintura directamente, vislumbré algo que me hizo pensar en las vísceras de cordero que vendían en el bazar de la carne: riñones, hígado y lengua.

Cuando me estrechó entre sus brazos, sin nada que se interpusiera entre nosotros, olí el aroma a tabaco con un toque de manzana en sus labios y noté el vello de su cara y su pecho. Su cuerpo desprendía un agradable calor. Mi inocencia era tanta que no imaginaba qué pasaría a continuación. Había visto animales apareándose en el campo, y sabía que hombres y mujeres hacían algo similar. Pero cuando Fereidun unió su cuerpo al mío, me agarré a las mantas para prepararme, pues me pareció algo violento. Su pasión fue en aumento y supe que quien la provocaba era yo, pero me sentía muy lejos de todo aquello. Era realmente como una princesa inmóvil en un cuadro, observando a Fereidun mientras él me devoraba. Cuando ascendió al séptimo cielo y gritó de gozo, lo miré con curiosidad entornando los ojos. Después se quedó dormido y yo me sentí frustrada y confusa. ¿Por qué lo que habíamos hecho era motivo de tantas bromas entre las mujeres de mi aldea y, sin duda, también entre los hombres? ¿Por qué Goli adoptaba una expresión de embeleso cada vez que hablaba de ello?

De madrugada, Fereidun despertó y volvió a abrazarme. Al parecer quería repetir lo de antes. Me plegué a sus deseos, aunque me sentía dolorida. Inspirada por sus movimientos, empecé a mecer las caderas, apretándome contra él como si supiera lo que se debía hacer, y aumenté la cadencia al ver que sus ojos se movían como alas de mariposa. Entonces él se incorporó y me atrajo fuertemente hacia él con sus suaves manos, como si tratara de aplastar mi cuerpo contra el suyo. Tras unos largos instantes, sus brazos se relajaron y Fereidun se tumbó a un lado.

—Ha sido incomparable —dijo, besándome un pecho.

Antes de dormirse me sonrió, y tuve la impresión de haber hecho justo lo correcto.

Esa noche soñé con un partido de polo. Dos jinetes rivales perseguían la pelota con afán, impidiendo a los demás que se acercaran. Cuando por fin uno de ellos conseguía que traspasara los postes, yo esperaba que la multitud se alzase para vitorearlo, pero de sus bocas no salía sonido alguno. Me desperté sobresaltada, pensando en los muslos de Fereidun empujando entre los míos y preguntándome por qué la sensación no había sido tan agradable como yo había imaginado.

Mientras volvía caminando a casa a la mañana siguiente, todo lo que veía —la antigua Gran Mezquita, el atestado bazar, los plátanos que bordeaban la avenida de los Cuatro Jardines— me parecía diferente bajo el tórrido sol. Sentí un hormigueo al recordar los abrazos de Fereidun. Mi corazón se aceleró como el día que había contemplado Isfahán desde el puente, ansiando descubrir sus misterios. Sin embargo, en lo más hondo de mí sentía un vacío, como si me faltara algo que no era capaz de nombrar.

Mientras cruzaba el barrio de los Cuatro Jardines, mi mirada se detuvo en el jardín de una casa rica, donde habían plantado escaramujos rosas y azucenas de un tono azul sobrenatural. Me pregunté cómo sería tumbarme en la espesa hierba bajo aquellos álamos de amplias copas, para compartir pan, almendras y queso de cabra con un marido. Un par de jóvenes lascivos se dieron cuenta de que me había quedado parada y empezaron a rogar que les hiciera una señal.

—Es tan jugosa y suave como un melocotón —le susurró uno al otro—. Se nota por la forma de sus tobillos.

Enfilé la calle de Gostaham sin hacerles caso, sonriendo bajo el *piché*. Ahora sabía qué era lo que tanto les molestaba en la entrepierna. Miré a las demás mujeres que había en la calle, deliciosamente ocultas bajo los velos. Éramos una sorpresa que había que desvelar capa a capa.

Mi alegría no era pura. Me había faltado algo en mi primera noche con Fereidun, algo que impulsaba a otras a celebrar el acto en incontables canciones, poemas y miradas maliciosas. «Es como un fuego que prende en la hierba seca y la devora con regocijo», me había dicho Goli en una ocasión. Pero ¿qué significaba eso?

Cuando llegué a casa, mi madre me saludó con afecto y me preguntó cómo me encontraba. Contesté que bien, gracias a Dios.

—¿Y cómo has pasado la noche? —preguntó, impaciente por saberlo todo.

Me tumbé en mis mantas, súbitamente agotada.

—Creo que todo sucedió tal como se suponía —contesté.

—¡Alabado sea Alá! —exclamó ella—. ¿Quedó Fereidun complacido?

—Creo que sí, por lo que sé —respondí en tono cansino, recordando lo importante que era su placer para nuestro futuro.

Mi madre me apartó el pelo de la cara.

—Me parece que tú no has disfrutado —comentó, como si me leyera el pensamiento.

—¿Cómo lo sabes?

—No te preocupes, hija mía. Irá mejorando. Sólo has de tener paciencia.

—¿Por qué mejorará?

—Os acostumbraréis el uno al otro y haréis cosas para complaceros.

—¿De verdad?

—Te lo aseguro.

Me habría gustado poder hablar de todo con una amiga casada como Goli, pero no tenía a nadie así en Isfahán.

Nahid vino a visitarme aquella tarde sin saber nada de lo ocurrido. Gordiyé y Gostaham habían insistido en que guardara celosamente el secreto, a menos que Fereidun me ofreciera convertirme en esposa permanente.

Hacía más de un mes que no veía a Nahid, pues había estado castigada la mayor parte del tiempo y no me habían permitido salir de casa ni recibir visitas. Cuando llegó, yo estaba durmiendo. Me levanté para saludarla entre bostezos. Ella no se percató de mi cansancio y ni siquiera se fijó en que tenía las manos y los pies pintados con alheña. Nahid estaba enamorada y eso acaparaba todos sus pensamientos. Nos besamos en las mejillas y nos sentamos sobre mis mantas, mientras mi madre iba a la cocina para tomar el té.

—¡Estoy tan emocionada! —exclamó Nahid; tenía las mejillas arboladas y los labios carnosos y suaves. Nunca la había visto tan guapa. Comparada con ella, yo parecía cansada y ojerosa por falta de reposo.

—¿Hay alguna novedad? —pregunté mirando sus caderas, que parecían más anchas de lo habitual. Llevaba las cartas dentro de la ropa, atadas con el fajín por debajo de la cintura.

—Sí. He traído su última carta, que ya casi me sé de memoria. —La sacó del fajín—. Está llena de hermosos sentimientos, pero te revelaré la línea más importante. —Desdobló la misiva y leyó—: «Prométeme que tus ojos, verdes como esmeraldas, brillaran de amor al posarse en mí, y yo te prometo que te seré eternamente fiel, igual que un diamante.»

—¡Eso suena a propuesta de matrimonio! —exclamé.

—Eso es exactamente lo que pensé, pero tendría que hacer una oferta formal a mi familia. —Suspiró y se recostó en los cojines, con la dicha pintada en el rostro.

Deseé poder decirle que en las últimas horas, mientras ella se extasiaba con una carta, yo había revelado mis partes más íntimas a un hombre y había visto las de él. Pero entonces tendría que contarle que no era tan maravilloso como se creía.

Nahid suspiró.

—No puedo dejar de pensar en sus ojos. ¡Son tan negros y brillantes, incluso desde lejos!

Pensé en los ojos de Fereidun. Eran de un cálido castaño, y los había tenido tan cerca que había visto cómo se contraían sus pupilas a la luz de las lámparas de aceite.

—Es tan apuesto como Yusuf —convine—, la perla de su época.

—¡Y sus labios! —prosiguió ella, como si no me hubiera oído—. Son carnosos y rojos. —Se ruborizó y sus blancas mejillas adquirieron un tono rosado—. ¡Me gustaría saber cómo es besar esos labios!

Yo podría haberle explicado cómo era besar a un hombre. Cuando Fereidun me había metido la lengua en la boca Por primera vez, me pareció tan gorda como un gusano, y mi nariz quedó aplastada contra la suya impidiéndome casi respirar. Pero de todas formas me había gustado la sensación de su lengua entrando y saliendo de mi boca. Supuse que Nahid imaginaba un beso que se detendría castamente en los labios.

—No pienso más que en encontrarme entre sus brazos, notando su pecho contra el mío y el vigor de sus músculos.

¿Qué sabía ella de la aspereza de un velludo torso masculino, extrañamente placentera, como la había notado yo contra mis pechos? Pero otras cosas habían sido menos agradables: la extraña y cálida presión al abrir las piernas, el agudo dolor y la humedad que había estallado después en mi interior. Empecé a sentirme incómoda al recordarlo.

—Te estás ruborizando —observó Nahid—. ¿Te incomodan estas cosas?

—Tal vez —contesté, haciendo un esfuerzo por volver a prestarle atención. Si Fereidun y yo hubiéramos estado tan enamorados como Iskandar y Nahid, ¿habría logrado yo vencer mi timidez y disfrutado más de la noche pasada con él?

—Sólo a ti debo agradecerte mi felicidad, querida amiga —prosiguió Nahid—. Esto no habría ocurrido jamás si no hubieras aceptado acompañarme a los partidos de polo.

—¡Eso no es nada!

—Mi corazón ansia volver a saber de él —añadió Nahid—. Necesito leer más palabras de amor para asegurarme de que realmente me corresponde.

Yo deseaba hablarle de mi *sigué*, pero la exigencia de Gordiyé y Gostaham de que guardara el secreto me hacía temer que mi nueva situación disminuyera la estima que me tenía Nahid. Aunque pudiera confiar en ella, no mostraría el júbilo con que ella hablaba de Iskandar. Mi matrimonio obedecía a la necesidad; el suyo lo elegiría ella.

—No me estás escuchando —protestó frunciendo el ceño—. ¿Qué pasa? Hoy pareces triste.

Yo había procurado disimular mis sentimientos durante la conversación, pero me resultó imposible.

—¡Sólo deseaba... casarme con un hombre al que amara! —dije de pronto, pero era más que eso. ¿Por qué no podía tener yo un rostro tan hermoso con la piel blanca como la leche? ¿Por qué no seguía viviendo mi padre para derramar sus bendiciones sobre mí? ¿Y por qué no podía estar con un hombre que me quisiera tanto que se

casara conmigo para siempre?

—También a ti te llegará el momento —aseguró Nahid—. Cuando descubras el amor, te darás cuenta de que es el sentimiento más elevado.

Nahid me abrazó antes de despedirse, incapaz de contener la emoción. Me pregunté si mi amiga estaría en lo cierto. Nahid parecía dejarse llevar por la fuerza de sus deseos. ¿Eso era amor? Aunque no lo sabía, me alegraba viéndola florecer como una rosa, aunque yo sentía un gran vacío en el corazón.

Fereidun me reclamaba tras la puesta de sol, pero durante el día seguía perteneciendo a Gostaham. Poco después de mi primera noche de casada, Gostaham me mandó llamar a su taller. Ahora que sabía lo que hacían los hombres con las mujeres, me sentía cohibida a su lado, pero él me trataba igual que antes, como a un aprendiz.

Mi madre había devuelto ya el dinero de la lana que yo había estropeado con parte del dinero del *sigué*; el resto sirvió para pagar las deudas en las que habíamos incurrido en nuestra aldea. Después de prometer a Gostaham que aceptaría sus consejos sobre la elección de colores y jurar por el sagrado Corán que no sacaría la pieza del telar hasta que estuviera terminada, mi maestro aceptó adquirir la lana para otra alfombra.

Gostaham había hecho un nuevo dibujo a tinta negra y se ofreció a enseñarme a combinar los colores. Me esforcé en fijar la atención en el trabajo para olvidar mi noche con Fereidun, mientras él desplegaba el dibujo. Representaba un jarrón rodeado de grandes y vistosas flores.

—Al sah Abbas le gusta tanto este motivo que se le ha impuesto su nombre —explicó, riendo entre dientes—. El diseño no es muy complicado, de manera que los colores adquieren la máxima relevancia.

El jarrón tenía la boca estrecha y el cuerpo con curvas sinuosas, como de mujer. ¿Era el mío tan bien proporcionado? Me ruboricé al recordar que había estado desnuda ante mi marido mientras él alababa generosamente mis pechos y mis caderas.

Gostaham sacó su bandeja de pigmentos en polvo de una hornacina de la pared que había a su espalda.

—Ahora observa con atención —indicó.

En el centro del jarrón había una roseta. Gostaham mojó el pincel con agua antes de pintarla de negro con el centro de color crema. La amapola que sostenía la roseta quedó de un naranja intenso sobre un mar de leche cremosa. El ramo que contenía la amapola se convirtió en negro y los lados del jarrón que lo rodeaban, en rojo oscuro.

—Dime por su orden los colores que ves.

Examiné el jarrón.

—Crema, negro, naranja; crema, negro, rojo —dije, emocionándome a medida que hablaba—. ¡Es un motivo!

—Correcto —asintió Gostaham.

Los tres grandes ramos que rodeaban el jarrón contenían exuberantes mundos interiores de flores, hojas y arabescos. El primero lo coloreó sobre todo de naranja, salpicado de verde, mientras que el segundo era sobre todo verde con toques de negro, naranja y rosa, como las manchas de las alas de una mariposa. No me sorprendió que el tercer ramo fuera sobre todo rosa.

—Vuelve a mirar los colores —pidió.

El tercer ramo empezaba como una minúscula flor rosa con un centro crema rodeado de pétalos negros. Éstos se abrían en una rosa carmesí dentro de un mar negro salpicado de diminutas flores anaranjadas. Era como ver una flor pasando por todas las etapas de su vida. Me recordó el modo en que el miembro de Fereidun se había desplegado, erecto, para volver a descansar pacíficamente después de estallar.

—No has respondido a mi pregunta —me insistió Gostaham.

Yo ni siquiera había oído la pregunta.

—Crema, rosa, negro; carmesí, naranja, negro —dije, más emocionada aún que antes. El motivo era el mismo de antes, pero en un orden distinto.

—Bien. Ahora contempla todos los ramos en su conjunto, parece que estoy usando los mismos colores repetidamente, ¿por qué no cansan la vista?

La respuesta era evidente.

—Aunque los ramos están relacionados, como los miembros de una familia, cada uno es un tesoro incomparable por sí solo.

—En efecto.

Gostaham dibujó tiras de flores más pequeñas alrededor de cada ramo grande, rodeándolos sin apretar, casi con afecto, de un modo muy parecido a como Fereidun me había rodeado la cintura por primera vez. De su pluma emergió el tulipán rojo con el centro negro, las violetas de oscuro morado, las flores de color teja del granado, los narcisos negros y las rosas de color rosa.

—Ahora viene la prueba —anunció Gostaham. En otro trozo de papel dibujó un ramo y coloreó el centro de verde y negro y las hojas azules—. ¿Dónde pongo esto en el diseño? —preguntó tendiéndome el papel.

Traté de encajar el nuevo ramo en el diseño, pero todos los colores parecían chocar con el rojo y el naranja.

—No encuentro dónde ponerlo —respondí finalmente.

—Cierto —dijo Gostaham, sonriendo—. Los colores no combinan, aunque sean bonitos por separado.

—Unidad e integridad —musité, recordando su última lección.

—¡Alabado sea Alá! —exclamó mi maestro con el rostro iluminado por una de sus escasas sonrisas—. Ahora copia este diseño y los colores hasta que tus ojos y tus dedos lo hayan comprendido. Entonces, y sólo entonces, te daré permiso para empezar a tejer.

Así lo hice, y cuando Gostaham me dio su aprobación fuimos al bazar y

buscamos los tonos que él había seleccionado. Si se hubiera tratado de una alfombra para el taller real, habría mandado fabricar los tintes según sus indicaciones. No obstante, los vendedores de lanas de Isfahán estaban tan bien surtidos que encontramos tonos muy parecidos. Yo me sentía exultante, pues podía empezar ya una pieza de la que ambos nos enorgulleceríamos.

Unos días más tarde, Fereidun volvió a llamarme a su lado. Tras recibir una carta suya por la mañana, Gostaham me encontró en el patio trabajando en la alfombra nueva y me dijo:

—Te reclaman esta noche.

Tardé unos instantes en comprender a qué se refería, y luego me sonrojé, azorada, al pensar que él y los demás miembros de la casa sabían lo que iba a hacer esa noche. Pero después de que Gostaham se fuera, me sentí feliz de que mi marido volviera a reclamarme, pues no estaba muy convencida de haber cumplido satisfactoriamente como esposa.

Cuando terminé de tejer, me cubrí con el chador y el *piché* y fui caminando hasta la pequeña y elegante casa donde había entregado mi virginidad a Fereidun. Por el camino iba pensando en mi madre y Gordiyé, y en lo afectuosamente que me habían preparado para mi primera noche, dedicando casi dos jornadas enteras a bañarme, adornarme y vestirme. Esa noche y todas las siguientes serían las sirvientas de Fereidun las que se encargarían de prepararme. Me preguntaba cómo me sentiría en manos de mujeres desconocidas, mujeres que lo servían a él y no a mí.

Cuando llegué, Hayedé me saludó y me condujo al pequeño *hammam* de la casa. Se comportaba con firmeza y eficacia, como si lo hubiera hecho muchas veces. El baño se encontraba en una bonita habitación blanca con suelo de mármol y dos hondas pilas de mármol. Empecé a desnudarme como hacía cuando iba al *hammam* de Homa, hasta que descubrí que Hayedé y su gorda ayudante, Aziz, me miraban con algo parecido al desdén.

—Puedo hacerlo sola —dije, pensando en ahorrarles esfuerzos, pero Homa no quiso ni oír hablar de eso.

—Nos meteríamos en un buen lío si se descubriera que te has bañado sin nuestra ayuda —adujo.

Escarmentada, permití que las mujeres terminaran de desvestirme. Me quitaron la ropa suavemente y la doblaron con cuidado, aunque se trataba de las sencillas prendas de algodón que llevaba en casa. Cuando me quedé desnuda, me condujeron a la pila de agua más caliente, como si no pudiera llegar hasta ella sola. Yo estaba acostumbrada a cuidar de mí misma en muchos sentidos desde muy niña, así que me sentía rara al verme tratada como un delicado recipiente de cristal.

Mientras descansaba en el agua y dejaba que el calor me penetrara la piel, Aziz me ofreció agua fresca y pepino. Como aún estábamos en el Ramadán, respondí que

esperaría a oír el cañón. Quise salir del agua caliente al cabo de unos minutos, pero ellas insistieron en que me quedara hasta que notara el cuerpo relajado del todo. Cuando mi piel quedó completamente suavizada, me ayudaron a salir, me frotaron con paños jabonosos y me examinaron las piernas, las axilas y las cejas por si había vello que eliminar. Tras asegurarse de que no ofendería a Fereidun con una mata de vello, Hayedé me lavó la cabeza y me untó con un aceite aromático hecho de clavo. Aziz me masajé los hombros y el cuello con sus grandes y gordezuelas manos, y yo fingí quedarme adormilada. Si aquellas criadas sabían algún chisme sobre Fereidun, estaba segura de que no resistirían la tentación de hablar de él.

Siempre he sabido hacerme la dormida, pues era la única manera de oír lo que se decían mis padres por la noche. Di una sacudida con la pierna y entreabrí la boca. Cuando un hilillo de saliva me resbaló hacia el cuello, supe que mi actuación habría convencido incluso a mi madre.

—¿Qué más queda por hacer? —preguntó Aziz en un susurro.

—Sólo vestirla.

—Qué lástima tener que cubrirla —comentó la más gorda con un suspiro—. ¡Mírala!

¿Qué había de mirar?, me pregunté. No sabía qué miraban sus ojos y empecé a notar que me subía el color al pecho y las mejillas.

—Es como si Fereidun pudiera ver a través de la ropa —dijo Hayedé—. No entiendo cómo lo supo sólo mirándola a la cara.

—Es una pena que sea tan morena, casi color canela.

—Cierto —convino Hayedé—, ¡pero fíjate en lo que oculta bajo esas ropas viejas!

La más gorda se echó a reír.

—¡Yo también fui así en otro tiempo!

—Sin duda, pero ¿alguna vez habías visto unas manos y unos pies tan diminutos y delicados como los de esta niña?

Aziz suspiró.

—Claro que tiene las yemas de los dedos ásperas como los cuernos de una cabra —criticó—. Seguro que a él no le gusta.

—No son sus yemas lo que va a montar —replicó Hayedé, y las dos rieron socarronamente como si fuera lo más gracioso que hubieran oído en su vida.

—Sí —añadió la más gorda con deje nostálgico—, los higos de verano no maduran tanto.

—Y las rosas de verano se marchitan en una semana. Ya verás cuando quede embarazada; entonces engordará y perderá su lozanía.

—Querrás decir si se queda embarazada —dijo Aziz, y las dos mujeres volvieron a reír, más fuerte esta vez—. Al fin y al cabo, sólo dispone de tres meses.

—Se acerca la noche; será mejor que la despertemos —observó Hayedé, y empezó a frotarme un pie.

Di un respingo y me desesperé como quien acaba de despertar de una cabezada. A pesar de todos sus cuidados, me dolía todo el cuerpo como si hubiera recibido un tremendo golpe. ¿Cuánto tiempo seguiría deseando Fereidun a alguien a quien incluso dos viejas sirvientas habían encontrado motivos para compadecer?

—Mira, ¡tiene frío! —comentó Aziz a Hayedé. Parecía haber olvidado que estaba despierta y podía oírla.

Me sentaron en un escabel de madera y empezaron a vestirme con prendas que una mujer sólo puede llevar para su marido: unos pantalones transparentes y una camisola de seda que sólo se abrochaba en el cuello, un vestido rosa pálido y una túnica turquesa que se abría para mostrar la ropa interior translúcida y el nacimiento de los pechos. Me cubrieron la cabeza con un delicado velo de seda blanca, más como adorno que por modestia, y me engalanaron la frente con una ristra de perlas. Las sedas produjeron un suave frufurú cuando las mujeres me condujeron a la pequeña habitación, la misma en que me había encontrado con Fereidun la primera vez. Encendieron braseros de incienso y me situaron encima de ellos para que se perfumaran mis ropas y mi piel. También trajeron jarras de cristal con vino tinto y vasijas de porcelana con leche. Me quité los zapatos y los dejé juntos en el suelo de azulejos. El humo del incienso se me metió en la garganta. Esperaba que mi madre estuviera en lo cierto y en esta ocasión el encuentro discurriera de forma distinta.

No tuve que esperar mucho, pues Fereidun llegó justo al anochecer. Entró en la habitación, se quitó los zapatos y se sentó pesadamente en un cojín junto a mí. La daga que llevaba a la cintura centelleó a la luz de las lámparas de aceite, que yo hubiera preferido menos intensa.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó con brusquedad.

Se me erizó el vello al oír su tono, pero respondí con toda la serenidad de que fui capaz.

—Bien, gracias a Dios.

Cuando le pregunté a mi vez qué tal estaba, se limitó a soltar un gruñido. Pensé que primero comeríamos y beberíamos, pues ninguno de los dos había consumido nada en todo el día, pero Fereidun me llevó al dormitorio y me quitó la túnica turquesa sin miramientos. La prenda acabó en el suelo más deprisa de lo que caen los pétalos de una rosa, seguida del vestido. Me sacó también los pantalones transparentes y los arrojó a un lado. Me quedé sólo con la fina camisola de seda que se abría desde el cuello, dejándolo todo al descubierto.

—Creo que te tomaré tal como estás —dijo.

Se desvistió y se quitó el turbante, que lanzó al otro lado de la habitación, donde acabó girando como una pelota. Prescindiendo del velo que me cubría la cabeza, abrió la camisola y se echó sobre mí en la cama. Al contrario que la primera vez, me penetró sin más preámbulos. Esbocé una mueca de dolor, pero él no me miraba, de modo que, recordando mi cometido, empecé a mover las caderas tal como había aprendido, aunque me dolía. Al cabo de unos instantes, Fereidun se estremeció y se

derrumbó sobre mi pecho. Yo permanecí debajo de él, decepcionada de nuevo, escuchando el sonido de su respiración, que se fue calmando hasta recuperar el ritmo normal. ¿Era eso lo que debía esperar de nuestra relación? Sentí el impulso de acariciarle los rizados cabellos, que sólo a mí mostraba, pero advertí que estaba casi dormido y no me atreví a molestarlo. Permanecí inmóvil, con los ojos muy abiertos. Aquello no se parecía en nada a lo que yo deseaba del matrimonio. No me recordaba en absoluto el modo en que mi padre adoraba a mi madre, ni cómo Gostaham trataba a Gordiyé.

Al cabo de un rato, sonó el cañón y Fereidun se movió, se desperezó, se puso la ropa y ordenó que me vistiera. Dio unas palmadas para llamar a los criados, que acudieron presurosos con comida en compañía del músico impertinente de la primera noche. Disfrutamos de otro suntuoso banquete de carnes asadas, arroz con azafrán y verduras frescas, mientras oíamos al intérprete, que me parecía el joven más guapo que había visto. Tenía unos grandes ojos almendrados, ensortijados tirabuzones castaños y la coquetería de una bailarina. No era mucho más joven que yo, pero la piel de su rostro barbilampiño era más suave que la mía. Fereidun parecía extasiado con la música. Cuando la melodía alcanzaba notas agudas de vibrante belleza, él parecía a punto de desmayarse. El músico, por su parte, parecía observar con desdén el deleite de su señor, pero cuando éste abría los ojos, el joven adoptaba una expresión deliberadamente neutra.

Cuando Fereidun se cansó del músico, lo despachó junto con los criados. Vertió leche en una vasija de vino y me indicó que bebiera. Yo nunca había tomado vino, ya que muchas mujeres de mi aldea se negaban a beberlo por razones religiosas (aunque algunas lo hacían en privado). El brebaje tenía el aroma de la uva madura y la reconfortante espuma de la leche fresca. Lo bebí rápidamente y me tumbé de nuevo sobre la cama, estirando los brazos y abriendo las piernas de un modo que empezaba a resultarme natural. Me sentí tan relajada y floja como en el baño. Imaginé que Fereidun me estrecharía entre sus brazos y me besaría la cara, y que después de unir nuestros cuerpos, escucharía las historias que yo le contara sobre mi vida en la aldea. Pero sus ojos empezaron a brillar y, sin mediar palabra, me despojó de nuevo de la ropa y, llevándome en volandas, me tomó contra las puertas de marquetería de la habitación, sacudiéndolas ruidosamente con cada acometida. Yo me moría de vergüenza imaginando lo que pensarían las criadas de aquellos golpes, rítmicos como los de un tambor, pues estaban justo al otro lado, esperando oír la más débil palmada de Fereidun. Pero eso no fue todo. Fereidun arrojó unos cojines al suelo y, apartándome de las puertas, me hizo poner a cuatro patas para poseerme igual que se aparean los perros, y finalmente, cuando el día ya clareaba, me tomó de pie, sosteniéndome en brazos mientras yo le rodeaba el cuerpo con las piernas. Esa noche no tuve motivos para preocuparme de si Fereidun me deseaba o no, si mi piel era demasiado oscura o si le resultaba agradable como esposa.

Sin embargo, aun mostrándome de lo más diligente entre sus brazos, mi cuerpo

no se elevó por las nubes. ¿Dónde estaba el éxtasis que todos prometían? Me sentí aún más decepcionada que la primera vez, pues no había cambiado nada. Pese a ello, cumplía todas las órdenes de Fereidun, consciente de que podía despedirme al cabo de tres meses y dejarnos de nuevo a mi madre y a mí a expensas de la bondad de Gordiyé y Gostaham. No soportaría otro invierno de privaciones como el que habíamos sufrido en la aldea. En Isfahán no pasábamos frío y estábamos bien alimentadas, de modo que me sentía obligada a complacer los deseos de Fereidun, tanto si quería que me quitara la ropa como que me la dejara puesta, que me pusiera aquí o allá, o que me agachara igual que un perro.

Fereidun pareció muy complacido tras la noche que pasamos juntos. Volvió a tomarme por la mañana, pero todo terminó rápidamente y luego se puso una bata para irse al baño tarareando en voz baja. Yo me vestí con mis ropas de algodón para regresar a casa. Las criadas se presentaron con café y pan, evitando mirarme a la cara. Me pareció que Hayedé sonreía con suficiencia mientras recogía los cojines que Fereidun había tirado por el suelo, pues le indicaban exactamente lo que habíamos hecho y en qué rincón de la habitación.

Durante las primeras semanas del *sigué*, trabajé largas horas en mi alfombra. A medida que la pieza iba creciendo en el telar, me sentía cada vez más satisfecha. Los colores eran muy acertados, gracias a Gostaham. No cabía duda de que era mucho mejor que la anterior. Ni siquiera Gordiyé podía negarlo. Me alegré por ello, después de haber experimentado su ira.

Una tarde, me encontraba tejiendo en el patio cuando se acercó una criada para decirme que Gostaham había vuelto a casa con un holandés. Me dirigí entonces a mi rincón secreto para espiarlos a través de las blancas molduras. Gostaham y el visitante estaban sentados sobre cojines, formando un semicírculo con el administrador Parviz, que se hallaba presente para redactar cualquier acuerdo al que pudieran llegar los otros dos. Aunque no era la primera vez que veía a un extranjero, jamás había visto a ninguno de los países cristianos del oeste. Sólo sabía que los *farangis* rendían culto a sus ídolos y que a sus mujeres no les importaba mostrar los cabellos y el pecho en público.

El holandés tenía pelo color paja y ojos azules como de perro. En lugar de llevar una larga y fresca túnica, vestía una casaca corta y ceñida de terciopelo azul y unos pantalones cortos azules que formaban bolsas en las caderas, como si tuviera trasero por delante y por detrás. Las piernas las llevaba cubiertas por unas calzas blancas que debían de darle mucho calor. Cuando levantó el brazo, vi que el sudor le había dejado unos círculos en la casaca.

—Es un gran honor recibirte en mi casa —dijo Gostaham.

—El honor es enteramente mío —contestó el holandés en fluido farsi. Le costaba articular los sonidos «j» y «gu», como a los niños pequeños, pero por lo demás se le

entendía perfectamente.

—No vemos a extranjeros como tú muy a menudo —añadió Gostaham.

—Se debe a que el viaje es largo y difícil —replicó el visitante—. Muchos de mis colegas han muerto en su afán por llegar hasta aquí para hacer negocios. Pero agradecemos profundamente a vuestro estimado sah Abbas que haya abierto el país al comercio con tanta generosidad. Vuestras sedas son menos caras que las chinas y poseen una calidad similar.

Gostaham sonrió.

—Es la mercancía que más exportamos. Cualquier familia que pueda permitírselo tiene un cobertizo para criar gusanos de seda.

Gostaham disponía de uno cerca de casa. A mí me encantaba ir a aquel frío y oscuro lugar para acariciar los suaves capullos blancos que aumentaban de tamaño cada día.

—Sin duda con la seda se hacen algunas de las mejores alfombras que he visto en mi vida —comentó el holandés, que parecía impaciente por llevar la conversación al terreno que le interesaba.

—Ciertamente —convino Gostaham, pero aún no estaba dispuesto a tratar de negocios y buscó un tema más amistoso—. Supongo que, si has estado viajando más de un año, debes de echar de menos a tu familia.

—Mucho —contestó el holandés, y exhaló un hondo suspiro.

Yo estaba ansiosa por oírle hablar de su esposa, pero él no explicó nada más.

—Eres muy amable interesándote por mi familia —dijo en cambio—, pero hoy quiero hablar de alfombras y de la posibilidad de encargarse a un gran maestro como tú.

Me puse rígida al oírlo. ¿Acaso el extranjero carecía de modales? Era una grosería iniciar una conversación de negocios tan rápidamente. Por el modo en que Gostaham apartó la vista sin responder comprendí que se había ofendido. Parviz también se puso tenso; sentía vergüenza por el desconocido.

La frente del holandés se cubrió de arrugas, como si de repente fuese consciente de su grave error. Por suerte, aquel incómodo silencio se disipó al entrar Tagui con vasijas de *sharbat* de cerezas. En mi rincón hacía calor y pensé con envidia en el ácido Y refrescante sabor de la bebida.

—Por favor, háganos de tu país —pidió Gostaham, demostrando así su indefectible sentido de la hospitalidad—. Se cuentan maravillas de su belleza.

El holandés bebió un largo trago de *sharbat* y se recostó en los cojines.

—Ah —exclamó, sonriente—. El mío es un país de ríos. No se necesita llevar agua cuando se viaja, como hacéis vosotros aquí.

Parviz intervino entonces por primera vez.

—Tu país debe de ser muy verde, como una esmeralda —observó. Era un administrador que se las daba de poeta.

—Todo él lo es —asintió el mercader holandés—. Cuando llega la primavera, el

verdor es tan intenso que te daña la vista, y llueve casi todos los días.

Parviz volvió a suspirar, sin duda ante la idea de tanta agua, y sus largas pestañas se agitaron como las de una mujer. No creo que el holandés se fijara siquiera.

—Tenemos vacas que engordan gracias a la abundante hierba, y granjas que producen los quesos más cremosos. Cultivamos tulipanes rojos y amarillos, que requieren mucha humedad para florecer. Siendo una nación con tanta agua, también somos marinos. Tenemos un dicho: «No des nunca la espalda al mar.» Siempre buscamos el modo de domesticarlo.

—Tienes los ojos azules como el agua —observó Parviz.

Yo me reí por lo bajo. Sospechaba que el administrador estaba pensando en irse con aquel hombre, tal vez para convertirse en su compañero de viaje, para que sus poemas se inspiraran en la visión de países extranjeros. El holandés sonrió.

—Incluso nuestras casas se hallan junto al mar. La mía está construida a orillas de uno de los canales que atraviesa la ciudad. Debido a la humedad del terreno, a mis compatriotas les gusta revestir sus suelos con vuestras alfombras. Encima de ellas ponen muchos objetos de madera que sirven para sentarse, comer o dormir. Evitamos el contacto con el suelo, que es frío y húmedo.

—Aquí no tenemos necesidad de tales cosas —comentó Gostaham—. El suelo es seco y cómodo.

—¿De dónde sacan tanta madera? —preguntó Parviz con asombro—. Tu país parece un paraíso.

—Todo el territorio está cubierto de densos bosques. Un hombre puede entrar en uno con un hacha y cortar más madera de la que puede acarrear un caballo.

—¿Se parece a las regiones que rodean el mar Caspio, las más verdes de todo Irán? —preguntó Parviz.

El holandés rió.

—Lo que vosotros llamáis verde, para nosotros es marrón —contestó—. Tenemos cien árboles por cada uno de los vuestros, aun en la parte de vuestro país con más vegetación.

Yo pensé en el solitario ciprés de mi aldea. La gente que vivía en una región tan fértil como la del holandés no debía de conocer el sufrimiento de tener el estómago vacío.

Él se secó el sudor de la frente y apuró su vaso de *sharbat*. Gostaham y Parviz bebían té caliente, lo que por supuesto les refrescaría más rápidamente, pero el holandés no parecía saberlo.

—Con tanta agua, los *hammams* deben de ser incontables —añadió Parviz—. Imagino grandes pilas de agua, fría y caliente, con fuentes y cascadas cayendo desde lo alto. Debéis de ser el pueblo más limpio del mundo.

El *farangi* tardó en contestar.

—Bueno, no. No tenemos *hammams*.

—¿Y cómo os laváis? —preguntó el administrador, sorprendido.

—Nuestras mujeres calientan agua al fuego en casa para lavarse en ocasiones especiales, pero nunca nos bañamos en invierno, cuando hace frío.

Parviz esbozó una mueca de incredulidad, y yo misma sentí una repugnancia casi tan grande como cuando tenía que vaciar los orinales.

—¿Todo el invierno... sin bañarse?

—Y todo el otoño y la primavera también. Por lo general, nos bañamos al empezar el verano —dijo el extranjero sin darle mayor importancia.

Yo pensé en los cercos de sudor que tenía bajo las axilas. Si no se lavaba, sudaría sus ropas una y otra vez hasta que apestaran igual que los campos cubiertos de estiércol. Me alegré de no estar sentada a su lado. En la habitación se hizo un profundo silencio. El holandés se rascó la cabeza y sus hombros quedaron cubiertos de caspa.

—Echaré de menos vuestros baños cuando regrese a mi casa —admitió—. ¡Irán es un dechado de limpieza, sus baños son la tierra prometida de la purificación, y el agua de rosas es el perfume del paraíso! —Se expresaba en un perfecto farsi, y vi que Gostaham y Parviz se mostraban encantados con sus poéticas alabanzas.

Un criado entró con bandejas de comida, que colocó delante del invitado.

—No hay necesidad de que os molestéis tanto —dijo el holandés—. Simplemente quería saber si podríamos hacer tratos.

Gostaham se revolvió, tratando de contener la ira ante semejante grosería.

—Por favor, amigo mío, come —indicó con la vista fija en la alfombra—. No permitiremos que te vayas con el estómago vacío.

El holandés tomó unos bocados a desgana, sin disimular que lo hacía obligado por las circunstancias. Me asombraron sus bárbaros modales. Parecía un animal, incapaz de la cortesía humana más elemental.

Hacía mucho calor en mi recoveco, pero quería esperar a oír lo que deseaba el holandés. Cuando terminó de comer, el maestro lo invitó a exponer el motivo de que nos honrara con su visita.

—Necesito encargar dos alfombras a juego para un propietario de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales —contestó el visitante—. Deben hacerse con el escudo de armas familiar, utilizando las mejores sedas y los nudos más apretados.

Gostaham lo interrogó sobre el tamaño, los colores y los nudos, y propuso un precio tan alto que tuve que ahogar una exclamación. El comerciante pareció afligido. Los dos hombres empezaron a regatear, pero viendo que nadie cedía, Gostaham pidió a Samad que les sirvieran café y dulces, y abordó otro tema.

—He oído que la Compañía Holandesa de las Indias Orientales está llegando a todos los rincones del orbe —dijo—. ¿Qué novedades hay en el Nuevo Mundo?

—Se ha fundado un nuevo negocio, la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales —contestó el extranjero—, que está desarrollando un lucrativo negocio en pieles. La compañía también trata de comprar una gran isla a los salvajes para facilitar así los negocios.

—¡Vaya, vaya! —dijo Gostaham con una breve y astuta sonrisa. Comprendí que no rebajaría el precio al extranjero, ahora que sabía lo bien que le iban los negocios a su patrón.

En ese momento me fui a mi telar. Al poco rato acudió Samad para indicarme que me cubriera rápidamente, así que fui a buscar el chador a mi habitación, me lo puse y seguí tejiendo. Al cabo de unos instantes, Gostaham salió al patio con el holandés. Divisé a Gordiyé en la cocina, desde donde podía oír sin ser vista.

—Esta joven de mi familia —explicó Gostaham al mercader— es una gran diseñadora y tejedora. Lo que ves en el telar es enteramente obra suya.

Eso no era cierto, por supuesto.

—Veo que tienes una familia llena de talento —replicó el holandés cortésmente—. ¿Está en venta la alfombra?

—Sí, en cuanto se termine.

—Es muy hermosa. Tus dedos son tan veloces que casi no puedo seguirlos.

Sus palabras me complacieron. Había adquirido práctica en los últimos meses, porque Gostaham me había enseñado cómo ahorrar tiempo en cada nudo.

—Marido —dijo Gordiyé desde la cocina, donde seguía oculta a las miradas—, ¿por qué no incluyes la alfombra como regalo especial para nuestro estimado huésped? Quizá de esta manera nos pague lo que le has pedido por las otras dos.

Me quedé helada.

—¡Tu propuesta endulza mis oídos! —se apresuró a decir el holandés, comprendiendo que podría cargar las dos alfombras de seda a su patrón y al mismo tiempo conseguir una gratis para él mismo—. ¡Firmemos un acuerdo!

Yo esperaba que Gostaham se negara, pero guardó silencio. Los hombres regresaron a la Gran Sala para que Parviz redactara el acuerdo.

Me quedé sentada al telar, demasiado aturdida para seguir trabajando. Cuando el holandés se fue, me pareció oír a Gordiyé y Gostaham discutiendo en la entrada de casa. Ella argüía que el holandés pagaría el doble del precio habitual por las alfombras. El maestro hablaba en voz baja y no oí sus palabras. Ignoro si consideraba que su mujer se había equivocado. Pero no me extrañó que cediera: amaba demasiado a su esposa para provocar su enfado.

—Lo siento mucho —dijo Gordiyé, saliendo al patio—, pero estaba segura de que el holandés no se resistiría a semejante oferta. Y ya sabes cuánto precisamos el dinero.

A mí no me parecía que la familia necesitara dinero, al menos en la misma medida en que mi madre y yo. En cualquier caso, se trataba de una cuestión de justicia.

—Gostaham me prometió que podría vender la alfombra y que mi madre y yo nos quedaríamos el dinero después de pagarle la lana —protesté.

Gordiyé se encogió de hombros.

—Siempre puedes hacer otra —replicó con ligereza, como si el trabajo careciera

de importancia.

Fue más de lo que pude soportar. Me encerré en nuestra pequeña habitación durante el resto del día. Cuando mi madre se enteró de lo ocurrido, soltó tal retahíla de maldiciones contra Gordiyé que la mujer bien podría haber caído fulminada en ese mismo momento. Pero mi madre se abstuvo de decirle nada a la cara, temiendo su afilada lengua y las posibles represalias.

Yo sospechaba que nuestra mala suerte era culpa del cometa. Todo el mundo hablaba de su malevolencia y del caos que estaba produciendo, incluidos terremotos y comportamientos inconcebibles. Alí Asgar nos habló de un mozo de cuadra de las caballerizas reales que había invitado a un compañero a compartir el pan y la sal, y había recibido de éste varias puñaladas por envidia, ya que era de un rango superior. A pesar de que no me atreví a decirlo, me preguntaba si las acciones de Gordiyé podrían tener el mismo origen perturbador.

* * *

Por la noche estaba tan enfadada que no pude conciliar el sueño, y al día siguiente el trabajo fue más agotador de lo habitual. Ayudé a las criadas a hacer la colada; saqué agua del pozo y golpeé la ropa con todas mis fuerzas, luego la retorcí con las manos antes de colgarla al sol. Después tuve que pelar y trocear una montaña de patatas para la cocinera, y quitarles todos los tallos a los agracejos secos que pensaba utilizar para un guiso. Gordiyé me dijo que tenía que trabajar más deprisa, pues esperaba un montón de invitados. Ese día me sentí realmente como una criada.

Cuando terminé en la cocina, me puse a tejer la alfombra hasta que me dolió el cuello y se me acalambraaron las piernas, pues ya no pensaba más que en acabarla para de inmediato empezar otra para mí. No tuve tiempo para descansar, y antes de terminar el trabajo de la tarde recibí una llamada inesperada de Fereidun. Normalmente enviaba una nota por la mañana, o incluso un día antes, lo cual me dejaba tiempo para prepararme. Completamente extenuada, tuve que acudir corriendo a su casa para que me prepararan, aunque era lo último que habría deseado ese día.

Recorrí apresuradamente las calles, desiertas a esa hora porque hacía mucho calor. Un velo de polvo parecía suspendido en el aire, e incluso la cúpula turquesa de la Gran Mezquita parecía más apagada por el calor. Cuando llegué a casa de Fereidun, estaba acalorada, sedienta y cansada, pero las mujeres no me dieron el menor respiro. Me depilaron las cejas, lo que hizo que se me saltaran las lágrimas, y también las piernas, un proceso aún más doloroso. Me quedé dormida en la pila. Cuando terminaron conmigo, apenas me importó que Fereidun hubiera dispuesto que me ataviaran con una túnica nueva de seda tan azul como el río Eterno sobre un vestido naranja, ni que me adornaran el pelo con cintas anaranjadas con bordados de pájaros dorados. Ni siquiera me miré en el espejo de metal. Cuando las mujeres me condujeron a la habitación donde debía aguardar a mi marido, tuve que hacer

esfuerzos para no dormirme, y aun así tenía casi la cabeza caída sobre el pecho cuando lo oí entrar.

Aunque había estado con Fereidun más veces de las que podía contar, nuestros encuentros no habían mejorado en absoluto. Eso me llenaba de pesar, pero al menos había dejado de preocuparme si le resultaba atrayente o no. Fereidun parecía gozar de los placeres de la vida con gran fruición, tanto si se trataba de mí como del vino, la comida o el tabaco.

Esa tarde irrumpió en la estancia como si llegara en alas del viento. Con el doble del vigor que solía mostrar, me estrechó entre sus brazos.

—No podía esperar hasta mañana —murmuró—, por eso te he avisado con tan poco tiempo. He dormido mucho esta tarde, así que podré estar despierto contigo hasta que el día ahuyente la noche.

Traté de sonreír. Aunque no deseaba más que descansar, no me quedaba más remedio que mostrarme vivaz hasta el amanecer. Cuando llegó la comida, eligió para mí los trozos más tiernos de pollo y cordero. Evité comer en exceso para que no me entrara más sueño. Cuando me ofreció vino mezclado con leche, lo rechacé por el mismo motivo. Fereidun pareció decepcionado.

Cuando los criados lo recogieron todo, mi marido me pidió que le mostrara mi nuevo ropaje. Me levanté y di unas vueltas, levantando el borde de la túnica y el vestido, que se arremolinaron en torno a mi cuerpo.

—¡Dulce hija del sur! —exclamó él, levantándose, y me cogió por la cintura—. Tus curvas son como la luna.

Alzó las manos hacia mi cara y me alisó las cejas con la yema de los dedos; en ese momento me alegré de que las sirvientas me las hubieran arreglado.

—Cuartos —describió. Luego, ahuecando las manos sobre mis pechos, sonrió y dijo—: Medias lunas. —Y finalmente, cogiéndome las nalgas, añadió—: Luna llena.

Me reí ante esos halagos, que suponían un agradable cambio de mi rutina diaria. Fereidun me demostraba que, a pesar de mi oscura tez, las curvas de mi cuerpo eran excitantes, incluso para un hombre tan rico y experimentado como él. También noté cierta diferencia en sus modales, más tiernos que de costumbre. No creí que tuviera que ver conmigo. Tal vez había conseguido cerrar un buen trato con una yegua árabe y quería celebrarlo en la cama.

Apoyó una mano en mi vientre y la deslizó hacia abajo.

—Pero esto es lo que más me gusta, este montículo que se eleva como la luna sobre la tierra.

Me desnudó completamente y, durante unos instantes, siguió recorriendo mis lunas con las manos. Me encantaba que jugara conmigo de esa manera, excitándose con su tacto. Cada vez estaba más enardecida e impaciente, esperando con ansia que hubiera más. Pero muy pronto se echó sobre mí, me obligó a abrir las piernas con sus muslos y empezó a plantar su semilla. Cerré los ojos y jadeé un poco, porque sabía que eso le excitaba, y moví las caderas siguiendo su ritmo. Deseé que esa noche

acabara pronto, imaginando la delicia que supondría poder cerrar los ojos y dormir. Sentía las extremidades tan pesadas como las piezas de plomo que levantaban los atletas en las Casas de la Fuerza. Puede que incluso me quedara dormida un momento, porque creo que dejé de moverme. Me desperté dando un respingo y rápidamente seguí moviendo cadenciosamente las caderas al ritmo de las suyas, mientras observaba su rostro. Fereidun tenía los ojos cerrados y parecía concentrado en algo. El sudor le perlaba la frente. Cerré los ojos y seguí con mi cometido. Al cabo de un rato que me pareció eterno, él dejó de moverse y cayó encima de mí como si estuviera exhausto. Yo permanecí inmóvil, esperando que por fin hubiera terminado.

—Levanta los brazos —me indicó.

Obedientemente, hice lo que me pedía. Me mordisqueó los pechos y empezó a mover de nuevo las caderas, y yo hice todo lo Posible por concentrarme en la tarea. Seguimos así un rato, pero Fereidun no alcanzaba su momento de dicha. Suspiró —una corta y frustrada exhalación— y volvió a detenerse.

—Rodéame con los brazos... ¡Abrázame! —exigió, con añoranza en la voz.

Lo abracé suavemente mientras él seguía empujando con aparente desesperación. Yo empezaba a notar la entrepierna seca y dolorida y esperaba que todo aquello acabara de una vez. Nunca había tardado tanto. Lo miré de nuevo y me alarmé al descubrir en él la misma expresión que ese mismo día había visto en un hombre y su burro que trabajaban en un molino. Los dos caminaban en círculos sin cesar, empujando la pesada muela que trituraba el grano, hombre y bestia embrutecidos por igual en la rutinaria tarea.

¿Tan pronto se había cansado Fereidun de mí? Me quedé rígida entre sus brazos sin saber qué hacer. Viendo que no ocurría nada, él se incorporó y se tumbó de espaldas, mirando el techo. Lo observé de reojo y me sorprendió comprobar que su miembro estaba erecto como el poste de una tienda, igual que la primera noche que habíamos estado juntos. Pero en sus ojos había una expresión de hastío tan infinito como el cielo. Los minutos fueron transcurriendo, tantos que acabé captando el ruido de la gente que pasaba por la calle en plena noche.

—Túmbate de lado —indicó Fereidun al fin, con tono aburrido.

Me volví dócilmente, colocándome de espaldas a él, y me quedé así con las piernas cerradas, preguntándome qué ocurriría a continuación. Él suspiró de nuevo antes de levantarme la pierna derecha con el brazo y doblarme la rodilla hasta que mi pierna se deslizó sobre su cadera derecha. Para entonces, estaba tan seca como la arena del desierto, y Fereidun no pudo penetrarme. El sueño empezaba a vencerme de nuevo, lento y pertinaz.

Entonces se apartó y volvió a echarse boca arriba. Me tomó la mano y me la puso en su miembro, mostrándome cómo moverla arriba y abajo.

—Más deprisa —dijo al principio—. No tan fuerte. —Y después—: Hasta la punta. —Y finalmente—: ¡Basta!

Me dio la espalda y oí el roce, un sonido que se incrementó a medida que

aceleraba el ritmo. Al poco rato empezó a gemir de placer y en unos instantes gruñó y derramó las lágrimas en su propia mano. Jamás le había visto hacer algo así con su propio cuerpo. ¿Por qué no había encontrado el placer conmigo, si yo había hecho todo lo que me había pedido?

Sin el cuerpo de Fereidun junto al mío, empecé a temblar, pero él no se movió. Me tapé con las mantas, sintiéndome sola. Poco después le oí roncar tan suavemente como un niño. A pesar de mi enorme fatiga, el sueño no acudía a aliviarme. Permanecí despierta mucho rato, tratando de comprender por qué había fracasado. Sabía que ante mi marido debía comportarme como si me extasiara su sola presencia, pero me sentía increíblemente cansada y tenía la impresión de que proporcionarle placer no era más que una de las muchas tareas que debía cumplir para los demás. Estaba agotada. Lo último que oí antes de dormirme fueron los rebuznos de los burros que se dirigían al mercado. Me pareció el sonido más triste que había oído en mi vida.

Cuando abrí los ojos por la mañana, Fereidun se había ido. Era la primera vez que me dejaba sin despedirse. La habitación parecía vacía y apagada sin él. Me vestí con mis ropas y me apresuré a volver a casa.

Por la tarde, después de terminar mis tareas domésticas, fui a casa de Nahid. En ese momento, más que nunca, necesitaba hablar con una amiga. Ansiaba aliviar el peso de mi corazón y oír sus consejos, pero sabía que no podía revelarle nada. Sólo con que después se lo contara a Homa una tarde en el *hammam*, bastaría para que antes del anochecer toda la ciudad estuviera al corriente de mi caso. Si Fereidun no renovaba el contrato matrimonial —y ahora tenía razones para creer que no estaba satisfecho—, sería mejor que el *sigué* quedara en el olvido cuanto antes.

Al atravesar los Cuatro Jardines, el sol castigaba mi cabeza y el suelo parecía arder a través de mis finos zapatos. La luz era tan intensa que me dañaba los ojos a pesar del *piché*. Incluso el río resplandecía con un brillo cegador. Alguien estaba asando kebab de hígado, y su sucio olor parecía quedarse pegado a mi *piché*. La idea de comer con semejante calor me provocó un mareo. Tenía el estómago revuelto. Me detuve y me doblé por las náuseas, Pero no vomité nada.

Cuando llegué a casa de Nahid, mi amiga me condujo a sus habitaciones y pidió a las criadas que nos sirvieran *sharbat* de limón.

—Pareces acalorada —comentó.

Después de refrescarme y cuando las sirvientas ya no podían oírnos, Nahid sacó la última carta que escondía bajo el fajín.

—No te lo vas a creer —dijo—. Escucha lo que me ha escrito.

Luz de mi corazón, en los últimos meses, he llegado a conocerte mejor que a cualquier mujer, excepto las de mi familia. Dios nos ha dado la bendición de

la pluma y la palabra, pero jamás creí que una mujer pudiera hacer uso de ambas con tanta belleza. Tus alets son como cipreses, altas y erguidas; tus bes, con su dulce punto debajo, son como un lunar en la mejilla de la amada. Me han cautivado; con cada una de tus cartas, mi corazón se siente cada vez más prendado de ti. Tus palabras me han apresado hasta el punto de que he empezado a verlas en tu rostro, apenas vislumbrado, ¡ay!, pero tan bello que bastaron aquellos instantes para perdurar toda una vida. Los rizos que rodean tu rostro son como la letra yim, rizándose sin saber que han pescado con su anzuelo el corazón de un enamorado. Tu boca de rosa, desgarradoramente roja, es diminuta y preciosa como la letra mim. Pero sobre todo, cuando sueño contigo imagino tus ojos de color esmeralda, tan hermosos y elegantes como la letra sad. Vivo pendiente de tus palabras. ¡No me tengas más en este trance! Consiente en ser mi esposa, en compartir cada momento de nuestros días y nuestras noches junto a mí, y prometo amarte y cuidarte hasta que se escriba la última letra de nuestras vidas.

Cuando Nahid terminó de leer, tenía los ojos llenos de lágrimas y se quedó inmóvil, sin secárselas. Era la primera vez que veía a una joven enamorada, y envidié la pureza de sus sentimientos.

—Voy, voy! —exclamé—. Qué joya, qué príncipe entre los hombres. —Pero mientras lo decía, mi corazón derramaba las lágrimas que Nahid podía dejar fluir libremente. Nadie me quería del modo en que Iskandar la amaba a ella. No había conseguido que el corazón de Fereidun se llenara de amor y deseo, y a pesar de mi pena, debía guardar silencio. Ni siquiera podía compartir mis pesares, ni consolarme con la simpatía y comprensión que sin duda ella me habría brindado. Eso era lo peor.

—Sí, Iskandar me ama —dijo Nahid, y las palabras eran como miel en su boca—. Y mi corazón le pertenece por completo. No deseo nada más que pasar las horas junto a él, escuchando sus dulces palabras de amor.

Ahora que yo sabía más cosas sobre los hombres y las mujeres, no creía que el jugador de polo se limitara a susurrar palabras de amor. Querría besar a Nahid y abrirle las piernas, igual que Fereidun hacía conmigo.

—*Insh Alá*, te amaré con sus palabras, pero también con su cuerpo —espeté.

Por un momento, la mirada de Nahid se hizo más penetrante.

—Nunca te había oído hablar así —comentó—. ¿Qué quieres decir?

Debería haber sido más discreta, pero ya era demasiado tarde. Pensé rápidamente en las cosas que había oído en la aldea.

—En mi pueblo, cuando mi amiga Goli se casó, me contó lo importante que era para su marido poseerla por las noches —dije.

—¡Ah, eso! —replicó Nahid con expresión desdeñosa—. Supongo que hará lo que quiera. Será su privilegio cuando me tenga por esposa.

Tomé un sorbo de café.

—¿Eso no te preocupa, ni siquiera un poco?

—¿Por qué debería preocuparme? Yo sólo quiero que me estreche entre sus brazos y me diga al oído las dulces palabras que me escribe en sus cartas. Si tengo eso, me daré por satisfecha.

Durante los últimos meses había aprendido que un hombre y una mujer debían llevarse bien en la oscuridad, que entre ellos habían de ocurrir cosas que nada tenían que ver con las palabras. ¿O acaso no pasaría lo mismo entre Nahid e Iskandar porque ellos ya se amaban?

—¡Seremos igual que Zahra y Josru, los enamorados más felices cuando por fin se unieron! —exclamó Nahid con júbilo, y a mí me pareció una mujer que vivía un hermoso sueño. Sonreí.

—Iskandar no te descubrió cuando te bañabas desnuda en un arroyo, pero creo que vio bastante de tu cara para quedar tan embelesado como Josru cuando sorprendió a Zahra sin ropa.

—¡Sabía que podía cautivarlo! ¡Lo sabía! —suspiró Nahid.

Sin embargo, cuanto más pensaba yo en ellos, más me recordaban a Layli y Majnún, los enamorados que nunca llegaron a estar juntos. ¿Qué sabían el uno del otro? Majnún se había dejado morir de hambre en el desierto mientras componía poemas sobre Layli que hallaron cobijo en los corazones de todos los beduinos. A ella la había encerrado su familia, pues estaban convencidos de que Majnún se había vuelto loco. Los dos habían acabado sus días sin haber olvidado su amor ni por un momento, pero ¿qué habría ocurrido si se hubieran unido? ¿Y si se hubieran mostrado torpes en la oscuridad? ¿Y si Layli hubiera tenido que oír el solitario roce de la mano? Nahid no podía saber con certeza si viviría un paraíso con su amado hasta que los dos compartieran la almohada.

Pensé que más me valía desechar mis tristes pensamientos y tratar de ayudar a Nahid a llevar su amor a buen puerto.

—¿Cómo conseguirás que tus padres aprueben el matrimonio? —pregunté.

Su astuta sonrisa le iluminó el rostro y yo me alegré de volver a verla en su vena conspiradora.

—Iskandar me escribió que su madre y sus hermanas se bañan siempre en el *hammam* de Homa el primer día de la semana. Les dijo que le buscaran a una hermosa joven para casarse y les describió a una exactamente igual que yo.

—Eso ha sido muy sutil —señalé.

—Ojalá tuviera las curvas que Homa te alabó en el *hammam*. He estado comiendo más, pero no ha servido de nada.

—Nahid *jun*, eres la chica más hermosa que he conocido —protesté—. ¡No cabe duda de que se interesarán por ti!

Nahid sonrió, segura de su belleza a pesar de todo.

—Trataré de conseguir que se fijen en mí. Si les gusto, y si su familia hace una oferta a la mía, mis padres no sabrán nunca que Iskandar y yo hemos mantenido una

correspondencia secreta durante todo este tiempo.

—¿Y qué hay de su familia? ¿Les parecerá bien a tus padres?

Nahid adoptó una valerosa expresión.

—Su padre cuida los caballos de un gobernador en el norte —explicó.

Me asombró que Iskandar tuviera tan humilde origen.

—¿No insistirán en que te cases con un hombre rico?

—¿Y por qué, si tengo dinero suficiente para los dos?

—Pero Nahid... —empecé, pero ella apartó la vista y no tuve valor para continuar—. ¡Qué Alá te conceda todos tus deseos!

Recé por su felicidad de todo corazón, pero me sentía mucho mayor que ella, y también más sabia. Mientras que mi amiga celebraba los dones del amor desde lejos, yo me enfrentaba a los problemas de un matrimonio insatisfecho. Y aunque había deseado abrirle mi corazón y desahogarme con ella, empezaba a comprender que seguramente no habría servido de nada. Nahid estaba atrapada en la red de sus sueños, mucho más bonitos que la verdad de la vida conyugal que yo ya conocía.

Nahid me abrazó y apoyó su mejilla en la mía. Olí el dulce aroma a almizcle que usaba para perfumar sus ropas.

—Si no pudiera desahogarme contigo, me moriría —dijo—. Gracias por ser una amiga tan leal.

Era agradable notar su afecto, pues tenía el corazón en un puño desde que habían descubierto nuestras escapadas a los partidos de polo. Le devolví el abrazo, pero luego me solté y me senté erguida.

—Durante un tiempo —le confié—, pensé que sólo querías ser mi amiga para que te acompañara a los partidos de polo.

Dos manchas rosadas aparecieron en sus mejillas y apartó la mirada.

Tal vez fuera cierto al principio —admitió—, pero ya no. Eres la mejor de las amigas, buena, sencilla y leal. Siempre te estaré agradecida por haber cargado con la culpa. De no ser por ti, habrían descubierto mi amor por Iskandar y lo habrían destruido.

—No fue nada —musité, sonrojándome a mi vez.

—Espero que compartamos nuestros secretos y nuestros corazones para siempre —dijo Nahid, con los ojos resplandecientes de alegría.

—Yo también lo espero —contesté, y la fuente de dicha que tanto necesitaba brotó en mi corazón. Sin embargo, el optimismo quedó rápidamente empañado por la melancolía, pues ansiaba confiarme a mi amiga del mismo modo que ella lo hacía. No me importaba ya haber cargado con la culpa de nuestras escapadas, ahora que sabía cuánto significaba para ella. El amor de Nahid por Iskandar la había ablandado, igual que a Layli.

«Primero no hubo y luego hubo. Antes de Alá, nadie hubo.

»Cuando la madre de Layli le habló del hombre con el que había de casarse, ella no reaccionó con lágrimas ni con ira. Incluyó la cabeza y replicó obedientemente: “Haré lo que me ordenes, madre.” Pues, ¿de qué le iba a servir otra cosa?

»Los padres de Layli habían elegido a un hombre rico de una respetada tribu beduina. Para la boda, las familias levantaron altas tiendas negras en el desierto y las adornaron con mullidas alfombras, cuencos de frutas, braseros de incienso y lámparas de aceite. Layli llevaba un vestido rojo bordado con hilo de plata y babuchas plateadas. Al cuello llevaba finas cadenas de plata con cornalinas en las que había grabados versículos del sagrado Corán.

»Cuando el marido de Layli la saludó por primera vez, ella no sintió más que indiferencia. El hombre sonrió y reveló un hueco en su boca, pues había perdido un diente. Mientras intercambiaban los votos, Layli sólo podía pensar en el hombre al que amaba, Majnún.

»Majnún pertenecía a su misma tribu, y de niños habían jugado juntos en el desierto. Él le había llevado una vez una flor del desierto amarilla y la había dejado caer tímidamente en su regazo. Incluso al cumplir los diez años, edad en la que empezó a cubrirse con el velo y ya no pudo jugar más con niños varones, Layli siguió pensando en Majnún y amándolo. Él se convirtió en un joven apuesto, alto y esbelto con su larga túnica blanca y su turbante, y no podía reprimir una sonrisa cada vez que Layli pasaba por su lado, y aunque ya no podía verle la cara, la belleza de la muchacha era bien conocida en la tribu, tan aceptada como la luz de la luna.

»Cuando tuvo edad suficiente, Majnún rogó a su padre que pidiera a Layli en matrimonio a sus padres. Ellos rehusaron la oferta, pues Majnún tenía extrañas costumbres. Le gustaba irse al desierto y pasar allí varios días solo. Regresaba delgado y consumido, sin más ropas que un turbante blanco y un taparrabos del mismo color, y tardaba un tiempo en recobrar el buen juicio. Así se había ganado el apodo de Majnún, que significa “loco”.

»—¿Qué le pasa a tu hijo? —preguntó el padre de Layli.

»El padre del joven no pudo responder, pues no sabía qué impulsaba a su hijo a retirarse al desierto, ni por qué volvía tan quebrantado como si hubiera visto a la divinidad.

»Tras el rechazo de los padres de su amada, Majnún huyó al desierto y allí vivió solo, sobreviviendo casi sin agua ni comida. Siempre que veía una gacela u otra pieza en una trampa, la soltaba, y pronto los animales empezaron a reunirse en torno a su campamento y a tumbarse junto a su fogata. Los depredadores se volvían mansos en su presencia y lo protegían de todo daño.

»Acompañado por las bestias, Majnún empezó a componer poemas que mencionaban el nombre de su amada, poemas tan bellos que los viajeros que pasaban por su campamento los memorizaban y llevaban consigo a otros campamentos beduinos. Cuando el nombre de Layli corrió de boca en boca, los padres de la muchacha decidieron que era tiempo de casarla para salvaguardar su honor. Sabiendo

que le sería imposible desposarse con su verdadero amor, Layli aceptó al elegido por sus padres, pues no podía desafiarlos. De todas formas, daba igual qué hombre eligieran si no había de ser Majnún.

»Tras celebrarse la boda, Layli se sentó tranquilamente en su lecho nupcial para esperar a su marido, Ben Salam, que se presentó henchido de orgullo, con una bandeja de dulcísimos dátiles escogidos con esmero entre los que producían sus propias palmeras. Layli los probó cortésmente y le habló en tono amistoso, como la imagen misma de una esposa sumisa. Pero cuando él le tocó la mano, la novia la retiró. La noche transcurrió sin que él se atreviera a acercar los labios a los de su flamante esposa, ni a poner sus manos tostadas por el sol en la esbelta cintura. Al amanecer, Ben Salam se quedó dormido sin haberse desnudado y ella se acurrucó a su lado e hizo lo mismo.

»La vida prosiguió de esta manera durante meses. Layli hablaba a su marido con respeto, le preparaba el té y la comida, e incluso le frotaba los pies cuando estaba cansado, pero jamás le permitía acercarse a su immaculado tesoro, pues él no era más que un hombre corriente. Ben Salam sabía montar a caballo, cazar con halcón y ganar dinero suficiente con sus palmeras para que vivieran holgadamente. Pero jamás sería capaz de componer poemas como los de Majnún, ni de inflamar su corazón de deseo. Layli lo respetaba, lo admiraba incluso, pero no le inspiraba la llama del deseo carnal.

»A pesar de la indiferencia de su esposa, Ben Salam cada vez estaba más enamorado de ella y le hería profundamente que se negara a abrirle su corazón. En una ocasión, pensó en tomarla por la fuerza, puesto que al fin y al cabo era suya. Pero ¿de qué le iba a servir? Layli era una mujer que se entregaría a él voluntariamente, o no se entregaría en absoluto. Ben Salam resolvió aguardar pacientemente con la esperanza de que un día el corazón de su esposa se ablandara, de manera que el suyo propio se hizo cada vez más grande. Aunque ella permanecía cerrada como una concha, él se mostraba tan abierto como el mar. Ningún otro hombre trataba a su mujer con más ternura que él, ni la amaba de un modo tan absoluto.

»A medida que transcurrían los años y Layli mantenía su castidad, empezó a dudar de su decisión. Todas sus amigas se habían casado y tenían hijos. Sólo ella seguía sin conocer el cuerpo de un hombre ni la sensación de acunar a un hijo entre los brazos. ¿No merecía acaso la misma vida que las demás? ¿No debería ella, gloria de su tribu, ofrecerse a su marido con la esperanza de corresponder a su amor algún día?

»Al cabo de unas semanas, en el mercado, oyó un nuevo poema sobre el amor de Majnún a Layli por boca de un anciano.

*Mis pies quieren sufrir,
pues el dolor me recuerda a mi amada.
Prefiero caminar sobre las espinas de Layli
que pasear por otro jardín de rosas.*

»Layli contuvo el aliento.

»—¿Dónde está? —preguntó al anciano, comprendiendo que Majnún no podía encontrarse lejos.

»—Ha regresado —contestó—, y sólo quiere verte a ti.

»—Y yo a él. Dile que venga a verme esta noche, en el palmeral. —Pues quería poner a prueba su amor para saber si seguía siendo fuerte y puro.

»Layli le dijo a su marido que iba a la tienda de su madre a tomar el té. Llegó al palmeral envuelta en sus velos, al anochecer. Majnún se hallaba sentado en el claro de luna, vestido únicamente con un taparrabos. Estaba más alto y delgado, consumido; se le marcaban todas las costillas. Tenía el aspecto de una criatura del desierto, desnuda ante Dios.

»—¡Por fin, amada mía! —exclamó.

»—¡Por fin! —repitió ella. Hacía muchos años que no se veían.

»—¡Mi Layli! Tus cabellos son tan negros como la noche; tus ojos tan oscuros y encantadores como los de una gacela. Siempre te amaré.

»—¡Y yo a ti, vida mía! —Y se sentó al borde del claro de luna que iluminaba a Majnún.

»—Sin embargo, yo dudo de tu amor —añadió él con ojos llenos de tristeza—. ¿Por qué me has traicionado?

»—¿A qué te refieres? —preguntó Layli con sorpresa, echándose hacia atrás.

»—¡Tienes marido! —replicó él estremeciéndose, a pesar de que la noche no había refrescado—. ¿Por qué habría de creer que aún me amas?

»—Tengo marido, pero sólo de nombre. En todos estos años, podría haberme entregado a él un millar de veces, pero mi fortaleza no ha sido tomada.

»—Por mí —dijo Majnún, y sus ojos se llenaron de alegría.

»—Por ti. Pues, ¿cómo podría él compararse a ti?

»Layli se arrebujó en sus ropas como si quisiera protegerse de miradas indiscretas.

»—Sin embargo, para serte sincera, he empezado a dudar de la vida que he elegido —añadió—. Tú eres libre. Puedes ir a donde quieras, vivir con tus animales y escribir tus poemas. En cambio, yo debo vivir aquí, sola, y sin hablar con nadie por temor a comprometer mi honor. Ahora dime, ¿para quién es más duro mantenerse fiel?

»Majnún suspiró.

»—Para ti, amada mía. Para ti. Por eso, con todo mi corazón, me someto al amor de tu marido, si decides entregarte a él. Pues mereces ser amada como cualquier otra mujer. Por mi parte, yo te querré siempre, hagas lo que hagas.

»Layli guardó silencio, sumida en hondas reflexiones.

»—Layli, amada mía, soy tu esclavo. Cuando veo un perro callejero que ha pasado por delante de tu tienda, beso sus sucias patas con reverencia, pues ha estado cerca de ti. Cuando me miro en el espejo, ya no me veo a mí mismo sino a ti. No

vuelvas a llamarme por mi nombre. ¡Lláname Layli, pues en Layli me he convertido!

»Ella sintió que su corazón se llenaba de gozo. ¿Para qué quería el amor de un hombre como Ben Salam, sus pies cansados, el hedor de su túnica después de un día de caza y sus historias, mil veces oídas? Sin embargo, ¿cómo podía entregarse a Majnún, que nunca sería suyo?

»—¿Cómo consigues mantener la fe en tu amor? —preguntó—. ¿No te estremeces de frustración y te consumes de añoranza? ¿Nunca has deseado renunciar a tu amor por mí?

»Él se echó a reír.

»—¿Qué amor sería el mío si se dejara afectar tan fácilmente por los obstáculos? —contestó—. Cuando era más joven, sufrí tal decepción por la negativa de tus padres que pensé que el corazón me iba a estallar. Pero cuanto más pensaba y lloraba por ti, más hondo y claro se hacía mi amor. El sufrimiento me ha revelado las profundidades de mi corazón. ¿Qué es un amor corriente comparado con eso? El primero va y viene y se tambalea con facilidad. Pero mi devoción por ti es tan fuerte que jamás menguará. Hay pocas certezas en este mundo, pero un amor semejante es una de ellas.

»Layli deseó fundirse con el cuerpo consumido de Majnún para ir con él y sus animales bajo el claro cielo del desierto y oír poemas de sus propios labios. Pero no podía haber honor en una existencia como aquélla, pues toda la gente de bien la repudiaría. No cabía la menor esperanza de vivir con Majnún.

»Pero tal vez no fuera eso lo más importante. Aunque Layli no pudiera estar junto a Majnún, podía tener su amor. Sintió que el corazón se le henchía de gozo, haciéndose cada vez más grande hasta que sólo lo abarcaba a él. Eso era amor, pensó, y no la rutina cotidiana que le ofrecía Ben Salam. Aquél era el amor que le hacía brotar lágrimas y la llevaba a alcanzar el éxtasis.

»—¡Amado mío, mi corazón te pertenece! —exclamó—. Cuando vea mi reflejo en el agua, sólo te veré a ti. Nuestro vínculo es tan fuerte que poco importa si estamos juntos o separados.

»—Mi Layli. Eres la sangre que circula por mis venas. Cuando me hiero, tengo un motivo de alegría, pues noto entonces tu calor.

»Era tarde y Layli no se atrevió a quedarse más tiempo. Volvió a su tienda sola, con el corazón rebosante de júbilo. Seguiría siendo la mujer de Ben Salam, pero sólo de nombre. Su amor por Majnún era tan profundo que no necesitaba nada más. A partir de entonces, él sería Layli y ella sería Majnún, para siempre.»

Durante una semana no tuve noticias de Fereidun. Pensé que tal vez había ido al sur por negocios, pues su padre lo enviaba a menudo allá donde hubiera caballos valiosos, para determinar su precio. O quizá había ido a visitar a su familia, o de cacería. Cada noche preguntaba a Gostaham y Gordiyé si se había recibido alguna carta para mí. Al principio se limitaban a decir que no, pero a medida que pasaban los días empezaron a lanzarme miradas compasivas. Transcurrida una semana más, daba un respingo cada vez que oía la aldaba y corría hacia la puerta con cualquier excusa.

A pesar de que Fereidun se había enfadado conmigo la última vez que habíamos dormido juntos, yo mantenía la esperanza de que quisiera prolongar el matrimonio tres meses más, porque mi madre y yo necesitábamos el dinero. Y aunque no estaba enamorada de él, al menos del modo en que Nahid lo estaba de Iskandar, aún había misterios que quería desvelar. Tal vez si pasábamos más tiempo juntos aprendería a amarlo. Y siempre cabía la posibilidad de que me convirtiera en su esposa permanente o que me quedara encinta.

Había sangrado ya dos veces desde mi boda con Fereidun. Mi madre me había vigilado de cerca esperando detectar algún síntoma de embarazo, y en cada ocasión me decía: «No te preocupes, *azizam*, será el próximo mes.» Pero yo sabía que estaba decepcionada y que le preocupaba que yo tardara tanto en concebir como ella.

En el tercer mes de mi matrimonio, mi madre preparó una medicina que supuestamente ayudaba a concebir, un brebaje verde que me recordó el agua salobre. También hacía comentarios sobre todo lo que yo comía o bebía.

—¡Alabado sea Alá! —exclamó un día, al verme comer un montón de *torshi* de fruta ácida—. Eso es exactamente lo que más me gustaba a mí cuando estaba embarazada.

Yo me alegré mucho, pues deseaba tanto como ella tener un hijo. Así podríamos estar seguras de disponer de casa propia y de que Fereidun se ocuparía de nosotras el resto de nuestra vida.

Esa noche, mi madre pasó largo rato en la azotea leyendo las estrellas. Cuando regresó a nuestra habitación, me dijo que tendría un niño, pues Marte estaba en fase ascendente.

—Será tan apuesto como tu padre —aseguró, más alegre de lo que la había visto en mucho tiempo.

Gordiyé alentaba nuestras esperanzas.

—Pareces más llena hoy —me comentó una mañana, mirándome la cara y el vientre. Y luego se volvió hacia mi madre—. Ser abuela es lo mejor del mundo.

—Espero que pronto tendré un nieto entre los brazos —replicó ella.

Pero yo no me sentía distinta. Empecé a contar los días que faltaban para que expirara mi contrato, cada vez más nerviosa.

El vínculo existente entre Gostaham y Gordiyé siempre me desconcertaba. Había visto a mi padre mostrándose solícito con mi madre, frotándole los pies cuando estaba cansada o sorprendiéndola con algún regalo, como un par de zapatos de cuero, pero nunca había visto a ningún hombre dar tanto como Gostaham le daba a su esposa. Siempre andaba haciéndole obsequios, como galletas de dátiles, terciopelos o frascos de perfume. ¿Por qué la amaba tanto? ¿Qué hacía ella para tenerlo sometido de semejante manera, como una polilla revoloteando alrededor de una llama? Desde mi punto de vista, era poco lo que podía ofrecerle. Tenía una cara blancuzca como el pan sin cocer y se movía pesadamente, con las carnes blandas y fofas. Además, tenía una lengua afilada, sobre todo cuando le preocupaban las cuestiones económicas. Sin embargo, Gordiyé era como un diamante, duro pero con un brillo en los ojos que la hacía deseable.

Un día, durante la comida, entró en la Gran Sala con una fina túnica de seda azul profundo, la curva de sus enormes pechos adivinándose bajo la tela. La esmeralda que colgaba de una cadena de oro atraía las miradas hacia su escote. Cubría sus cabellos con un velo bordado, se había pintado los ojos con kohl, se había perfilado las cejas y dado un toque de color en los labios y mejillas. Cuando Gostaham llegó, ella le dijo que se había pasado la mañana ayudando a la cocinera a preparar uno de sus platos favoritos, arroz con lentejas y cordero. Cuando fui a llevar pan caliente a la Gran Sala, vi que Gordiyé le ofrecía los trozos de cordero más tiernos y que volvía a servirle *sharbat* de granada dulce. Sacó incluso vino del que guardaba celosamente en su despensa, y sirvió a su marido unos cuantos vasos. Los ojos de Gostaham se enternecieron y su abultado vientre reposó sobre los cojines. Al poco rato empezó a hacer bromas.

—Había una mujer que se casó tres veces y siguió siendo virgen —le estaba diciendo a Gordiyé cuando entré con unas almendras confitadas que habíamos preparado ese año—. Su primer marido era un rashti que no podía hacer nada porque la tenía tan blanda como un apio pasado. El segundo era un qazvini al que le gustaban los muchachos, así que sólo la tomaba de esa manera.

—¿Y el tercero? —preguntó ella con una sonrisa provocativa.

—El tercero era un maestro que sólo sabía usar la lengua.

Gordiyé se echó a reír a carcajadas y vi que los ojos de Gostaham se posaban en las carnes opulentas que rodeaban la esmeralda. ¡Lo estaba seduciendo! Pero ¿por qué? Yo creía que las parejas mayores no necesitaban hacerlo. ¿Y a qué se refería el maestro con eso de que sólo usaba la lengua?

Al acabar la comida, noté el ambiente cargado de deseo. Cuando Gostaham sugirió que era la hora de echar la siesta, la esposa se levantó y lo siguió, riendo, a la habitación de él, lo que me pareció peculiar. Jamás la había visto comportarse de ese modo.

Mi madre y yo ayudamos a la cocinera a retirar los platos de la Gran Sala y los

metimos en cubos. Yo empecé a lavarlos mientras ella los aclaraba y los ponía a secar. Poco después, oí que Gordiyé hacía ruidos semejantes a gritos. Agucé el oído para saber qué decía, preparándome por si eran malas noticias, pero no articulaba ninguna palabra.

—¿Qué le pasa a Gordiyé? —pregunté a la cocinera, que estaba guardando el arroz sobrante.

—No le pasa nada —contestó ella, evitando mi mirada.

Mi madre y yo continuamos fregando en silencio. Cuando terminamos con las cucharas y los vasos, pasamos a los cacharros usados para guisar el arroz y el cordero. Al cabo de media hora de silencio, volvieron a empezar los gritos.

—Voy! —exclamó mi madre—. ¡Después de tantos años!

—Así es como consigue lo que quiere —comentó la cocinera—. Espera y verás.

—Me parece increíble.

La cocinera rió tanto que se atragantó y tuvo que dejar el cacharro que estaba fregando.

—Lo será, pero aún le funciona —aseguró ella, cuando por fin superó el acceso de tos.

¿Qué era exactamente lo que hacía gritar a Gordiyé con tanto abandono y placer? Con Fereidun yo había llegado a jadear, pero nada de lo que había hecho con él me había impulsado a gritar de esa manera, y me habría gustado saber el porqué.

A la mañana siguiente temprano, Gostaham envió a una criada a llamarme para que acudiera a su taller. Parecía más descansado que de costumbre; incluso sus ojeras se habían suavizado. Me pregunté si sería por lo que le había dado Gordiyé la tarde anterior.

—Siéntate aquí —indicó el maestro, dando unas palmadas en el cojín que tenía al lado—. Necesito tu ayuda para una labor de costura.

Desenrolló un retal de alfombra de aproximadamente dos palmos de longitud. Tenía un burdo motivo de tulipanes rojos y faltaba terminar los flecos.

—Ayer compré esto para Gordiyé —dijo.

Me sorprendí, pues ella no apreciaría una alfombra tan basta teniendo por marido a un maestro.

Gostaham rió al ver mi expresión.

—Aquí está el auténtico regalo —dijo, sacándose algo del fajín. Era una pesada cadena de oro y rubíes con engarces cuadrados, de los que colgaban varias perlas. Me quedé sin aliento.

—Quiero que la cosas en la superficie de la alfombra, procurando disimular los rubíes entre los humildes tulipanes —explicó Gostaham.

Gordiyé desenrollaría la alfombra sin sospechar nada, y tendría que buscar un rato para descubrir las gemas ocultas.

—Se quedará deslumbrada —dije—. ¿No sería una maravilla tejer una alfombra entera con joyas como éstas?

—Ya se hizo en una ocasión. El más famoso tesoro del último sah sasánida, Yazdegerd, era una alfombra cuajada de joyas, de la que he sacado la idea, aunque mi regalo sea mucho más modesto, claro.

—¿Dónde se encuentra ahora? —pregunté, ansiosa por verla.

—Fue destruida —contestó Gostaham—. Hace casi mil años, el general árabe Sad ben Abi Waqqis asaltó el blanco palacio de piedra de Yazdegerd con un ejército de sesenta mil hombres. Cuando entraron en busca del botín, quedaron sobrecogidos al ver aquella maravillosa alfombra, un florido jardín cuyas rosas eran rubíes resplandecientes, regado por un río de zafiros azules. Incluso los árboles estaban tejidos en plata, con flores blancas hechas de perlas. ¡Sad y sus hombres cortaron la alfombra en trozos para repartírsela! Extrajeron las joyas para venderlas y los trozos de alfombra los guardaron como trofeos.

—Qué atrocidad —murmuré.

—¡Pero menuda historia! —dijo Gostaham sonriendo, y se fue al taller de alfombras real.

Regresé al *andaruni* para pedir a Shamsi que me prestara una aguja gruesa e hilo rojo. De vuelta en el taller del maestro, donde sabía que nadie me molestaría, me puse el collar. Las gemas producían una deliciosa sensación de frescura. Me pregunté cómo sería que un hombre me admirara tanto que quisiera complacerme con tan costoso presente.

Enhebré la aguja, la clave en medio de un tulipán de la alfombra y cosí el primer rubí, que casi habría pasado desapercibido de no ser por su brillo. Hice lo mismo con todas las gemas, disponiendo la cadena de oro de modo que pareciera una enredadera sobre la superficie del tapiz.

Dispuse de mucho tiempo para pensar mientras cosía el regalo de Gordiyé. Esa mujer no era hermosa, y a menudo tenía mal carácter y se mostraba caprichosa. Sin embargo, con una sola tarde de amor había conseguido embriagar el corazón de su marido y hacer que aflojara los cordones de su bolsa. Tal vez se debía a que era una *seyyedé*: las descendientes del Profeta eran famosas por sus artes sexuales, que iban más allá de las de una mujer normal. Tras años de matrimonio, Gordiyé aún lograba que su marido cumpliera sus deseos, mientras que yo apenas había conseguido atraer la atención del mío durante tres meses. Deseé entonces aprender las habilidades de Gordiyé para subyugar a Fereidun.

Mientras esperaba noticias de mi esposo, no permanecí ociosa. Para no pensar en el problema que me agobiaba trabajé muchas horas en el encargo del holandés. A veces, cuando ya empezaba a sentir calambres de tanto tejer, mi madre acudía en mi ayuda: se sentaba a mi lado en el patio y decía los colores en voz alta para las dos, ya que el diseño era complejo y ella no lo dominaba. Fue entonces cuando se me ocurrió una audaz idea: ¿y si contrataba a algunas mujeres para que tejieran mis diseños? Era

exactamente lo mismo que hacían en el taller de alfombras real y en todos los numerosos talleres de alfombras de la ciudad.

Sabía incluso a quién pedirselo. En una de mis visitas al bazar, me había fijado en una mujer que tenía un puesto entre los demás buhoneros de la Imagen del Mundo. Había hecho varias alfombras de lana al estilo isfahaní, con un sol en el centro que irradiaba su luz en un cielo estrellado o en un jardín rebosante de flores. Yo me había detenido para examinarlas.

—¡Que Alá bendiga el fruto de tus manos! —dije—. Tus obras son magníficas.

Ella me dio las gracias, aunque parecía incómoda. Le pregunté si llevaba mucho tiempo yendo al bazar, pues sabía que en general las mujeres preferían que fueran los hombres de la familia quienes se ocuparan de vender en el mercado lo que ellas fabricaban.

—No, hace poco —contestó la tejedora con nerviosismo—. Mi marido está enfermo y no puede trabajar. Tengo dos hijos a los que alimentar... —Y su cara se crispó como si fuera a romper a llorar.

Me compadecí de ella.

—¡Ojalá tu suerte mejore muy pronto! —le deseé—. Sé que será así, con un trabajo tan magnífico.

Una tímida sonrisa iluminó su rostro. A partir de entonces, siempre que iba al bazar pasaba a saludar a Maleké. No consiguió vender nada hasta que ofreció una de sus piezas por un precio irrisorio. Casi se echó a llorar al contármelo, pues apenas había conseguido recuperar el precio de la lana.

—Pero ¿qué otra cosa podía hacer? —explicó—. He de alimentar a mis hijos.

Maleké estaba en peor situación que mi madre y yo, y me pregunté si no habría algún modo de ayudarla.

No obstante, lo primero que debía hacer era terminar el encargo del holandés. Trabajé sin descanso con la ayuda de mi madre y avancé muy rápidamente, ya que había aprendido a tejer mucho más deprisa que antes. Aunque aún me hervía la sangre al pensar que Gordiyé había regalado la alfombra sin consultarme, también me alegraba el corazón ver la belleza de las flores rosa, naranja y rojo que surgían de mi telar. En el futuro, sabría aprovechar las enseñanzas del maestro en mi propio beneficio.

Cuando sacamos la pieza del telar para hacerle los flecos fue un día feliz para toda la casa. Para Gordiyé y Gostaham significaba que podrían satisfacer a un cliente importante con un magnífico regalo. Para mi madre implicaba que yo podría empezar otra obra que nos permitiera ser independientes. Para mí, marcaba el fin de una larga y amarga disculpa.

Cuando el extranjero acudió en busca de su encargo, me oculté en el hueco de la escalera para observar lo que ocurría en la Gran Sala. Gostaham pidió que sirvieran melón y café, postergando las impacientes peticiones del holandés hasta que hubieran mantenido una correcta conversación. Luego envió a Alí Asgar por la alfombra y éste

la desenrolló a los pies del holandés. Desde mi escondite, pude ver el fruto de mis esfuerzos desde una nueva perspectiva. Si hubiera sido un pájaro, me habría parecido un vergel con sus flores sumidas en invitadoras sombras.

El holandés puso cara de asombro.

—Así deben de ser los jardines del Edén —ponderó—. ¡Ojalá podamos verlos cuando nos llegue el momento de abandonar este mundo!

—Si Dios quiere —replicó Gostaham.

El mercader acarició la superficie.

—Estoy seguro de que ni siquiera la reina Isabel de Inglaterra posee un tapiz que pueda rivalizar con éste —dijo—. Por favor, acepta mi más profundo agradecimiento por este incomparable tesoro.

Mi corazón rebotó de alegría al oír que mi alfombra se consideraba mejor que cualquier otra que pudiera poseer una reina, aunque el holandés estuviera exagerando. Tal vez Gostaham y Gordiyé comprendieran por fin lo mucho que valía.

—Me alegra que esta obra de mis telares sea de tu agrado —dijo Gostaham, y sonrió ampliamente mirando hacia las molduras de yeso, donde sabía que yo estaría escuchando.

Los dos hombres empezaron a hablar entonces de las piezas que el holandés había encargado para su rico patrón y que se estaban tejiendo en el taller de alfombras real. Tras acordar una fecha para que el holandés fuera a verlas, un criado lo acompañó hasta la puerta.

Dicen que el profeta Mahoma, que se secó el sudor de la frente al ascender hasta el trono de Dios, pasó siete vidas en cada uno de los siete cielos, y que sin embargo regresó a la tierra antes de que su sudor llegara a tocar el suelo. ¿Cómo pudo ocurrir? Al parecer es posible que cierto período de tiempo se prolongue varios años para una persona, mientras que para otra consume apenas unos instantes.

En efecto, cada día que pasaba sin noticias de Fereidun se me antojaba más largo que el anterior. Me encontraba acucillada en el patio dos jornadas antes de que expirara el contrato matrimonial, partiendo nueces y pelándolas, y me sentía como si cada respiración mía abarcara toda una vida.

A pesar de que apenas había amanecido, hacía ya mucho calor, y me detuve un instante para secarme el sudor de la cara. Más por ansiedad que por hambre, me metí media nuez en la boca sin mirarla. Estaba tan podrida que torcí el gesto. Justo en ese momento, antes de que pudiera engullir la nuez robada, Gordiyé salió de la cocina y cruzó el patio en dirección a la despensa.

—¿Te gusta? —preguntó, dejando claro que me había visto comer.

Tragué con dificultad y le sonreí como si no la hubiese oído.

—*Salam aleikum* —dije.

—La cocinera está preparando pollo con granada y nueces, ¿no es ése tu plato

favorito?

—El segundo, después del cordero con limón —contesté, consciente de que a Gordiyé le encantaba recordarme quién me alimentaba.

La mujer echó un vistazo al interior del almirez, que estaba lleno de nueces peladas.

—Ten cuidado, ahí ha quedado un resto —señaló.

Era un pedazo de cascara que podría haberle partido un diente a alguien. Yo no solía ser tan torpe en mi trabajo, pero no era extraño que me hubiera despistado. Arrojé la cascara lejos, pero Gordiyé hundió los dedos en las nueces para comprobar su tamaño.

—Machácalas más —ordenó—. Tienen que quedar casi disueltas en el jarabe.

La cocinera lo estaba preparando en ese momento, hirviendo el zumo de las granadas con varias cucharadas de azúcar. El olor entre agrio y dulzón impregnaba el aire. Normalmente se me hacía la boca agua, pero no en esa ocasión.

—*Chashm* —dije. Gordiyé pareció satisfecha, pues le gustaba verme obediente, pero por lo bajo añadí—: Están mejor crujientes.

Seguí majando las nueces con la mano del almirez hasta dejarlas bien molidas. De nuevo volví a sudar y no tardé en sentirme pegajosa.

Minutos después, la señora de la casa salió de la despensa con las manos llenas de cebollas.

—¡Ay, *joda!* —exclamó—. Con lo que come todo el mundo, ya no queda nada ahí dentro.

Traté de mostrarme comprensiva, aunque sabía que la despensa rebosaba de ordenadas pirámides de costoso azafrán, gruesos dátiles del sur bañados en su propio almíbar, toneles de vino tinto y arroz suficiente para alimentar a toda una familia durante un año.

—¿Quieres que triture menos nueces? —pregunté, esperando que su preocupación por nuestro consumo de comida me ahorrara esfuerzos.

Gordiyé se quedó pensativa, como si no acertara a decidir entre darme trabajo o evitar el despilfarro.

—No, échalas todas. Si no las necesitamos ya las guardaremos para más adelante —ordenó al fin.

Saqué las nueces que había molido ya y eché más en el almirez, tratando de comportarme como si aquél fuera un día cualquiera. Gordiyé se demoró aún un momento con la vista clavada en los frutos secos.

—¿Aún no has sabido nada? —preguntó.

De haberse recibido una carta con la firma de Fereidun volando en picado como un pájaro, Gostaham se lo habría contado enseguida. No necesitaba preguntármelo a mí, salvo para recordarme que mi posición en la casa era cada vez más baja. Yo lo había notado ya por las tareas que me encomendaban, como la de triturar nueces, que normalmente correspondía a Shamsi. Tal vez había perdido ya la esperanza, y desde

luego, si en el plazo de unas horas no recibía noticias de Fereidun, también yo podía darla por perdida. Durante unos instantes me sentí demasiado abrumada para seguir trabajando.

—¡Pobre criatura! —murmuró la mujer, regresando a la cocina—. *Insh Alá*, recibirás un mensaje de él muy pronto.

Siempre que pensaba en la última noche que había pasado con mi esposo era como si tocara un cacharro que hubiera estado al fuego: lo soltaba rápidamente, herida en lo más vivo. Cuando Fereidun quiso hablar, lo escuché; cuando deseó mi cuerpo, le dejé hacer cuanto se le antojó. No entendía en qué me había equivocado.

Seguí majando las nueces en el mortero. ¡Cuánto había cambiado mi vida desde que habíamos llegado a Isfahán! En la aldea había vivido protegida como un gusano de seda en su capullo. Deseé volver a ser una virgen de quince años que nada sabía de los impetuosos cambios de las estrellas.

No comí mucho a mediodía, lo que sorprendió a la cocinera, pues sabía cuánto me gustaba su salsa de granadas. Para colmo, mordí una cascara oculta en la salsa. Por lo demás, la comida transcurrió más silenciosa que de costumbre, y mi madre parecía preocupada cada vez que nuestras miradas se encontraban.

Después ayudé a fregar y limpié el fondo de una cazuela, que tenía una capa de arroz quemado, hasta que se me formaron ampollas en los dedos. Antes de que los demás se fueran a dormir la siesta, pregunté a Gordiyé si tenía que hacer algún recado. Con expresión complacida, me indicó que fuera al bazar a buscar turrón con pistachos, que a sus nietos les encantaba. Abandoné la casa de Gostaham cubierta con el chador y el *piché*, llegué caminando deprisa a las tiendas de turrones del Gran Bazar e hice la compra. En lugar de regresar a casa, crucé la Imagen del Mundo y entré en el bazar por el lado sur. Me dirigí al río por el camino más largo para no encontrarme con ningún conocido, pasando por delante de talleres de túnicas, puestos de frutas y verduras y tiendas de cacharrereros, hasta que me encontré fuera del bazar cerca del puente de los Treinta y Tres Arcos. Antes de cruzarlo eché un rápido vistazo para comprobar que no me reconocía nadie y caminé río arriba hasta la parte nueva de la ciudad, el barrio armenio.

Nunca me había aventurado sola entre tantos cristianos. El sah Abbas había trasladado a miles de armenios a Nueva Yulfa —a algunos en contra de su voluntad— para que le sirvieran como mercaderes del comercio de la seda. Muchos de ellos se habían hecho ricos. Pasé por delante de su ornamentada iglesia y me asomé al interior. Las paredes y el techo estaban cubiertos de imágenes de personas, incluyendo un cuadro de un grupo de hombres que comían juntos. Tenían halos alrededor de la cabeza, al parecer para indicar que debían ser adorados. Vi otra pintura de un hombre cargado con un trozo de madera, cuya mirada expresaba un terrible sufrimiento, seguido de una mujer que parecía dispuesta a dar la vida por él. Así que tal vez era cierto que los cristianos no sólo adoraban a Dios, sino también a ídolos humanos.

Gostaham me había contado que el sah honraba a los armenios con su presencia en las celebraciones religiosas dos veces al año; sin embargo, cuando un arquitecto armenio había diseñado una iglesia más alta que la más alta mezquita, había mandado que le cortaran las dos manos. Me estremecí al pensarlo, pues ¿qué podía hacer un arquitecto —o un tejedor de alfombras— sin manos?

Abandoné la iglesia, enfilé un pequeño callejón y seguí hasta que divisé la señal que Kobra había mencionado en una ocasión: una hoja escrita pegada en una puerta pintada de verde claro. No entendí gran parte de lo que ponía, pero sabía que aquél era el lugar. Llamé, mirando de nuevo alrededor con nerviosismo, pues era la primera vez que hacía algo semejante.

Abrió la puerta una anciana con unos extraordinarios ojos azules y largo cabello gris que se cubría con un ligero pañuelo violáceo. Sin pronunciar palabra, me indicó que pasara y cerró la puerta. La seguí a través de un pequeño patio y luego entramos en una casa de techos bajos y paredes encaladas. La habitación donde nos sentamos estaba repleta de objetos extraños: huesos de animales en potes de cerámica, frascos con líquidos rojos y dorados, cestos rebosantes de raíces y hierbas. En las paredes colgaban símbolos astrológicos y mapas del cosmos.

Me quité el chador y el *piché* y me recliné contra un cojín. En lugar de hacerme preguntas, la mujer encendió un manojo de ruda silvestre, cerró los ojos y empezó a recitar poesía con voz cantarina. Luego abrió los ojos y dijo:

—Tu problema es un hombre.

—Sí —dije—. ¿Cómo lo sabes?

La hechicera me respondió con otra pregunta.

—¿Por qué viniste a Isfahán?

Sin duda había notado por mi acento que procedía del sur. Le conté que mi madre y yo habíamos abandonado nuestra aldea tras la muerte de mi padre, que habíamos estado a punto de morir de hambre, y que luego había aceptado un *sigué* de tres meses con un hombre rico.

Los ojos azules de la hechicera parecieron ensombrecerse.

—¿Por qué no te ofreció convertirte en su esposa permanente?

—Según parece, debe casarse con una mujer de alcurnia que le proporcione herederos adecuados.

—En ese caso, ¿por qué tu familia no esperó para encontrarte un marido como Dios manda?

—No lo sé. —No quería hablarle de la alfombra que había destrozado.

La mujer pareció desconcertada. Observó mi atuendo, un sencillo vestido de algodón rojo y una túnica de algodón naranja, atada con un fajín rojo.

—¿Tienen problemas de dinero en la casa donde vives?

—Mi tío y su familia gozan de gran prosperidad, pero su mujer siempre se muestra preocupada por tener que alimentarnos a mi madre y a mí.

—Así que esperaban que tu marido renovara el contrato, y quizá que te colmara

de regalos.

—Sí, pero el contrato se acaba pasado mañana.

—Voy! —exclamó la hechicera con expresión alarmada—. No tenemos mucho tiempo.

—¿Puedes preparar un hechizo para que desee conservarme? —pregunté.

—Es posible —respondió mientras escudriñaba mi rostro buscando pistas—. ¿Cómo es tu marido?

—Tiene mucha vitalidad. Es muy autoritario con los que le rodean y a menudo se muestra impaciente.

—¿Te ama?

—Nunca me lo ha dicho, pero la última vez me compró ropa nueva, y casi parecía como si yo le gustara. —Lo dije en tono de asombro, pues acababa de comprenderlo yo misma.

—Sin embargo, no hablas de él como una mujer enamorada, con los ojos brillantes de alegría.

—No —admití con un suspiro.

—¿Amas a tu marido?

Pensé un momento antes de contestar.

—No tiemblo de la forma en que lo hace una amiga mía cuando habla de su amado —reconocí—. Estoy con él por obligación.

—En ese caso, ¿tienes idea de por qué no te ha mandado llamar?

—No —contesté, abatida.

Sus ojos azules parecieron traspasar los míos. Agitó la ruda, cuyo intenso olor me irritó los ojos.

—¿Cómo han sido las noches que habéis pasado juntos?

Le conté lo cohibida que me sentía, pero que a menudo Fereidun me había mantenido despierta hasta el amanecer, tomándome en las cuatro esquinas de la habitación.

—Eso era de esperar al principio —comentó ella.

—Supongo que sí, pero ahora parece que el fuego de su pasión se está apagando.

—¿Tan pronto? —La hechicera hizo una nueva pausa, como si tratara de desvelar algún acertijo—. ¿Qué ocurrió la última vez que os visteis?

—No lo sé —contesté, tratando de eludir la cuestión—. Yo siempre hago todo lo que me pide, pero noto su hastío.

—¿Como si se hubiera aburrido?

—Sí —contesté, moviéndome incómoda y desviando la mirada.

Se produjo un largo silencio, que sólo se rompió cuando le conté con voz entrecortada que Fereidun se había dado placer a sí mismo sin mí.

—¿Te dijo algo después?

Había evitado pensar en ello durante muchos días.

—Me preguntó si disfrutaba estando con él. Me sorprendió tanto la pregunta que

contesté: «Me siento sumamente honrada de hallarme en tu luminosa presencia.»

La hechicera sonrió sin alegría.

—Eso es muy formal.

Ya que había empezado, pensé que sería mejor confiárselo todo.

—Entonces él levantó las cejas y dijo: «No es necesario que me hables así cuando estamos solos.»

—Y entonces ¿le revelaste la verdad sobre tus sentimientos?

—No exactamente; era la primera vez que me daba permiso para expresar mi opinión. Le dije: «Mi única preocupación ha sido complacerte.» Él se inclinó sobre mí, me apartó los cabellos de la cara y me dijo: «Hija del sur, eso ya lo sé. Y hasta ahora lo has hecho. Pero aquí se trata de algo más que de complacerme a mí, ¿entiendes?» Luego me preguntó si me gustaba lo que hacíamos juntos por las noches y le contesté que sí.

—¿Y es verdad?

Me encogí de hombros.

—No entiendo por qué la gente habla tanto de ello.

La hechicera me miró con tal expresión de simpatía que me entraron ganas de llorar.

—¿Por qué no te gusta como a él?

—No lo sé —repetí, volviendo a cambiar de posición y deseando no haber salido de casa.

Ella me tomó una mano y la sostuvo entre las suyas para consolarme. Me sentí igual que poco antes de la muerte de mi padre, como si estuviera a punto de perderlo todo de golpe.

—No soporto la manera en que suceden las cosas —dije de Pronto, sin saber por qué.

La hechicera me miró como si me comprendiera.

—Hija mía, no puedes impedir que Dios te dé y te quite, Pero también tú puedes poner fin a determinadas cosas. Prométeme que lo recordarás.

—Lo prometo —declaré, aunque ésa era la última de mis Preocupaciones.

—Ahora que ya he comprendido tu problema, son varias las cosas que puedo hacer para ayudarte —anunció la anciana— pero primero quiero saber una cosa: ¿no es posible que tu marido tome una esposa permanente?

Reflexioné un instante, recordando que justo antes de casarme, Gordiyé había dicho que Homa estaba buscando ya una joven adecuada para darle un heredero.

—Por supuesto —dije.

—Entonces prepararé un hechizo para obstaculizar su camino. —Metió la mano en un cesto lleno de madejas de hilo. Eligió los siete colores del arco iris, los unió con siete nudos y me ató el cordón alrededor de la garganta.

—Llévalo puesto hasta que se caiga solo —indicó—. Y no le cuentes a tu marido para qué es.

—Si vuelvo a verlo —aduje con tristeza.

—Lo verás, si Dios quiere. Y en ese caso, deberás esforzarte para complacerlo. Su sugerencia me dejó estupefacta.

—Yo pensaba que ya hacía todo lo que él quería.

La hechicera me acarició la mano como si tratara de calmar a una niña díscola.

—No creo —dijo con amabilidad, y enrojecí de vergüenza.

—Ojalá supiera todo lo que mi madre sabía a mi edad —me quejé amargamente—. Mi padre la amó cada minuto del tiempo que estuvieron juntos.

—¿Y cuál crees que era su secreto?

Le hablé de la habilidad de mi madre para contar historias que seducían a mi padre, a pesar de que había sido el muchacho más apuesto de la aldea. Yo no tenía su talento.

La hechicera me interrumpió.

—Imagina por un momento que la historia la cuentas tú en lugar de tu madre —dijo—. Pongamos que es la historia de Fatemé, la joven hilandera. Al principio, cautivas a tus oyentes contándoles que el padre de Fatemé se ahogó en un naufragio dejándola sola en el mundo. Pero ¿y si en lugar de esperar al final de la historia para decirles qué tal le va, se lo contaras enseguida?

—Sería una tontería —dije.

—En efecto —asintió—. ¿Cómo crees que debería contarse la historia?

—Cuando mi madre relata sus historias, pone siempre un principio, una parte central y un final; cada cosa en su sitio.

—Eso es —convino la anciana—. Los narradores de historias despiertan tu curiosidad dándote un poco de información aquí y otro poco allá. Te mantienen en vilo hasta el final, y sólo al final sacian tu expectativa.

Sabía exactamente a qué se refería. Los oyentes de mi madre siempre se quedaban embelesados, mirándola fijamente con ojos expectantes y la boca abierta, como si hubieran olvidado dónde se hallaban.

La hechicera se apartó los plateados cabellos.

—Has de imaginar las noches que pasas con tu marido como si le contaras una historia, pero sin palabras. Él ya la conoce, así que habrás de aprender a contársela de nuevas maneras.

Volví a sonrojarme, pero esta vez sentí una quemazón en el estómago que se extendía por mi cuerpo hasta hacerme cosquillas en los dedos de los pies.

—Ya se me habían ocurrido algunas ideas —admití—, pero me daba vergüenza probarlas.

—No esperes más —advirtió la hechicera, y por su tono comprendí que me consideraba en peligro.

—Pero no sé por dónde empezar —objeté casi en un susurro.

—Hay una clave en la pregunta que te hizo tu marido la última vez que os visteis. ¿Te gusta algo de lo que haces con él?

—Me gustan sus besos y caricias, pero siempre terminan cuando uno su cuerpo al mío. Entonces se olvida de mí y sólo piensa en el momento de su mayor placer.

—¿Y qué hay de ti?

—Yo hago todo lo que puedo para ayudarlo.

—Él no necesita ayuda —señaló la hechicera.

La miré, esperando que continuara, pero guardó silencio. Los minutos transcurrieron lentamente, mientras yo me agitaba sobre el almohadón, llena de ansiedad y esperanza.

—Dime qué debo hacer —rogué.

—Así que he conseguido captar toda tu atención —observó ella con una sonrisa.

—Pues sí.

—Y no te quedarás satisfecha hasta que te dé lo que necesitas.

Me notaba mareada por culpa del acre olor de la ruda que impregnaba el ambiente.

—Debo saberlo.

—Estás sobre ascuas, y si quisiera mantenerte así, te contaría una historia paralela, tal vez una rápida sobre la madre de Fatemé y las circunstancias de su nacimiento.

—Preferiría que no lo hicieras —supliqué. El corazón me latía más deprisa y tenía húmedas las palmas.

La hechicera me observaba atentamente.

—Entonces por fin lo has comprendido —declaró sonriente.

—Sí.

—En ese caso, no frustraré tus deseos por más tiempo —resolvió—. El final es siempre necesario, aunque nunca resulta tan excitante como el camino que conduce a él.

Me preguntó entonces si había visto alguna vez cierta parte de mi cuerpo que suele mantenerse oculta.

—¡Por supuesto que no! —exclamé, reculando por la sorpresa. En la aldea siempre había compartido la habitación con mis padres. En el *hammam* siempre estaba rodeada de otras mujeres. El único espacio privado que visitaba eran las letrinas, un lugar demasiado oscuro y hediondo para quedarse mucho tiempo.

—Sin embargo, seguro que sabes a lo que me refiero.

A pesar de lo que acababa de decir, me pareció que sí. Al fin y al cabo, lo notaba.

—Antes de que tu marido escale las altas montañas del placer y se encuentre demasiado cerca de la cima, siéntate encima de él y acompáñale en la ascensión. Puedes probar con la postura de la rana, la de las tijeras retorcidas, la india y la del clavo en el zapato.

Para asegurarse de que entendía sus palabras, me mostró las posturas con los dedos. Empecé a imaginar cómo me sentiría poniéndolas en práctica con Fereidun, y me pregunté si conseguiría hacerle creer que la iniciativa era suya.

—Puedo seguir tus sugerencias —dije—. Pero nunca me ha dado la impresión de que a mi marido le importe mucho mi placer.

—Tal vez no —convino ella—. Pero imagina cómo te sentirías si en cada encuentro, él no consiguiera llegar a la cima.

Me había sentido terriblemente mal al no poder complacerlo. Me había comportado como una muñeca que no se mueve hasta que la niña que juega con ella le acciona los brazos y las piernas. No era de extrañar que Fereidun se hubiera cansado de mí.

—Me inclino ante tu sabiduría —dije.

La anciana sonrió, con el rostro enmarcado por sus cabellos plateados.

—Cuando llegues a mi edad sabrás tanto como yo, y seguramente más —declaró.

Le pagué con dinero del *sigué* que me había dado mi madre, pues había hecho todo cuanto había podido por mí. Sólo cuando llegué a casa comprendí que no me había dado un hechizo para hacer que Fereidun me amara, sino más bien para impedir que quisiera a otra. Me pareció muy extraño, hasta que comprendí que yo misma tenía que descubrir el modo de hechizarlo.

Aquella noche, apenas podía soportar encontrarme cerca de mi madre, de Gostaham o Gordiyé. Cada vez que nuestros ojos se encontraban, era como si me miraran con lástima, confirmando con su silencio que no había llegado ninguna carta de Fereidun. Mi madre no dijo nada, pero al acostarnos me arropó cariñosamente y me contó una de mis historias favoritas, la de Bahram y su esclava Fitna. Me encantaba esa historia, porque Fitna se había ganado el favor de Bahram mediante una inteligente estratagema que le había mostrado sus propias debilidades. Era lo que yo habría deseado poder hacer con Fereidun.

Me quedé dormida y soñé que habíamos regresado a la aldea. Cuando abríamos la puerta, toda la casa estaba llena de nieve. Mi madre y yo no teníamos más remedio que cavar un camino en la nieve para entrar en ella. Tratábamos entonces de aislar nuestro hogar con telas y alfombras, pero el frío era insoportable. La blancura de la nieve me hería los ojos y su húmeda frialdad me traspasaba las manos y los pies. Me sentía como si me hubieran enterrado viva en un blanco lecho. Desperté temblando y sudorosa.

Tumbada en la oscuridad, me pregunté qué nos depararía el destino. ¿Cuánto tiempo estarían dispuestos a tenernos en su casa Gostaham y Gordiyé si no conseguíamos más dinero de Fereidun? Volveríamos a pasar hambre; tendríamos que aceptar la caridad de otras personas, lo que a veces enmascaraba siniestras intenciones. Y yo deseaba quedarme en la ciudad. Me gustaba que mi cuerpo se hubiera redondeado, adquiriendo curvas femeninas, porque comíamos bien todos los días. Me encantaba lo que aprendía de Gostaham, que entonces me estaba enseñando a dibujar leones, dragones, aves del paraíso y algunos de los animales fantásticos que

había visto en la escena de caza de la alfombra del sah.

Pero, sobre todo, tenía montones de ideas sobre cómo ganarme a Fereidun si se me concedía otra oportunidad. Si hubiera sido un pavo real como el que trataba de dibujar últimamente, habría frotado mis suaves plumas iridiscentes por su espalda. Si hubiera sido un zorro, habría tapado sus ojos con mi cola mientras lo lamía. ¡Eso sí que habría borrado su expresión de aburrimiento!

A la mañana siguiente, me despertó el ruido de un vendedor ambulante que ofrecía sopa de cebada con voz nasal, y fui a preguntar a la cocinera qué tareas tenía para mí. Mientras hablábamos, oí la aldaba para mujeres. Shamsi acudió en mi busca y me llevó a presencia de los señores de la casa, pues por fin había llegado una carta para mí.

—¿Qué dice? —pregunté sin más, olvidando saludarlos correctamente, pues temía que la carta confirmara el fin de mi matrimonio.

—Buenos días a ti también —replicó Gordiyé, recordándome los buenos modales, y rápidamente le devolví el saludo.

Gostaham rompió el sello de cera, que llevaba la inconfundible firma de Fereidun. Mientras observaba el movimiento de sus ojos, sentí el impulso de apoderarme de la carta y leerla yo misma.

—¿Y bien? —preguntó la mujer. El maestro siguió leyendo.

—Si se dejara de tantas expresiones floridas y fuera al grano de una vez —se quejó—. Ah, aquí está por fin. Fereidun la requiere esta noche. ¡Alabado sea Alá!

Me quedé sin palabras del alivio que sentí.

—Tanta buena fortuna es una señal de favor del cielo —sonrió Gordiyé.

Ahora no podía cometer el error de mostrarme fatigada como en mi última visita.

—Necesitaré tiempo para prepararme —pedí, y ella pareció comprenderlo.

—Le diré a Shamsi que hoy trabaje por ti en la cocina.

Su generosidad me sorprendió, hasta que recordé que esa mujer tenía sus propias razones para desear aquella unión. De vez en cuando me preguntaba si Fereidun había mencionado que deseara más alfombras y sugería que le instara a encargarnos alguna, cosa que yo no había hecho.

Pedí a mi madre que me dejara a solas toda la mañana, y ella se fue a recoger hierbas para sus medicinas. Me encerré en nuestra pequeña habitación para decorarme las manos y los pies con alheña, y decidí sorprender a Fereidun haciéndome dibujos en un lugar que sólo él podría ver. Tardé varias horas y tuve que permanecer muy quieta mientras la pasta se secaba, lo que me resultó difícil porque estaba muy nerviosa. También tuve que taparme un poco por miedo a que mi madre volviera de improviso y descubriera mi atrevida empresa.

Por la tarde, fui caminando a casa de Fereidun para lo que Podría ser nuestra última noche juntos. Dado que el contrato expiraba al día siguiente, no sabía si únicamente quería disfrutar de mí una última vez, o si tenía otros planes. Naturalmente, procuré por todos los medios ocultar mi secreto de la penetrante

mirada de Hayedé y Aziz. Cuando me saludaron me parecieron más indiferentes que en las anteriores ocasiones. Empecé a quitarme la ropa y ellas no me detuvieron, lo que me hizo sospechar que no creían que volviera nunca más.

—¿No queréis mirarme por si tengo vello? —pregunté antes de meterme en la pila.

Hayedé fingió examinarme mientras seguía conversando con Aziz.

—En cualquier caso —le decía—, la boda se celebrará dentro de una semana en la casa del padre del novio, que tiene campos de pistachos. —Me frotó la espalda con un *kissé* mientras describía el traje que iba a llevar su hija.

Me sumergí en la pila sin su ayuda.

Después de que me vistieran, fui al dormitorio que había compartido tantas veces con Fereidun y me senté en el lugar de costumbre, pero estaba nerviosa y no podía quedarme quieta. Me levanté y entré en la habitación contigua, donde comíamos. ¿Qué iba a hacer exactamente? Me acerqué a los tapices de seda que colgaban de la pared y mostraban una pareja de pájaros que cantaban juntos en un árbol. Los nudos, apretadísimos, conferían a la superficie una suavidad más propia de la piel. Moviada por una súbita inspiración, descolgué uno de ellos, lo llevé al dormitorio y lo extendí en el suelo a cierta distancia de las mantas. Luego regresé a la habitación y esperé.

Cuando llegó Fereidun, estaba de mal humor. Pidió a gritos vino y una pipa de agua antes incluso de cruzar la puerta. Al cabo de unos segundos se dio cuenta de que faltaba un tapiz en la pared, pues había dejado un espacio vacío junto a su compañero.

—¿Qué estúpido ha descolgado esa alfombra? —gruñó Fereidun.

Los criados se inclinaron ante él y protestaron su inocencia con recargadas frases.

—He sido yo —declaré, aunque tenía miedo.

—Está horrible así.

—Tengo mis razones —repliqué.

Fereidun levantó entonces los brazos para que un criado le quitara la casaca larga y el fajín, y le desabrochara el cinturón con el cuchillo decorado con perlas. Otro criado entró de puntillas con el vino y la pipa y retrocedió, haciendo reverencias. Fereidun se quitó el turbante e hizo sus libaciones sin ofrecerme nada. Cuando llegó la comida, la engulló deprisa, casi con furia. Yo apenas me atreví a llevarme un bocado a la boca.

Nos sirvieron el café en dos delicadas vasijas verdes. Fereidun lo probó antes de que el muchacho saliera.

—Está frío —gruñó.

El muchacho se llevó las tazas, pero no parecía compungido ni dijo nada para aplacar la ira de Fereidun.

—Espera un momento —ordenó Fereidun.

El muchacho, que seguramente no tenía más de doce años, se quedó plantado delante de él con las tazas en la bandeja. Fereidun cogió la mía y le arrojó el

contenido a la cara. El muchacho se tambaleó y estuvo a punto de dejar caer la bandeja.

—¿Lo ves? —bramó Fereidun—. Ni siquiera está lo bastante caliente para quemarte. ¡Ahora tráeme café que esté caliente de verdad!

El muchacho tenía escaldada la piel alrededor de los ojos. Balbuceó unas palabras de disculpa y salió de la habitación reculando, con el rostro cubierto de lágrimas.

—¡Asno! —le gritó Fereidun. Jamás le había visto comportarse de semejante manera. Su ira había sido tan inesperada e impredecible como una granizada, e igual de indiferente.

Otro criado regresó minutos más tarde con un café tan caliente que me quemó la garganta. Fereidun se bebió el suyo de un trago, fue al dormitorio a grandes zancadas y se arrojó sobre las mantas, cerrando los ojos. No tardé en oír sus sonoros ronquidos. ¿Era así cómo pasaría mi última noche con Fereidun, sin tener oportunidad de salvarme? Estaba totalmente confundida, pero era incapaz de moverme, como si me encontrara atrapada en el lecho de nieve con que había soñado la noche anterior. Recordé la lenta muerte heladora que casi había experimentado en la aldea y me puse en pie, consciente de que tenía que hacer algo.

Anocheecía y la habitación se estaba quedando a oscuras. Encendí una lámpara de aceite y la coloqué cerca del tapiz de seda antes de quitarme toda la ropa excepto los pantalones de seda rosa. Me eché entonces sobre las mantas junto a Fereidun, haciendo todo lo posible por despertarlo. Así fue: sus ojos se abrieron con Un parpadeo.

—Tengo algo que mostrarte —musité con una voz que era un susurro desesperado.

—¿Qué? —farfulló él, en tono molesto.

Guardé silencio un momento, antes de contestar.

—Tú y sólo tú puedes descubrirlo.

—¿Descubrir el qué? —preguntó medio dormido.

—El secreto que he preparado para ti —respondí.

Fereidun se apoyó en un codo, parpadeando para despertarse del todo. Me aparté un poco, y cuando alargó la mano hacia mí, me alejé un poco más.

—Déjame verte —dijo.

Apoyada en las manos y las rodillas, me di un poco la vuelta para mostrarle mis caderas y mis pechos desnudos. Luego me fui a gatas hacia la lámpara de aceite. Él me siguió también a gatas con aire sorprendido. Dejé que me cogiera por las caderas, pero no me di la vuelta. Desde detrás, empezó a explorar mis pechos desnudos con sus suaves manos. Me gustaron sus caricias, así que apoyé la espalda contra su torso y cubrí sus manos con las mías para que no las retirara.

—¿Cuál es el secreto? —preguntó en voz baja. Ahora estaba muy despierto, con la mirada más brillante que nunca.

Me desasí y volví a alejarme a gatas lo más deprisa que pude. Él trató de cogerme

por los pantalones, pero falló, y entonces vino detrás de mí, riendo. Finalmente le dejé alcanzar el borde de mis pantalones y tumbarme contra el suelo boca abajo.

—Date la vuelta —exigió.

Yo me quedé quieta, provocándolo con una sonrisa y resistiéndome a ponerme boca arriba.

—¡Ah! —exclamó con deleite al ver que me resistía. No me obligó, simplemente metió la mano por la cintura de mis pantalones y me arrancó la tela del cuerpo. La seda se desgarró y una expresión satisfecha iluminó su rostro. Entonces se quitó la ropa.

Aun así, seguí sin darme la vuelta.

—Aún no lo has descubierto —dije en tono provocativo.

Fereidun se puso como loco. Examinó todo mi cuerpo a la luz de la lámpara de aceite, acariciándome con las manos y los labios. Sus caricias eran distintas a las de otras veces; parecían destinadas a excitarme. Cuando trató de darme la vuelta, seguí rehusando, pues me gustaba mucho lo que me hacía. Me besó y mordisqueó los hombros y me levantó el busto para acariciarme los pechos. Mi cuerpo empezaba a derretirse, tan caliente como el jarabe de granada. Jadeante y excitada, me di la vuelta para permitirle que me explorara por delante.

—¿Dónde está el secreto? —preguntó con ansiedad.

Le dediqué una sonrisa y él me arrastró hasta la luz de la lámpara, besándome y acariciándome, acercándose cada vez más a mi tesoro.

Yo mantenía las piernas firmemente cerradas y no dejaba que me las apartara. Le indicaba partes del cuerpo como diciéndole que me tocara aquí o me besara allá. Era como si me estuviera descubriendo por primera vez. Su boca y sus manos me recorrieron por entero como una caravana que se detenía en los oasis que hallaba por el camino. Cuando ardía ya de placer, me abrí a él, pues no deseaba apartarlo por más tiempo. Fue entonces cuando descubrió mi secreto. Con una exclamación de sorpresa, metió la cabeza entre mis piernas para mirar más de cerca.

En lugar de decorarme sólo las manos y los pies con alheña, como solían hacer las mujeres, le había cogido a Gostaham uno de sus pinceles más finos y me había pintado el interior de los muslos. Mi diseño consistía en unos pétalos puntiagudos como los que rodeaban el centro de las alfombras. Entre pétalo y pétalo, había dibujado ramos minúsculos de rosas, azucenas y narcisos.

Fereidun me arrastró hacia la lámpara para verlo mejor, y entonces no pudo apartar las manos ni la lengua de mi entrepierna. Recordé la broma de Gostaham sobre el maestro y la lengua, y comprendí por qué la mujer de su historia había encontrado una perla de valor incalculable en su tercer marido. Con los labios de Fereidun en mis partes íntimas y sus manos acariciándome todo el cuerpo, mi respiración se agitaba cada vez más. Pero él se detuvo muy pronto, me agarró las piernas y se metió entre ellas. ¡Espera!, quise gritar. Miré sus ojos vidriosos y comprendí que se había olvidado de mí, sumido en su propio éxtasis.

Empecé a respirar normalmente, mientras sus gemidos aumentaban. No sé cómo tuve valor para hacerlo, pero cuando sus caderas se elevaron, cerré las rodillas, me di la vuelta rápidamente y me alejé a gatas.

—¡Ooooh! —exclamó él, frustrado.

Lanzó un reniego y me llamó por mi nombre, rogándome que volviera, pero no obedecí, así que me siguió a gatas. Dejé que me persiguiera por toda la habitación y fui rápidamente hacia la alfombra de seda que antes había extendido en el suelo, notando su aliento prácticamente en la oreja. Me agarró por las caderas, como si aún llevara la iniciativa, pero me daba cuenta de que esperaba mi siguiente paso. Entonces me volví y lo empujé suavemente para tumbarlo sobre el tapiz, y él se quedó mirándome, a la espera. Me coloqué a horcajadas sobre él y empecé a frotar mi cuerpo contra el suyo. Él me acarició los pechos, haciéndome gemir de pasión. Por primera vez desde que lo conocía, acaricié sus hermosos cabellos, que caían en suaves ondas negras alrededor de su cabeza. La suavidad de su pelo entre mis manos, la seda que notaba bajo los pies y las rodillas, y el vello de su pecho despertaron un calor en mi entrepierna que nunca había sentido hasta entonces. Fui yo quien lo tomó esa vez, pegando mis caderas a las suyas y meciéndome adelante y atrás, despacio al principio, luego más deprisa, hasta que los cuerpos quedaron firmemente entrelazados. Fereidun siguió mi ritmo, como en otras ocasiones yo había seguido el suyo. El mundo, que siempre me había parecido tan sólido, empezó a perder su consistencia. Grité, quizá rugí, y Fereidun aulló conmigo, y yo sentí que me disolvía en un instante, igual que la polilla se consume en la llama y no queda de ella más que un leve rastro de humo.

Nuestros gritos debieron de alarmar a los criados, pues aporrearon la puerta, preguntando a Fereidun si se encontraba bien, a lo que él bramó que lo dejaran en paz. No hablamos; nos limitamos a yacer tumbados en la alfombra, jadeando. En cuanto su respiración se normalizó, empezó a acariciarme de nuevo y yo le toqué el miembro. Estaba rígido como un poste, aunque acabábamos de hacer el amor. Volvimos a retozar como animales. Recordando la cola del zorro, cogí mi fajín y le vendé los ojos. Luego empecé a lamerle hasta que empezó a soltar gemidos de éxtasis que nunca antes habían surgido de sus labios. Seguimos así durante el resto de la noche.

Por la mañana, desperté con el rostro de Fereidun muy cerca del mío. Tenía los ojos abiertos. A pesar de que debía atender sus negocios, parecía reacio a marcharse. Incluso después de haberse bañado y vestido, no pudo evitar venir a separarme las piernas otra vez para observar mi dibujo y humedecer sus dedos en mi entrepierna.

Por mi parte, me costaba creer lo que había hecho. ¡Por fin comprendía el éxtasis que me había descrito Goli! Ahora también podría sonreír maliciosamente cuando las mujeres bromearan sobre sus relaciones con los hombres, pues mi cuerpo había gozado por fin.

Poco después de mi vuelta a casa, Gostaham recibió una carta de Fereidun en la

que renovaba mi *sigué* otros tres meses. Debía de haberla escrito justo después de mi marcha. Con gran alegría, respondimos con una inmediata aceptación. Gordiyé me felicitó, sorprendida de que lo hubiera logrado.

—Pensaba que había terminado contigo —dijo.

Gostaham nos entregó otra bolsa de dinero del administrador de Fereidun, después de quedarse con una parte por nuestra manutención. Mi madre me cogió la cara con ambas manos y me dijo que era igual que la luna. Yo estaba radiante. Al contrario que Gordiyé, mi madre y las demás mujeres que conocía, yo había tenido que pasar por una prueba en mi matrimonio, a riesgo de perder a mi marido. Lo había logrado cuando apenas me quedaban unas horas, y me prometí que no volvería a cometer ningún error. En ese preciso instante empecé a planear lo que haría la siguiente vez que Fereidun me reclamara.

Por la tarde, una mensajera de Nahid llamó a la puerta de Gostaham para decirme que me invitaba a tomar café. Aunque me ardían los ojos de fatiga y sólo quería descansar, tuve que ir con ella para no ser grosera. Nahid me había invitado varias veces en los últimos días, pero yo me había excusado cortésmente, demasiado preocupada por mis propios problemas.

Ya me imaginaba lo que quería decirme. Seguramente había conocido a la madre y la hermana de Iskandar en el *hammam* y habían intercambiado palabras corteses mientras se bañaban. Al final del día, la madre de Iskandar se habría mostrado encantada de revelarles que buscaba un buen partido para su hijo. Dado que el joven estaba enamorado, yo sospechaba que su familia habría propuesto ya el matrimonio y que los padres de mi amiga lo habían aceptado. Las jóvenes como Nahid estaban destinadas a casarse con hombres ricos, pero su porvenir sería aún mejor, pues se casaría con el elegido de su corazón.

Atravesé los Cuatro Jardines tarareando en voz baja. Los rosales florecían en un huerto cerca del río, y me detuve para admirarlos. Había pequeños capullos amarillos de delicados pétalos cerca de grandes rosas rojas ya abiertas. Me vino a la memoria la canción que más me gustaba entonar con mi padre:

*Plantaré rosas a sus pies,
pues me he embriagado, embriagado de amor.*

Si una joven como Nahid lograba lo que quería, tal vez también pudiera conseguirlo una muchacha como yo. Me había ganado a Fereidun como amante, y tal vez con un poco más de inteligencia lograría retenerlo como marido permanente.

Cuando llegué a casa de Nahid, nos saludamos con sendos besos en las mejillas. Los pájaros de su madre trinaban alegremente en sus jaulas. Miré a mi amiga buscando signos de la buena nueva, pero, en cuanto las criadas nos dejaron solas, su

rostro se crispó de dolor y se desplomó en un cojín hecha un mar de lágrimas.

—¡Nahid, querida, alma mía! ¿Qué te ha ocurrido? —pregunté atónita.

Ella levantó la vista un momento, con sus hermosos ojos verdes anegados en lágrimas.

—Han dicho que no —explicó antes de que los sollozos ahogaran su voz.

—¿Quién? ¿Los padres de Iskandar?

—No, no. ¡Los míos!

—¿Por qué?

Se irguió y trató de contener el llanto.

—Encontraron las cartas —explicó, cuando por fin se hubo calmado un poco—. Eran demasiadas para guardarlas debajo del fajín, así que las tenía ocultas bajo las mantas de mi cama. Pero debí de descuidarme, porque una doncella de mi madre las encontró. Estoy segura de que ahora es una mujer rica.

—¡Pobrecita! —la consolé—. ¿No han pensado siquiera en que Iskandar pudiera ser un buen marido para ti?

—No.

—¿Por qué no?

—¡Es demasiado pobre! —contestó, sollozando con más fuerza. La abracé por la cintura y ella se inclinó hacia mí y lloró sobre mi hombro. Cuando se detuvo un momento, me miró con tanta tristeza que se me partió el corazón—. ¡Lo amo! —exclamó—. ¡Siempre lo amaré! Ocurra lo que ocurra, ¡él y yo siempre seremos como una nube y la lluvia que cae de ella para dar la vida!

Suspiré, aunque no me sorprendía que sus padres hubieran rechazado a un hombre pobre.

—¿Has sabido algo de él?

—Me envió una carta por medio de Kobra, pero ahora hemos de ser muy cautelosos, porque mis padres me vigilan. Me dijeron que había cometido un gran error al mantener un romance en secreto y que la gente hablaría y deshonoraría nuestro buen nombre. Han dado instrucciones a los criados principales para que registren a los demás cuando entren por la puerta, por si llevan alguna misiva.

—¿Y qué te decía él?

—Que me amará siempre, incluso cuando sea vieja y esté enferma, aunque tenga el cabello blanco y no pueda caminar bien. —¡Cuánto lo siento! Sé lo mucho que lo amas. Nahid chasqueó la lengua.

—¿Cómo vas a saberlo? Tú nunca has estado enamorada replicó casi enfadada.

Tuve que admitir que era cierto, aunque después de haber gozado de una noche de éxtasis con Fereidun, mis sentimientos habían empezado a cambiar, hasta el punto de preguntarme si podrían considerarse amor.

—Nahid *yun* —dije—, de camino hacia aquí, estaba tan segura de que ibas a anunciarme tu matrimonio con Iskandar y que cantarías de alegría, pues estabas a punto de conseguir lo que tu corazón más desea.

—Yo también lo creía —murmuró ella.

Reflexioné unos instantes.

—¿Y si Iskandar consigue hacer fortuna? ¿No cambiarían de idea tus padres?

—No —respondió sombríamente.

Y justo cuando yo creía que iba a dejar de llorar, se inclinó hacia delante y gimió como un animal atrapado en una trampa. No había oído lamentos semejantes desde la muerte de mi padre, y su sonido me desgarró el corazón. Traté de consolarla.

—Nahid, amiga mía, debes mantener la esperanza. Recemos a Alá y confiemos en que se compadezca de Iskandar y de ti.

—No lo entiendes —replicó, y siguió con sus sordos quejidos guturales.

Una criada llamó a la puerta para servirnos el café. Di un respingo y cogí la bandeja de sus manos para que no entrara y viera el rostro descompuesto de mi amiga.

—No pasa nada —dijo ella—, todos saben ya lo de mi compromiso.

—¿Cómo? —pregunté desconcertada.

Nahid lloró más desconsolada que antes; sus lágrimas eran como una copiosa lluvia primaveral.

—Si hubiera renunciado a Iskandar, seguramente mis padres no habrían hecho nada, pero lloré y les dije que nunca lo olvidaría. Por esa razón han concertado mi matrimonio con otro hombre. Me casaré con él en la siguiente luna llena.

Aquella noticia era aún más cruel que la anterior. ¿Cómo podían los padres de Nahid, que la habían querido y mimado toda su vida, arrojarla en brazos de otro hombre cuando aún se lamentaba por su primer amor? Sentí una pena infinita por ella. Volví a abrazarla e incliné mi cabeza hacia la suya.

—¿Y con quién vas a casarte? —pregunté, esperando que fuera un buen hombre que la hiciera feliz.

—Mi madre llamó a Homa y ella le dijo que conocía al candidato ideal —contestó Nahid con amargura—. Por supuesto, yo no lo he visto en mi vida.

—¿Sabes algo de él?

Sus padres podían elegir entre centenares de pretendientes, pues Nahid poseía dinero y belleza por igual. Tal vez él la igualaría en ambas cosas y conseguiría desvelarle los placeres de la noche que yo había aprendido a disfrutar.

—Sólo sé que es hijo de un rico tratante de caballos.

Miré a mi amiga fijamente. Sabía que tenía que decir algo, pero no conseguía que mis labios formaran las palabras. Tosí y respiré con fuerza. Me encogí con la cabeza inclinada, tratando de coger aire.

—Voy! —exclamó Nahid—. ¿Te encuentras bien?

El ataque de ansiedad parecía no acabar nunca. Tosí hasta que se me saltaron las lágrimas y luego permanecí en silencio.

—Pareces muy afectada —observó ella mientras me secaba los ojos.

—No te imaginas cuánto —repliqué, haciendo un esfuerzo por refrenar mi

lengua, recordando cómo me había precipitado otras veces. ¿Acaso no había centenares de ricos tratantes de caballos? ¿O al menos docenas de ellos? ¿Y no tenían hijos casi todos? Sin duda debía de tratarse de otro hombre—. ¿Y qué más te han contado tus padres? —añadí en tono esperanzado.

—Me dijeron que había perdido a su primera mujer, nada más —contestó tras una pausa.

En ese momento sentí un escalofrío y deseos de abrazarme para hallar algún alivio.

—¿Cómo se llama? —pregunté con un nudo en la garganta.

—No sé a qué viene tanto interés, cuando a mí no me importa lo más mínimo. —Suspiró—. Me daría exactamente lo mismo aunque se tratara del mismísimo sah Abbas.

—Ya, pero ¿quién es? —insistí, incapaz de contener la angustia.

Mi amiga pareció sorprendida ante mi persistencia.

—Evitaba pronunciar su nombre... ¡Hasta eso me desagradaba de él! —contestó mi amiga, que parecía algo sorprendida ante mi persistencia—. Pero ya que quieres saberlo, se llama Fereidun.

Sufrí otro ataque de tos aún más violento que el anterior. Yo sí que podría habérselo contado todo sobre su futuro marido, por supuesto: el aspecto de su cabello cuando se quitaba el turbante, o cómo cerraba los ojos con arrobos cuando oía la música del *kamanché*, o el olor que desprendía cuando estaba excitado. Ahora sabía incluso cómo complacerlo, pero sólo Nahid tendría derecho a ser su esposa durante el resto de su vida. Unos celos ardientes se inflamaron dentro de mí. Al pensar en que Fereidun podría preferirla a ella, empecé a toser con tanta fuerza que temí que Nahid sospechara algo, pero ella parecía muy conmovida por mi reacción.

—Mi queridísima amiga, siento mucho que mi desdicha te afecte tanto. Por favor, no permitas que mi mala fortuna empañe tu vitalidad.

Pensé rápidamente en una respuesta.

—Es sólo que deseaba verte feliz —aseguré—. Todo lo que me has contado ha destrozado mi corazón.

Las lágrimas le resbalaron por las mejillas, y también mis ojos estaban velados. Pero mientras que las de ella se mezclaban con la gratitud por mi amistad, las mías albergaban un secreto culpable.

Se oyó la última llamada a la oración, señalando que había llegado la hora de volver a casa. Dejé a Nahid con su pena y regresé lentamente con la mía. No era de extrañar que Fereidun me hubiera olvidado durante tantas semanas; sin duda había estado ocupado discutiendo los términos del contrato de matrimonio con los padres de Nahid y encargándose de los preparativos de la boda.

¿Y qué había hecho la última noche que habíamos pasado juntos? Había dejado que le diera placer hasta el canto del gallo, tomando todo lo que yo le ofrecía como si le perteneciera por derecho. La sangre me hervía y cada vez caminaba más deprisa

por los Cuatro Jardines, hasta que tropecé con una anciana encorvada que se apoyaba en un bastón y tuve que disculparme.

Oí a un gato maullando entre los arbustos. Seguramente buscaba pareja, igual que yo. Jamás había deseado otra cosa que casarme con un buen hombre. ¿Por qué había de ser simplemente la muchacha con la obtenía placer, mientras que Nahid, que ya lo tenía todo, se convertiría en su esposa permanente? ¿Y por qué, de todos los hombres de Isfahán, había de ser Fereidun el que se casara con ella?

Cuando llegué a casa, la cocinera oyó mis pasos y me llamó desde la cocina.

—Llegas tarde —se quejó—. Ven a ayudarnos a limpiar el eneldo.

—¡Déjame en paz! —le espeté.

La cocinera se sorprendió tanto que dejó caer el cuchillo.

—No sé cómo consigues manejar a esa mula —le dijo a mi madre.

Haciendo caso omiso de sus palabras, crucé el patio hecha una furia y me refugié en nuestra habitación. ¿Cómo podía Fereidun haberse comprometido en matrimonio sin decírmelo? Él no sabía que Nahid y yo éramos amigas, pero al ocultarme una decisión tan trascendental, demostraba lo poco que yo le importaba.

Cuando Fereidun me mandó llamar al día siguiente, acudí a su casa, pero me negué a que Hayedé y Aziz me bañaran, me perfumaran o me cepillaran el pelo. Ahora que había recuperado mi anterior posición, volvían a temerme. Me rogaron y suplicaron hasta que les grité que me dejaran sola y finalmente se fueron, acobardadas. Me senté a esperarlo en la habitación donde solíamos retozar, sin molestarme en quitarme siquiera el chador. Estaba tan furiosa que notaba la cara encendida.

Cuando llegó Fereidun, se fijó en mi inusitado atuendo pero no dijo nada. Se quitó los zapatos y el turbante, y ordenó a los criados que se fueran. Luego se sentó a mi lado para cogerme la mano.

—Escucha, *yunam* —empezó, como si quisiera contarme algo. Era la primera vez que me llamaba «alma mía».

No permití que continuara.

—Ya no me quieres —lo interrumpí.

—¿Por qué no habría de quererte? Sobre todo después de anoche. —Sonrió y trató de abrirme las piernas. Yo apreté las rodillas con fuerza.

—Pero vas a casarte.

—Debo hacerlo —admitió—. No te preocupes. No cambiaré nada.

Su respuesta sólo podía significar una cosa.

—¿Quieres decir que piensas quedarte con las dos?

—Por supuesto.

—No te imaginas los problemas que causará eso.

—¿Por qué?

—¡Nahid es mi mejor amiga!

Fereidun pareció sorprendido.

—De todas las mujeres de Isfahán...

—Y no sabe lo de mi *sigué* contigo.

—¿Por qué no?

—Mi familia me ordenó que lo mantuviera en secreto.

—Tu familia se preocupa por vuestra posición social —observó él—, pero todo el mundo hace esta clase de cosas.

—¿Y tu posición social no se ve afectada?

—Los hombres se casan con quien quieren y como quieren —contestó.

Miré su larga casaca azul de terciopelo estampada con halcones y en ese momento me pareció que él lo poseía todo, mientras que yo no tenía nada.

—Además, ¿qué importa lo que piense la gente? —añadió— las esposas que se llevan bien pueden ayudarse con los niños y otras cuestiones femeninas.

—¡Ni siquiera soy tu esposa de verdad!

—Eso tampoco importa.

Guardé silencio, pues desde luego a mí sí me importaba. Un matrimonio con un hombre rico como Fereidun habría resuelto todos mis problemas. Aguardé a que hablara él, esperando que me pidiera matrimonio, pero no lo hizo.

Me abrazó; yo no cedí.

—Es lo que quiere mi padre —murmuró echándome su cálido aliento en el oído—. Siempre ha ansiado una alianza con una familia de prestigio de Isfahán. Así tendrá más posibilidades de llegar a gobernador algún día. —Suspiró—. Pero no pienses que no te quiero. Si no te quisiera, te habría dejado marchar de la misma forma que un árbol se desprende de sus hojas en otoño.

No respondí. Fereidun jamás habría acordado el matrimonio con los padres de Nahid si no hubiera estado seguro de que su hija era tan resplandeciente como los cinco dedos del sol.

—Es muy guapa —refunfuñé.

—Eso me han dicho. La conoceré dentro de un par de días para comprobarlo por mí mismo. —Me acarició la mejilla—. No sé cómo es ella. Pero desde el momento que te vi y me exigiste que no te mirara, supe que me gustabas. La mayoría de las mujeres habrían fingido cortesía y se habrían escabullido; tú me demostraste tu genio. Admiré tu negro cabello y tu piel morena, que me recordaron el terciopelo. Me pareció que eras demasiado joven para ser hija de Gostaham, y cuando regresó el joven criado le pagué para que me dijera quién eras. Cuando encargué la alfombra a Gostaham, le pedí que incluyera los talismanes porque quería que tú participaras en el diseño. En cuanto vi la pieza en el telar, con sus relucientes gemas, decidí hacerte mía.

Sus palabras conmovieron mi corazón por primera vez.

—No sabía por qué me habías elegido —dije.

Fereidun suspiró.

—Mi vida está llena de gente que me colma de halagos para conseguir algo a cambio. Antes de morir, incluso mi primera esposa me engatusaba para que satisficiera sus caprichos. Tú no lo haces y eso me gusta.

Me sorprendí, pues hacía cuanto estaba en mi mano para complacerlo físicamente. Sin embargo, era cierto que me abstenía de endulzar mis palabras.

Fereidun se pasó las manos por la cara como si quisiera eliminar el polvo acumulado durante el día.

—No puedo cambiar lo que soy —dijo—. Mi padre quiere que me case con una mujer bien relacionada y yo acataré sus deseos. Pero eso no significa que no te quiera a ti, así, a menudo.

Tiró de mí y me colocó entre sus piernas, de manera que apoyara la espalda contra su pecho. Empezó a acariciarme, aunque aún estaba completamente vestida. Yo no quería que me diera placer, pero al notar su contacto sentí el impulso de separar las rodillas, sobre todo al recordar todo lo que había aprendido. Permití que me fuera desnudando, como quien va desprendiendo las capas de una cebolla.

—Después de la noche que pasamos juntos —prosiguió—, ayer estuve todo el día pensando en qué nueva sorpresa me tendrías preparada.

—No he preparado nada —repliqué con aspereza.

—Ya. Estabas afectada. No importa.

Empezó a acariciarme las piernas y yo le aparté la mano, pero le dio igual. Comprendí que disfrutaría de la novedad de poseerme aunque no estuviera preparada, sin bañarme, con la ropa de calle y reacia a sus caricias. Volví a rechazarlo, aunque en realidad lo deseaba; él comprendió rápidamente que se trataba de un juego y me halagó como si él fuera el cortesano y yo la que hubiera de ser complacida. Insistió en sus caricias hasta que no pude resistirme más. Luego me dejó poseerlo como se me antojó, observándome maravillado mientras yo coronaba la cima, no una, sino tres veces. Le encantó el cambio, la sorpresa de que esa vez fuera él quien tuviera que consagrarse a mi placer. Yo lo tomé hasta saciarme, como él se había saciado siempre conmigo.

Antes de quedarme dormida, volví a pensar en la historia que mi madre me había contado unos días antes sobre la esclava Fitna y el modo en que había domado a su sah, que no había sabido valorarla hasta que había creído perderla para siempre. Me pregunté si también yo conseguiría que Fereidun me declarara la más preciada dolencia de su corazón.

«Primero no hubo y luego hubo. Antes de Alá, nadie hubo.

»Erase una vez un sah de Irán llamado Bahram, famoso en el mundo entero por su coraje. En una ocasión había dado muerte a un dragón que comía carne humana y había rescatado al niño que se hallaba en su vientre, y arrancado su propia corona de oro de las mandíbulas de un león. Pero, en sus momentos de ocio, su mayor afición

era la caza.

»Bahram tenía una joven esclava llamada Fitna que lo acompañaba en todas sus cacerías. Fitna era esbelta y fuerte, y sabía montar tan bien como su amo. Solían galopar juntos durante horas, buscando asnos salvajes y otras presas. Por la noche, Fitna compartía su mesa y él disfrutaba de su compañía más que de ninguna otra. Ni siquiera sus dos hermanas, que adornaban sus brazos con brazaletes de oro, brillaban a sus ojos como Fitna, cuyos brazos desnudos tenían el blanco brillo de las perlas.

»Un día salieron de caza y se adentraron en el desierto, donde las presas eran escasas. Los hombres del sah se habían desplegado para formar una red humana que empujara a las bestias hacia él. Bahram y Fitna cabalgaban juntos, conversando, hasta que el sah divisó un asno salvaje. Soltó un grito, espoleó su montura y persiguió al animal, apuntándole al corazón con una flecha. El asno cayó de rodillas y se rindió. Al ver que Fitna lo observaba en silencio, Bahram dijo así:

»—¿No has visto qué buena puntería? De nuevo tengo una bestia a mis pies. ¿Cómo mataré a ésta?

»Fitna sonrió, pues sabía lo mucho que le gustaba al sah que lo pusieran a prueba.

»—Se me ocurre una buena manera de acabar con ella —contestó—. ¿Por qué no le clavas la pata a la cabeza?

»Bahram reflexionó unos instantes hasta que ideó la forma de hacerlo. Colocó una bala de metal en su honda y la disparó a la oreja del asno. Al recibir el golpe, la bestia se llevó una pata a la cabeza para mitigar el dolor. Entonces el sah la apuntó con su arco y, con una sola flecha, clavó la pata en la cabeza. Sumamente complacido, se volvió hacia Fitna esperando sus elogios. Sin embargo, ella se limitó a decir impertérrita:

»—Tienes mucha práctica cazando, señor. Es normal que quien practica mucho un arte, acabe dominándolo un día.

»El sah se sintió como un poderoso árbol golpeado por un hacha. Estaba rodeado de cortesanos que lo colmaban de lisonjas con sólo respirar. ¿Cómo osaba aquella esclava mostrarse tan insolente? Consciente de que no sería correcto golpearla, se abstuvo de hacerlo, pero en secreto llamó a un veterano oficial de pelo cano a su presencia y le dio una orden.

»—Esa mujer ha perturbado la paz real —declaró—. Mátala antes de que lo haga yo mismo.

»El oficial montó a Fitna en su caballo y se fue al galope hasta una ciudad lejana, donde poseía un palacio con una alta torre. Mientras cabalgaban, el oficial pensaba acongojado en la misión que debía cumplir. Había acabado con la vida de muchos hombres en batalla, pero no soportaba tener que matar a una esclava indefensa.

»Cuando llegaron, subió con Fitna los sesenta escalones que conducían a lo alto de su torre, donde pensaba cumplir la orden del sah. Pero, antes de que pudiera empuñar su arma, ella lo detuvo con estas palabras:

»—No olvides que soy la favorita del sah —dijo con los ojos llenos de lágrimas

—. Contén tu mano durante unos días, pero dile a tu señor que has obedecido sus órdenes. Si queda satisfecho, podrás matarme sin más, pero si no lo está, un día te ganarás sus bendiciones.

»El buen oficial meditó un momento. Aunque siempre había sido leal, aquella orden le parecía injusta. ¿Qué perdía con esperar? Si el corazón de su señor se había endurecido, tan sólo tenía que volver al palacio y matar a la esclava. Por otra parte, si no era así, habría impedido que su sah cometiera un gran error.

»Dejó a Fitna encerrada en la torre y regresó al palacio de Bahram. Cuando el león de leones lo recibió, el oficial le dijo que había enviado a la esclava a la tumba. Los ojos del sah se llenaron de lágrimas y tuvo que volver el rostro para ocultar su dolor. El hombre regresó a su torre para contárselo a Fitna. Ella se sintió feliz, pero no quiso apresurar las cosas, ya que conocía muy bien al sah y sabía que necesitaba más tiempo.

»En el palacio donde estaba recluida, Fitna halló un becerro que se convirtió en su inseparable compañero. Como el animal no podía subir los sesenta escalones hasta la torre, lo llevaba ella a hombros, y el becerro pastaba la verde hierba que crecía en el tejado de la torre. La esclava llevaba al becerro a la torre todas las mañanas, y todas las noches lo devolvía a los establos, musitando para sí:

»—Hazme digna de esta prueba.

»Al cabo de seis años, el becerro se había convertido en un buey adulto, y Fitna tenía unos músculos tan poderosos como los de un luchador.

»Un día, la esclava se quitó los pendientes de rubíes que llevaba y se los entregó al oficial.

»—Vende estas joyas y compra todo lo necesario para un gran festín —le dijo—. Necesitaremos incienso y velas, arroz y cordero, pastas y vino. Tráelo todo aquí y luego invita al sah a comer contigo tras la cacería.

»El oficial, que se había encariñado con su prisionera, se negó a aceptar los pendientes, y recurrió a su propio tesoro para comprar todo lo que ella le había pedido. Cuando volvió a ver a su señor, le rogó el favor de que visitara su palacio.

»—Sería un gran honor para tu humilde servidor —dijo— que vinieras a comer y beber conmigo en lo alto de mi torre.

»Al oír tan agradable petición, Bahram accedió de buena gana. Mientras el sah iba a cazar, el oficial regresó a su torre y ayudó a Fitna a preparar el gran festín. Juntos desplegaron las mejores alfombras del palacio sobre el tejado de la torre y dispusieron numerosos almohadones para sentarse. Luego la esclava preparó una cena excelente, canturreando mientras añadía una pizca de almizcle afrodisíaco en el plato favorito del sah: cordero con dátiles.

»Al anochecer, Bahram llegó con sus hombres, y el oficial comió y bebió con ellos hasta que todos quedaron saciados. Mientras fumaban sus pipas de agua, el sah dijo:

»—Un buen palacio el tuyo, amigo mío, con un precioso jardín. Pero esos

escalones son muchos, creo yo, para un hombre de tu edad. ¿No tienes acaso igual número de años?

»El oficial admitió que casi había alcanzado los sesenta.

»—Para un hombre acostumbrado a la vida militar, esos escalones no son nada —añadió—, pero conozco a una mujer que puede subirlos cargando con el peso de un buey a la espalda. No creo que haya un hombre en todo el imperio capaz de hacer lo mismo.

»—¿Cómo podría una mujer levantar a una bestia semejante? —se extrañó el sah—. Tráela aquí para que todos seamos testigos de su hazaña.

»El oficial bajó en busca de Fitna, temblando y rezando para que, al terminar la velada, ambos siguieran aún con vida. Pero cuando levantó la cortina que conducía a las habitaciones de su prisionera y la vio, todo su nerviosismo desapareció. Fitna llevaba varias capas de blanca seda china, que había perfumado con incienso. Un velo blanco le cubría el rostro, salvo los ojos, delineados con kohl, y se había puesto un pañuelo con un ribete de perlas sobre el cabello. Estaba lista para la batalla.

»Fitna cargó el pesado buey sobre los hombros y fue subiendo los escalones uno por uno. Cuando llegó a lo alto, saludó a Bahram y depositó el buey a sus pies.

»—Oh, sah entre los sahs —dijo—, te ruego que aceptes como regalo este buey, que sólo gracias a mi destreza he podido traer hasta aquí.

»El sah parecía atemorizado, pero respondió del modo más razonable.

»—Lo que tú llamas destreza —objetó— es sólo repetición. Has cargado con este buey tantas veces que ahora parece sencillo.

»Fitna sonrió e inclinó la cabeza hasta el suelo.

»—Señor, tienes razón —convino—. He cargado con este buey todos los días durante seis largos años. Pero ¿debe celebrarse la destreza de alguien que dispara una flecha a un asno salvaje, mientras que a otro capaz de levantar un buey se le concede únicamente el mérito de la repetición?

»El sah se quedó mudo de asombro. Miró a la mujer, luego al oficial y de nuevo a la primera, como si estuviera viendo un fantasma. Después se puso en pie de un salto y alzó el velo de Fitna. Cuando vio su rostro como la luna, profirió exclamaciones de alegría. Sus ojos se llenaron de lágrimas, igual que los de la esclava. Por un momento, fueron como espíritus del río, hablando únicamente por medio del agua.

»El sah mandó retirarse a todos sus hombres, incluido el oficial. Luego sentó a Fitna a su lado y dijo:

»—Humildemente te pido perdón. En un momento de debilidad, deseé tus alabanzas, pero ahora veo que tu sabiduría es un regalo aún mayor.

»—Mi amado señor —contestó ella—, el dolor que he sentido en tu ausencia es tan grande que podría reducir una ciudad a escombros. Por amarte demasiado, estuve a punto de perderte para siempre.

»El sah pidió a Fitna en matrimonio.

»—¡Verdaderamente, eres una prueba muy deseable! —dijo en tono de chanza,

pues el nombre de Fitna significa “prueba”.

»Al día siguiente se celebraron unos magníficos esponsales, y el buen oficial fue recompensado con mil perlas a cambio de la que tan bien había sabido proteger. Pero eso fue sólo el principio. Fiel a su nombre, Fitna siguió poniendo a prueba al sah durante el resto de su vida.»

Cuando volvía a casa a la mañana siguiente, sentí un retortijón en el vientre, seguido de un fuerte dolor. ¿Estaría embarazada? Me sujeté el chador con una mano mientras me palpaba el vientre con la otra. Un hijo sería lo único que podría atarme a Fereidun para siempre. ¿Para qué iba a quererme a mí, si no, cuando pronto estaría unido a una belleza de ojos verdes?

Quería llegar a casa cuanto antes para examinarme mejor, así que crucé a toda prisa la vieja plaza cercana a la casa de Fereidun y entré en el bazar que había a continuación. Pasé por delante de varios puestos donde vendían oro, con sus pilas relucientes de brazaletes, atestados de mujeres ricas que se arremolinaban en torno a ellos como cuervos hambrientos. Ni siquiera me demoró el intenso aroma a carne de una sopa de trozos de cordero, aunque todos los vendedores ambulantes me salían al paso, jurándome que sus «manos y sesos» eran los mejores.

Cuando llegué a casa, sin resuello, saludé a mi madre antes de correr hacia las letrinas. Tras aflojarme el vestido y quitarme los pantalones, y aunque estaba bastante oscuro, noté el rastro Pegajoso de la sangre, que pronto fluiría como un río. Me coloqué un paño entre las piernas y regresé a la habitación. Sin decir nada, me tumbé sobre las mantas y cerré los ojos.

—¿Qué te aflige, luz de mis ojos? —me preguntó mi madre, tomándome una mano.

No me sentí con fuerzas para revelar lo que me había dicho Nahid, de modo que decidí contarle lo que acababa de descubrir.

—No estoy embarazada —me lamenté—. ¡Después de tantas veces!

Mi madre me acarició la mano.

—*Azizam*, apenas han pasado tres ciclos de luna. Has de tener paciencia.

—¿Paciencia? —protesté—. Goli se quedó embarazada en el primer mes de matrimonio. ¿Por qué yo tardo tanto?

Mi madre suspiró.

—En mi caso, pasó mucho tiempo antes de que Dios me concediera el regalo de tenerte —dijo.

Sus palabras no me consolaron. Nunca había creído que pudiera heredar las dificultades de mi madre para concebir.

—¿Y si soy estéril? —murmuré. Apenas pude pronunciar aquellas palabras, pues la idea me aterraba.

—Eres joven y tienes muchos años por delante —me consoló mi madre—. Si pasan varios meses sin que concibas, prepararé unos hechizos especiales para ayudarte. ¡Que Alá te conceda el don de concebir rápidamente!

Me pregunté si mi madre comprendía lo diferente que era mi situación de la suya.

—*Bibi*, yo no dispongo como tú de quince años para ir intentándolo —repliqué.

Ella apartó la vista; no quería recordar que mi matrimonio podía llegar a su fin en

cualquier momento. Luego me dio unas palmadas en la mano con gesto decidido.

—Haremos un *nazr* juntas y sacrificaremos un animal para los pobres en cuanto se cumpla tu deseo —resolvió.

Yo volví la cara hacia otro lado. Mi madre pareció sorprenderse de que un *nazr* no me pareciera suficiente.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó—. ¿Te ha dicho él que ya no te quiere?

—No —contesté, pero me temblaban tanto los labios que mi madre se dio cuenta de que estaba pasando algo malo. Tome aire antes de añadir—: Se va a casar con otra. Será una esposa permanente.

—¡Ahora entiendo por qué estás tan angustiada! Pero tal vez eso no afecte en nada a tu matrimonio.

—Si me quedara embarazada, me preocuparía menos.

—Sí, por supuesto. ¿Cuándo te lo ha dicho?

—Fue Nahid quien me lo contó.

—¿Nahid? —preguntó mi madre, dando un respingo.

No pude contestar a la pregunta implícita, porque se me hizo un nudo en la garganta y mi cara se crispó en un rictus de dolor.

—¡Ay, *joda!* —exclamó mi madre, comprendiéndolo todo. Me miró esperando que yo lo negara, pero al ver que guardaba silencio, empezó a rezar—. Señor del universo, no te olvides de nosotras en tu infinita misericordia. Bendito Mahoma, escucha nuestras plegarias. Alí, príncipe entre los hombres, concédenos tu fortaleza.

—*Bibi*, no puedo soportarlo —me lamenté—. Ahora es seguro que al menos uno de los dos acabará odiándome.

—¿Se lo has contado a Nahid? —preguntó mi madre, preocupada.

—No.

—Gracias sean dadas a Alá. —Suspiró—. Tienes razón, debemos hacer algo, y deprisa. Por ahora, serénate. Mañana por la mañana tenemos muchas cosas que hacer y necesitas estar descansada.

Me arropó con las mantas y puso una almohada bajo mi cabeza. Luego me echó todo el pelo hacia atrás y me lo peinó suavemente, mientras me hablaba de las aventuras de un astuto ratón y un enorme gato bobalicón que quería comérselo. Sus palabras tranquilizadoras y el tacto del peine me sumieron rápidamente en un profundo sueño.

Por suerte el día siguiente era jueves y teníamos la tarde libre. Esperamos en el patio hasta que Shamsi salió de la cocina en dirección a la despensa. Mi madre la siguió y la convenció con halagos para que le permitiera coger unas cuantas nueces con las cascaras y un racimo de uvas. A cambio, le prometió un frasco de su mejor medicina para la ronquera.

—Qué casa tan mezquina —gruñó mi madre por lo bajo.

Nos pusimos el chador y el *piché* y salimos del brazo en dirección al barrio de Seyed Ahmadiun, donde se hallaba la mezquita con el famoso minarete de latón. Por

el camino nos cruzamos con una joven madre que conducía a sus cuatro hijos a casa; parecía que los había parido uno detrás de otro, pues tenían edades muy similares. Me pregunté si una mujer fértil como ella habría tenido que hacer alguna vez lo que yo tenía en mente.

A lo lejos divisamos el minarete de latón. Resplandecía como una llama al sol de la tarde y nos sirvió de guía a través de barrios que no conocíamos hasta llegar a la puerta de la mezquita. Rezamos juntas en la zona de mujeres, tocando con la cabeza unos platillos de arcilla. Cuando terminé, mis penas se me antojaban más llevaderas.

El minarete estaba envuelto en relucientes láminas de latón con palabras sagradas grabadas. El interior era angosto, oscuro y frío, y sus escalones de piedra estaban gastados y pulidos por el uso. De pie en el último escalón, mi madre me entregó una pequeña tabla y una nuez.

—Pártela —indicó.

La apoyé en el escalón siguiente, puse la tabla encima y me senté sobre la madera con todas mis fuerzas. La cascara se partió produciendo un satisfactorio crujido, y yo sonreí con aquel pequeño triunfo. Me metí la nuez en el bolsillo.

—Alabado sea Dios —dijo mi madre, y me tendió la siguiente. Fui ascendiendo, escalón a escalón, partiendo una nuez en cada uno de ellos, rogando cada vez que mi vientre se abriera de igual forma para recibir la semilla y ofrecer su propio fruto.

Continué mi ascensión hacia lo alto de la torre, seguida por mi madre, que me daba aliento. A medida que avanzaba la tarde, otras mujeres empezaron a subir detrás de nosotras. A medio camino más o menos, oí los sollozos de una mujer. Me abracé a mi madre y prestamos atención a lo que ocurría, hasta que acabamos comprendiendo que las nueces de la mujer no se habían partido, señal de que sería estéril para siempre. Me compadecí de ella.

Seguimos hacia arriba. Cuando partí una nuez hasta reducirla casi a polvo, pensé en Goli y me pregunté si habría vuelto a quedar embarazada. Me imaginé volviendo a la aldea con un hijo para mostrárselo a todos orgullosamente, y lo que pensarían cuando supieran que por las venas de mi hijo corría la sangre de un hombre rico.

Mi madre me tiró del chador.

—*Azizam*, detrás hay mujeres que esperan. Sigue adelante.

Coloqué la tabla sobre otra nuez y continué. Todos los frutos se partieron como si sólo estuvieran esperando a que yo los tocara para abrirse. Cuando llegué a lo alto, bajamos por donde habíamos subido, musitando buenos deseos a las demás mujeres, sobre todo a aquellas cuyos ojos enrojecidos e hinchados nos indicaban que su suerte había sido más amarga. Una vez fuera, limpiamos las nueces y mi madre me dio un puñado de uvas para mezclarlas.

—Ahora no seas tímida —me advirtió cuando emprendimos el camino de vuelta a casa.

Respiré hondo y elegí al primer hombre porque me pareció que tendría más o menos la edad de mi padre, con las mismas arrugas alrededor de los ojos.

—¡Barba gris! —lo llamé, mostrándole las nueces y las uvas—. ¿Me permites ofrecerte el fruto de mis manos?

Sus ojos se iluminaron con ternura, tal como yo había esperado, y me tendió las manos abiertas.

—¡Bendita seas, futura madre! —replicó él—. ¡Que alumbres siete varones sanos, uno cada año!

Sonreí y le di un puñado de nueces, deseándole toda suerte de bendiciones. Sus amables palabras me llenaron de esperanza. ¡Sin duda era un signo de la gracia y la misericordia divinas que un hombre que me recordaba a mi padre me deseara siete hijos!

Seguimos andando, y parecía como si todos los hombres con que nos cruzábamos tuvieran una palabra amable para mí.

—¡Que florezcas como un rosal de verano! —exclamó un joven montado en una mula, que se inclinó para aceptar mi ofrenda.

—¡Que seas tan fructífera como una granada! —dijo un anciano jorobado, que parecía bastante necesitado. A él le di un Puñado más abundante.

—¡Que tu vientre alcance el tamaño de mi turbante! —me deseó un hombre cuyo turbante era tan blanco y limpio que debía de estar recién lavado.

Sólo me quedaban unas cuantas nueces cuando divisé a un joven de rostro afable que estaba en cuclillas. Sus largas extremidades me recordaron a Fereidun. Tendí la mano y le rogué que tomara el último puñado de nueces. Él no me hizo caso y escudriñó la calle como si esperara a un amigo. Volví a intentarlo.

—Por favor, buen señor, prueba mi ofrenda —rogué.

Esta vez me lanzó una dura mirada.

—No quiero —replicó—. ¿Por qué no te la comes tú?

Retrocedí ante aquella muestra de crueldad. Mi madre me tomó del brazo y me apartó de él.

—¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza! —le recriminó.

Al joven le dio igual; ni siquiera se dignó mirarnos. Mi madre tiró de mí y las nueces se me cayeron, desperdigándose por el suelo. Un par de palomas se posaron para reclamarlas.

Mi madre trató de restar importancia al incidente recordándome la buena fortuna que habíamos tenido hasta ese momento.

—Un hombre malo no puede desbaratar la voluntad de Alá —aseguró, pero yo no hallaba consuelo.

Mientras volvíamos a casa a la luz del crepúsculo, pensaba en la mujer cuyos esfuerzos habían fracasado, y sus sollozos lastimeros que habían convertido el minarete en un templo de dolor.

Tras servir a Gordiyé y Gostaham té y dulces en la Gran Sala, mi madre les habló del

compromiso de Nahid.

—Ey, *baba!* —exclamó Gordiyé, sorprendida, y nos preguntó si estábamos seguras de que se trataba del mismo Fereidun. Luego se produjo un incómodo silencio, roto finalmente por una exclamación de fastidio de la mujer—. ¿Por qué tenía que escoger a Nahid? ¡Qué mala suerte!

Gostaham nos indicó por señas que nos acomodáramos a su lado en los cojines. Mi madre y yo nos sentamos juntas y los observamos tomar el té. Gordiyé no llamó para que nos sirvieran a nosotras.

—Tal vez deberíamos romper el nuevo contrato, dado que apenas ha comenzado —sugirió mi madre.

—No sé si podemos —adujo Gostaham—. Es un acuerdo legal, puesto que hemos aceptado el dinero.

—Eso no significa que no podamos pedirle a Fereidun, como hombre de honor, que nos dispense de su cumplimiento —señaló mi madre.

—¿Y por qué habría de hacerlo? Ofreció renovarlo a pesar de que se había prometido a Nahid —dijo el maestro.

—Pero él no sabía que somos amigas —protesté.

—¿No se lo habías dicho? —preguntó mi madre.

—Le mencioné que tenía una amiga, pero no le dije el nombre. Ojalá lo hubiera hecho.

—De todas formas, no creo que eso hubiera cambiado nada —observó Gostaham—. Fereidun puede casarse con quien quiera.

Gordiyé exhaló un largo suspiro.

—Qué lástima que no te eligiera a ti —dijo—. Pero al menos ha renovado el *sigué*. Debes de gustarle mucho.

Me removí sobre el cojín, indignada. Como la mayoría de las mujeres, Gordiyé se había casado con la certeza de que contaba con un contrato de por vida. ¿Cómo podía entender lo que se sentía con un matrimonio que expiraba a los tres meses?

—Estudiemos las posibilidades —dijo Gostaham a mi madre—. Puedes aceptar el contrato o pedirle que lo anule. Yo creo que sería mejor continuar con él, sobre todo ahora que tu hija ya no es virgen. Aún podríais sacar algo bueno del acuerdo.

—Sobre todo si se queda embarazada —añadió Gordiyé, y yo pensé en el joven de rostro agradable y firme que había rechazado mi última ofrenda de nueces.

—Pero entonces se enteraría todo el mundo —objetó mi madre.

—Eso es cierto —convino la mujer—, pero serían tantas las Ventajas para vosotras que ya no importaría.

—Pero ¿qué pensarán Nahid y sus padres? —pregunté.

Gordiyé apartó la mirada. Gostaham bajó la vista, y se hizo un largo silencio que avivó mis peores miedos. De haberse tratado de otra familia, a nadie le habría importado, puesto que cada cual tiene derecho a luchar por sus intereses, pero en este caso la situación era sumamente delicada.

—Has de pensar en ti misma —me aconsejó Gordiyé—. Nahid tiene todo cuanto se puede desear, mientras que tú no tienes nada.

La sangre me empezó a hervir. ¿Quién tenía la culpa de que mi madre y yo siguiéramos siendo tan pobres? Habían vendido mi única posesión valiosa —mi virginidad— a cambio de una ventaja pasajera. Habían regalado mi alfombra sin que yo obtuviera beneficio alguno. No había día en que mi madre no temiera que nos echaran a la calle. ¡Merecíamos algo mejor!

Fue ella quien se volvió hacia mí.

—¿Qué quieres tú, hija mía? Al fin y al cabo, Nahid es tu amiga.

Antes de que pudiera contestar, Gordiyé intervino:

—Yo no haría nada sin pensarlo detenidamente, teniendo en cuenta quién es Fereidun —señaló.

Tuve la sensación de que se mostraba muy cautelosa conmigo, sabiendo lo impetuosa que podía llegar a ser.

—No estoy segura de qué debo hacer —contesté sinceramente.

—¿Qué nos aconsejas? —preguntó mi madre a la señora de la casa.

—Ya que habéis aceptado el nuevo contrato, cumplidlo —dijo ella—. Podéis dejar que expire sin arriesgaros a ofender a nadie, o reconsiderarlo más adelante, si Fereidun os ofrece renovarlo.

—¿Y por qué no se lo contamos todo a la familia de Nahid? —propuse—. Eso sería lo más honrado.

—Eso no te beneficiaría en nada —se apresuró a puntualizar Gordiyé—, tratándose de un *sigué*. Es mejor no decir una palabra a nadie.

Empecé a sospechar que Gordiyé tenía sus propias razones para querer que el contrato se mantuviera en secreto. Tal vez temía los reproches de la familia de Nahid.

—¿Y bien? —me preguntó mi madre, volviéndose hacia mí.

Yo había empezado a acariciar la alfombra con los dedos sin darme cuenta. Era tan aterciopelada como la que había descolgado de la pared en casa de Fereidun, y me recordó cómo se había deslizado mi espalda sobre ella mientras yacía bajo mi esposo. Me subieron los colores a la cara. Ahora que mi cuerpo se había abierto a los placeres, quería disfrutar de ellos siempre que pudiera. Y aunque quería a Nahid, Gordiyé no se equivocaba: ella lo tenía todo y yo no tenía nada... salvo unos cuantos meses con Fereidun.

—Seguiré tu consejo —dije a Gordiyé, que pareció muy satisfecha, seguramente porque así existía aún la posibilidad de que Fereidun o su familia encargara una nueva alfombra.

—Tu sabiduría excede con mucho tus años —replicó.

Mi madre también estaba complacida, sabiendo que no tendríamos que preocuparnos por nuestro futuro al menos durante tres meses más.

No hay nada más triste que una novia desgraciada el día de su boda. Ver a una joven crecida en una de las mejores familias de Isfahán, mimada y atendida como una flor delicada, y que además era muy hermosa; ver a esa joven llevando su atuendo nupcial rojo y dorado, con los ojos hinchados, y oír la sorberse la nariz por lo que los invitados más caritativos supondrían que era un resfriado, era sin duda lamentable. Me alegré de no pertenecer a la familia de Nahid, pues habría tenido que asistir al *aqd*, la ceremonia nupcial celebrada por un ulema en presencia únicamente de los familiares de los novios. El ulema le había preguntado tres veces si consentía en desposarse con Fereidun, y ella había guardado silencio las dos primeras y había asentido la tercera. Los contrayentes habían firmado el contrato de por vida, y después hombres y mujeres se habían ido por separado a sus respectivas fiestas.

Por la noche, mi madre, Gordiyé y yo fuimos al festejo de las mujeres, pues no teníamos excusa para no asistir. Se celebraba en la Gran Sala de la casa de Nahid, iluminada por delicadas lámparas de aceite y adornada con grandes ramos de flores. Cuando entramos, las criadas nos ofrecieron zumos de frutas refrescantes, tazas de té caliente y bandejas de dulces. Nahid se encontraba sentada sola en un diván con incrustaciones de nácar. Después de quitarse el chador, las invitadas entraban en la sala, donde saludaban y exhibían sus mejores galas. Yo llevaba un vestido naranja bajo la bonita túnica púrpura con puños de piel que me había regalado mi amiga.

—¡Qué bien te sienta! —exclamó ella después de que la besara en las mejillas.

—Nahid *yun*, estás más hermosa de lo que puedes imaginar —dije, y era cierto. Llevaba perlas en los oscuros cabellos y sus ojos parecían incluso más verdes gracias a su vestido de seda roja, bordado con hilo de oro. Estaba tan encantadora que no soportaba mirarla, así que aparté la vista.

—No te entristezcas por mí —me susurró—. No podré soportarlo.

—¡Siempre había creído en tu felicidad! —aseguré, refiriéndome a Iskandar.

—Tú eres la única felicidad auténtica que hay ahora en mi vida —replicó—. Siempre te estaré agradecida por guardarme el secreto. —Volvió la cara para ocultar a los demás la lágrima que no había logrado contener.

Las invitadas seguían llegando y tuve que ceder mi sitio a las que querían saludarla. Volví con mi madre, que se había quedado sola mientras Gordiyé charlaba con unas amigas. La madre de Nahid, Ludmila, se acercó a nosotras un momento.

—Felicidades a ti y a toda tu familia —dijo mi madre—. Que las bendiciones se derramen sobre tu hija eternamente.

—¿No es maravilloso? —se congratuló Ludmila. Sus ojos verdes eran idénticos a los de su hija, sólo que un poco más claros y más felices—. Es justo el matrimonio que esperaba para ella. No veía el momento de que llegara este día.

Tuve que esforzarme por parecer tan encantada como ella.

—Espero de todo corazón que sean muy felices —dije con voz apagada.

En ese momento me sentía como una traidora. Ludmila me miró intuyendo que pasaba algo raro, pero una amiga la llamó y enseguida se fue.

Las criadas empezaron a disponer el banquete, extendiendo los manteles sobre las alfombras para servir la comida. Entraron luego todas juntas con las bandejas de cordero asado, pichones al horno, caza —incluyendo carne de onagro y liebre—, espesos guisos de verduras y humeantes platos de arroz. La pierna de cordero era tiernísima, suave como la mantequilla. Mi madre arrancó un trozo con un pedazo de pan y me instó a comer.

—Se deshace en la boca —alabó.

Lo acepté, pero ni siquiera reparé en su sabor. Las mujeres armaban cada vez más alboroto y el ruido me molestaba. Deseé poder irme a casa para hacer algo tranquilo, como trabajar en una alfombra. Pensé en mi propia boda y en que no había conllevado celebración alguna, únicamente el tintineo de las monedas.

Cuando retiraron los platos, dos músicas empezaron a tocar el tambor y el *kamanché* y cantaron canciones sobre el matrimonio. Algunas invitadas se levantaron y bailaron juntas, cantando a coro los estribillos. Nahid tuvo que acompañarlas y sonreír, aunque su corazón estaba muerto.

—¡Mirad a la feliz novia! —gritó una invitada—. ¡Que tu futuro sea tan radiante como este día!

A medida que avanzaba la velada, las letras de las canciones subieron de tono. Un grupo entonó una canción sobre cómo encajar perfectamente una aldaba en la puerta. El rostro de Nahid se ensombreció aún más, a pesar de que todas le aseguraron que pronto disfrutaría tanto como ellas. Yo esperaba que se equivocaran, pues su marido era también el mío, y sin embargo también deseaba que estuvieran en lo cierto, pues la recién casada era mi amiga.

La fiesta se prolongó hasta bien entrada la noche, incluso después de que los ruidos de la ciudad se fueran apagando a nuestro alrededor. Yo estaba desfallecida y ansiaba acostarme, Pero la fiesta aún no había terminado. Cuando ya casi amanecía, las criadas sirvieron cordero, hígado y kebab de riñones, pan recién hecho y yogur con menta. La excitación aumentó, pues la llegada del novio era inminente. Ludmila y las mujeres de su casa envolvieron a Nahid en un chador blanco bordado en oro y cubrieron su rostro con un *piché* para que no la vieran por la calle.

La aldaba para hombres resonó por toda la casa y Fereidun entró con paso majestuoso en el patio, vestido con una casaca larga de terciopelo púrpura sobre una túnica azul celeste. Las mujeres se echaron el chador por encima con grandes aspavientos, sin preocuparse en realidad por ser vistas, ya que las normas se relajaban un tanto en las bodas.

Todas, menos mi madre y yo, derramaron sus bendiciones sobre Fereidun: «¡Que tu matrimonio sea fructífero! ¡Que aumenten tus riquezas! ¡Que los hijos salgan al padre!» El recién casado se volvió hacia ellas, sonriendo y deleitándose con sus buenos deseos. Me vio pero no dio muestras de reconocerme. Una punzada de celos

se apoderó de mí cuando tomó a Nahid de la mano y la condujo hasta la puerta, mientras el resto de las mujeres salía detrás de ellos a la calle tranquila. Los aguardaba un palanquín tirado por una pareja de caballos árabes pintos. Fereidun la aupó sujetándola por la cintura para que ella apoyara el pie en el estribo y se metiera en el palanquín. Luego se encaramó él, se acomodó junto a mi amiga y cerró la cortinilla.

Imaginé entonces a Fereidun levantando el *piché* de Nahid para contemplar su hermoso rostro, y traté de sofocar los pensamientos que me asaltaron sobre lo que harían en cuanto estuvieran a solas. Me preguntaba si Fereidun admiraría la esbeltez de Nahid, tan distinta de mí, y si sus cuerpos encontrarían la armonía como nos había ocurrido a nosotros. Cuando el palanquín se alejó, las mujeres gritaron nuevas bendiciones a los recién casados. Todas corrimos tras los caballos, que dejaban caer sus oscuros y pesados excrementos a nuestro paso, debido a su nerviosismo. Los gritos de las mujeres se hicieron tan agudos que me marearon. Me aferré al brazo de mi madre por miedo a desplomarme en plena calle. Finalmente, los caballos ganaron velocidad y desaparecieron, y nosotras pudimos volver a casa.

* * *

A la mañana siguiente, Gordiyé entró en la cocina mientras yo estaba mezclando harina y agua para amasar pan. Casualmente me encontraba sola, pues mi madre se había quedado en el patio poniendo unas hierbas a hervir y la cocinera se había ido a las letrinas.

—¡Buenas noticias! —exclamó—. Los padres de Nahid han encargado una gran alfombra de seda como regalo para celebrar la boda. Ha de hacerse con seda teñida de azafrán.

—Es una magnífica noticia —dije, sintiéndome tan pesada como la masa que tenía entre las manos.

El color azafrán era perfecto para una alfombra de seda, pero el precio resultaba prohibitivo. Los peones cosechaban miles de flores del color del espliego en otoño, para extraer los tres estigmas —tan finos que casi no pesaban nada— de cada flor. Los estigmas eran rojos y tenían que ponerse a secar. Luego se convertían en polvo para crear un tinte amarillo, que era el más apreciado.

—Es una señal del cielo de que hemos obrado con sensatez al mantener el *sigué* en secreto —añadió Gordiyé—. Has hecho lo correcto.

Debí de mostrar mi inquietud, pues ella se inclinó hacia mí y dijo en un susurro:

—Si la familia de Nahid llegara a enterarse, las consecuencias serían gravísimas. ¿Me comprendes?

Sí, estaba claro que me amenazaba con ponernos en la calle. Pero también comprendí que Gordiyé se había vuelto vulnerable al aceptar aquel encargo. Si la familia de Nahid se enteraba de la existencia del *sigué*, creerían que ella se lo había

ocultado por codicia.

—No diré nada —repliqué con frialdad—, con una condición.

—¿Cuál?

—Necesito que me liberes de las tareas de la cocina para hacer otra alfombra.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Varios meses. Y necesito traer a unas mujeres para que me ayuden.

Gordiyé se echó a reír.

—Eres una criatura muy astuta. La ciudad te ha cambiado.

—Tal vez —admití—. Pero como tú misma dijiste, una madre y una hija solas deben mostrarse siempre muy precavidas sobre su futuro.

Gordiyé soltó un bufido al oír que le arrojaba a la cara sus propias palabras.

—El trato es arriesgado —objetó, y me dirigió una mirada glacial.

—Pero será beneficioso para esta casa. Eso no podía negarlo.

—Estoy de acuerdo —dijo a regañadientes—, pero primero quiero oír tu promesa.

—Y yo la tuya —repliqué.

Alzó las cejas al oír esta exigencia, pero en realidad no le quedaba más remedio que aceptar.

—Lo prometo —dijimos las dos.

Era la primera vez que Gordiyé no se salía con la suya sin más. Ya nunca volvería a mostrarme sumisa si hallaba un modo de conseguir algo a cambio. A ella no le gustó, pero tuvo que tomar buena nota.

¿Cuándo me llamaría Fereidun? ¿Cuánto faltaba para que se cansara de Nahid y me quisiera a mí en su lecho? Los días iban transcurriendo y no recibía noticias suyas. Debía de pasar mucho tiempo con su bella esposa. Sólo se me ocurrió una cosa para tranquilizarme: coger la pluma y dibujar. Había dedicado horas enteras a perfeccionar un diseño del estilo del sah Abbas que me había enseñado Gostaham, pero pensé probar con algo un poco distinto, inspirado por el follaje del barrio de los Cuatro Jardines. Dibujé unas largas hojas afiladas que parecían cimitarras y que cruzarían la alfombra horizontalmente. Luego dibujé pequeños ramos de flores y los dispuse en vertical por encima y por debajo. El dibujo atraía la mirada en ambas direcciones, de lado a lado guiándose por las hojas, y de arriba abajo guiándose por las flores.

Cuando mostré el diseño a Gostaham, lo examinó un buen rato, hizo unos pocos cambios, corrigió algunas cosas y me dio su aprobación. Luego dejó escapar un suspiro y exclamó:

—¡Si hubieras sido un chico...!

Yo también suspiré.

—Te pareces más a mí que mis propias hijas. Tienes un talento natural. De haber sido varón, podrías haber ascendido de categoría y aprendido a tejer alfombras que se convertirían en auténticos tesoros dignos de pasar a la posteridad. Tal vez incluso,

como señal de reconocimiento, el sah te habría permitido inscribir tu nombre en una de tus mejores obras. Sé que me habrías dado motivos para enorgullecerme de ti. En cualquier caso, has hecho un gran diseño.

Me sonrojé al imaginar mi nombre tejido con hilo de plata en una alfombra de color añil, identificándola como una de mis obras durante siglos. Nadie en mi aldea había puesto jamás su nombre en una alfombra.

Gostaham estudió de nuevo el diseño.

—¿Qué colores vas a usar?

—Había pensado en pedirte ayuda —dije, con la lección bien aprendida.

—Elige los colores de muestra tú sola y ven luego a enseñármelos.

Pasé tardes enteras en el bazar examinando las madejas de lana y pensando en cómo combinar los colores. Llevé catorce muestras a Gostaham y el dibujo trazado sobre una cuadrícula, y le expliqué qué tonos pensaba usar y dónde. Para las hojas había pensado en un verde medio.

—No está mal —dijo él—, pero tu alfombra no será entonces tan hermosa como esperabas.

—¿Por qué?

—Los colores no armonizan. Ésa es la diferencia entre una buena alfombra y la obra de un auténtico maestro. También es la diferencia entre obtener un beneficio y ganar mucho dinero.

Volví al bazar y lo intenté de nuevo. Aunque mi diseño se basaba en un motivo vegetal, las largas formas puntiagudas que cruzaban la alfombra también parecían plumas, que me evocaron la liviandad de las aves y la frescura del viento. Decidí que las plumas serían tan blancas como palomas volando en un cielo azul cobalto, sobre un fondo granate ribeteado de azul oscuro. Gracias a los tonos más intensos, las plumas parecerían más ligeras, como caídas del cielo.

Gostaham aprobó los colores principales, pero no encontró adecuados los tonos que debían crear el contraste y me instó a buscar otros algo distintos: un verde grisáceo más oscuro para los tallos de las flores, un rojo más intenso para realzar el interior de los capullos. Volví al bazar para pedir lo imposible.

—¿No tiene un verde gris que parezca el tallo de una hoja en la sombra? ¿Y un rojo más intenso, como el de la mermelada de cerezas?

Los mercaderes pronto se cansaron de mí.

—Esto es todo lo que tengo —contestó uno de ellos, señalando sus mercancías con el brazo—. Si necesitas algo distinto, paga a un tintorero para que te tina la lana.

No tenía tanto dinero, así que insistí hasta encontrar lo que me pareció más adecuado.

Una vez obtenida la aprobación de Gostaham, me indicó que pintara mi diseño y se lo mostrara. Lo coloreé con gran esfuerzo, tratando de aplicar sus enseñanzas: deleitar la mirada con motivos, pero sorprendiéndola; sorprenderla, pero no abrumarla.

Aun así, Gostaham no quedó convencido con mi primer intento.

—Hay grandes zonas de color que carecen de complejidad. Paradójicamente, cuantos más detalles, más ligero es el diseño. Inténtalo de nuevo.

Era lo más difícil de conseguir para el diseñador, y sin embargo lo más fácil de detectar como simple observador. Lo intenté tres veces más. Mientras coloreaba la tercera prueba, creía haber hallado el equilibrio entre las diferentes partes. Rogué a mi madre que me diera una parte del dinero del *sigué* para contratar a unas tejedoras. Ella era reacia a desprenderse del dinero, pero cambió de opinión al ver mi diseño.

—*Mash Alá!* —exclamó—. Es el dibujo más hermoso que has hecho nunca.

En cuanto me dio las monedas, me fui al bazar, compré la lana que necesitaba y contraté a Maleké para que me ayudara. La salud de su marido no había mejorado, y agradecía la oportunidad de ganar algo de dinero sin tener que vender sus alfombras en la calle. Maleké tenía una joven prima llamada Katayun, buena tejedora, y también la contraté a ella. Ninguna de las dos sabía seguir el diseño de un papel, así que prometí ir cantando los colores.

Antes de empezar la alfombra, mostré el diseño final a Gostaham. Apenas tuvo que mirarlo. Sonrió y se limitó a decir:

—Lo has comprendido. —Sus ojos revelaban cierto asombro—. Aunque no llevas mi misma sangre, eres sin duda la hija de mi corazón —declaró—. Siempre he deseado compartir los secretos de mi arte con un hijo. Y aunque Alá no me ha concedido ningún descendiente varón, te ha traído hasta mí.

Me miró con tanto afecto que me pareció ver los luminosos ojos de mi padre brillando a través de los suyos.

—Gracias, querido *amu* —dije, deleitándome en su cariño. Era la primera vez que lo llamaba «tío».

Nahid se había mudado a una de las muchas casas que pertenecían a Fereidun, situada cerca del río Eterno, con vistas a la corriente y las montañas. Una vez instalada, envió un mensajero a casa para invitarme a visitarla. Yo no quería ir, pero finalmente acepté por guardar las apariencias.

Mientras recorría los Cuatro Jardines, me alegré de que su nuevo hogar estuviera lejos de la Gran Mezquita y de la casa donde me encontraba con Fereidun, que era como una pequeña joya. Enfilé una calle cercana al puente de los Treinta y Tres Arcos. El aire que venía del río era fresco. Se notaba que las casas eran muy grandes por la distancia que separaba las puertas. El mensajero de Nahid me había indicado que buscara un edificio nuevo con muchos molinillos de viento en el tejado. Los molinillos absorbían el aire hacia el interior y lo enfriaban sobre los estanques de agua. Los ocupantes de la casa notaban así su frescor en los días más calurosos.

Cuando traspuse las altas puertas que protegían el exterior de la casa de Nahid, me quedé maravillada. En realidad se trataba de un pequeño palacio, como si

Fereidun esperaba llenarlo con docenas de hijos. Una respetuosa criada recogió mi chador y me condujo a una habitación para invitados con alfombras de seda, cuyas rosetas eran tan pequeñas que sólo habrían podido tejerlas unas manos infantiles. Todos los recipientes para las flores y las libaciones eran de plata. Los cojines resplandecían, pues estaban tejidos con hilo de plata. Traté de reprimir la envidia que empezaba a invadir mi corazón.

Cuando Nahid entró en la habitación, me sorprendió lo deprisa que había asumido su papel de mujer rica y poderosa. Llevaba los brazos adornados con gruesos brazaletes de oro de los que colgaban turquesas y perlas, y sobre la frente la misma combinación de gemas, pendiendo de una cinta de oro que sujetaba un fino velo blanco. Su vestido y su túnica eran de seda azul celeste, lo que la hacía parecer mayor. Mostraba una expresión serena. Sus ojos parecían más grandes que nunca, pero no estaban enrojecidos. Era la reina y señora de una casa con doce sirvientes que sólo atendían a sus necesidades.

—¡Nahid *yun!* —exclamé, besándola en las mejillas—. ¡Aunque supongo que ahora debería llamarte Nahid *janum!* ¿Cómo estás?

—¿Cómo me ves tú? —preguntó ella en tono de cansancio.

—Hermosa como la luna, pero pareces mayor que antes.

—Y más triste.

—Sí, y más triste —admití. Nos miramos y la aflicción de sus ojos halló su reflejo en los míos.

Nos sentamos en los almohadones muy juntas y Nahid llamó a las criadas para que sirvieran café y dulces.

—¿Qué tal es la vida de casada? —pregunté, tratando de aparentar naturalidad.

—Como cabía esperar —contestó ella, encogiéndose de hombros—. A él no lo veo mucho.

Eso me pareció extraño en una pareja de recién casados, pero sin poder evitarlo deseé que yo fuera la causa.

—¿Por qué no?

—Está muy ocupado con sus tierras, sus caballos y los deberes que le impone su padre.

—Pero pasará algún tiempo contigo, ¿no?

—Sólo por la noche —respondió.

Eso no era lo que yo deseaba oír. Escudriñé su cuerpo y su rostro buscando algún indicio de satisfacción, con la esperanza de no encontrarlo. No soportaba la idea de que disfrutaran juntos, así que me apresuré a decir:

—Supongo que no has podido olvidar a Iskandar.

Los ojos de Nahid se agrandaron y su tristeza se hizo más patente, pero consiguió mantener la compostura.

—Jamás —susurró. Me hizo una seña para que me acercara más—. Debo hablar en voz baja; no puedo delatarme hasta que sepa quién es leal a él y en quién puedo

confiar. Debo fingir que todo es exactamente tal como yo lo deseo.

—Siento que seas tan desgraciada —susurré.

—¿Cómo puedo ser feliz? Fereidun no se parece en nada a Iskandar. No es apuesto ni amable como él.

A mí había acabado pareciéndome más apuesto que Iskandar. Pensé en sus fuertes muslos alrededor de mis caderas y en su cálido y velludo pecho apretado contra el mío. Pensé en protestar: «¿Pero qué me dices de su hermosa cabellera? ¿Y de su lengua cuando recorre tus muslos?» Pero cambié de tema y me puse a hablar de la alfombra en que estaba trabajando, de los regalos de boda de Nahid, de su caligrafía. Sin embargo, la conversación volvía una y otra vez a Fereidun.

—Casi podría soportar estar casada con él, puesto que cualquier hombre me repugnaría por igual, no siendo Iskandar, de no ser por las noches —dijo, y se interrumpió bruscamente para tomar un sorbo de café de una fina taza de porcelana azul—. Ojalá estuvieras casada para poder contártelo todo.

A pesar de sus palabras, comprendí que Nahid acabaría cediendo, porque necesitaba hablar y yo era la única mujer en la que confiaba. Pero no quería oírlo.

—¿Has conocido a su hija? —pregunté rápidamente, tratando de cambiar de tema.

—¿Quién te ha hablado de ella? —preguntó Nahid, sorprendida.

Por un momento no supe qué contestar. Tendría que ser muy cauta para no desvelar mi secreto.

—Pues... fue por la alfombra —balbuceé—. ¿Recuerdas la alfombra con talismanes que encargó para dar gracias a Alá por la curación de su hija?

—Mencionaste la alfombra hace mucho tiempo, cuando ayudabas a Gostaham —dijo Nahid—. Pero no me dijiste que la hubiera encargado Fereidun.

Respiré con dificultad.

—No te había relacionado con Fereidun hasta que te casaste con él.

—Vaya. Preferiría que me hubieras contado todo lo que sabías sobre el hombre con el que iba a casarme —soltó, no sin cierta acritud.

—Lo siento. Debí de olvidarlo.

—Qué extraño —replicó ella—. ¿Y sabes algo más de él?

Mi corazón se volvía cada vez más negro, como las entrañas de un cordero asándose al fuego.

—Sólo que Gostaham espera recibir más encargos de él —respondí rápidamente, tratando de aparentar indiferencia.

Nahid alzó las cejas, pues como esposa de un hombre rico se hallaba en posición de hacer tales encargos. Incliné la cabeza, avergonzada por mis palabras.

—No pretendía pedirte nada —me apresuré a disculparme.

—Lo sé —aseguró ella, desechando la idea con un ademán.

Bebió otro sorbo de café, mientras yo notaba el sudor en la espalda.

—Me alegro de que tu casa sea tan hermosa —comenté.

Nahid miró alrededor con indiferencia.

—Me habría conformado con una casucha si hubiera podido compartirla con Iskandar —declaró, y su rostro se crispó—. ¿Recuerdas las bromas que me hacían las mujeres en la boda? Yo tenía miedo, pero jamás creí que fuera tan horrible compartir la cama con un hombre.

Sentí que mi negro corazón se alegraba. La mejor parte de mí quiso decirle que después todo mejoraría.

Nahid se estremeció y las perlas que colgaban de sus brazos también se agitaron.

—Durante el día se comporta con cortesía y buenos modales, pero por la noche se transforma en un animal. Cuando noto su aliento en el cuello me entran ganas de gritar.

Eso era exactamente lo que a mí me gustaba de él, que fuese como un animal en la oscuridad y que yo pudiera comportarme igual en su compañía. En casa tenía que mostrarme deferente con Gordiyé y trabajar como la que más; con Gostaham debía ser una buena alumna; a mi madre debía tratarla con respeto; a las visitas había de demostrarles que era una hija bien educada. Sólo con Fereidun podía ser yo misma. Me había llevado mucho tiempo descubrirlo, y las noches que no pasaba con él sólo ansiaba volver a verlo.

Carraspeé, sintiéndome violenta.

—Te has ruborizado —observó Nahid con una sonrisa—. Supongo que es natural en una virgen.

—¿Crees que te gustaría más si fuera con Iskandar? —pregunté.

—Por supuesto. Viendo a Fereidun desnudo no hago más que pensar en mi amado. Fereidun tiene las manos ásperas como las patas de un gato. Y su barba me raspa la cara. Desearía apartarlo de mí de un empujón, pero tengo que quedarme quieta y esperar a que acabe.

—¿Y a él le gusta eso? —espeté sin darme cuenta. Yo me había mostrado cohibida la primera vez que yací con él, pero nunca había sentido la repugnancia de Nahid. La única vez que no había podido satisfacerlo, Fereidun me había castigado sin llamarme durante semanas. ¿Qué le haría a ella?

Nahid me miró con una expresión extraña, torciendo las comisuras de la boca.

—No parece fijarse mucho. Es como si se limitara a cumplir con sus deberes conyugales.

¿Sería posible que Fereidun se acostara con ella únicamente por deber, pero guardara toda su pasión para mí? Al menos eso quise creer.

—¿Y si lo elogiaras?

—Le digo que es fiero como un halcón y fuerte como un león. No hago más que lanzarle lisonjas, pero a él le da igual.

Yo sabía que a Fereidun no le gustaban las palabras vacías. Nahid tendría que esforzarse.

—Pero ¿tú te crees todas esas cosas?

—No.

—Tal vez con el tiempo acabe gustándote.

—Lo dudo. Pero podría sobrellevarlo si no hubiera perdido lo único que me importaba en esta vida.

—¿Iskandar?

—No sólo a él, sino también sus cartas. Justo antes de casarme, convinimos en que sería demasiado peligroso continuar escribiéndonos.

—Teníais razón —asentí—. Pero Nahid, ahora que estás casada y para siempre, ¿no crees que deberías procurar acostumbrarte a tu marido?

Apenas podía creer que hubiera pronunciado semejantes palabras. Me debatía entre el deseo de ver feliz a mi amiga y desear a su marido —que también era el mío — para mí sola.

—Jamás —declaró.

—Pero entonces, ¿cómo vas a vivir? —pregunté con tono amable.

—No lo sé. —Parecía a punto de echarse a llorar. Pero en lugar de sollozar entre mis brazos, como hacía antes de casarse, recobró la compostura, aunque se notaba que le suponía un doloroso esfuerzo.

—¡Nahid *yun!* —exclamé con simpatía.

—No puedo delatarme —susurró, y sólo entonces apretó los dientes para evitar que se le saltaran las lágrimas. Los labios dejaron los dientes al descubierto y se le formaron arrugas alrededor de la boca. Cuando consiguió reprimir el llanto, volvió a ser tan hermosa como siempre, pero el dolor que asomaba a sus ojos era terrible.

Cuando abandonaba la casa de Nahid, recordé el cordón de hilos con los colores del arco iris que llevaba al cuello y me sentí culpable. La hechicera estaba en lo cierto: había obstaculizado el amor de Nahid. Debería habérmelo arrancado, pero no soportaba la idea de renunciar a Fereidun.

El día después de visitar a mi amiga, él volvió a llamarme. Mientras lo aguardaba en la pequeña habitación, pensando en cómo pasaríamos la noche juntos, me estremecí de placer. Nahid rechazaba a Fereidun con todo su cuerpo; en cambio, el mío se abría sin reservas al pensar en él. ¡Qué diferente era todo a nuestro primer encuentro! Entonces yo era la esclava y él era el amo. Ahora, en ocasiones, el esclavo era él. Aquella tarde lo esperaba con la certeza de que íbamos a alcanzar juntos la cima, pero también con la lujuriosa incertidumbre de no saber cómo sería el camino que nos conduciría hasta allí. A Fereidun no le gustaba arar los surcos siempre de la misma manera.

Mi esposo llegó con un paquete que prometía placeres celestiales. Cuando los criados salieron, me pidió que me desnudara yo sola. Lo hice lentamente en la penumbra, mientras él esperaba sentado sobre un cojín, con las piernas cruzadas y el paquete a un lado. Empecé torpemente, pero cuando llegué a la ropa interior,

disfrutaba ya con su mirada.

Una vez desnuda, Fereidun se levantó, me tomó en brazos y empezó a dar vueltas por la habitación. Mis largos cabellos ondeaban sueltos, el aire me acariciaba el cuerpo y me sentía un poco mareada. Cuando llegamos cerca de la cama, me dejó sobre el lecho y pidió que cerrara los ojos. Mientras yacía inmóvil y expectante sobre las mantas, oí que desataba el paquete; luego se acercó silenciosamente a mí y, al cabo de unos instantes, noté unos delicados golpecitos en el vientre, como una lluvia dulcísima. Sonreí y arqueé la espalda. Él se arrodilló, sacó un puñado más del paquete y dejó que volviera a caer sobre mí como una suave lluvia. Luego frotó una mano contra otra y una fragancia a flores llenó la habitación. Abrí los ojos: todo mi cuerpo estaba cubierto de pétalos de rosa. Algunos eran de un tono rosa pálido, otros de un rojo intenso, y aún otros de color malva, formando una alfombra multicolor. Una oleada de cálido deseo me invadió desde la punta de los pies, aumentando hacia el vientre y floreciendo en mis mejillas. Cogí a Fereidun por la cintura para estrechar sus caderas contra las mías.

—Quiero tus dátiles en mi leche —dije, citando un poema que había oído en el *hammam* y que seguramente él no conocía.

Se frotó contra mí, aplastando los pétalos entre nuestros cuerpos. La dulce y cálida fragancia impregnó el aire, mezclándose con el olor corporal. Fereidun me cubrió los ojos con pétalos y me hizo así todo lo que yo esperaba y exigía. Ascendimos juntos hasta la cumbre, mezclando nuestros gritos, como entrelazados en los fragantes jardines del paraíso.

Teniendo en cuenta lo que me había contado Nahid sobre sus noches con él, no me sorprendió que Fereidun me deseara más que nunca. Cada vez que me llamaba, yo sentía remordimientos por Nahid, pero luego me imaginaba sin él y me flaqueaban las fuerzas, de manera que acudía a su llamada obedientemente. Y siempre ideaba nuevos modos de complacerlo para que no pusiera fin a nuestra relación. A veces me hacía dibujos en el cuerpo. En una ocasión, ensarté unas cuentas de cerámica azul en un cordón y me lo até alrededor de las caderas. Las cuentas tintinearón, marcando el ritmo de nuestros movimientos y seduciendo sus oídos. Otra vez le prohibí que me tomara hasta que me desnudara por completo usando únicamente la boca. Fereidun hizo lo que pudo, desatando las cintas con los dientes, desabrochando los cierres con la lengua, bajándome los pantalones con los labios. Después le dolía la mandíbula, pero nunca lo había visto tan feliz.

El secreto que ocultaba a Nahid era aún peor de lo que pensaba. No sólo estaba casada con su marido, sino que sabía darle placer por medios que ella ni siquiera imaginaba.

Por la mañana, después de haber estado con Fereidun, volvía a casa y tejía con Maleké y Katayun. Venían todos los días, excepto los viernes, para trabajar en un

telar que habíamos instalado en la casa. Ambas necesitaban aquel trabajo desesperadamente. El marido de Maleké seguía enfermo. El padre de Katayun, que era albañil, había muerto recientemente al caer desde la cúpula de una mezquita en construcción. «Directo al cielo», dijo Katayun con labios temblorosos. Yo me sentía muy apenada por ella, porque acababa de cumplir quince años, más o menos la misma edad que tenía yo al morir mi padre. Con diecisiete años, me sentía mucho mayor, como si hubiera vivido siete vidas desde mi llegada a la ciudad.

A pesar de sus problemas, las mujeres trabajaban como hormigas. Ambas tejían tan deprisa como yo. Maleké era tímida, pero cuando fue adquiriendo confianza, le gustaba hablarme de las travesuras de sus hijos. Katayun era como un potro salvaje que añoraba la libertad. Se mantenía atada al telar por pura fuerza de voluntad. De no ser por nuestra relación de trabajo, habría sido una amiga maravillosa.

Cada mañana, cuando llegaba, se sentaban en extremos opuestos del telar. Yo me situaba detrás con el diseño en la mano, como había visto hacer en el taller de alfombras real, y trataba de cantar los colores en el momento justo. Si la secuencia era «rojo, rojo, beis, azul, beis, rojo, rojo», podían perderse fácilmente si no anunciaba cada color justo antes de que acabaran el nudo anterior. Katayun era un poco más veloz que Maleké y tuve que pedirle que fuera más despacio: debían tejer el mismo color en el mismo momento. Por otra parte, Maleké tenía más fuerza, y cuando presionaba los nudos con la carda, quedaban más apretados que los de Katayun. Cuando me di cuenta le indiqué que trabajara con más suavidad para que la alfombra no saliera del telar con un lado más corto que el otro.

Cada día tejíamos desde media mañana hasta la hora de almorzar, y luego proseguíamos hasta media tarde. Siempre les proporcionaba té y dulces en abundancia, y a mediodía comíamos las tres juntas. Sospechaba que era la única comida que tenían asegurada, y me sentía bien ayudándolas, pues también yo había padecido por hambre.

Una mañana, Katayun me preguntó qué color debía usar, pues mi diseño no estaba claro en ese punto y yo había vacilado al dar las instrucciones. Reflexioné unos instantes antes de contestar.

—¡Usa el rojo! Y a partir de ahora esta flor siempre será de este color.

—*Chashm!* —contestó ella, y cumplió mis órdenes.

Descubrí entonces que me gustaba la sensación de autoridad, sobre todo después de haber pasado tantos meses obedeciendo siempre a los demás.

A pesar de que a menudo pasaba toda la noche sin dormir, retozando con Fereidun, tenía que mantenerme despierta hasta que Maleké y Katayun se fueran, y luego me echaba a descansar. Si aún era de día cuando me despertaba, seguía tejiendo por mi cuenta. Quería terminarla lo antes posible. Gordiyé no tenía derecho alguno sobre aquella alfombra, y todo lo que ganara con su venta sería para mi madre y para mí.

Una mañana, una anciana encorvada llamó a nuestra puerta y me comunicó que Nahid deseaba verme. Le pedí que me excusara, pues estaba ocupada con Maleké y Katayun, pero la anciana replicó que le habían ordenado no regresar sin mí y, acto seguido, se sentó pesadamente en el patio y se arrebujó en su chal, como preparándose para pasar la noche. Me pregunté por qué Nahid me necesitaba con tanta urgencia y me asaltó el angustioso temor de que hubiera descubierto mi secreto.

Regresé con mis tejedoras esperando que la mensajera se cansara y se fuera. Trabajamos toda la mañana y, después de comer, Katayun y Maleké se fueron. Yo me retiré a mi habitación para dormir un rato. Cuando me levanté, la mensajera salía de la cocina, limpiándose la boca, y me preguntó si estaba lista. Con un suspiro, me puse el chador y el *piché*, pues estaba claro que no se marcharía sin mí.

En la calle hacía frío a pesar de que el cielo estaba despejado. El crudo sol parecía examinarlo todo sin piedad. El vendedor ambulante de frutos secos tostados que había cerca de la casa de Gostaham tenía unas arrugas tan profundas alrededor de la boca que parecían cuchilladas. Cada vez que la mensajera se volvía para asegurarse de que yo la seguía, un rastro de salsa verde de nuestro guiso de alholva con habas brillaba en su mejilla como una dolencia. Me alegré de caminar protegida del sol cegador por el *piché*.

Pasamos por delante de la Madraza de los Cuatro Jardines, donde los jóvenes estudiaban para convertirse en ulemas. Nahid seguía dándome clases de escritura semanalmente, y la caligrafía que presentaba el edificio, que antes me había parecido simplemente un bonito adorno, me daba a conocer los nombres de Alá: «el Benévolo, el Justo, el Misericordioso, el Temible, el que todo lo ve, el Implacable».

Cuando llegué a su casa, Nahid dio una moneda a la mujer encorvada y la despidió. Besé a mi amiga en las mejillas y me quité el chador y el *piché*. Tenía sed, pero ella no me ofreció té con menta. Al reparar en su palidez, sospeché que su vida se había vuelto aún más deprimente que antes. Fereidun había empezado a perder el interés en acostarse con ella y pasaba más noches conmigo. A medida que se acercaba el final de mi segundo contrato, estaba más convencida de que volvería a renovarlo, tan grande era el placer mutuo cada vez que nos encontrábamos.

—Habría venido antes, pero no podía abandonar mi trabajo —expliqué—. ¿Para qué me has mandado llamar? —Tenía la garganta tan seca que me costaba articular las palabras.

—Sólo quería verte —contestó ella, pero su tono era frío.

Me estremecí y me removí con inquietud sobre el cojín.

—Parece que tengas frío —observó Nahid.

—Sí. ¿Podría tomar un poco de té?

—Por supuesto. —Llamó a sus criadas para que sirvieran té, pero nadie acudió. Por lo general sus mujeres estaban sentadas justo al otro lado de la puerta, esperando a cumplir sus más nimios deseos. Supuse que les habría dado instrucciones de que no entrara nadie—. Vi a Homa hace unos días —dijo Nahid de pronto.

—¿En serio? —repuse, tratando de aparentar serenidad. Era extraño que hubiera ido al *hammam* de su antiguo barrio, ahora que disponía de uno propio en su casa—. ¿Te bañaste?

—Sí. Fue agradable volver a ver rostros familiares. Aquí estoy sola con mis sirvientas.

—Siento no haberlo sabido —dije con nerviosismo, descruzando y volviendo a cruzar las piernas—. Te habría acompañado.

Nahid esbozó una mueca.

—Homa me comentó que acababas de estar allí, aunque no era el día en que sueles ir. Dice que vas al *hammam* a menudo, a veces tres veces por semana.

—Sí —admití—. Voy mucho. —No di más explicaciones, temiendo que me pillara en una mentira. Cada vez que me entregaba a Fereidun, tenía que hacer la Gran Ablución para purificarme a los ojos de Dios. Por la mañana, él utilizaba el baño de su casa, de modo que yo tenía que acudir al *hammam*.

—¿Por qué tan a menudo?

—Me gusta estar limpia —contesté.

—Antes sólo ibas una vez por semana.

No supe qué decir.

—Te comportas como si tuvieras un secreto —me recriminó, de repente airada.

Noté que sudaba y eludí su mirada. Me llevé la mano derecha al pecho y bajé los ojos para darme tiempo.

—Te pido perdón —dije, notando los fuertes latidos de mi corazón.

—¿Por qué?

No se me ocurrió ninguna excusa creíble para visitar el *hammam* tan a menudo. Alcé la cabeza con una mirada que suplicaba comprensión. Sus ojos brillaban con dureza.

—Dime la verdad —exigió.

Me retorcí con angustia sobre el almohadón mientras ella seguía observándome. Me sentía como si estuviera desnuda en la calle.

—¿Y bien? —insistió en tono cortante y gélido.

Mirarla a los ojos era como contemplar el sol del mediodía. Alcé las manos para taparme, pues no soportaba aquel riguroso examen por más tiempo. Mi amiga no podía saber que se trataba de su propio esposo; de lo contrario, no se habría mantenido tan serena.

—Es cierto —confesé.

—Así que estás casada.

—Sí.

—Todo este tiempo, cuando te decía que no sabías lo que era estar con un hombre, te burlabas de mí.

—No me burlaba —aseguré—, sólo trataba de mantener una promesa.

—¿Y por qué habrías de mantener tu matrimonio en secreto? No es ningún delito.

—No es un matrimonio corriente —expliqué—. Es un *sigué*.

Nahid me miró como si hubiera soltado una palabrota.

—¿Un *sigué*? —exclamó—. Pero ¿por qué te ha hecho eso tu familia?

Suspiré.

—Cuanto tú te casaste, tu familia entregó a tu marido una gran dote en seda y oro. Conmigo ocurrió lo contrario. Mi marido nos dio dinero. Ése fue el motivo.

Nahid parecía irritada. Resultaba difícil deducir cuánto sabía.

—Deberías habérselo contado a mi madre y a mí. Te habríamos aconsejado y te habríamos buscado un buen marido, tal vez un tejedor de alfombras como tú.

¡Un tejedor de alfombras! De modo que Nahid no creía que pudiera casarme con alguien como Fereidun. ¿Por qué a ella había de concederle tantos privilegios el destino mientras que a mí me lo negaba todo? Todas las almas eran iguales a los ojos de Alá.

—Ojalá lo hubiera hecho —contesté, pero la ira me estrangulaba la voz. En realidad mi deseo no era del todo sincero, ahora que Fereidun y yo disfrutábamos tanto de nuestra intimidad.

—Mi querida amiga, lo siento por ti —dijo Nahid, con un tono tan despectivo que comprendí que el *sigué* me había rebajado a sus ojos para siempre—. Si aún viviera en mi casa, mi madre no me permitiría seguir viéndote.

—No pude evitarlo —expliqué con amargura—. ¿Recuerdas cuando corté la alfombra del telar porque quería hacer una mejor? Gordiyé se encolerizó por el coste de la lana. La propuesta de *sigué* llegó justo después y mi madre consideró que no teníamos otra opción.

Me interrumpí, esperando que pudiéramos cambiar ya de tema.

—¿Y con quién te casaste? Ahora debes contármelo todo —exigió ella, sonriendo para animarme, pero noté que su mirada era más dura que los diamantes.

—Nahid, tú ya debes de saberlo —respondí con angustia, pugnando por pronunciar las palabras.

—¿Y cómo iba a saberlo? —replicó ella, fingiendo inocencia.

Vacilé. Sabía que Gostaham, Gordiyé e incluso mi madre me habrían aconsejado que inventara una historia para mantener la paz entre las familias. Sólo tenía que decir que mi marido era un mozo de cuadra que había medrado, o un insignificante mercader de plata, alguien que disfrutara de cierta prosperidad, pero no categoría suficiente para despertar las suspicacias de Nahid.

—¿No confías en mí? —preguntó con aire ofendido—. ¿Ya no te importa nuestra amistad?

—¡Por supuesto que sí!

—Entonces dímelo. Sea quien sea, me alegraré por ti.

—¿Me lo prometes?

Nahid guardó silencio, pero puso una mano sobre la mía en un gesto tranquilizador. Yo deseaba librarme de aquel secreto, que había sido una pesada carga

durante demasiado tiempo. Nahid había valorado mi sinceridad en otro tiempo, cuando le dije que sus dátiles estaban amargos; tal vez volvería a apreciar de nuevo que le revelara la verdad y eso nos uniría aún más.

—Es Fereidun —susurré con un hilo de voz.

Nahid me soltó y se puso en pie de un salto.

—¡Lo sabía! —exclamó, de nuevo con los ojos inflamados de ira—. Envié a Kobra por un recado a la casa pequeña, y mientras estaba allí le pareció oír tu voz. Esperaba que no fuera cierto.

Aparté la vista, avergonzada.

—¡Confiaba en ti! ¡Pensaba que siempre serías sincera conmigo!

—Lo he intentado —aseguré—. Nahid, ocurrió unos meses antes de que te prometieras con Fereidun. ¿Cómo iba yo a saber que, de todos los hombres de Isfahán, iban a elegirlo precisamente a él? Nuestros destinos estaban entrelazados, tal como predijo Kobra cuando nos leyó los posos del café.

De pie y muy erguida, Nahid me fulminaba con la mirada mientras yo seguía sentada en el cojín; no iba a ahorrarme ningún detalle.

—¿De cuánto tiempo es el *sigué*?

—De tres meses.

—¿Y cuándo lo firmasteis?

—Casi tres meses antes de vuestra boda.

—¡Eso significa que lo has renovado! —espetó, señalándome con un dedo acusador. Yo suspiré.

—Cuando me contaste que te habías prometido, mi madre y yo ya habíamos aceptado su oferta de renovación y su dinero. No lo cancelamos entonces por miedo a ofender a Fereidun o a nuestros anfitriones. No tenemos a nadie más que nos proteja, ni dinero con que subsistir.

—¡Dinero! —masculló Nahid, y su tono expresó la repugnancia que sentía—. Todo gira en torno al dinero, igual que pasó conmigo e Iskandar.

—Nahid —rogué—, teníamos miedo de acabar mendigando por la calle. Tú no lo entiendes. ¿Cómo vas a saber lo que es el miedo a que tu siguiente comida sea la última?

—No, no sé lo que es eso —declaró ella—, y doy gracias a Alá por ello. Lo único que sé es que has sido desleal conmigo; te has sentado a mi lado y me has oído hablar de mi marido, fingiendo que él no tenía ninguna relación contigo. Y seguramente le has transmitido todas las cosas horribles que decía de él. No es de extrañar que ahora no me haga caso.

—Jamás le he contado nada de lo que tú me decías —le aseguré—. No hablamos mucho.

—Oh —dijo ella, comprendiendo más de lo que yo pretendía revelarle—. ¿Cómo puedes soportar... someterte a él en la cama? —Luego añadió, pensativamente—: Por supuesto, él te paga y tú tienes que obedecerle en todo. Es lo que espera de una

mujer como tú.

—No es por eso —repliqué, tan irritada que ya deseaba herirla—. Al principio era por el dinero, pero ahora lo hago porque me gusta.

Nahid se tapó las orejas como una niña.

—No quiero oír nada más. Pero no creas que eres la única. También se acuesta cuando le apetece con ese joven músico que tiene.

Un sonido de repugnancia escapó de mis labios cuando pensé en aquel muchacho guapo e insolente de rostro barbilampiño. Siempre se tomaba la libertad de coquetear en mi presencia, como si yo careciera de importancia.

Cuando logré serenarme, miré a Nahid en busca de ayuda, preguntándome si podríamos convertirnos en aliadas.

—En ese caso, él nos utiliza a todos a su antojo —señalé—. ¿Qué vamos a hacer?

—Vosotros no sé —replicó Nahid—. Ya sabes que no puedo decir nada sobre otras esposas o *sigues*. Pero puedo darle herederos. En eso el músico no tiene nada que hacer.

La miré detenidamente; su rostro y su vientre parecían un poco más redondeados y deduje que estaba embarazada.

—Nahid, te suplico humildemente que me perdones. Sé que debería habértelo contado antes y lamento mi error. Pero ahora que el destino nos ha unido de un modo tan peculiar, ¿no podríamos tú y yo ser sus esposas y criar juntas a sus hijos?

—¿Tú y yo? —replicó tras soltar una carcajada—. Lo dices como si fuéramos dos garbanzos del mismo guiso.

—¿Y no lo somos? Siempre te he querido y admirado. Cuando te conocí, me pareciste la princesa de un cuento.

—Y yo pensé que eras una simple aldeana que me acompañaría a los partidos de polo —contestó ella con un tono tan desdeñoso que sentí una punzada en el corazón, pero luego hizo una pausa. Su expresión se suavizó y vi que tenía los ojos llorosos—. Todo cambió cuando empecé a conocerte —prosiguió—. Llegué a quererte por tu sinceridad, tu lealtad y tu buen corazón. Pero ahora veo que estaba equivocada, pues me has traicionado y herido, tratándome peor que a un sucio chucho callejero.

Sentí un gran remordimiento, pues la quería y jamás había pretendido causarle daño. Pero antes de que acertara a encontrar palabras adecuadas, Nahid meneó la cabeza como si quisiera desterrar las lágrimas, y su cólera se avivó con más fuerza que antes.

—Debería habérmelo pensado antes de ofrecer mi amistad a una como tú —dijo.

—¿A qué te refieres? —pregunté, y sentí que mi sangre también empezaba a hervir—. ¿Porque me crié en una aldea?

—No.

—¿Porque trabajo con mis manos?

Nahid vaciló un momento, por lo que sospeché que ésa era una de las razones, pero luego dijo:

—No, eso tampoco.

—Entonces ¿qué?

—Una respetable mujer casada como yo no trata con mujeres que venden su cuerpo por dinero.

Me puse en pie bruscamente, con las mejillas arrojadas de ira, pues sus palabras daban a entender que no me consideraba mejor que una prostituta.

—Tal vez seas una mujer respetable, pero jamás ha habido una rosa con tantas espinas como tú —le espeté—. Por eso tu marido me prefiere a mí y ruge de placer entre mis brazos.

Nahid volvió a levantarse y acercó tanto su cara a la mía que noté su aliento en los labios.

—No puedo obligarte a renunciar a él, pero si le das hijos, los maldeciré —me amenazó en voz baja—. Si un vendedor de *sharbat* de cerezas les diera una bebida envenenada, nadie lo sabría nunca.

Sus ojos y sus joyas centelleaban como cuchillos a la luz del atardecer. Retrocedí. Las manos de Nahid se crisparon como garras, como si quisiera clavármelas en el vientre y arrancarme las entrañas. Corrí hacia la puerta y la abrí de golpe, provocando la caída de una criada que estaba sentada al otro lado y se sorprendió al verme partir con tal descortesía.

—¿Dónde está mi té? —le grité. Cogí mi ropa de un colgador y abandoné el lugar a toda prisa, sabiendo que Nahid no me seguiría hasta la calle.

Hacía frío, pero no soportaba la idea de regresar a casa. Fui andando hasta el puente de los Treinta y Tres Arcos y me refugié en una de sus arcadas puntiagudas. Densas nubes empezaban a formarse sobre las montañas y el agua parecía un pulido espejo verde. Observé a las mujeres ricas enfundadas en sus ropajes de seda, caminando lentamente por el puente con sus zapatos de tacones de madera que las elevaban sobre el suelo, mientras que las más pobres andaban arrastrando los pies, abrigadas con sucios trapos de algodón.

Recordé la rapidez con que Nahid me había ofrecido su amistad al principio, lo que significaba que su único propósito era utilizarme. Pero eso no explicaba todo el tiempo que había pasado conmigo después de que se descubrieran nuestras escapadas a los partidos de polo, ni toda la atención que me había dispensado durante las clases de escritura. Nahid me había confiado su más preciado secreto, e incluso me había dicho que esperaba que siempre fuéramos amigas. Pero ahora me había mostrado con toda claridad lo que pensaba realmente de las aldeanas pobres como yo: que deberíamos contentarnos con hacer las alfombras aterciopeladas que ellas pisaban.

Empezó a lloviznar. Un hombre abrió las manos hacia el cielo y musitó su agradecimiento a Alá por el don de la lluvia. Rápidamente volví sobre mis pasos, notando las gotas cada vez más gruesas. Imaginé a Nahid segura y protegida en su hogar. Vería caer la lluvia en el patio desde una habitación caldeada, y ni una sola gota mojaría su túnica de seda azul. Si se le enfriaban los pies, una criada se los

calentaría con sus propias manos. Me arrebujé en el chador para protegerme, pero no sirvió de nada: llegué a casa calada hasta los huesos y helada.

Cuando mi madre me vio, abrió los ojos alarmada. Me despojó de las ropas empapadas y me envolvió en una gruesa manta de lana. Yo temblaba tanto que tuvo que abrazarme para que la manta no se me cayera. No dejé de temblar hasta mucho después de la última llamada a la oración.

Durante los días siguientes me sentí muy cansada. Tenía la impresión de que el cuerpo me pesaba demasiado para moverme, me ardían los ojos y tenía que sorberme la nariz a cada rato. Mi madre estaba pendiente de mí y me suministraba sus espesos y oscuros brebajes, convencida de que estaba enferma. Cuando Fereidun volvió a llamarme, acudí a su encuentro tan acongojada que no supe disimular.

—¿Qué te ocurre? —me preguntó nada más entrar en la habitación. Se sentó en un cojín y me acarició la cara y apoyó mi cabeza en su hombro, como si fuera una niña enferma.

—Estoy triste —contesté.

Él se quitó el turbante y lo lanzó al otro lado de la habitación para hacerme reír. Conseguí esbozar una leve sonrisa.

—¿Y eso por qué?

—Por todo. —No quería hablarle de mi visita a Nahid, por temor a que él tomara represalias.

—¿Por qué?

No estaba segura de poder hacérselo entender.

—¿Nunca te ha ocurrido algo que te haya puesto triste? —pregunté.

—Pues no. A veces me preocupo: por si me matan en una batalla, o mi padre se vuelve contra mí, o si muero demasiado pronto.

—Yo siempre tengo miedo.

—¿De qué, de morir? Eres demasiado joven para eso.

—No, de que otras personas mueran, o de que ciertas cosas se terminen.

Fereidun apartó la vista; comprendí que no pensaba prometerme nada sobre el futuro, ni siquiera sobre el *sigué*.

—Yo tengo el remedio para eso —dijo. Me abrazó y me besó en la cara, y luego permaneció estrechándome en silencio durante mucho rato.

Cuando le dije que tenía sed, me acercó un vaso de leche con vino a los labios y yo bebí despacio. Disfrutaba con sus solícitas atenciones, que tan raras veces experimentaba.

Me preguntó si quería que me tomara o si prefería que sólo siguiéramos abrazados. Yo deseaba ambas cosas, así que primero me dio una y luego la otra. Fue tan despacio la primera vez, que el negro aceite de las lámparas se consumió por completo y las llamas se apagaron. Nuestros cuerpos se entrelazaron como seda y

terciopelo, y cuando terminamos descansé en silencio entre sus brazos, mientras él me acariciaba el pelo. Luego dormimos un rato.

Fui la primera en despertarme porque tenía demasiadas cosas en la cabeza. Pensaba en mi llegada a Isfahán, cuando Nahid me había parecido una de las heroínas de las historias de mi madre; en nuestro primer encuentro y lo que me había dicho de sus padres: «Siempre encuentro el modo de que mis padres hagan lo que yo quiero»; y que yo había creído que alguien como ella siempre conseguiría cuanto se le antojara. Y también pensé que entonces ella esperaba que fuéramos amigas para siempre, y que yo seguía queriéndola y deseando que me perdonara.

Aunque aún dormía, Fereidun me abrazó. El sentimiento de culpa por haber herido a Nahid se evaporó momentáneamente al notar con deleite su contacto. Empecé a darle besos en el cuello, y cuando despertó, estaba ávida de deseo. Me arrojé sobre él con intención de morderlo y saborearlo. Nos comportamos como un león y una leona, fieros y juguetones, y en los ojos de Fereidun detecté el brillo de la gratitud.

—Nunca sé qué esperar de ti —dijo—, salvo que me llenarás de placer y que cada vez será diferente.

—Yo tampoco lo sé —repliqué, sintiéndome orgullosa de mi habilidad.

Tal vez aprendiera despacio, pero, al contrario que Nahid, por fin había comprendido lo que debía hacer. Y en la oscuridad de la noche, con nuestros cuerpos cubiertos de sudor, estaba dispuesta para abrir mi corazón a Fereidun. Me tumbé de lado y lo miré a la cara.

—¿Sabes por qué estaba triste antes?

—No —dijo él con tono somnoliento.

—He visto a Nahid. Lo sabe.

Fereidun abrió los ojos y me miró.

—¿Lo del *sigué*?

—Sí.

Esperaba que se horrorizara, pero él se limitó a bostezar y se rascó la barba. Luego se pasó la mano por el pecho y siguió bajando hacia los muslos. Cuando encontró lo que buscaba, una leve sonrisa asomó a sus labios.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó mientras se acariciaba.

—No estaba muy contenta.

—¿Y?

Su tono ni siquiera era frío, sólo indiferente. Sentí un escalofrío por todo el cuerpo, como si hubiera tragado hielo en un día caluroso. Antes de que contestara, Fereidun me cogió las manos para que lo ayudara en su tarea. Yo me mostré reacia y traté de desasirme, pues quería seguir hablando. Pugnamos un rato hasta que logré soltarme y caí de espaldas en la cama. Fereidun se colocó encima de mí y vi en sus ojos una dureza que me recordó la de Nahid. Había en ellos la exigencia de que guardara silencio y me dedicara a complacerlo sin decir nada más.

Creo que mi mirada debió de delatar mi resistencia, y ése fue el acicate que necesitaba. Fereidun me sujetó los hombros con las manos, me abrió las piernas empujando con las rodillas y me poseyó sin musitar palabra. Yo gruñí de impotencia, pues me había pillado desprevenida, y observé con dolida sorpresa que sus ojos parpadeaban aún con más deleite.

Decidí demostrarle que estaba furiosa. Dejé escapar gemidos exagerados de placer, aunque mi expresión era aburrida, y moví las caderas con falso entusiasmo. Esperaba que eso lo obligaría a detenerse, que se avergonzaría incluso, pero observé con asombro que cada vez se excitaba más, hasta tener el miembro tan duro como el poste de una tienda. Me retorcí frenéticamente tratando de apartarlo de mí, pero mi furia no hizo más que avivar su ardor. Le daba igual lo que yo pensara o sintiera, como en nuestros primeros encuentros. Si me proporcionaba placer, lo disfrutaba, y si me resistía, encontraba la manera de disfrutarlo también. Sólo le aburría la pasividad. Al cabo de unos instantes, me apretaba la espalda y rugía como un león, asegurándose de que comprendiera hasta qué punto su placer era impermeable a todo lo demás.

Cuando se apartó de mí con el cuerpo reluciente de sudor y los ojos velados por la satisfacción, me dio unos golpecitos en la mejilla con la palma de la mano, igual que un jinete le daría palmadas a una yegua que hubiera salvado un difícil obstáculo pero siguiera necesitando que le recordaran quién estaba al mando.

—Buena chica —dijo, y al poco rato empezó a roncar.

Permanecí quieta junto a él, con la cara ardiendo por la humillación. ¿En eso consistía mi papel, en complacer a Fereidun tanto si me atormentaban las tribulaciones como si no? Me levanté de la cama, sin importarme que pudiera despertarlo, y me senté sola en un cojín en el otro extremo de la habitación.

Fereidun resopló y estiró brazos y piernas, ocupando toda la cama. Las almohadas salieron disparadas hasta que sólo quedó la suya. Allí, en la penumbra, vi lo que era mi matrimonio en realidad: un medio para que Gordiyé vendiera alfombras, para que mi madre se tranquilizara sobre nuestro futuro, y para que yo consiguiera a un hombre aun sin disponer de dote.

Me froté la mejilla, donde Fereidun me había dado las palmaditas. Yo había querido amar a un hombre igual que Nahid había amado a Iskandar, hasta que comprendí que su amor se basaba únicamente en sueños. Había esperado sentir amor por Fereidun, pero ese sentimiento no había hallado el modo de enraizar, y ahora sabía que nunca llegaría a producirse.

Un búho ululó cerca de la casa, reclamando como suya la oscuridad. Yo no podía reclamar siquiera la mitad del lecho de Fereidun. Me apoyé en la pared y me senté encogida, abrazándome en la oscuridad. Fereidun no advirtió que me había levantado. Al amanecer, me acurruqué de nuevo en la cama, pues temí enfurecerlo con mi ausencia. Cuando despertó, fingí dormir hasta que se fue.

Al día siguiente por la tarde, fui al *hammam* en busca de Homa, pues no tenía a nadie más en quien confiar. El día era ventoso y el aire me pegaba el chador a las piernas y me arrojaba arenilla a los ojos a través del *piché*. Había refrescado y las casas de barro cercanas al *hammam* parecían apiñarse unas contra otras para protegerse del viento. Una pañoleta infantil pasó volando por mi lado, perseguida por una madre inquieta con un niño pequeño. El viento soplaba con un susurro lastimero siguiendo sus pasos calle abajo.

Fue un alivio entrar en el baño. Me sacudí el polvo del chador y busqué a Homa. La encontré en la sección donde se colgaban las ropas, limpiando antes de que se abriera al público. Debía de tener la cara verde como la alholva, porque inmediatamente me rodeó con los brazos y me tuvo así abrazada mientras yo lo confesaba todo. No creo que haya hablado tanto en toda mi vida. Cuando terminé, reinaba un gran silencio y Homa seguía acunándome como a una niña. Me condujo entonces a una zona con cojines, me estiró las piernas y me colocó una almohada bajo la cabeza. Luego me salpicó el cuerpo con agua de rosas para darme fuerzas.

—¿Tú lo sabías? —pregunté.

—Lo sospechaba —contestó con una mirada de comprensión—, pero no sabía quién era él.

—¿Hice mal?

—A los ojos de Alá, estáis legalmente casados —declaró ella tranquilamente.

—Pero ¿hice mal?

—¿Tú qué crees?

Suspiré y aparté la mirada.

—¡Pobre niña! —se compadeció ella—. Ya veo que estás arrepentida. Si hubieras sido hija mía, habría explicado a Nahid y a sus padres lo del *sigué* antes de la boda. Seguramente la habrían casado de todas formas, pues ¿qué hombre rico no tiene sus concubinas? Pero no te habrían echado la culpa de nada y seguramente habrías conservado la amistad de la joven.

En el fondo de mi corazón, sabía que estaba en lo cierto.

—Homa, ¿qué debo hacer?

—¿Qué opciones te quedan ahora? —suspiró—. Todo el mundo se enterará de la verdad, así que más vale que sigas casada.

—¿Por qué?

—Porque ya no eres virgen. Antes eras pobre, pero al menos podías ofrecer tu virginidad. ¿Qué te queda ahora?

La anciana tenía razón, por supuesto.

—¿Y si Fereidun no renueva el *sigué*?

—Entonces te quedarás sola.

Era demasiado joven para imaginar que pasaría el resto de mi vida sola, sin hijos. Eso era peor incluso que enviudar como mi madre.

—No quiero estar sola —dije con amargura. Ella me acarició la mano.

—Hija mía, no temas. Si tu *sigué* no se renueva, tendrás al menos algunas ventajas.

—¿Ventajas?

Homa sonrió.

—Si Alá está contigo, y ojalá sea así, encontrarás a un hombre mejor y te casarás con él. Si no, podrás acordar tus propios *sigués*. Nadie podrá decirte con quién debes casarte.

Eso no se me había ocurrido.

—Pero Nahid me dijo que su madre le habría prohibido volver a verme si se hubiera enterado del *sigué*.

Homa cerró los ojos un momento e inclinó la cabeza a modo de asentimiento.

—No es una situación honorable. Por eso la mayoría de las mujeres divorciadas que firman *sigues* lo hacen en secreto.

—¿Y por qué lo hacen, entonces?

—Por dinero, por placer, por tener hijos o porque confían en que algún día un hombre las convierta en esposa permanente.

—Pero ¿la gente me consideraría de clase inferior?

—Es posible.

Ninguna de las personas en que confiaba me había dicho tan claramente que mi reputación se había mancillado. Viendo mi consternación, Homa me cogió el rostro entre las manos.

—*Azizam*, debes guardarme un secreto: yo misma lo hice una vez —susurró.

—¿Por qué?

—Siendo muy joven me enamoré de un muchacho, pero nuestras familias nos casaron con otras personas. Cuando mi marido murió y mis hijos ya fueron mayores, mi primer amor y yo seguíamos deseando unirnos. Puesto que él apenas podía mantener a su mujer y sus ocho hijos, no podía tomar otra esposa.

—¿Se enteró alguien más?

—No, nos pareció más prudente guardarlo en secreto.

—¿Te dio dinero?

—Sólo cuando lo necesité —contestó.

—¿Cuánto tiempo duró?

—Diez años, hasta el día en que él murió. Doy gracias a Alá por concedernos el derecho a acordar un *sigué*, pues fue mi única experiencia con el amor.

—Entonces ¿por qué no podías decírselo a nadie?

—Muchas personas de buena familia lo consideran indecente para las mujeres —dijo—. Al fin y al cabo, ¿no preferirías tú ser una esposa permanente y reina de tu propia casa?

—Por supuesto, pero no he tenido esa oportunidad.

—A menudo no nos queda más remedio que conformarnos con una vida imperfecta —convino ella—. Y cuando a alguien le molesta una mancha del suelo,

¿qué hace?

—La tapa con una alfombra —dije, sonriendo a mi pesar.

—De Shiraz a Tabriz, de Bagdad a Herat, es lo que hacen todos los iraníes —concluyó Homa.

Me quedé pensativa, consciente de que ése era el meollo de la cuestión. Miré a la anciana, que me cogió la mano y la calentó entre las suyas.

—Homa, ¿qué debo hacer? —pregunté de nuevo—. ¿Qué será de mí?

—*Azizam*, aún es pronto para saberlo. No cabe duda de que hasta ahora has tenido mala suerte, pero habrás de reconocer que también has cometido algunos errores, como Harut y Marut, aquellos dos bobos que sucumbieron a la tentación y traicionaron al Todopoderoso. Tú también querías algo, pero has comprendido que no siempre es posible obtener lo que deseas. Y ahora querrías arreglar las cosas de un modo u otro, y ser como el dátil que cada vez se vuelve más dulce, aunque crezca en suelo pedregoso.

Antes de que empezaran a llegar mujeres, Homa me lavó y me frotó como una madre, me peinó, me envolvió en una toalla y me dio semillas de amapola para calmarme. Me tumbé sobre unas mantas en un cubículo y me dormí profundamente. En mis sueños, me vino a la cabeza la historia de Harut y Marut, así como la firme determinación de no parecerme a ellos.

* * *

«Primero no hubo y luego hubo. Antes de Alá, nadie hubo.

»Éranse una vez dos ángeles llamados Harut y Marut. Uno de sus pasatiempos predilectos, cuando concluían sus deberes celestiales, consistía en espiar a los seres humanos. Conociendo lo fértil que era la tierra, creían que vivir de acuerdo con las leyes de Dios debería ser tan fácil como sacar un pez de las aguas del Golfo. Sin embargo, allá donde posaran la vista, sólo veían a seres humanos robando, mintiendo, engañando, fornicando y matando. Miraban a un lado: un hombre en Constantinopla conspiraba para obligar a la hija de un vecino a caer en sus viles brazos. Miraban a otro: una mujer en Bagdad preparaba un veneno para echarlo en el guiso de su acaudalado padre. Harut y Marut observaron tales conflictos durante meses y años. Cada vez que un ser humano caía, ambos emitían un sonido al unísono, como un tintineo de campanas.

»Un día, Dios los llamó a su presencia y les anunció que los enviaría a la tierra con una misión especial. “Adoptaréis forma humana —dijo—, y demostraréis a todos los ángeles del cielo y a todos los seres humanos cómo llevar una vida justa y honorable.”

»Las puntas de las alas de Harut y Marut resplandecieron ante semejante honor. En unos instantes adoptaron forma humana y se materializaron en la ciudad santa de Mashhad, que estaba siempre llena de peregrinos. Harut se había convertido en un

hombre alto, apuesto y barbudo con los bolsillos vacíos. Marut era más bajo y achaparrado y tenía la nariz chata, pero su bolsa estaba repleta de monedas abasidas de oro.

»Aparecieron en el patio del lugar más sagrado de todo Irán, el santuario del imán Reza, recubierto de pequeños espejos resplandecientes como joyas. Los peregrinos que allí se hallaban percibieron su naturaleza espiritual y los rodearon para hacerles preguntas. Tratándose de ángeles muy versados en todo lo concerniente a la divinidad, fácilmente pudieron responder. Y sus respuestas solícitas fueron como una suave lluvia caída del cielo, tranquilizadora y beneficiosa.

»Hacia el anochecer, Marut empezó a notar una punzada de dolor en el estómago. No sabiendo lo que era, se maravilló de aquella extraña sensación. ¿Le habría enviado Dios a la tierra para cumplir una misión semejante a la de Jesús? ¿Habría de morir también él? La idea de experimentar más dolor hizo que se estremeciera y se apretara el estómago con las manos.

»Al reparar en su aflicción, su amigo Harut se levantó demasiado deprisa, se mareó y cayó desmayado al suelo. Los devotos peregrinos llevaron a los dos ángeles en volandas a la sombra de una de las arcadas de la mezquita. “Se han olvidado de comer y beber durante el día —dijo una peregrina—. Como si hubieran dejado ya sus cuerpos atrás para ascender a una de las esferas celestiales.”

»La previsora peregrina llevaba consigo algo de comida. Puso un trozo de berenjena asada sobre un triángulo de pan y lo acercó delicadamente a la boca de Marut. El ángel parpadeó y empezó a mordisquear la comida de la mano de la mujer, pero no tardó en arrebatárselo para comérselo con la avidez de un cerdo, lo que a ella le sorprendió y repugnó. Cuando la peregrina dio agua a Harut, el ángel se la bebió toda a grandes tragos, haciendo mucho ruido, y exigió más. “¿Qué son estos hombres?”, se preguntó ella.

»Cuando finalmente se hizo la noche, la mayoría de los peregrinos regresaron a sus alojamientos. Como acto de caridad, la mujer decidió quedarse hasta que los dos hombres hubieran recobrado las fuerzas. Después de comer y beber, Harut y Marut se encontraron mejor. Cuando salió la luna, empezaron a fijarse en la mujer que los había atendido. Tenía el cutis blanco y las mejillas rojas como una manzana. Largas y hermosas pestañas como las de una cierva enmarcaban sus negros ojos. Harut ansiaba levantar el velo que cubría sus cabellos. Marut se preguntaba por el misterio de su vientre, redondeado y suave como pan recién horneado.

»Al ver que los dos hombres se habían recuperado, la mujer se levantó para regresar a su alojamiento.

»—Aguarda, oh, compasiva peregrina —dijo Harut con un tono suplicante que le costó reconocer como suyo—. Por favor, acompáñanos aún unos instantes. Te necesitamos.

»“Son como niños”, pensó ella, pero volvió a sentarse a su lado, prometiéndose dejarlos en cuanto se hubieran tranquilizado. ¿De dónde podían haber salido hombres

tan extraños?

»—¿De qué ciudad sois, hijos? —preguntó, por matar el tiempo.

»Harut y Marut prorrumpieron en carcajadas incontrolables, que les hicieron jadear y resoplar. “Como cerdos”, pensó la mujer. Era como si no se hubieran reído nunca antes. Marut estaba tirado en el suelo boca abajo cuando por fin consiguió controlar la risa. Se levantó con las mejillas y la nariz sucias.

»—Si te lo dijéramos, no nos creerías —respondió Harut, mientras Marut señalaba el cielo.

»Tal vez pertenecían a alguna orden religiosa en la que se volvían tan profundamente espirituales que olvidaban sus raíces terrenales, pensó la mujer, pero los miró dubitativa.

»—Y al principio, cuando vuestra madre os dio a luz, ¿dónde vivíais?

»Harut y Marut comprendieron que la mujer les seguía la corriente como a los bobos, y una nueva sensación se apoderó de ellos, tan desconocida como las anteriores. A Marut le ardieron las mejillas y Harut se puso tenso.

»—Venimos de la más alta esfera —dijo Harut, volviendo a señalar hacia lo alto.

»—Y podemos demostrarlo —añadió Marut.

»—¿Cómo? —preguntó la mujer con escepticismo.

»—Antes has escuchado con gran atención hasta la última palabra que hemos pronunciado —dijo Harut—. ¿No te parecíamos diferentes de los demás hombres?

»La mujer reflexionó.

»—Hace horas, tal vez os habría creído —admitió—. No parecíais habitar vuestros propios cuerpos.

»Harut y Marut observaron que los labios de la mujer se demoraban en la palabra “cuerpos”, y a ambos les invadió el deseo de acariciarle el vientre y los muslos. Tal vez si conseguían que se quedara con ellos, se mostraría generosa, como ocurría a veces entre los peregrinos.

»—Nuestros cuerpos eran nuevos para nosotros —confeso Marut.

»La mujer agitó una mano con incredulidad y una vez más se levantó, dispuesta a marcharse.

»—¡Espera! —dijo Marut—. Tengo pruebas.

»—Eso ya lo has dicho antes.

»—Puedo contarte algo que no sabe ningún otro ser en la tierra.

»La mujer aguardó en silencio, aún indecisa. Harut se llevó una mano al corazón, sintiendo remordimientos por lo que estaban a punto de hacer, pero se sorprendió al descubrir el modo de reprimir esa emoción tan rápidamente como había surgido.

»—El precio de lo que sabemos será un beso —declaró Marut.

»Harut se enfureció porque creía que su compañero trataba de excluirlo.

»—Uno para cada uno —puntualizó, fulminándolo con la mirada.

»La mujer removi6 los pies.

»—¿Qué es lo que sabéis? —preguntó.

»—Sabemos de Dios —respondió Marut.

»La peregrina había recorrido muchos *farsajs* a pie hasta llegar a Mashhad. Cada día rezaba cinco veces y trataba de abrir su corazón a la divinidad. ¿Sería posible que por fin tuviera un mensaje del cielo delante de ella, en la forma de aquellos dos hombres que parecían niños?

»—¿Cerramos el trato? —insistió Harut.

»—Tal vez —respondió ella con una leve sonrisa.

»El remordimiento volvió a roer las entrañas de Harut, pero al vislumbrar los dientes pequeños y blancos de la mujer entre los labios rojos entreabiertos, el desasosiego acabó desvaneciéndose.

»—Siéntate aquí —dijo, dando unas palmadas en una baldosa azul del suelo—, y te diremos algo que sólo nosotros sabemos.

»La mujer se acomodó entre ambos, que se apretaron contra ella. Harut sintió un hormigueo de placer en las entrañas. Por un momento, imaginó que arrojaba a Marut a un pozo para quedarse él solo con la peregrina.

»—Hablad —instó ella—. ¿Qué podéis enseñarme sobre Dios, el Compasivo, el Misericordioso?

»—Sus noventa y nueve nombres son bien conocidos —contestó Marut—. El único hombre que conoció el centésimo fue el santo profeta Mahoma, es decir, hasta que nosotros dos hemos bajado a la tierra.

»—¿Decís que conocéis el Gran Nombre? —exclamó ella—. No os creo.

»—Primero un beso —exigieron Harut y Marut al unísono.

»—De eso nada. Ya he oído antes promesas como las vuestras. Primero el nombre.

»Harut y Marut se inclinaron hacia ella, acercando los labios a sus orejas. Tras tomar aire, los dos susurraron el Gran Nombre. La mente de la mujer se llenó con aquel majestuoso sonido que resonó en su cabeza. De haber podido pensar en Harut y Marut, no habría dudado más de ellos. Pero todos sus pensamientos se habían convertido en ecos de ese sonido, y su cuerpo empezaba a ser tan frío y ligero como el aire. Todos sus deseos se cumplieron en un instante, y se convirtió en un planeta de la tercera esfera celeste, desde la que brilla ahora eternamente como luz pura.

»Harut y Marut también fueron transportados. Se encontraron colgados de los tobillos dentro de un profundo pozo, con la cabeza apuntando hacia el agua. De día, el sol implacable les abrasaba los labios y los pies. Con la garganta seca y ronca, contemplaban el agua fresca, tan cercana e inalcanzable. De noche, tiritaban de frío y se les ponía piel de gallina. Si hablaban alguna vez, era para recordar su época de ángeles, cuando no sentían nada.

»En ocasiones, cuando las estrellas cambiaban de posición, la veían a ella, derramando la luz de sus hermosos ojos compasivos sobre la tierra, y la amaban y la deseaban a pesar de sus sufrimientos.»

6

Al día siguiente, estaba en la cocina ayudando a mi madre a limpiar las hierbas para sus medicinas cuando la aldaba para hombres sonó con fuerza dos veces.

—Ve a ver quién es —dijo la cocinera, así que me cubrí con el chador y el *piché*, abrí la puerta y vi a uno de los criados de Fereidun, que me entregó una carta para Gostaham. Sabiendo que el hombre no había podido reconocerme bajo el chador, oculté la carta y le dije a la cocinera que era un mercader que vendía raíces de la montaña para cocinar, que no necesitábamos.

Me fui entonces a la habitación que compartía con mi madre y miré el sello: era de Fereidun. Se me aceleraron los latidos del corazón. Había mostrado mi descontento a Fereidun y ahora tal vez escribía a Gostaham para decirle que había terminado conmigo. Escudriñé la carta a contraluz intentando ver lo que había escrito dentro, pero fue en vano. Me dije que debía llevarle la carta a Gostaham, pero mis pies se negaron a obedecer. Aunque la carta no se dirigiera a mí, sin duda me atañía. Vacilé un momento y luego rompí el sello.

Me llevó un buen rato leer la carta: aún estaba aprendiendo y no entendí muchas palabras, pero encontré mi nombre varias veces, y comprendí que Fereidun me ofrecía un nuevo *sigué* de tres meses, en consideración al hecho de que estaba satisfecho conmigo.

Tras haber cometido una acción imperdonable al abrir una carta dirigida a Gostaham, la oculté en mi fajín. Necesitaba pensar sobre la oferta sin el consejo de mi familia. Ahora que ya no era virgen, me tocaba a mí decidir lo que quería. Homa decía que estaba en mi derecho.

Esa mañana mis tejedoras llegaron un poco más tarde de lo habitual. Katayun parecía tan fresca como de costumbre, pero Maleké tenía profundas ojeras.

—¿Cómo está tu marido? —le pregunté.

—Aún enfermo —contestó—. Se ha pasado la noche tosiendo.

—¿Qué tal un poco de café para levantar el ánimo? —ofrecí. Ella aceptó agradecida la taza humeante que dejé a su lado.

Cuando nos sentamos para trabajar, enumeré los colores mientras ponderaba la oferta de Fereidun. Mi cuerpo quería aceptarla. No había pasado un día siquiera y ya echaba de menos sus abrazos, a pesar de las palmaditas en la cara, y había pensado en una docena de nuevas maneras de darle placer a él y a mí misma. Era como los fumadores de opio, que no se calman hasta que consiguen su dosis diaria de la droga negra y pegajosa, tras lo cual se recuestan en los cojines con las rodillas separadas y una mirada de dicha en los ojos.

Llegué a la conclusión de que me convenía continuar tal como estaba. Ahora que Nahid lo sabía todo, no necesitaba mantener el *sigué* en secreto. Ella me detestaría a mí y a mis hijos, pero yo seguiría disfrutando de las atenciones de Fereidun y tal vez podría llevar una vida aparte, feliz. Tal vez concibiera hijos varones que, aunque no

tendrían derechos de herencia, me cuidarían en la vejez.

Por otra parte, al aceptar la oferta de Fereidun obtendría también una dulce forma de venganza. Sería como una espina que recordaría a Nahid que Fereidun no se había casado con ella por amor, sino por el poder. Cuando su marido se ausentara por las noches pensaría en lo mucho que estaría disfrutando conmigo, y sufriría.

Tales fueron mis pensamientos hasta la hora de la comida, cuando Gordiyé se acercó a hablar conmigo. Iba elegantemente ataviada con un nuevo vestido verde y una túnica amarilla, y la esmeralda que Gostaham le había regalado hacía tiempo brillaba como un pequeño mar sobre sus pechos.

—Acabo de recibir una invitación para visitar a la madre de Nahid —dijo.

—Que tu visita sea placentera —repliqué, disimulando una sonrisa. En lugar de contarle lo ocurrido, decidí esperar a que lo hiciera Ludmila.

—¿Te gustaría acompañarme? —preguntó Gordiyé, que últimamente estaba muy satisfecha conmigo y me lo demostraba con pequeños favores—. Seguramente hablaremos del encargo de la alfombra, y sé que te interesará.

—Eres muy amable —contesté—, pero debo quedarme para ayudar a Katayun y Maleké en su trabajo.

—De acuerdo —asintió ella, sonriendo. Yo sabía que le gustaba verme cumplir con mi trabajo por encima de todo.

Seguí cantando los colores para mis tejedoras hasta que tuvimos que parar un momento, mientras ellas dos comprimían los nudos con una carda de madera. Maleké apretó tan fuerte que la carda se rompió, y entonces también ella pareció a punto de estallar. Yo sabía cómo se sentía con sólo mirarla a los ojos, que no podían ocultar su estado de ánimo.

—No importa —le aseguré, aunque en realidad no podía permitirme una pérdida como aquella—. Compraré una nueva.

Maleké no dijo nada, pero sin duda agradeció que no la obligara a pagar por la carda.

Cuando Katayun y ella se fueron, empecé a tejer yo sola. Quería estar allí cuando regresara Gordiyé para verle la cara. Volvió una hora más tarde, pálida y asustada, y con el kohl corrido. Agitó una carta ante mi cara.

—¿Qué sabes de esto? —preguntó con voz chillona.

—¿Qué es?

—Kobra me dijo que esperara fuera, luego me entregó esta carta y me dio con la puerta en las narices. Fingí sorpresa.

—¿Y por qué habrían de hacer algo semejante?

Gordiyé se sentó a mi lado en un cojín.

—Es evidente que lo han descubierto —dijo, dándome golpecitos en el hombro con la carta—. Han cancelado el pedido de la alfombra. ¿Sabes lo que eso significa para nosotros?

Gostaham había invertido un montón de dinero en el diseño y encargado una gran

cantidad de seda que debía teñirse según sus instrucciones. La alfombra no podría venderse a nadie más, pues los dibujos tenían motivos que aludían a los recién casados. Por supuesto, durante mi discusión con Nahid ni siquiera se me había ocurrido pensar en la alfombra.

—¡Qué calamidad! —exclamé, y lo decía sinceramente. Sabía que si Gordiyé estaba preocupada por el dinero, todos los de la casa se resentirían de ello. Apenas habíamos empezado a comer mermelada de nuevo.

Gordiyé me pinchó con el dedo.

—¿Cuándo viste a Nahid por última vez?

—Hace sólo unos días, pero no mencionó la alfombra —contesté.

—Entonces ¿cómo lo han descubierto sus padres?

—No lo sé —repose, tratando de parecer asustada—. Me pregunto qué pensará Nahid... ¿Se lo dirán sus padres?

—Pues claro —soltó Gordiyé. Su voz se volvió más melosa, casi amable—. Seguro que se lo habrás contado a alguien, o si no tal vez tu madre.

—Jamás he hablado con nadie sobre mi matrimonio —declaré sin alterarme. Gordiyé me miró con incredulidad—. Estoy asustada —añadí, esperando ganarme sus simpatías—. Espero que Nahid no me pida que vaya a visitarla.

—No creo que debas preocuparte por eso nunca más.

Gordiyé se retiró a sus habitaciones con dolor de cabeza. Pensé que me regodearía al verla caída en desgracia, pero mis pensamientos se volvieron hacia Ludmila, que siempre se había mostrado amable conmigo y ahora nos despreciaba. Lamenté que el deseo de tener a Fereidun me hubiera llevado a aceptar mantenerlo en secreto. ¿Qué debía hacer con su oferta? Por la mañana había decidido aceptarla, pero en ese momento ya no estaba tan segura. Me debatía en un mar de contradicciones.

En cuanto tuve un momento libre, fui al bazar en busca de una carda nueva para sustituir la que había roto Maleké. Dejé atrás los vendedores de alfombras y tintoreros de lana para llegar a la parte del mercado reservada a las herramientas, como las cuchillas para rasar superficies, los separadores de flecos y las cardas. En aquella zona los callejones, oscuros y angostos, estaban llenos de desperdicios.

Mientras buscaba en las tiendas, oí que alguien tocaba una desgarradora melodía con un *kamanché*. La seguí tarareándola, pues me resultaba extrañamente familiar. Al reconocerla por fin, volví sobre mis pasos y encontré al joven músico de Fereidun sentado solo sobre una piedra, tocando su instrumento. Los extremos de su turbante parecían raídos y tenía la cara sucia.

—*Salam*. Soy yo —dije, acercándome a él.

—¿Quién es yo? —preguntó el muchacho secamente, sin alzar la vista.

Me levanté el *piché* para mostrarle la cara.

—Oh —dijo él—. Eres una de ellas.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, sorprendida por su brusquedad.

—Nada —contestó, como si el tema lo aburriera. Volví a cubrirme la cara.

—¿Qué te ha pasado? Pensaba que eras uno de sus favoritos. Su arco arrancó una nota del *kamanché* que sonó como un maullido de gato, y sus labios esbozaron una sonrisa sarcástica.

—Me echó.

—¿Por qué?

—Fui demasiado insolente. Le encanta, hasta que dices la frase equivocada.

Las agrias notas que tocaba me dañaban los oídos.

—Deja eso —pedí—. ¿Qué harás ahora?

—No lo sé. No tengo adonde ir.

—Vi el miedo en sus hermosos ojos de largas pestañas, y en su suave mentón tembloroso. Apenas era un muchacho.

Saqué la moneda que llevaba para comprar la carda y se la eché en el cuenco de limosnas.

—Ve con Dios —dije.

Él me dio las gracias y tocó una melodía dulce y melancólica Mientras me alejaba. Me recordó la música que había interpretado durante mi primera noche con Fereidun. ¡Cuántas cosas habían cambiado desde entonces, para mí y para aquel joven músico! ¡De qué forma tan repentina se había visto abandonado en la calle!

Sin ganas de comprar nada, volví a casa. Al salir del bazar, pasé por una pequeña mezquita que conocía bien. Entré y me senté en una de las estancias laterales cubiertas de alfombras, para escuchar a una mujer que leía en voz alta el Corán. Había llegado a uno de mis pasajes favoritos, en el que se describen dos mares, uno con agua dulce y nutritiva, el otro salado, pero ambos poblados de peces grandes y hermosos. Las palabras sosegaron mi espíritu, y cuando oí la llamada desde el minarete, me levanté y recé, tocando el *mohr* con la cabeza. Después de rezar, volví a sentarme en la alfombra y escuché la suave voz de la mujer con los ojos cerrados. Pensé en Fereidun y en Nahid y en los nudos de nuestra amistad, que en mi cabeza se enredaban como flecos. Seguía sin saber qué hacer con respecto a la oferta de Fereidun, y mi *sigué* pronto expiraría.

Siempre que en la aldea me atormentaba algún problema, mi padre conseguía solucionarlo con una observación. ¿Qué me habría dicho él? Lo imaginé con el mismo aspecto que tenía durante el último paseo que dimos juntos, con el bastón en la mano. Lo levantaba y lo blandía como si fuera una espada. «¡Abre los ojos!», decía, y su voz resonaba en mi cabeza.

Obedecí, y fue como si viera la alfombra que tenía debajo por primera vez. Sus flores empezaron a parpadear, convirtiéndose en estrellas, y sus pájaros parecieron emprender el vuelo. Todas las formas a las que estaba tan acostumbrada, como las paredes de azulejos amarillos de la mezquita, la cúpula que se elevaba hacia el cielo, o incluso el suelo mismo, me parecieron tan cambiantes como los granos de arena del

desierto. Las paredes empezaron a temblar y combarse. ¿Un terremoto?, me pregunté, pero nadie más parecía alarmarse. Mientras tanto, todo perdía su solidez, ya fuera techo, paredes o suelo. También yo parecía perder mi forma física, y durante un momento de dicha me invadió una sensación de abandono que me disolvió en la nada perfecta.

«*Baba* —llamé en silencio—. ¿Qué debo hacer?»

No me contestó, pero noté su amor recorriéndome el cuerpo. Sentí el gozo de su cercanía por primera vez desde su muerte. Recordé el día en que, a pesar de su cansancio, me había mostrado la cascada y la mujer de los fuertes brazos oculta tras ella. Su devoción por mí no nacía del interés propio, ni dependía de que yo lo complaciera. Conociendo su cariño, había conocido el amor tal como debía ser: limpio y puro como un río, y así era como yo quería sentirme a partir de entonces. *Jizr*, un mensajero de Dios, mostraba a los peregrinos perdidos el camino de los oasis del desierto; ahora mi padre me señalaba el camino a mí.

La vibración se detuvo. Las paredes recuperaron la solidez, la alfombra volvió a ser corriente. La toqué para asentarme de nuevo en la tierra, antes de levantarme con piernas vacilantes. La mujer que leía el Corán reparó en que me tambaleaba y me ofreció su ayuda.

—Ve con cuidado, pareces muy alterada —dijo.

—Gracias, pero ahora ya me siento mejor —contesté. Cuando abandoné la mezquita, mi paso era firme y mi corazón se había decidido.

Encontré a mi madre y le conté lo sucedido en la mezquita. La voz de mi padre resonaba aún en mis oídos.

—Me ha dicho: «¡Abre los ojos!»

—Y contempla la verdad —añadió ella, terminando el poema que a él tanto le gustaba recitar. Estaba radiante de alegría—. Qué maravilloso que siga aún tan cerca de ti —dijo con ojos llorosos—. También está conmigo.

—*Bibi*, él me ha ayudado a tomar una decisión —declaré, sabiendo que me escucharía si le parecía que procedía de él—. Voy a terminar con el *sigué*.

A pesar de lo que le había contado, mi madre sufrió una desagradable sorpresa.

—¿Cómo! ¿Y arruinar nuestro futuro?

—No me querrá siempre, *bibi*. Un día se cansará de mí y se buscará a otra.

—Bueno, ¿y por qué no aceptar su dinero hasta que su interés decaiga?

—Por los padres de *Nahid*. Nos desprecian.

Mi madre suspiró.

—Aprenderán a soportar esa carga. Saben perfectamente que un hombre tiene sus *sigues*.

Hice una pausa antes de replicar:

—Hablas como *Gordiyé*.

Mi madre se echó hacia atrás, ofendida.

—Hay una cosa que no sabes —añadí con suavidad—. La última vez que vi a Nahid, amenazó con hacer daño a mis hijos, si los tenía. ¿Cómo podría vivir con ese miedo?

Mi madre sabía tan bien como yo que Nahid tenía el poder necesario para cometer semejante traición.

—Esa mujer es un escorpión —soltó—. Nunca me he fiado de que fuese realmente amiga tuya.

—Lo sé. Y tenías razón en dudar de ella.

—Pero entonces, ¿qué haremos? —Mi madre empezaba a asustarse al ver la firmeza de mi propósito—. Gordiyé y Gostaham se hallan ya en una posición embarazosa y han sufrido una gran pérdida. Si ofendes a Fereidun, podrían perder aún más. ¿Y si se enfadan tanto que nos echan?

Su pelo había encanecido desde que había enviudado, y su rostro estaba surcado de arrugas. Sus palabras me afectaron, pues sabía que me amaba por encima de todas las cosas. Tras el fallecimiento de mi padre, yo era su única preocupación en la vida... y también su único consuelo. De hecho, tenía su futuro en mis manos.

—No permitas que muramos de hambre —me rogó con impotencia, buscando hacerme cambiar de opinión.

Traté de tranquilizarla.

—*Bibi*, no cambiaré nada. Seguiré siendo la esclava que teje alfombras para ellos, y las haré también para nosotras.

—Hiciste una maravillosa en la aldea pero aun así estuvimos a punto de morir de hambre.

—Pero ahora contrataré mujeres que trabajen para mí y pondré conseguir un buen precio.

—¿Cómo? —preguntó ella—. No eres un hombre.

—Ya encontraré a alguno que me ayude.

—Te engañará.

—No, si encuentro un buen hombre.

—Es demasiado peligroso. No podemos comernos las alfombras.

—Ya lo sé, por eso reservaré algún dinero para que no quedarnos sin nada si mis alfombras no se venden enseguida.

—Ojalá tu padre viviera aún —gimió mi madre—. Alí, príncipe de los hombres, ayúdanos, sálvanos —empezó a rezar al yerno del Profeta, como hacía siempre en momentos de angustia—. Alí, príncipe entre los creyentes, te suplico que nos bendigas y protejas...

Mientras escuchaba sus rezos, sentí cierta irritación. Yo era una decepción para ella, aunque no estuviera dispuesta a admitirlo ni siquiera ante sí misma. De haber sido yo una belleza, podría haber hecho un buen matrimonio y haberla salvado de la pobreza. El hecho de que hubiera aceptado el *sigué* de Fereidun era una muestra de su

desesperación. No creía que pudiera conseguir gran cosa, de modo que consideraba más prudente aceptar lo que hubiera. Pero yo había nacido con algo que mi madre no esperaba. Mis habilidades como tejedora y diseñadora se habían puesto a prueba en la ciudad, y el resultado había sorprendido a todo el mundo.

—*Bibi* —la interrumpí—, escúchame. No podemos depender de la protección de los demás. Intentemos nosotras que nuestra vida sea más cómoda. Creo de corazón que eso habría deseado mi padre.

Mi madre reflexionó un momento y luego chasqueó la lengua.

—Ni hablar —replicó—. Habría querido que contrajeras un buen matrimonio y que yo viviera contenta a tu lado, con un nieto en mis brazos.

—Pero no he contraído un buen matrimonio —repliqué airadamente—. ¿Y de quién ha sido la culpa?

Era mi última arma, y la usé.

Mi madre me tomó la cara entre las manos con expresión arrepentida.

—Bien —cedió con aire de derrota—. Ahora ya eres una mujer adulta.

Así pues, supe que la decisión recaía sobre mí, y envié una plegaria de agradecimiento a mi padre por haber sido mi aliado.

—Pero sólo aceptaré que termines con el *sigué* —añadió— si haces una cosa. La próxima vez que Fereidun te llame, dile que lo amas y lo deseas, y pregúntale si podría considerar la posibilidad de hacerte su esposa permanente.

Aquella idea me pareció humillante. ¿No se suponía que debía planteármelo él a mí? ¿Quién era yo para pedirle un vínculo permanente a un hombre rico?

—Si se casara contigo, nuestra vida sería dulce como la miel —insistió mi madre—. Es la única certeza que tenemos.

Suspiré.

—¿No crees que si me quisiera ya me lo habría pedido?

—Como decías antes, debemos procurar que nuestra vida sea más cómoda.

Tenía razón, eran mis propias palabras.

—Haré lo que me pides —cedí, aunque mi orgullo femenino se sentía mortificado.

Aunque Fereidun no había recibido respuesta alguna a su oferta, me llamó unos días más tarde. Estaba tan impaciente por verme, que echó a todos los criados antes de comer y empezó a besarme la oreja. Yo no me sentía apasionada aquella noche, pero procuré complacerlo. Recordando a Gordiyé y la forma en que conseguía todo cuanto quería de Gostaham, gemí más que de costumbre, pues quería ponerlo de buen humor para lo que tenía que decirle.

Nos vestimos de nuevo y los criados nos sirvieron la comida. Después, Fereidun se relajó con un vaso de vino en una mano y su pipa de tabaco en la otra. Fingí buscar a alguien.

—¿No hay música esta noche? —pregunté, esperando que me contara el incidente con el muchacho.

—Esta noche no —contestó él con tono indiferente. Y como si quisiera evitar nuevas preguntas al respecto, se volvió hacia mí y me desató el fajín con mano experta—. Me han dado una noticia algo extraña —dijo, echándome el aliento al oído.

—¿Cuál?

—Por lo visto, los padres de Nahid han anulado el pedido de la alfombra que iba a ser nuestro regalo de bodas —comentó—. No me han explicado el porqué. — Parecía desconcertado, como si no tuviera la menor idea sobre el motivo.

—Yo te lo diré —contesté, observándolo.

—¿En serio? —se extrañó. Me quitó los pantalones, los enrolló y los arrojó al otro lado de la habitación—. ¿Por qué?

—Han descubierto lo del *sigué* y quieren castigar a Gostaham y Gordiyé, igual que a mí.

—Así que es eso —dijo él sin darle importancia—. Es una lástima que estén tan enfadados, pero ya se acostumbrarán. Al fin y al cabo, soy su yerno.

—Supongo que tú podrías comprar la alfombra a Gordiyé y Gostaham —sugerí.

—No si los padres de Nahid no quieren que la tenga. ¡Piensa en lo insultante que sería si la vieran en nuestro salón! —Se rió como si la idea le resultara graciosa.

Su despreocupación me enfureció, pero esta vez me guardé de mostrar mi ira. No obstante, seguí poniéndolo a prueba.

—Nahid está muy dolida —dije—. Creo que ahora me odia.

Fereidun me quitó el vestido y la ropa interior, dejándome únicamente el velo que me cubría el cabello.

—Pues es una pena, porque tendrá que aguantarte mientras yo lo diga. Y no toleraré que mi esposa me desafíe.

Me sentí abrumada por aquellas palabras y por la injusta situación en que me hallaba. Recordé el consejo de la hechicera: «También tú puedes poner fin a determinadas cosas.»

Reprimí mis sentimientos y traté de desviar la conversación hacia lo que necesitaba saber. Empecé a acariciarle el pecho suavemente.

—Cuando eras niño, ¿imaginaste alguna vez que te casarías con dos amigas como nosotras? —pregunté, tratando de parecer juguetona, como si fuera una gran broma que compartíamos entre todos.

—A menudo pensaba en cómo sería acostarse con mujeres. Mi padre me envió la primera cuando tenía trece años. Pero la mayor parte del tiempo la pasaba trabajando con sus caballos aprendiendo a montar y domarlos.

—¡Qué emocionante! —exclamé. Lo imaginé lejos de la ciudad, acariciando a sus caballos y montándolos a placer—. Yo, cuando era niña —añadí, sintiendo que la infancia me quedaba ya muy lejos—, imaginaba que me casaría con un hombre que

cubriría mi camino de pétalos de rosas. Eso era lo que me decía siempre mi padre.

—¿Y no lo hice yo? —Fereidun soltó una carcajada, recordando nuestro anterior encuentro.

—Mi padre no lo habría imaginado así —señalé, pues de hecho Fereidun me había cubierto a mí con pétalos de rosas.

Él volvió a reír y quiso abrirme las piernas. Yo seguí con la conversación.

—Siempre quise casarme y criar a todos los hijos que Alá quisiera enviarme, junto a mi marido. —Yo misma me asombraba de mi audacia.

—Y así será, si Dios quiere —me aseguró él, pero no dijo nada de quién sería mi marido. Me abrió más las piernas—. Empecemos a fabricarlos.

Me coloqué encima de él tratando de atraer su atención un momento más.

—Debe de ser agradable tener una hija —comenté.

—Ella es la luz de mis ojos —replicó, apretándome las nalgas—. Yo también espero tener muchos hijos, sobre todo varones.

—¿Y si yo tuviera esos hijos varones? —pregunté, frotando mis senos contra su pecho y cogiéndole el miembro del placer.

—Eso sería una bendición. —Fereidun entornó los ojos mientras yo seguía acariciándole con la mano, pues había aprendido por fin cuál era su parte más sensible.

Cuando oí que empezaba a gemir suavemente, respiré hondo y dejé de mover la mano.

—Pero ¿significaría eso un matrimonio permanente?

Su espalda se puso rígida y su miembro perdió dureza.

—No lo sé —dijo con cautela—. Depende de con quién más quiera mi padre que me case, y de si tuviera otros hijos.

Me tumbó y se colocó encima de mí.

—¿Y si mi hijo fuera el único que tuvieras? —pregunté rápidamente.

—Tal vez —dijo, pero en un tono que no me convenció.

Me acarició los pechos y empezó a besarme, decidido a abandonar el tema. Abrí las piernas y emití unos gemidos para alentarle, pero mis pensamientos estaban muy lejos. ¿Qué probabilidades tenía de que un hijo mío fuera el único? Él podía tomar cuatro esposas y yo ni siquiera me había quedado embarazada aún.

Fereidun dejó de besarme e hizo una pausa.

—Sé lo que quieres —dijo—. Pero no puedo prometerte nada.

Se me cayó el alma a los pies.

—¿Y en el futuro?

—Sólo Alá conoce el futuro —adujo. Me separó las piernas y metió las manos entre ellas—. Apuremos nuestra copa de vino ahora, como dice el poeta, antes de que nos convirtamos en vasijas de barro estrelladas contra el suelo.

¿Tenía que ser yo esa vasija? No tuve tiempo de preguntar. Durante las horas siguientes me perdí en una cálida oscuridad. Fereidun se mostró especialmente tierno,

como si quisiera compensarme por no ofrecerme un matrimonio permanente. Me encantaba sentir sus abrazos, pues en esos momentos me sentía segura. Pero cuando terminamos, recordé con amargura que no me había prometido nada.

Por la mañana, me desperté antes que él y lo observé dormir. Su rostro se había vuelto más redondo desde que nos conocíamos, igual que su vientre. Sus gruesos labios despedían olor a vino, a tabaco y a mí. Las arrugas alrededor de la boca eran más profundas. ¿Para qué iba a casarse conmigo? Si se ligaba a mí, tendría que pagar mis gastos y los de mi madre durante el resto de nuestras vidas. En nuestra situación, en cambio, sólo tenía que pagar por tres meses cada vez. Siempre había sido un hombre de negocios inteligente y sabía que había conseguido una ganga.

* * *

Tras la última conversación con mi madre, estaba impaciente por demostrarle que podía vender mi alfombra a buen precio. Durante los días siguientes, Katayun, Maleké y yo trabajamos juntas como mulas para terminarla. En cuanto completamos el último nudo de la esquina superior izquierda, las tres nos apiñamos ante nuestra obra para contemplarla con arrobos, dando gracias a Alá por sus bendiciones. ¡Qué sensación la de tejer el último de miles y miles de nudos! ¡Qué asombroso que cada diminuta parte de color fuera esencial en el lugar que ocupaba, igual que la más humilde polilla en la creación de Dios!

Contraté a un experto cortador del bazar para que igualara la superficie. Cuando terminó, parecía de terciopelo y el diseño se veía aún más claro que antes. Me recordaba un día de primavera despejado, cuando una blanca paloma cruza el cielo, ligera como el pensamiento. Aunque había visto cientos de alfombras en el bazar, estaba convencida de que la mía podía equipararse a las mejores piezas tejidas en casa.

Una vez terminados los flecos, pagué a las mujeres con el dinero que me quedaba de la parte del *sigué* que me había dado mi madre y nos despedimos. Les dije que en cuanto vendiera el tapiz, volvería a contratarlas para hacer otro. Y les di algo de dinero extra por su buen hacer.

—Mis hijos comerán bien hoy gracias a ti —dijo Maleké.

Llevé la alfombra a Gostaham y le pedí su opinión. Él la desenrolló en su taller para examinarla de un extremo a otro, y la alabó brevemente antes de señalar sus defectos.

—Algunas cosas son difíciles de ver hasta que la pieza está terminada —comentó—. Un rojo más intenso habría hecho que las plumas parecieran aún más ligeras. La próxima vez te sugiero que reduzcas el tamaño de los bordes por el mismo motivo.

Me habló de cada uno de los colores y dibujos, así como de las elecciones que había hecho. Aunque decepcionada por sus críticas, comprendí que tenía razón. Él era un auténtico maestro que dominaba aquel arte y yo recibí una lección de humildad.

—No te desanimes. Lo que te he dicho es sólo para ti, para ayudarte en tu trabajo. Un comprador no se dará cuenta de nada de lo que te he hablado, pues sus ojos quedarán maravillados por la belleza de lo que ofreces y comprenderá que es un objeto único. No la vendas barata, pues debes empezar a tener en cuenta tu propia valía.

Le di las gracias por moldear mi arcilla para mejorarla.

—No habría podido hacerlo si no tuvieras la arcilla con que trabajar —respondió con una sonrisa.

Aquella era en verdad una gran alabanza, viniendo de un maestro como Gostaham, y me llenó de alegría. Luego se ofreció a ayudarme para mostrar la alfombra y venderla, pero yo quería hacerlo por mí misma y así se lo comuniqué. Él se quedó perplejo.

—¿Estás segura? —preguntó.

Estaba más que segura. Era el mejor modo de convencer a mi madre de que podía ganar mucho dinero con mi oficio.

Gostaham no acababa de comprender que quisiera venderla sin su ayuda, pero me dio su bendición e insistió en que tratara de sacar un precio elevado.

Mi felicidad por la alfombra se disipó rápidamente, pues el ambiente en la casa era cada vez más sombrío. Varios amigos de los padres de Nahid enviaron cartas a Gostaham cancelando los encargos que le habían hecho, presentando excusas que todos sabíamos falsas. Aquella situación metió el miedo en el cuerpo a Gordiyé y Gostaham. Seguían percibiendo los ingresos del taller de alfombras real y eran dueños de una magnífica casa, así que no habrían de pasar hambre, pero les preocupaba perder sus lujos y su posición social. De repente empezaron las discusiones. Gordiyé azuzaba a su marido para que consiguiera más pedidos, y él se quejaba de que todas las desgracias les habían sobrevenido por la codicia de su mujer. Cuando el maestro se acercaba a su esposa, ella lo rechazaba, de manera que en la casa ya no resonaban los gritos de gozo y hasta los criados andaban taciturnos. Un día, oí cantar a Shamsi por lo bajo, mientras escurría la ropa lavada: «Ey, viento, llévate la mala suerte. Ey, lluvia, trae la buena suerte contigo.»

Una tarde después de comer, Gostaham y Gordiyé nos llamaron a mi madre y a mí a la Gran Sala. Entramos y les presentamos nuestros respetos, pero sus respuestas fueron secas. El aire mismo parecía cargado de malos augurios cuando nos quitamos los zapatos y nos sentamos en los cojines.

Gostaham fue el primero en hablar, como solía hacer antes de que su mujer llevara la voz cantante.

—Ayer envié a un criado a la residencia de Fereidun —dijo el maestro—. No se le permitió entrar.

—Qué descortesía —observó mi madre.

—No es sólo descortesía —dijo Gordiyé—. Es algo sin precedentes. —Se volvió hacia mí—. Nos preguntábamos si Fereidun y tú habríais discutido. Quizá se haya enfadado por algo, aunque sea un motivo insignificante. —Me sonrió, animándome a hablar.

—Pues cuando lo vi por última vez parecía muy complacido —contesté—. ¿Fue el criado a su casa por algo relacionado conmigo?

—Aún no nos ha pagado la alfombra de las gemas —respondió Gostaham—. Por lo visto, Fereidun no desea desprenderse de su dinero.

—Tal vez estaba ocupado con algún negocio —sugirió mi madre.

—No creo —replicó Gostaham—. Lo más seguro es que esté enfadado.

—¿No será que los padres de Nahid le han mostrado su descontento? —pregunté, tratando de repartir la culpa entre quienes la merecían.

—Jamás harían tal cosa —declaró Gostaham—. Fereidun es un hombre adulto que puede casarse con quien quiera. Es la ley.

—¿Qué pasó la última vez que os visteis? —preguntó Gordiyé, ávida de información.

—Lo único que me dijo —inventé— es que yo le complacía más que cualquier otra mujer.

—¡Figúrate! —exclamó Gordiyé, como si tal idea jamás hubiera cruzado por su cabeza.

—Y que estaba impaciente por volver a verme —añadí.

—Ésa es buena señal —comentó ella, aunque no parecía muy convencida—. ¿Y qué me dices de Nahid? ¿No crees que puede haber puesto a su marido en contra nuestra?

—No lo sé. Ya no ha vuelto a invitarme a visitarla.

Gordiyé se volvió hacia su esposo.

—Sólo nos queda esperar que Fereidun renueve el *sigué*. Recuérdame cuándo termina el contrato.

—Mañana —contesté.

—¿Crees que lo renovará?

—Esta vez no me cabe duda —dije, notando la carta apretada contra la cadera.

—Es un alivio —intervino Gostaham, estirando las piernas—. Si Fereidun mantiene el vínculo con nuestra familia, estoy seguro de que pagará la alfombra.

Gordiyé se animó.

—Todos seremos más felices cuando recibamos la carta con la oferta de renovación, ¿verdad?

—Todos excepto yo —manifesté, alzando la voz más de lo que pretendía.

Gordiyé arrugó la frente.

—¿Qué quieres decir?

—Pienso rechazar su oferta.

—¡Eso es imposible! —Gordiyé se volvió hacia mi madre casi con expresión

suplicante—. No importa lo que diga tu hija en esta habitación. Comprendo que el destino la ha tomado por sorpresa. Tal vez necesite tiempo para escuchar tus sabias palabras.

Mi madre se mantuvo erguida.

—La decisión depende únicamente de mi hija —replicó sin mostrar el menor signo de debilidad, lo que habría inducido a Gordiyé a tratar de persuadirla—. Es una mujer casada y tiene edad suficiente para saber lo que está bien y lo que está mal.

—Cometes un error —me dijo Gordiyé.

—¡No, yo no! —exclamé, sonrojándome, y me pareció que casi chillaba—. Gostaham dice que si yo fuera hombre, mi habilidad me permitiría trabajar en el taller real. Pero en lugar de facultar que ejerciera mi oficio y celebrara un matrimonio Virtuoso, me vendisteis prácticamente por nada.

Mi madre se llevó el borde de la manga a la cara.

—Por Alí, tiene razón —dijo—. Yo acepté la oferta porque pensé que era la única manera de impedir que pasáramos necesidad.

Por primera vez vi a Gostaham avergonzado. Evitaba mi mirada, pero no hacía nada para callar a su esposa. Como creador de alfombras era todo un maestro, pero como marido se convertía en un débil corderito. Ahora que ya no era virgen, comprendía perfectamente qué vínculo existía entre él y su mujer. A pesar de los defectos de Gordiyé, Gostaham la amaba y no había motivo de felicidad más grande para él que anunciarle un nuevo pedido. Entonces ella llenaba la casa de risas y lo invitaba a su lecho. Con tal de conseguir sus favores, Gostaham haría cualquier cosa para mantener la paz en su hogar.

—Todos esperábamos más para ti —espetó Gordiyé—. Tu suerte podría mejorar si volvieras a probar con el *sigué*.

—Es demasiado tarde —repliqué.

—Que las abejas te piquen la lengua —dijo Gordiyé en tono glacial—. Si recibes una oferta de renovación, la aceptarás. ¿Has comprendido?

Me puse en pie de un brinco, más enfadada de lo que había estado en toda mi vida. Aunque no era alta, todos los demás, Gordiyé, Gostaham y mi madre, me parecieron más pequeños que yo.

—No lo haré —manifesté, plantándome.

—¡Niña desagradecida! —Gordiyé gritó tan fuerte que toda la casa debió de oírlo—. ¡No olvides que hemos perdido dinero por tu culpa!

—¡Y yo he perdido la virginidad por vosotros! —chillé.

Gordiyé estaba furiosa.

—¡Víbora! ¡Después de toda la ayuda que os hemos prestado!

—Siempre podéis hacer más alfombras —repliqué fríamente—. En cambio, yo no recuperaré nunca mi virginidad.

No lamentaba el tiempo que había pasado con Fereidun; al fin y al cabo, me había convertido en mujer con él. Pero mi valor había disminuido al perder la virginidad, y

sin una dote, ningún hombre vería razón alguna para tomarme como esposa permanente.

—Me entregasteis a cambio de futuros beneficios —proseguí, volviendo a alzar la voz—. También vosotros estáis en deuda conmigo.

—¡No te debemos nada! —gritó Gordiyé—. Podemos echarte a la calle mañana y nadie pensará que hemos hecho mal.

La expresión de Gostaham indicaba su deseo de que se lo tragara la tierra, pero no pronunció una sola palabra.

Lancé a Gordiyé una mirada colérica sin añadir nada más. Finalmente, Gostaham no pudo soportar más aquel silencio.

—Azizam, no podemos permitirnos el lujo de incurrir en la ira de Fereidun —observó amablemente.

Yo lo miré con el corazón lleno de gratitud por todo lo que me había enseñado.

—Venerado *amu* —dije, llamándolo «tío» por afecto y respeto—, eres mi maestro, la estrella más brillante de mis ojos. ¿Quieres que siga haciendo daño a otras personas sólo por dinero?

Gostaham lanzó a su esposa una mirada suplicante.

—En realidad, esto son cosas de mujeres —musitó.

—Sí, en efecto —convino Gordiyé, apartándolo de la conversación—. Esperaremos a que llegue la carta de Fereidun y aceptaremos su oferta. No hay más que decir. Y ahora, podéis volver a vuestro trabajo.

Se apretó las sienes con las manos, como hacía siempre que sentía la amenaza de una jaqueca. Cuando mi madre y yo salimos, oí que decía a Gostaham:

—¿Qué se puede esperar de alguien que destroza una alfombra sin terminar?

De camino a la cocina, mascullé el peor insulto que conocía:

—Su padre arde en el infierno.

Ayudamos a la cocinera a cortar las verduras, pero al cabo de un rato, mi madre comentó que no se sentía bien.

—Ve a tumbarte —le dije—. Yo trabajaré por ti.

Corté el apio con tanta fuerza que los trozos resbalaron y se desperdigaron por el suelo, y la cocinera me regañó por desperdiciar así la comida.

* * *

Al final de la tarde había ideado un audaz plan. Le di una moneda a Tagui y le susurré que necesitaba descubrir a qué barbero acudía el holandés, o dónde tomaba sus baños (por infrecuentes que fueran), porque quería encontrarlo.

—Va al bazar todos los miércoles por la tarde para mirar alfombras —me contó el chico de los recados, metiéndose la moneda en la manga con expresión insolente.

—¡Espera! —lo llamé, tratando de recuperar mi moneda, pero Tagui se escabulló hacia el *biruni*. Era un bribonzuelo muy astuto.

Dado que aquel día era miércoles precisamente, fui al bazar con una excusa y recorrí los puestos de alfombras, fingiendo interesarme por la mercancía. Mientras admiraba una pieza qashqai en color añil, divisé al holandés al otro lado del callejón conversando con un joven mercader de barba recortada. Lo observé hasta que se despidió y luego corrí para adelantarme a él y caminar hacia su encuentro como por mero accidente.

Me quité el *piché* para mostrar mi rostro y fui acercándome a él. El holandés contemplaba las alfombras colgadas en un puesto cuando me vio.

—*Salam aleikum* —lo saludé audazmente—. ¿Estás comprando?

—Pues sí —dijo el holandés, sorprendido de que le dirigiera la palabra. Le recordé quién era mi familia y la alfombra de lana que le habían regalado.

—¡Ah! —exclamó—. No he encontrado otra pieza mejor, ni que me cause más admiración.

Sonreí; su facilidad para las cortesías era poco habitual en un *farangi*, pero no por ello resultaba menos agradable. Visto de cerca, aquel holandés me resultó aún más extraño. Sus ojos azules eran transparentes como los de un gato y sus movimientos igual de impredecibles.

—Siempre ando a la búsqueda de buenas alfombras para venderlas en Holanda —explicó.

—Entonces tal vez te gustaría echar un vistazo a una que acabo de terminar.

—Desde luego, sería un placer.

—¿Puedo invitarte a que vayas a verla?

—Te estaría agradecido si pudieras hacer que me la enviaran —contestó—. Mi esposa llegará muy pronto y me gustaría mostrársela a ella también.

—Será un honor —dije.

—Con tu permiso, enviaré un mozo a tu casa para que traiga la alfombra a mi alojamiento.

—Por favor, indica al mozo que pregunte por mí y por nadie más —le pedí.

El holandés se quedó pensativo.

—¿No podría ayudarlo tu familia?

—Me gustaría darles una sorpresa —aduje tras un momento de vacilación, y una ávida expresión asomó a los ojos del holandés.

—Buena idea —dijo—. ¿Podríamos arreglarlo hoy mismo?

Me sorprendieron sus prisas, pero pensé que sería mejor acceder.

—Estoy a tu servicio.

El holandés se inclinó y se despidió de mí. Pagaba los precios más altos de los que yo había oído hablar. Si deseaba mi obra tendría que desembolsar una buena suma.

Cuando llegué a casa, el mozo ya me estaba esperando. Con la esperanza de realizar una venta rápida, le entregué la alfombra y le di una buena propina para asegurarme de que me ayudaría si lo necesitaba.

Confiando en que pronto recibiría una buena bolsa de dinero del holandés, seguí adelante con mi plan. Me cubrí bien para hacerme totalmente irreconocible y me dirigí a la Imagen del Mundo en busca de un escribiente. Encontré uno cerca de la Gran Mezquita y le di instrucciones para que escribiera una carta a Fereidun, con su mejor papel y su caligrafía más cuidada. Debía explicarle que me dirigía a él en nombre de Gostaham, para quien trabajaba, y, empleando el lenguaje más elegante de que fuera capaz, debía comunicarle que la familia le daba las gracias amablemente por la oferta de renovación del *sigué*, pero que la decisión me correspondía tomarla a mí, y yo la había rechazado por voluntad propia.

—¿Dónde está hoy tu familia? —preguntó el escribiente, que tenía una barba rala y una verruga junto a la nariz.

—En casa.

—Qué extraño que te hayan enviado aquí sola —comentó—, sobre todo con una misión como ésta.

—Se encuentran indispuestos.

—¿Todos?

Al ver que no respondía, me indicó que me acercara más y susurró:

—Lo haré, pero te costará tres veces más de lo normal.

¿Qué podía hacer? El escribiente se ganaba bien la vida gracias a su habilidad para determinar hasta qué punto estaban desesperados sus clientes.

—De acuerdo —asentí.

—Y si le cuentas a alguien quién te ha hecho de escribiente, juraré por el sagrado Corán que no he sido yo.

Luego redactó la carta y la leyó en susurros para que sólo yo lo oyera. No sonaba tan educada como la correspondencia que se intercambiaban Fereidun y Gostaham, por más que utilizaba un lenguaje ampuloso y lisonjero. Pensé en ello con perplejidad, pues no acertaba a discernir por qué parecía diferente. Por desgracia tenía prisa, así que tendría que servir tal cual estaba.

Regresé con la carta a casa y esperé a que Gostaham saliera. Entonces entré en su taller y saqué su sello del sitio en que lo escondía. Sabía que a menudo no se preocupaba de guardarlo bajo llave, ya que jamás se le habría ocurrido que alguien de la casa osara hacerse pasar por él. Derretí un poco de cera roja sobre el dorso de la carta y rápidamente la presioné con el sello. Ya nadie podría dudar de que procedía de la casa de Gostaham.

Cuando terminé, me sentí limpia por dentro por primera vez en meses. Por severo que fuera el castigo que me impusieran, no podía seguir con el *sigué*. Gostaham y Gordiyé se enfadarían muchísimo y me castigarían, pero pensé que me perdonarían como en las ocasiones anteriores.

Dejé lo más difícil para la tarde. Sentada sola en nuestra pequeña habitación, escribí una carta a Nahid. Mi caligrafía era tan desmañada como la de un niño, pero quería que recibiera una carta de mi puño y letra, que le comunicara exactamente lo

que sentía mi corazón. Ella me había enseñado a escribir y yo quería demostrarle cuánto había aprendido y cuánto apreciaba sus esfuerzos, sus conocimientos y su amistad. Sabía que ella comprendería la sinceridad de los sentimientos que se escondían tras las palabras torpemente escritas.

Nahid yun, mi queridísima amiga:

Te escribo para pedirte perdón. Has sido mi amiga más querida y te he hecho daño. Al principio, antes de que te prometieras a Fereidun, el sigué sólo me hacía daño a mí, pero cuando se renovó y no hice nada para impedirlo, fui desleal. Ojalá hubiera tomado la decisión correcta y te lo hubiera dicho antes de tu boda. Espero que perdones mi error. Siempre te querré, aunque comprendo que ya no puedas quererme. Por eso he decidido dejaros en paz a Fereidun y a ti. He rechazado su oferta de renovar el contrato por segunda vez, y por lo tanto nuestro sigué ha llegado a su fin. Te deseo una vida muy dichosa, y espero que un día me recuerdes con todo el afecto que siento por ti.

Después me arranqué del cuello el cordón de hilos de colores y desaté los siete nudos uno por uno, musitando una bendición cada vez. Metí los hilos sin nudos en el sobre. Nahid no sabría exactamente qué significaban, pero comprendería que había renunciado a un hechizo y que había hecho todo lo posible por favorecer su amor.

Al día siguiente, estábamos deshuesando dátiles cuando oímos a Gostaham gritando en el *biruni*. Chillaba cada vez más y llegué a captar las palabras «alfombra» y «*sigué*». Me limpié las manos y traté de armarme de valor.

—*Bibi yun*, he puesto fin al *sigué* —anuncié, tratando de mantener la calma.

—¡Que Alá nos proteja! —exclamó mi madre, cuyas manos empezaron a temblar mientras iba quitando semillas a los dátiles.

Gostaham irrumpió en el patio agitando una carta en la mano, con el turbante torcido y la túnica púrpura empapada de sudor. Gordiyé le pisaba los talones y le suplicaba que le contara qué ocurría. Recordando el día en que los dos me habían gritado por destrozar la alfombra, empecé a sudar y me sonrojé, aunque esta vez sabía que había obrado correctamente. Me levanté para enfrentarme a ellos.

Gostaham arrojó la carta a mis pies.

—¿De dónde ha salido esto?

—Yo no sé leer ni escribir —aduje, fingiendo ignorancia.

—Hoy he ido a la residencia de Fereidun para reclamar el dinero que nos debe —declaró Gostaham, rojo de rabia, sin prestar atención a mis palabras—. ¡Y cuál no ha sido mi sorpresa cuando me ha informado que yo le había enviado una carta rechazando el *sigué*!

—¿Qué? —exclamó Gordiyé, asombrada.

—Enseguida me mostró mi propio sello en la carta y no pude negarlo. Me justifiqué diciéndole que había contratado a un nuevo escribiente, al que echaría de inmediato. Le supliqué perdón por la torpeza de la carta, y ensalcé su nombre y su generosidad.

Gordiyé se cubrió la cara con las manos como si no pudiera soportar tanta vergüenza.

Yo temblaba de pies a cabeza. Aunque había oído el texto antes de enviarlo, no sabía lo bastante para darme cuenta de que el escribiente lo había hecho tan mal. Mi silencio y mi rubor delataron mi culpabilidad.

—¿Cómo se atreve una mujer de mi casa a colocarme en tan humillante posición? —Me agarró por la túnica y me zarandeó—. ¡No tienes excusa! —estalló. Me estampó una mano en la sien y me dio un puñetazo en la mandíbula con la otra. Me desplomé.

Mi madre se interpuso entre él y yo.

—¡Pégame a mí! —gritó—. Pero no vuelvas a tocar a mi hija.

—Entonces deduzco que Fereidun no te ha pagado —dijo Gordiyé a su marido.

—¿Pagarme? —Gostaham soltó un resoplido de burla—. He tenido suerte de que no ordenara a alguien que me envenenara. He tenido que inventar más mentiras para conseguir que me perdonara. Le dije que le habíamos encontrado un marido y que sería más conveniente para ella aceptarlo mientras aún fuera joven, a menos que él quisiera tomarla como esposa.

—¿Y qué contestó? —preguntó mi madre, incapaz de disimular cierta esperanza. Me apreté la mejilla con la mano tratando de aliviar el dolor de la mandíbula. Notaba el sabor metálico de la sangre en la lengua.

—Me dijo: «La he usado hasta hartarme.» Y luego se frotó las manos como si quisiera limpiárselas.

Era exactamente lo que yo esperaba. Tal vez habría podido complacer a Fereidun un poco más, pero al final habría acabado desembarazándose de mí.

El rostro de Gordiyé se contrajo en una mueca de rabia.

—¡Llevas el mal en tus pasos! —exclamó—. De no ser así, tu padre no habría muerto tan pronto, Nahid no habría descubierto el *sigué*, y nuestros amigos no habrían cancelado sus pedidos.

No había modo de librarse de semejante mal, que llevaría siempre la desgracia a la casa y contaminaría cuanto tocara, al menos a los ojos de Gordiyé.

—Nahid lo descubrió por Kobra —expliqué, y me salió sangre por la boca. Mi madre se quitó el pañuelo que le cubría la cabeza, dejando que cayeran sobre los hombros sus largos cabellos grises, y me secó la sangre—. Yo sólo admití que era cierto.

—Podrías haber mentido —replicó Gordiyé.

—¡No podía soportarlo más! —exclamé, y el simple hecho de hablar me causaba un gran dolor—. ¿Cómo te sentirías si cada tres meses tuvieras que preocuparte por si

tu marido te quiere aún? ¿O si tu mejor amiga amenazara a tus hijos?

—Que Alá proteja siempre a mis hijas —replicó Gordiyé, haciendo caso omiso de mis preguntas.

Recogí la carta que Gostaham había arrojado a mis pies. De eso sí que me avergonzaba. Nadie me había enseñado más que él, y aunque no me había protegido como padre, había sido un maestro afectuoso.

—No tengo excusa por haber cogido tu sello sin tu permiso —me disculpé—. Lo hice sólo porque no veía otro modo de terminar con el *sigué*.

—¡Podrías haberme contado lo desgraciada que te sentías! —se indignó Gostaham—. Yo podría haberle comunicado a Fereidun tu decisión, disculpándome y agradeciéndole su generosidad debidamente. Sin duda está furioso porque no esperaba ser rechazado con tan poca elegancia y tan mala redacción.

Suspiré. Una vez más había cometido el error de actuar con precipitación, pero esta vez tenía buenas razones.

—Pero Gordiyé me ordenó que aceptara.

—Si me hubieras confiado tus planes, yo habría visto el peligro y habría hallado un modo mejor de hacerlo.

No le creí, pues jamás le había visto ir en contra de los deseos de su mujer.

—Lamento profundamente mi error —insistí—. Sé que no siempre hago las cosas como deben hacerse aquí en Isfahán. Beso tus pies, *amu*.

Gostaham levantó las manos y alzó la mirada al cielo, como si la capacidad de perdonar le viniera de arriba.

—¿No han causado ya bastantes problemas? —terció Gordiyé—. Han cancelado los pedidos de varias alfombras por su culpa. Ya no merecen vivir aquí.

Volví a intentarlo, pues no tenía nada que perder.

—Te suplico que nos permitas seguir bajo tu protección —rogué a Gostaham—. Trabajaré como una esclava en tus alfombras, y no te costará ni un toman tenernos aquí. Obedeceré todas tus órdenes sin quejarme.

—Eso dijo la última vez —protestó Gordiyé.

Gostaham guardó silencio.

—Sí, en efecto —declaró al fin—. Es una lástima, una verdadera lástima.

Gordiyé no necesitó oír más para pronunciar las palabras que hacía semanas anhelaba decir:

—Os expulsamos de esta casa. Mañana mismo tendréis que iros.

Gostaham dio un respingo, pero no la contradijo. Se alejó seguido de su mujer, dejándome tirada en el suelo, sangrando. Mi madre me echó la cabeza atrás y usó el pañuelo para limpiarme la boca, donde tenía la herida. Yo hacía muecas de dolor.

Al poco rato oímos los gemidos de Gordiyé por toda la casa. Gostaham recibía su recompensa por haber permitido que se saliera con la suya.

—¡Qué asco! —musité.

Mi madre guardó silencio.

—*Bibi* —mascullé, pues apenas podía abrir la boca—. Siento el modo en que he hecho las cosas.

Mi madre ni siquiera me miró. Se levantó bruscamente con el rostro inexpresivo y se fue a la cocina, dejándome sola.

—¡Oh, no! ¡Otra vez ella! —oí decir a la cocinera.

Al principio me quedé en el suelo, desconcertada. Luego me levanté despacio y logré llegar hasta mi cama, gimiendo de dolor.

Shamsi, Zohré y mi madre terminaron de deshuesar los dátiles para la comida. El intenso aroma del guiso de cordero impregnó el aire, y oí a los sirvientes comiendo juntos. Yo me quedé en la cama, dormitando a ratos, sin dejar de presionarme la mandíbula para mitigar el dolor. Cuando mi madre vino a acostarse, no me preguntó cómo me encontraba. Durante la noche me levanté para ir a las letrinas y tropecé con Shamsi, que puso los ojos como platos al verme. Me llevé la mano a la cara y descubrí que la mejilla se me había hinchado como una pelota.

Por la mañana no podía ni abrir la boca para comer y tenía el labio inferior insensible. Alí Asgar, que sabía de caballos y ovejas, me palpó la mandíbula para ver si había alguna fractura.

—No creo que esté rota —comentó, pero por si acaso me vendó la cara con un trapo y me lo ató en lo alto de la cabeza, indicándome que no me lo quitara hasta que se me pasara el dolor.

—¿Cuánto tiempo? —pregunté con los dientes apretados.

—Una semana por lo menos —contestó. En sus ojos había una expresión de piedad—. Merecías ser castigada —dijo— pero no así. Ni a un maldito perro le haría yo tanto daño como te ha hecho él a ti.

—¡Y todo por su mujer! —intervino mi madre.

—Como siempre —asintió Alí Asgar, que servía en la casa desde hacía muchos años—. Eso nunca cambiará.

Hicimos unos hatillos con nuestras escasas pertenencias y esperamos a Gordiyé y Gostaham en el patio.

—¿Dónde está tu alfombra? —preguntó mi madre, mirando con preocupación mi pequeño fardo.

—Creo que el holandés me la va a comprar —contesté, aunque no había recibido noticias de él. Me pregunté con cierta inquietud por qué su mozo no había regresado con una oferta.

Justo entonces Gordiyé y Gostaham salieron al patio vestidos con sus túnicas limpias, rosa la de ella y color vino la de él. Nadie comentó nada sobre mi cara hinchada o el trapo que llevaba atado alrededor de la cabeza. Gordiyé me ofreció sus rígidas mejillas para que le diera un beso de despedida y luego apartó la mirada con resolución. Gostaham me cogió la mano y me dejó una pequeña bolsa de monedas en

la manga cuando Gordiyé no miraba, así que pensé que Alí Asgar debía de haberle hablado sobre mi herida.

—Gracias por todo lo que habéis hecho por nosotras —dijo mi madre a ambos—. Pido perdón por haber sido una carga para vosotros.

—Que Alá os acompañe —replicó Gordiyé en un tono que daba a entender que necesitaríamos ayuda.

—Y a ti también —dijo mi madre. Miró a marido y mujer esperanzada, por si finalmente se apiadaban de nosotras, pero ellos apartaron la vista y volvieron a entrar en el *biruni*.

Yo me limité a decir adiós, pues me dolía la cara, y el corazón aún más.

Alí Asgar nos acompañó hasta la calle, donde vimos las altas puertas de la casa cerrarse a nuestras espaldas. Desde el exterior, la casa de Gostaham parecía una fortaleza. Nada revelaba de los placeres que guardaba en su interior, ni siquiera una luz escapaba. Las demás casas de la calle se veían igualmente inhóspitas y desprovistas de vida.

Caminamos hasta el extremo de la calle que daba a los Cuatro Jardines. El mendigo se hallaba en su puesto habitual junto al cedro, con el cuenco de limosnas vacío. Temblaba por el viento y tenía el muñón azulado de frío. Al verlo, mi madre se encorvó y lanzó un gemido desde lo más profundo de su corazón.

—Buena *janum*, ¿qué te aflige? ¿En qué puedo ayudarte? —preguntó el mendigo, agitando su muñón.

Viendo que aquel hombre harapiento le ofrecía su ayuda, mi madre gimió con más fuerza. Traté de abrazarla, pero ella se apartó de mí.

—*Bibi yun*, saldremos adelante —le dije con los dientes apretados, pero mis palabras no sonaron convincentes, pues ni yo misma me las creía.

—No, no será así —replicó ella—. Tú no entiendes lo que has hecho. Ahora estamos en la calle y es posible que muramos.

—Pero...

—Deberíamos volver a nuestra aldea —musitó—. Al menos allí tenemos un techo que nos cobije.

Me imaginé abandonando la ciudad en que habíamos vivido, cruzando el puente construido para el sah. Pero no conseguía dar más que unos pasos en mi mente antes de pensar en darme la vuelta para contemplarla una vez más, aunque sólo fuera para ver sus cúpulas de color limón y turquesa a la luz de la mañana. Y luego me imaginaba dando unos pasos más, sólo para detenerme en uno de los arcos del puente y volver a abrazar la ciudad con los ojos. Me había convertido en un ruiseñor de la rosa de Isfahán, cantando una canción eterna de amor a su belleza.

—No quiero irme de aquí —declaré.

—No me dirijas la palabra —espetó mi madre.

Eché a andar y yo la seguí, mientras el amable mendigo nos rogaba que hiciéramos las paces.

Sus pasos nos condujeron a la Imagen del Mundo, donde un viento cortante levantaba el polvo de la plaza. Un hombre pasó junto a nosotras frotándose las manos y temblando. Los vendedores ambulantes eran como mosquitos, arremolinados a nuestro alrededor sin darnos un respiro. Un vendedor de cuchillos no hacía más que ponernos «hojas tan afiladas como las de Salomón» delante de las narices.

—Dejadnos, no tenemos dinero —repliqué al fin, y la mandíbula me dolió al hablar.

Una ráfaga de viento nos lanzó polvo a la cara. A mi madre le entró en la garganta y empezó a toser. Llamé a un niño de los que ofrecían café para que nos trajera dos tazas y le pagué con una de mis escasas monedas. El vendedor de cuchillos vio el brillo de la plata desde el otro lado de la plaza y movió una hoja para que el reflejo del sol me diera en los ojos.

Me dispuse a lanzarle una maldición, pero mi madre me lo impidió.

—Cierra la boca por una vez.

Escarmentada, bebí el café entreabriendo apenas los labios. No tenía la menor idea de lo que íbamos a hacer, pero sería mejor que pensara algo rápido antes de que mi madre empezara a buscar un camellero para que nos llevara de vuelta a la aldea.

—Tengo una idea —dije.

Me levanté y mi madre me siguió. Nos abrimos paso entre los vendedores ambulantes, hasta que divisé un grupo de mujeres que exhibía sus humildes mercancías cerca de la entrada al bazar. Una ofrecía un árbol de la vida bordado a mano, seguramente el objeto más valioso que tenía en su casa. Otra vendía mantas tejidas con sus propias manos. Busqué a Maleké y la encontré sentada en cuclillas sobre sus dos alfombras. Cuando me vio, se puso en pie inmediatamente con expresión horrorizada.

—¡Que Alá te guarde! —exclamó—. ¿Qué te ha ocurrido?

—Maleké —susurré—, ¿puedes ayudarnos?

Se echó hacia atrás sin dejar de mirarme la cara hinchada y amoratada.

—¿Qué has hecho?

No me sorprendió que sospechara de mí, pues mi aspecto era en verdad espantoso.

—Gordiyé ha decidido que éramos una carga demasiado pesada —expliqué.

—¿Has deshonrado a tu familia? —preguntó entornando los ojos.

—¡Por supuesto que no! —se apresuró a responder mi madre—. Mi hija jamás haría tal cosa.

Maleké pareció compungida, pues mi madre, con sus negras ropas de luto, era una viuda respetable.

—Se enfurecieron por un error de juicio que cometí con una alfombra —expliqué, lo que en parte era cierto. No quería hablarle del *sigué*, por miedo a rebajarme a sus ojos—. Maleké, ¿conoces a alguien que aceptara acoger a dos pobres mujeres? Tenemos dinero para pagar.

Agité la pequeña bolsa de monedas que ocultaba bajo el fajín. Sabía que Maleké precisaba el dinero tanto como nosotras la protección de una familia. La mujer suspiró.

—Mi marido sigue enfermo, y sólo tenemos una habitación para los cuatro.

—Te lo suplico —insistí—. Nosotras podemos cuidar de él cuando tú no estés.

Ella vaciló. Parecía a punto de negarse.

—Sé preparar medicinas —le ofreció mi madre—. Intentaré curarlo.

Por un momento, la esperanza embelleció el rostro de Maleké.

—¿Qué sabes hacer? —preguntó.

—Puedo preparar un brebaje de hierbas de la montaña que curará sus pulmones —respondió mi madre con presteza, y señaló su hatillo—. Aquí tengo las que recogí durante el verano.

—Tú me ayudaste cuando estaba muy necesitada —declaró tras un suspiro—. No permitiré que muráis de hambre o de frío.

—¡Qué Alá derrame sus bendiciones sobre ti! —deseé. La mujer tenía motivos más que suficientes para no creerme, pero había decidido ayudarme de todas formas.

Nos sentamos en cuclillas junto a ella para ayudarla a vender. Maleké llamaba la atención de los transeúntes, instándolos a examinar sus alfombras. Muchos hombres se detenían para mirarla a ella, pues sus labios eran como un capullo de rosa y sus dientes parecían perlas. Mi madre trataba de distraerlos explicándoles los méritos de las alfombras, pero había perdido su proverbial elocuencia. Recordé el modo en que había engatusado al mercader de sedas para que comprara mi alfombra turquesa, regateando con coqueta timidez hasta conseguir un buen precio. Ahora sólo era una mujer cansada y nadie se detenía a bromear con ella. Yo permanecía sentada, apretándome la mandíbula para mitigar el dolor. La única persona que hizo negocio en un día tan frío fue la tejedora de mantas, pues su mercancía era irresistible.

Al final de la tarde, Maleké no había logrado vender nada y casi todos los posibles clientes se habían retirado a sus hogares. Enrolló sus alfombras y cargó al hombro con una de ellas, mientras yo llevaba la otra. Mi madre cogió los dos hatillos y así atravesamos el abrigado bazar en dirección a la plaza vieja y la antigua Gran Mezquita.

Mi madre caminaba rígidamente junto a Maleké, sin volverse para mirarme ni preguntarme qué tal estaba. El dolor de la mandíbula se extendía por todo mi cuerpo, pero la indiferencia de mi progenitura me hacía sufrir aún más.

Cuando cruzamos la plaza vieja por la que tantas veces había pasado para reunirme con Fereidun, pensé en él y en la pequeña calle arbolada donde se hallaba su casa de placer, semejante a una joya. Tal vez se hallara allí en ese preciso instante, preparándose para recibir a otro músico u otra mujer conseguida mediante un *sigué*. Sentí una punzada, como si lo tuviera dentro de mí, y el calor me subió del vientre a la cara. Debía olvidarme de tales placeres, puesto que posiblemente no volvería a disfrutar de ellos nunca más.

Seguimos caminando hasta que casi salimos de la ciudad. Yo no era consciente de que la casa de placer de Fereidun se hallara tan cerca del laberinto de calles donde moraban los sirvientes. Maleké tomó por un callejón oscuro, tortuoso y enfangado. Había basura esparcida por la calle y las moscas zumbaban a su alrededor. Los charcos de orines y excrementos hedían aún más, pues allí no había pilas de recogida. Sucios perros callejeros se abalanzaban sobre las inmundicias y salían corriendo cuando niños pequeños y mugrientos les arrojaban piedras.

Aunque todavía era de día, a medida que avanzábamos por aquellas callejas sinuosas aumentaba la oscuridad, igual que los olores. Finalmente, tras mil y una vueltas, llegamos a la puerta rota de Maleké. Entramos en un patio diminuto con el suelo de losas rotas, donde jugaban y se peleaban unos niños. Dos chicos corrieron hacia Maleké tendiéndole las sucias manos.

—*Bibi*, ¿hay pollo? ¿Hay carne?

—No, almas mías —contestó ella dulcemente—. Hoy no.

Decepcionados, los niños regresaron con sus amigos y volvieron a oírse chillidos.

—Son mis hijos Salman y Shavali —dijo Maleké, y empujó la puerta que conducía a la habitación—. Bienvenidas. Por favor, acomodaos mientras preparo el té.

Mi madre y yo dejamos los zapatos junto a la puerta y nos sentamos. En un extremo de la habitación había un horno diminuto para cocinar y caldear la habitación, y cerca unos cuantos cacharros renegridos. En el suelo había dos cestos que sin duda contenían toda la ropa y las pertenencias de la familia. El techo tenía manchas marrones que delataban el lugar por donde se filtraba el agua al llover. Compadecí a Maleké por tener que vivir tan miserablemente. Al contratarla no había comprendido en realidad cuán acuciante era su necesidad de dinero.

El marido de Maleké, Davud, dormía sobre unas mantas en un rincón. Respiraba con dificultad, como si tuviera algo metido en los pulmones. Maleké le tocó la frente para comprobar si tenía fiebre y le secó el sudor con un trapo.

—Pobrecito —murmuró.

Bebimos el té las tres juntas sin apenas pronunciar palabra. Puse mucho cuidado en no herirme los labios con el borde de la desportillada taza. Al cabo de un rato, Maleké llamó a los niños para que entraran a cenar, aunque sólo podía ofrecerles pan y queso. Mi madre y yo rechazamos su comida, asegurándole que no teníamos hambre. De todas formas, yo ni siquiera habría podido meterme el pan en la boca.

—Necesitas un poco de sopa —me dijo Maleké, compasiva.

—Con tu permiso, mañana prepararé sopa para todos —dijo mi madre.

—Ah, pero ¿con qué dinero?

—Aún nos queda un poco —respondí con voz ronca. La mandíbula me mataba de dolor.

Cuando anocheció, extendimos las mantas de la familia en el suelo. Davud dormía pegado a una pared y Maleké a su lado, con los niños en medio. Mi madre se

echó junto a nuestros anfitriones y después me tumbé yo. Cuando nos tocábamos sin querer, mi madre se apartaba, guardando siempre la distancia.

Una vez acostados, apenas quedaba espacio suficiente para que una persona se levantara y utilizara el orinal, situado cerca del horno para preservar cierta intimidad. Davud resolló ruidosamente toda la noche. Los niños debían de tener pesadillas, pues gritaban de vez en cuando. Maleké también suspiraba a menudo en sueños. Sé que yo gemía, pues en una ocasión me desperté al oír un horrible sonido y comprendí que había sido yo.

Durante la noche empezó a llover. Me desperté al notar en el rostro una gota de agua fría caída del techo. Al secarme, pensé en la Gran Sala de Gostaham, con sus alfombras rojas como rubíes, sus jarrones de flores y su ambiente siempre bien caldeado. Me estremecí y me tapé bien con la manta. Cuando por fin me levanté al amanecer, estaba más cansada que al acostarme.

Por la mañana, mi madre y yo nos ofrecimos a quedarnos al cuidado del marido y los hijos de Maleké mientras ella trataba de vender sus alfombras. Pero antes de irse, para preservar nuestra honestidad a los ojos de Alá y de los vecinos, nos pidió que nos comprometiéramos a sendos *sigues* con Salman y Shavali. Los niños sólo tenían cinco y seis años, de modo que no eran verdaderos matrimonios, claro está. Simplemente declaramos que aceptábamos el *sigué* durante un mes y, de esta forma, nos convertimos en parte de la familia.

—Ahora sois nuestras nueras —dijo Maleké con una sonrisa—. Incluso tú, *janum*.

Me resultaba extraño pensar que mi madre fuera la nuera de una mujer que tenía la mitad de sus años, pero era necesario.

Cuando Maleké se fue, mi madre pidió a los niños que la acompañaran al bazar más cercano, donde compró una bolsa de huesos de cordero baratos. Los echó en un cacharro lleno de agua y lo puso a hervir al fuego con un puñado de verduras. Davud despertó, miró alrededor, confuso, y nos preguntó quiénes éramos.

—Amigas —respondió mi madre—; estamos preparando una sopa para curarte.

Él soltó un gruñido y se dio la vuelta para seguir durmiendo. Mientras tanto, yo seguía acostada, sumida en un estado de aturdimiento. De vez en cuando me adormilaba, pero enseguida volvía a despertarme el dolor de la mandíbula y la sensación de hambre. Era difícil descansar en la casa de Maleké, que era muy ruidosa: en las diferentes habitaciones que daban al patio compartido vivían seis familias más, incluyendo la de Katayun con su hermano Amir y su madre, de modo que las idas y venidas eran constantes. Hasta mí llegaban incontables olores: de los hediondos excrementos de la noche, del aceite rancio de cocinar, el espantoso hedor a sangre de pollo, el tufo acre de las judías hervidas, la peste a zapatos en el patio, y todas las pestilencias de una convivencia tan próxima. Y después estaban los ruidos

interminables: una madre que gritaba a su hijo para que estudiara, un marido que discutía con su esposa, unos vecinos que se peleaban por dinero, el chirrido de las ruedas al pasar por la calle plagada de baches fangosos, el ruido de las verduras al ser cortadas, de las oraciones musitadas, los gemidos de dolor y de angustia. Todo lo oía. La casa de Gostaham era silenciosa como una tumba.

Sólo saber que poseía una valiosa alfombra me impidió caer en la desesperación. Cuando me recobrara, buscaría al holandés y completaría la venta, y en cuanto tuviera el dinero empezaría a tejer una pieza nueva con Katayun y Maleké. Soñaba con contratar a otras mujeres para que pudiéramos trabajar en varias alfombras a la vez, igual que en el taller de alfombras real. Quizá entonces mi madre y yo ganaríamos por fin dinero suficiente para mantenernos y vivir bien.

Tardé más de una semana en recuperarme lo suficiente para ponerme a buscar al holandés. No había querido ir a visitarlo mientras tenía la mandíbula amoratada e hinchada, por temor a que creyera que aceptaría cualquier precio por la alfombra.

Cuando le dije a mi madre que pensaba ir en busca del holandés, ella me respondió únicamente con dos palabras:

—Yo cocinaré.

Seguía sin dirigirme apenas la palabra. Su ira me hería profundamente, pero esperaba que el dinero del holandés la aplacara.

Mi madre cogió la última moneda que nos quedaba y compró un pollo en el pequeño bazar que había cerca de la casa de Maleké. Lo degolló en el patio, mientras los niños de todas las familias la observaban con envidia; luego desplumó el ave y la puso al fuego con verduras frescas. Maleké volvió a casa al anochecer y se encontró con el delicioso aroma a estofado, un manjar que no había saboreado en mucho tiempo. Nos dimos un festín todos juntos. Incluso Davud se sentó para tomar unos bocados y declaró que era «el alimento del paraíso».

El día siguiente era miércoles, y yo esperaba que el holandés visitara el bazar como tenía por costumbre. Mi madre calentó las sobras del estofado con pan y comí al mediodía antes de ponerme la única ropa buena que me quedaba —el vestido naranja con la túnica púrpura que me había dado Nahid—, aunque sabía que nadie la vería.

—Volveré pronto, espero que con buenas noticias —anuncié.

—Buena suerte —replicó mi madre con sequedad, sin siquiera mirarme.

Salí con el chador pero sin *piché*, para que el extranjero me reconociera. Crucé el bazar en dirección a la Imagen del Mundo. Aunque llevaba poco tiempo con la familia de Maleké, ya no me sentía parte del Gran Bazar, con el palacio del sah y su mezquita amarilla que resplandecía en el cielo sereno, pues ahora vivía en un lugar donde incluso resultaba difícil mantenerse limpio.

En una de las callejas del bazar me encontré con el joven músico que tocaba el *kamanché*, más sucio y desaliñado que nunca. Pasé deprisa por delante de él, pues no tenía nada que darle. ¡Cuántos mendigos había por toda la ciudad! Hasta entonces

apenas había reparado en ellos.

Cuando llegué la zona del bazar donde se vendían las alfombras fingí observar las mercancías mientras esperaba oír el familiar acento extranjero del holandés. Para pasar el rato, examiné una alfombra de oración con una reluciente franja de seda de color azabache entre dos columnas blancas unidas por un arco. Estaba tan bien tejida y era una visión tan pura, que olvidé el dolor de la mandíbula.

Pasé muchas horas paseándome por las tiendas, pero el holandés no dio señales de vida. Sin perder aún las esperanzas, pregunté a los mercaderes si lo conocían o sabían dónde vivía. Uno de ellos, un hombre corpulento al que resultaba difícil ver con claridad a través de la densa nube de opio que llenaba su tienda, me dijo que no lo había visto en varios días. Al reparar en mi expresión de alarma, me sonrió lascivamente y dijo que me daría dinero si lo necesitaba. Salí corriendo de la tienda ciñéndome con fuerza el chador bajo el mentón.

Cada vez hacía más frío. Me soplé en las manos para calentarlas, acuclillándome un momento junto a una tienda. Un niño pasó por delante con una bandeja de tazas de café humeantes, voceando las cualidades de su infusión, que hacía correr la sangre. Miré con ansia el preciado líquido caliente, pero no tenía ni una sola moneda.

Recordé que la vez anterior había visto al holandés hablando con un joven mercader, y fui caminando lentamente hasta su tienda. El hombre estaba solo, sentado en un cojín con un atril en el regazo, repasando un libro de cuentas.

—*Salam aleikum* —dije.

Él me devolvió el saludo y preguntó en qué podía ayudarme.

—¿Conoces al *farangi* de ojos azules?

—El holandés —asintió, poniéndose en pie. El corazón me dio un vuelco, pues con su barba recortada y su esbelta figura, el mercader me recordó a Fereidun. Me ruboricé y bajé los ojos.

—Lo busco por un asunto urgente —expliqué—. ¿Podrías indicarme dónde puedo encontrarlo?

—No podrás —respondió—. Se ha ido.

—¿Se ha ido de Isfahán?

—De Irán.

El corazón se me desbocó y tuve que apoyarme en la entrada de la tienda.

—¿Qué te aflige, *janum*? —preguntó el mercader, dirigiéndose a mí respetuosamente como si fuera una mujer casada.

—No me siento... bien —respondí, tratando de serenarme. Después de todo lo que nos había ocurrido a mi madre y a mí, no soportaba la idea de que me hubieran robado mi única esperanza de futuro.

—Siéntate y descansa, te lo ruego —ofreció él.

Me dejé caer en los cojines, tratando de recobrar la compostura, mientras él llamaba a un niño que pasaba con una bandeja de café y le pagaba una taza. Apuré el contenido rápidamente, agradeciendo su familiar calor.

Por supuesto, mi actitud había despertado la curiosidad del mercader.

—¿Qué negocio tienes con el holandés? —preguntó, manteniéndose aún a una respetuosa distancia.

—Esperaba venderle una alfombra —expliqué—. Su criado vino a buscarla hace semanas y no he sabido nada de él desde entonces.

Me costaba disimular el dolor que me atenazaba. Pensé en Nahid y en cómo se esforzaba en mantener la serenidad. Intenté imitarla, hincándome las uñas en la palma.

—Lo siento mucho, *janum* —dijo el mercader—. Deberías saber que los *farangi* sólo vienen a hacerse ricos y que muchos de ellos tienen modales de perro.

Pensé en el grosero comportamiento del extranjero en casa de Gostaham.

—He oído decir que incluso consiguió gratis una alfombra de una familia de fabricantes de Isfahán. Se necesita mucha labia para conseguir algo así —comentó el mercader.

—Qué gran suerte —repliqué amargamente, recordando la traición de Gordiyé. Miré alrededor y me di cuenta de que otros vendedores empezaban a fijarse en mí. Me levanté para irme; no podía permanecer sola en la tienda de un hombre sin que la gente empezara a hacer comentarios sobre mi honor—. Si vuelves a verlo, ¿le dirás que una mujer lo busca? Tal vez lo haya olvidado.

—Por supuesto —asintió—. Si Dios quiere, volverá y te pagará lo que te debe.

—¿Puedo volver para preguntar por él?

—No soy más que polvo bajo tus pies —respondió el hombre.

La expresión de lástima de sus ojos me indicó que no creía que volviera a ver al holandés nunca más. Le di las gracias por su bondad e inicié el largo camino de vuelta. Era casi de noche y el tiempo se había vuelto frío y desapacible. Mientras caminaba pesadamente por la vieja plaza, empezaron a caer los primeros copos de nieve del año. Cuando llegué a casa de Maleké, tenía el chador empapado. Me dolía la mandíbula por el frío y tuve que calentarme delante del horno para poder hablar. Maleké y sus hijos se arremolinaron en torno a mí, e incluso mi madre me miró con la esperanza de que fuera portadora de buenas noticias.

Cuando les dije que no debían esperar nada, Davud sufrió un ataque de tos con esputos que parecía no acabar nunca. Maleké se mostró infinitamente cansada, como si sus huesos ya no tuvieran fuerzas para el peso del cuerpo. Y la preocupación hizo aún más profundas las arrugas del rostro de mi madre.

Maleké me miró con asombro.

—¿Dejaste que el mozo se llevara tu alfombra... sin ninguna garantía? —preguntó.

—El holandés hacía negocios con Gostaham —contesté—. Pensé que eso sería garantía suficiente.

Mi madre y Maleké se miraron.

—Tus diseños son muy hermosos —dijo Maleké pensativamente—. Muestras una

gran convicción cuando cantas los colores de una alfombra. Es fácil olvidar que aún eres muy joven.

Mi madre suspiró.

—Más joven de lo que parece —declaró sombríamente y no volvió a abrir la boca.

Nos sentamos a beber té aguado y comer pan frío, pues nada más teníamos, oyendo los gritos agudos y airados de los niños en el patio.

* * *

Yo quería empezar otra alfombra, pero no teníamos con qué comprar la lana. Nuestro único medio de obtener dinero era preparar medicinas y venderlas. Mi madre había observado que la mayoría de los residentes de aquel barrio tosían y estornudaban a causa del frío, así que decidió hacer un brebaje para afecciones de los pulmones, nariz y garganta.

—Inténtalo si quieres —dijo Maleké, dubitativa—, pero la gente de aquí es demasiado pobre para tales lujos.

Pregunté si podía ayudar.

—Creo que ya has ayudado bastante —replicó mi madre con tono cortante.

Me quedé sentada en silencio mientras ella encendía un buen fuego en el horno y ponía a hervir las hierbas y raíces que había recogido durante el verano. La minúscula habitación quedó saturada de vapor y de un olor amargo. Los ojos me escocían tanto que tenía que salir al patio de vez en cuando. Pero al menos el marido de Maleké pareció mejorar: el vapor le aclaró la garganta y le permitió respirar con mayor facilidad durante un rato.

Por la tarde, mi madre me envió al pequeño bazar del barrio a comprar varias docenas de tarros de arcilla baratos, sin adornos, con tapones también de arcilla. Miré las monedas que puso en mi mano, tan escasas que sólo alguien más mísero que nosotras se molestaría en aceptarlas. De todas formas me encaminé al bazar, levantando el borde del chador de vez en cuando para que no se manchara con las porquerías del suelo. Aquel mercado ofrecía a los habitantes más pobres de la ciudad toscos cacharros, zapatos hechos de trapos viejos, mantas raídas y turbantes usados.

El primer comerciante de cacharros al que me dirigí se mofó de mí al ver las monedas.

—No doy caridad —dijo.

Busqué la tienda más destartada, pero cuando le ofrecí al mercader mis monedas, también se rió de mí. Oí los quejidos de un niño en la trastienda y le ofrecí llevarle dos tarros de medicina que servía para calmar a los niños y curar la tos. Él aceptó el trato, pero comprendí que en parte lo hacía por bondad, debido a mi lamentable aspecto. Había visto mi imagen reflejada en los cacharros de metal que vendían a la entrada del bazar y sabía que estaba muy delgada y desnutrida.

Cuando mi madre terminó de preparar la medicina, llenó los frascos y les puso el tapón. Llevé dos de ellos al mercader, quien me dio las gracias por haber cumplido mi promesa tan rápidamente. Luego anunciamos a todas las familias del patio que cambiábamos medicinas por monedas o comida. Pero Maleké estaba en lo cierto: nadie podía permitírselo. No era como en el barrio de Gostaham, donde las familias guardaban medicinas en casa. En esa zona, la enfermedad era una tragedia demasiado costosa; sólo cuando era absolutamente imprescindible se llamaba al médico y luego se enviaba a una mujer al boticario para comprar lo que hubiera prescrito y preparar un remedio.

Después de fracasar con los vecinos, hicimos planes para llevar la medicina a otra parte. Dado que todos los vendedores ambulantes respetables eran hombres, pedimos al hermano de Katayun, Amir, que nos acompañara a zonas más ricas de la ciudad. Era un chico alto y desgarbado de modales afables y una voz grave como de hombre adulto.

El primer día salimos temprano por la mañana y nos dirigimos a un barrio próspero cercano a los Cuatro Jardines, lo bastante lejos de la casa de Gostaham para no encontrarnos con él casualmente. Amir enseguida le tomó gusto a su papel.

—¡Para que respire con la misma facilidad del viento! —gritaba, y su cálido aliento formaba una nube en el aire—. ¡Medicina hecha por una herborista del sur con habilidades demostradas!

De vez en cuando salía algún criado para examinar nuestra mercancía. Si era un hombre, Amir cogía un tarro y trataba de convencerlo de que se lo quedara. Si era una mujer, lo hacíamos mi madre o yo. Por la tarde habíamos logrado vender dos frascos y teníamos dinero suficiente para comprar pan y riñones asados para los tres.

—¿Probamos cerca de la mezquita con el minarete de latón? —pregunté a mi madre.

Ella no contestó. Suspiré y la seguí de vuelta a casa.

Durante las semanas siguientes ofrecimos nuestro remedio en los barrios ricos de la ciudad todos los días menos los viernes. El tiempo era más frío y había más gente enferma. No ganábamos mucho dinero, pero bastaba para alimentarnos y añadir algo más de comida a la mesa de Katayun.

Una mañana, mi madre se despertó con los ojos vidriosos y la sensación de tener el pecho cargado. Me ofrecí a salir sola con Amir, pero ella dijo que no sería correcto. Por más que le rogué que se quedara en casa, se levantó con dificultad y fuimos a recorrer la parte cristiana de la ciudad, al otro lado del puente de los Treinta y Tres Arcos.

Hacía mucho frío. Soplaba un viento helado procedente del Río Eterno, y las cumbres de las montañas Zagros estaban cubiertas de nieve. La corriente de agua parecía a punto de helarse. Cuando cruzábamos el puente, una poderosa ráfaga de aire helado nos envolvió. Mi madre y yo nos abrazamos para que no nos arrastrara el viento.

—¡Agg! —exclamó ella con voz ronca.

Seguimos por el puente, dejamos atrás la gran iglesia y enfilamos por una calle que parecía bastante próspera.

A pesar del frío, Amir no había perdido su entusiasmo. Ensalzaba los méritos de nuestra medicina con una voz vibrante y potente que era una invitación, sobre todo para las mujeres. Una joven y bonita sirvienta salió de una casa para inspeccionar los tarros. Cuando mi madre y yo acudimos a saludarla, pareció decepcionada al ver que no se acercaba Amir.

—¡Para respirar mejor y conservar la salud! —dijo mi madre.

—¿Cuánto?

Mi madre tuvo un acceso de tos tan fuerte que se le saltaron las lágrimas, y se atragantó y resopló antes de recobrase.

La sirvienta volvió a entrar en la casa y nos cerró las puertas en las narices.

Mi madre se sentó en cuclillas con la espalda apoyada en la pared de aquella gran mansión y se secó los ojos, asegurando que pronto se recobraría, pero no tuvimos ánimos para continuar. Regresamos a la fría y oscura casa de Maleké. Mi madre se abrigó con una manta, temblando, y dormitó hasta la mañana siguiente. Yo dejé un cacharro fuera, junto a la puerta, para que los vecinos que pudieran dejaran en él una cebolla, una zanahoria o una calabaza, informados por el cacharro de que había un enfermo en la casa. Pensaba preparar una sopa con lo que recibiéramos, pero cuando mi madre despertó, rechazó la comida, pues ardía de fiebre.

Durante los días siguientes no hice nada más que atender a la familia. Iba por agua a un pozo cercano para mi madre y para Davud. Colocaba paños fríos sobre la frente de mi madre. Até un cordel alrededor de un huevo y lo colgué del techo, pues una nueva vida tiene poderes curativos. Cuando Salman y Shavali tenían hambre, amasaba pan y harina y les hacía pan. También ayudaba a Maleké si ella estaba demasiado cansada, lavando la ropa de los niños o barriendo la casa.

Cuando a mi madre le subía la fiebre por la tarde, el dolor le resultaba casi insoportable. Se tapaba los ojos con las mantas para evitar la luz y se retorció temblando, a pesar de que tenía la frente cubierta de sudor. Después, cuando le bajaba la temperatura, se quedaba inmóvil, agotada y muy pálida.

Le di los últimos tarros a Amir, que los vendió y nos trajo el dinero. Mi madre pensaba usarlo para comprar raíces y hierbas secas para preparar más medicina, pues durante el invierno no había plantas que recolectar. Sin embargo no pude reservar dinero alguno, porque Maleké seguía sin vender una sola alfombra.

Gasté las monedas con el mayor cuidado, comprando sólo lo imprescindible, como harina para el pan y verduras para la sopa. Por desgracia, esos alimentos no duraron mucho. Cuando el dinero se terminó, soportamos el primer día de ayuno con pocas quejas, pero el segundo día, Salman empezó a seguirme mientras hacía mis

tareas, suplicándome que le diera comida.

—¡Necesita pan! —dijo señalando a Shavali, que estaba tan cansado que permanecía sentado cerca del horno con la mirada apagada.

—Os daría mi vida, pero no tengo pan —dije, compadeciéndolos más a ellos que a mi estómago vacío—. Lleva a Shavali a casa de Katayun y pídeles algo de comer.

Cuando se fueron, paseé la mirada por la oscura habitación consternada. Mi madre y Davud yacían sobre unas sucias mantas. Había suciedad cerca de la puerta, donde dejábamos los zapatos, y el aire olía a cuerpos sin lavar. Ni siquiera había tenido tiempo para asearme. Me costaba creer que en otro tiempo hubiera dispuesto de sirvientas que me ungían, me bañaban y me depilaban el cuerpo para que lo tuviera tan liso como una manzana, que me vestían con sedas y me enviaban a atender las necesidades de un hombre que cambiaba de casa como otros mudan de ropa.

Mi madre abrió los ojos un momento y me llamó. Corrí a su lado y le aparté los cabellos de la cara.

—¿Hay sopa? —preguntó con voz quebrada.

Sentí una desesperación tan grande como inmenso es el cielo, pues no tenía nada que ofrecerle. Guardé silencio unos instantes y luego le dije:

—La prepararé, *bibi yun*. Una buena sopa caliente y curativa.

—Si Dios quiere —murmuró ella, y cerró los ojos.

No podía quedarme sentada sabiendo que mi madre pasaba hambre; tenía que hacer algo para ayudarla. Me envolví en el chador y el *piché* y fui a la sección de alfombras del Gran Bazar. El joven mercader se hallaba en su lugar de costumbre. Conteniendo la respiración, tan grande era mi esperanza, le pregunté si había visto al holandés. El joven chasqueó la lengua con una mirada compasiva. Defraudada, le di las gracias y me fui.

¡Qué inocentes me habían parecido los ojos azules de aquel extranjero! ¿Cómo podía haberme hecho algo así? Yo había creído que se regiría por las normas más elementales del honor. No había tenido en cuenta que, como *farangi*, el holandés podía marcharse cuando más le conviniese a su frío corazón de mercader.

Alá lo juzgaría por su traición, pero ese pensamiento no mitigaba mi aflicción. ¿Qué podía hacer? ¿Cómo iba a ayudar a mi madre? Pensé en el joven músico y en el mendigo del muñón. Si ellos eran capaces de sobrevivir en la calle, yo debía intentarlo también. El corazón me palpitaba con fuerza cuando atravesé el bazar en dirección al mausoleo de Yafar, al que la gente acudía para honrar a un erudito religioso que llevaba muerto más de un siglo. Me pareció un lugar respetable para que una mujer sola pidiera limosna. Me planté delante del mausoleo y observé a un mendigo ciego, en cuyo cuenco relucían algunas monedas. Tras oírle mendigar, me quité el fajín, lo coloqué en el suelo para recibir los donativos y empecé a repetir lo que había oído decir a otros mendigos.

—¡Que disfrutéis eternamente de buena salud! —susurré a un grupo de mujeres

que abandonaban el mausoleo—. Que vuestros hijos no pasen nunca hambre. ¡Que Alí, príncipe entre los hombres, os proteja y os guarde de todo mal!

El mendigo ciego hizo un gesto en mi dirección.

—¿Quién está ahí? —gritó furioso.

—Sólo una mujer —contesté.

—¿Qué te pasa?

—Mi madre está enferma y no tengo con qué alimentarla.

—¿Qué hay de tu padre, tus hermanos o tíos, tu marido?

—No tengo.

—Qué mala suerte —replicó ásperamente—. Pero yo no comparto mi rincón.

—Por favor, te lo suplico —rogué, sin poder creer que estuviera mendigando a un mendigo—. Mi madre morirá de hambre.

—En ese caso, de momento puedes quedarte —accedió él—. ¡Pero alza la voz! Con esos débiles murmullos tuyos no te oirá nadie.

—Gracias, barba gris —dije, usando el respetuoso apelativo reservado para los sabios ancianos.

Cuando vi salir del mausoleo a un hombre elegantemente vestido y con un limpio turbante blanco, carraspeé y renové mis súplicas con voz clara, pero procurando darle un tono de aflicción. El hombre pasó sin dejar nada. Poco después, una mujer joven se detuvo y me pidió que le explicara mi situación. Le hablé de la enfermedad de mi madre y de que pasábamos hambre.

—¿Estás casada? —preguntó.

—No.

—Algún acto deshonroso habrás cometido —dedujo—; de lo contrario, no estarías aquí sola.

Traté de explicarme, pero ella se alejaba ya.

El ciego sacaba bastante. Me comentó que mendigaba allí desde que era niño, así que la gente lo conocía y sabía de su necesidad. «¡Que Alá oiga tus plegarias!», les decía, y ellos se sentían reconfortados por su propia caridad.

—¿Qué tal te va? —me preguntó al mediodía.

—Nada —contesté con tristeza.

—Tienes que cambiar de historia —me aconsejó—. Mira detenidamente al que te escucha antes de hablar, y luego cuéntale algo que abra su corazón.

Reflexioné sobre ello durante un rato. Cuando una mujer mayor pasó por delante de mí, reparé en que su belleza había sido grande pero empezaba a marchitarse.

—¡Bondadosa *janum*, ayúdame por favor! —la interpelé—. Mi destino es aciago.

—¿Qué te ocurre?

—Me casé con un hombre que tenía más caballos que mezquitas hay en Isfahán —dije, procurando adoptar el tono de mi madre cuando contaba una historia—. Un día, su segunda esposa le fue con el cuento de que yo quería envenenarlo para quedarme con su dinero, y él me repudió. No tengo a donde ir, pues todos mis

parientes han muerto. ¡Me he quedado en la miseria! —exclamé.

—Pobrecita —se compadeció ella—. Las segundas esposas son un auténtico veneno. Toma esto, y que Alá se acuerde de ti. —Dejó caer una moneda en el fajín.

Cuando dos jóvenes y fornidos soldados se acercaron al mausoleo, me sentía lo bastante segura para contarles otra historia.

—Mis padres murieron cuando era niña, y a mis hermanos los mataron —gemí.

—¿Quién?

—Los otomanos, en una batalla para proteger la frontera del noroeste.

—¡Qué arrojo! —dijeron los soldados, y me dejaron dos monedas pequeñas.

Se detenían más hombres que mujeres a hablar conmigo.

—Apuesto a que eres tan bonita como la luna —comentó un joven al que apenas le asomaba la barba—. ¿Por qué no te levantas el *piché* para que pueda echarte un vistazo?

—¡Tu padre arde en el infierno! —le espeté con los dientes apretados.

—¡Sólo una miradita!

—¡Hassan y Hossein, oh, santos entre los hombres, proteged a esta pobre mujer de los crueles desconocidos! —grité, y él se fue a toda prisa.

Un hombre gordo que se había teñido la barba con alheña se mostró aún más atrevido.

—No me importa tu aspecto —dijo—. ¿Qué te parecería un corto *sigué*, sólo de una hora?

Extendió la mano, en la que relucían unas monedas. Sus dedos eran gordezuelos y callosos.

Agarré el fajín con las pocas monedas conseguidas y me apresuré a alejarme.

—¡Tengo una carnicería en el bazar! —gritó el hombre—. ¡Búscame si alguna vez pasas hambre! —Y me arrojó unas cuantas monedas pequeñas.

Le di la espalda, pero luego recordé el rostro consumido de mi madre y me agaché para recogerlas. El carnicero se fue riendo.

—Me voy, barba gris —le dije al mendigo, pues ya había recogido dinero suficiente para la sopa—. Gracias por tu generosidad.

—Que Alá cambie tu mala fortuna —me deseó.

—Y también la tuya —repliqué, aunque enseguida me avergoncé de mis palabras, ya que nada podría curarle la ceguera.

Me dirigí al bazar y gasté todas las monedas en cebollas y huesos de cordero. Cuando regresaba a casa con mis compras, el precio que había tenido que pagar por ellas me llenaba el corazón de congoja. Pensar que había tenido que inventar historias para que unos desconocidos se apiadaran de mí, y soportar además que me abordaran hombres de mente sucia... A duras penas me mantenía en pie mientras recorría el mercado en dirección al sórdido barrio de Maleké. Pero reprimí las lamentaciones, que en nada me ayudarían.

* * *

Cuando llegué a casa, mi madre estaba enfundada en las finas ropas de dormir y acurrucada con la manta alrededor de las piernas. Se encontraba en uno de los momentos de lucidez entre accesos de fiebre, pero sus ojos me asustaron. Los tenía como muertos. Corrí a su lado, dejando los paquetes en el suelo.

—¡*Bibi*, mira! ¡Traigo cebollas y huesos de cordero! Prepararé una sopa para darte fuerzas.

Mi madre se movió un poco.

—Luz de mis ojos, no es necesario —murmuró.

Le cogí la fría mano y noté los huesos de sus dedos. Tenía el cuerpo consumido por la enfermedad.

—No puedo comer —añadió tras una pausa.

Pensé en las pullas del joven y en la risa lasciva del carnicero. Lo habría soportado todo con alegría sólo para que mi madre comiera un bocado o dos.

—Por favor, inténtalo, *bibi yun* —le rogué.

—¿De dónde has sacado el dinero?

Mi madre sabía que no quedaban monedas de la venta de sus medicinas, así que tuve que admitir que había ido a mendigar frente al mausoleo de Yafar. Ella cerró los ojos como si no pudiera soportarlo.

—¿Te ha abordado algún hombre pidiéndote favores? —susurró.

—No —me apresuré a responder.

Le ahuequé la almohada y le aparté de la cara los largos cabellos grises, ya apelmazados tras los días de enfermedad. Volvió la cabeza; detestaba estar sucia.

—Hoy tienes mejor aspecto —la animé, tratando de convencerme de que era cierto.

—¿De verdad? —dijo ella. Tenía la cara amarillenta y unas profundas y oscuras ojeras—. Me siento mejor —añadió con una débil vocecilla.

Empapé un paño en agua fría y le limpié la cara y las manos. Ella suspiró y me dio las gracias.

—Ah, qué agradable es sentirse fresca.

—En cuanto te hayas recuperado un poco, iremos al *hammam* —le prometí alegremente—, y nos pasaremos la tarde frotándonos y bañándonos.

—Sí, claro que sí —respondió, pero su tono era el que se emplea para seguirle la corriente a un niño que balbucea tonterías. Se dio la vuelta con cuidado—. ¡Agg! ¡Ay! —se quejó. La enfermedad le había atacado caderas, piernas y espalda.

—¿Quieres que te dé friegas? —le ofrecí.

Ella inclinó la cabeza para asentir, y cuando empecé a frotarle los músculos, su expresión se fue tranquilizando lentamente.

—Mientras estabas fuera he tenido un sueño maravilloso —dijo con los ojos

cerrados—. Era sobre la vez que tu *baba* trajo a casa los cuernos de cabra montés. — Me acarició la mejilla—. Fue el día más dichoso de mi vida, después de tu nacimiento.

—¿Por qué ese día?

—Después de que te durmieras, tu padre y yo bromeamos diciendo que nunca habíamos necesitado un afrodisíaco como aquellos cuernos. Luego me estrechó entre sus brazos y me dijo lo agradecido que estaba por haberse casado conmigo y con ninguna otra.

—Claro, te amaba —musité con dulzura.

—No hay «claro» que valga en el amor —replicó ella—. ¡Sobre todo después de quince años sin tener hijos!

La dureza de su tono me sorprendió e hizo que me preguntara cómo habría sido la vida de mis padres antes de mi nacimiento. Sabía que mi madre había acudido todos los meses a ver a Kolsum para pedirle hierbas que la ayudaran a quedarse embarazada, y que la desesperación la había llevado a visitar el león de piedra del cementerio de Ku Alí para frotar el vientre contra él, rezando para tener un hijo. Ahora comprendía cómo debía de sentirse mi madre. Yo sólo lo había intentado unos meses y me había sentido muy triste al ver la sangre cada vez.

—¿Padre estaba enfadado? —pregunté, amasando los blandos músculos de su pantorrilla.

—Estaba desesperado. Todos los hombres de su edad enseñaban a sus hijos a montar y rezar. Una gran amargura empezó a separarnos, y a veces nos pasábamos el día y la noche en silencio. Luché conmigo misma durante un año hasta que, finalmente, decidí sacrificarme para aliviar su dolor. «Marido, debes tomar una segunda esposa», le dije un día. Pareció sorprendido, pero no pudo disimular una expresión esperanzada, pensando en un hijo. «¿De verdad podrías aceptar vivir con otra mujer a mi lado y bajo nuestro techo?», preguntó. Traté de mostrarme valiente, pero los ojos se me llenaron de lágrimas. Tu padre era un hombre tan cariñoso que nunca volvió a mencionar el tema. Poco después me quedé embarazada y nuestro mundo se llenó de alegría.

Se puso de lado y se llevó las manos al vientre.

—El día que empecé a notar los dolores, él estaba en los campos, pues era época de cosecha —recordó con el rostro sereno—. Todas mis amigas vinieron a ayudarme, a frotarme los pies y darme de beber agua fresca mientras cantaban. Pero, por más que lo intentaba, tú no querías salir. Estuve de parto durante todo un día y toda una noche. A la mañana siguiente enviamos a un chico a casa de Ibrahim para rogarle que liberara a uno de sus gorriones para que así tú también te liberaras de tu atadura. El chico regresó y nos dijo que el pájaro había salido volando como el viento. En cuanto oí la noticia, me volví hacia La Meca, me acuclillé y di un empujón final. ¡Y allí estabas tú por fin!

»En los años siguientes, tu padre siguió esperando un hijo —prosiguió—. Pero el

día que trajo a casa los cuernos de cabra montés, me dijo que daba las gracias por haberse casado conmigo. Así de grande era su amor por nosotras. Y tú... tú eras más preciada para él que cualquier hijo varón.

Mi padre me amaba como a la luz de sus ojos. A mí me había parecido natural disfrutar de esta bendición. Ahora que era una mujer, no me costaba nada imaginar qué diferentes podrían haber sido las cosas.

El rostro de mi madre irradiaba alegría y parecía hermoso pese a su extrema palidez.

—Tu padre se fue, pero jamás olvidaré que supo aceptar la voluntad de Dios — dijo—. Ahora yo debo hacer lo mismo. Hija mía, acepto nuestro destino, el tuyo y el mío, tal como es.

Sabiendo lo mucho que desaprobaba mi comportamiento en Isfahán, la bendición de mi madre hizo que mi corazón derramara lágrimas de sangre.

—¡*Bibi*, yo me sacrificaría por ti! —exclamé.

Ella abrió los brazos y yo me acurruqué sobre las sucias ropas. Me rodeó con su delgado brazo y me acarició la frente. Aspiré su olor maternal, dulce para mí incluso en la enfermedad, y sentí su suave mano sobre la mía. Era la primera vez que me acariciaba en semanas, y suspiré de contento.

Quería quedarme allí tumbada, pero la tarde avanzaba y tenía que cocinar. Tal vez mi madre tomara algo de sopa. Traté de levantarme, pero ella me apretó la mano con fuerza y susurró:

—Hija de rostro adorado, debes prometerme una cosa.

—Lo que quieras.

—Cuando muera, debes ir a ver a Gostaham y Gordiyé para pedirles clemencia.

Me volví para mirarla.

—Hija mía —añadió—, debes llevarles la noticia con mi último deseo antes de morir: que te busquen marido.

Se me formó un nudo en la garganta, igual que el día del fallecimiento de mi padre.

—Pero...

Ella me dio unos golpecitos en la mano, exigiendo silencio. Fue como el roce de una pluma.

—Y debes prometerme que te someterás a su voluntad.

—*Bibi*, tienes que vivir —le supliqué en un susurro—. No tengo a nadie más en el mundo.

Su mirada revelaba todo el sufrimiento que la afligía.

—Hija de mi alma, jamás te abandonaré, a menos que Dios me llame a su lado.

—¡No! —exclamé alzando la voz.

Davud se despertó y preguntó qué pasaba, pero yo me había quedado muda. El enfermo tuvo un ataque de tos tan malo como el tiempo que hacía fuera, y escupió unas flemas horribles antes de volver a dormirse.

—No me lo has prometido —insistió mi madre, y de nuevo noté el levísimo roce de su mano.

Pensé en lo fuertes que habían sido sus manos antaño, de tanto tejer alfombras, lavar ropa y amasar pan.

—Lo juro por el sagrado Corán.

—Entonces podré descansar en paz —dijo ella, cerrando los ojos.

Los niños irrumpieron en la habitación quejándose de que tenían hambre y dejé a mi madre para atender mis tareas. Mientras ponderaba sus palabras, me temblaban las manos y estuve a punto de cortarme al pelar las cebollas. Añadí los huesos de cordero, sal y eneldo y avivé el fuego con boñigas secas para que hirviera la sopa. Los niños olisquearon el aire con avidez en sus rostros cansados y transidos de frío.

Cuando la sopa estuvo lista, serví a mi madre, a los niños, a Davud y Maleké, y también yo comí. Apenas era algo más que agua caliente, pero después del prolongado ayuno parecía un manjar principesco. Mientras los niños tomaban la sopa, sus mejillas enrojecieron como manzanas. Miré a mi madre, que seguía tumbada con la sopa humeante al lado, sin tocar.

—Madre, come, te lo suplico.

Ella se tapó la nariz con la mano, como si el olor a huesos de cordero le diera náuseas.

—No puedo —replicó débilmente.

Salman eructó y me acercó el cuenco pidiendo más. Volví a servirle, con la esperanza de que sobrara algo de caldo para seguir alimentando a mi madre. Pero luego Davud dijo:

—¡Que tus manos no sufran jamás dolor! —Y vació la olla en su cuenco.

—¡Yo también quiero más! —se quejó Shavali.

Estaba a punto de decirle que no quedaba, pero mi mirada se cruzó con la de Maleké.

—Siento que tu madre no pueda comer, pero no debemos desperdiciar su ración —señaló amablemente.

Cogí la sopa de mi madre y se la di al pequeño sin pronunciar palabra. Cuando volví junto a la enferma, hice lo posible por hacer caso omiso de los ruidos que hacía Shavali al sorber el líquido, pues tenía los nervios a flor de piel. Cogí la mano inerte de mi madre e inicié una oración en voz baja.

—Bendita Fatemé, amada hija del Profeta, concédele a mi madre una buena salud —supliqué—. Fatemé, la más sabia de las mujeres, escucha mi plegaria. Salva a una madre irreprochable, la estrella más brillante en la vida de su hija.

A la mañana siguiente mi madre pidió comida, pero yo no tenía nada que ofrecerle. Estaba furiosa con Maleké por haberme obligado a quitarle la sopa y eludí su mirada. Cuando se fue y los dos enfermos volvieron a dormirse, me cubrí con el chador y el

piché y me encaminé hacia el mausoleo de Yafar a paso vivo. Me alegraba de vivir lejos del Gran Bazar, porque no quería que ningún conocido me viera convertida en una mendiga. Por el camino, ideé nuevas historias para contar a los transeúntes y hacer fluir el río de su generosidad.

El mendigo ciego se encontraba ya en su sitio.

—¡La paz sea contigo, barba gris! —saludé.

—¿Quién eres? —preguntó bruscamente.

—La mujer de ayer —contesté.

—¿Qué haces aquí otra vez? —preguntó, agitando el bastón hacia mí.

Retrocedí, temiendo que me golpeará.

—Mi madre sigue muy enferma —expliqué.

—Y yo sigo muy ciego.

—Que Alá te devuelva la vista —dije, tratando de responder con amabilidad a su grosería.

—Hasta entonces necesito comer —replicó—. No puedes venir aquí cada día, o moriremos de hambre los dos.

—¿Qué debo hacer, pues? Yo tampoco quiero morir de hambre.

—Vete a alguno de los otros mausoleos. Si tu madre sigue enferma la semana que viene, te permitiré regresar aquí.

Las mejillas se me encendieron. ¡Cómo se atrevía un harapiento mendigo a negarme las pocas monedas que podría recoger! Me alejé un poco y me senté cerca de la entrada al santuario octogonal. Dispuse el fajín en el suelo y empecé a solicitar el auxilio de los transeúntes.

Al poco rato, una mujer madura y alta, que debía de ser una de las que auxiliaba regularmente al ciego, se acercó a él y se interesó por su salud.

—¡No demasiado mala, por la gracia de Alá! —contestó él—. Al menos estoy mejor que ella —añadió señalándome. Pensé que volvía a mostrarse amable y que pretendía ayudarme.

—¿Qué quieres decir? —preguntó la mujer, ávida de chismorreos.

—Se aprovecha de la generosidad de buenas gentes como tú para comprar opio —afirmó él en un susurro audible.

—¡Qué! —exclamé—. ¡Jamás he probado el opio! He venido aquí porque mi madre está enferma.

Mis protestas no sirvieron más que para hacerme parecer culpable.

—Entonces deberías gastarte el dinero en ella —soltó la mujer.

—Dios sabe lo que está bien y lo que está mal —añadió el mendigo sabiamente.

Los dos siguieron conversando en voz alta sobre los peligros de la adicción. La gente que pasaba por su lado se detenía y se quedaba mirándome como si fuera un malvado *yinn*. Comprendí que sería inútil quedarme allí, pues confiaban en la palabra del ciego y nadie daría limosna a una fumadora de opio.

—Adiós, barba gris —me despedí con resignación. Detestaba mostrarme cordial

con él, pero tal vez tuviera que regresar—. Te veré la próxima semana.

—Ve con Dios —contestó él, más amable. Estaba claro cómo había conseguido sobrevivir en aquel rincón durante tantos años.

Visité otros dos mausoleos, pero ambos tenían sus mendigos habituales, que me sisearon cuando traté de instalarme en un rincón. Demasiado cansada para insistir, regresé a casa. El cielo estaba encapotado y una fina capa de nieve cubría el suelo. Cuando llegué a la vieja plaza, el frío había ahuyentado a todos los vendedores ambulantes y los posibles compradores. Los pocos mendigos que quedaban en la calle se arrastraban hacia la vieja mezquita para hallar resguardo. Bajo la luz gris, la cúpula de la mezquita parecía helada, igual que yo. Al llegar a casa de Ivlaleké, tenía las manos y los pies entumecidos.

Mi madre dormía sobre las sucias mantas. Los huesos de su cara resaltaban alarmanamente bajo la piel. Agitó los párpados y me miró de arriba abajo, buscando algún paquete. Al ver que no traía nada, volvió a cerrar los ojos.

Apliqué las frías manos sobre sus mejillas y ella suspiró de alivio. Estaba ardiendo. Temiendo que el fuego que la consumía acabara por vencer su resistencia, salí a la calle, recogí un poco de nieve, la envolví con la manga de un vestido y se la puse sobre la frente. Mi madre gimió, pidiendo algo de beber, y le di unos sorbos de un licor fuerte mezclado con jarabe de sauce, un tónico que Maleké había obtenido regateando en el bazar. Lo bebió a regañadientes y luego lo vomitó junto con bilis verde. Limpié el vómito grumoso y maloliente, preguntándome por qué el licor parecía empeorar su estado.

Esa noche no había nada para cenar. Maleké llegó a casa y bebió un poco de té aguado antes de acostarse. Los niños estaban desfallecidos de hambre y se quejaron de que les dolía el estómago antes de acurrucarse a ambos lados de su madre. La visión de los tres juntos me llenó de añoranza, recordando los tiempos en que dormía en brazos de mi madre mientras ella me contaba historias tranquilizadoras al oído.

Al salir la luna volvió a subirle la fiebre. Recogí más nieve para refrescarla y se la puse suavemente en el antebrazo. Esta vez emitió un gemido ahogado y se retiró como si la hubiese quemado. Cuando volví a intentarlo, cruzó los brazos sobre el pecho en un débil esfuerzo por protegerse. Era un suplicio tener que hacerle daño, pero seguí aplicándole la nieve sobre el cuerpo, pues era la única manera de hacerle bajar la fiebre. Al cabo de un rato dejó de agitarse y empezó a quejarse débilmente. Me habría alegrado oírle gritar y protestar, pues sería un síntoma de que aún le quedaban fuerzas. Sin embargo, sus lamentos eran débiles y patéticos como los maullidos de un gato abandonado. Su pobre cuerpo agotado no daba para más.

Mientras atendía a mi madre, oía los ruidos de pesadilla de los demás habitantes de la casa. Salman gritaba en sueños que un terrible *yinn* lo perseguía bajo un puente. Davud resollaba como si tuviera los pulmones encharcados. Una mujer que vivía en otra de las habitaciones y estaba de parto emitía grandes lamentos y pedía la protección de Alá.

No sé cuánto tiempo pasó antes de que mi madre tratara de hablar. Sus labios se movían, pero yo no conseguía entenderla. Traté de apartarle el pelo de la cara, pero ella me cogió la mano y musitó:

—Primero no hubo.

—Duerme, *bibi yun* —le pedí. No quería que gastara energías en contar una historia.

Ella me soltó la mano y se agitó inquieta sobre las mantas.

—No hubo —repitió.

Tenía el labio inferior agrietado y empezó a sangrar, así que busqué a tientas en la oscuridad hasta encontrar una vasija con manteca de cordero y hierbas, que le apliqué en la herida. Sus labios se movían en vano, como si tratara aún de terminar la invocación.

—Y luego hubo —susurré dulcemente, para ayudarla.

La enferma esbozó algo parecido a una sonrisa. Con la esperanza de que por fin se tranquilizara, le cogí la mano y se la acaricié, como tantas otras veces había hecho ella conmigo. Sus labios se movieron otra vez y tuve que acercar mi cara a la suya para oír sus palabras.

—¡Hubo! —repetía insistentemente—. ¡Hubo! —Tenía los ojos vidriosos y parecía dichosa de ese modo extraño y malsano de los adictos al opio.

Tenía la frente cubierta de sudor. Fui por agua y traté de levantarle la cabeza para darle de beber. Ella apartó la cara con viveza e intentó seguir hablando. Las palabras se entremezclaban como las verduras en un guiso. Pensé en su dulce y cautivadora voz, que hacía caer a los oyentes bajo su hechizo cuando contaba historias.

—*Bibi yun*, tienes que beber un poco. ¡Estás ardiendo como el carbón! —le rogué.

Ella suspiró y cerró los ojos. Empapé un paño en agua y se lo ofrecí.

—¿No podrías chupar esto, aunque sólo sea por mí? —insistí.

Ella abrió la boca y me permitió meterle una punta del año. Chupó un poco para complacerme, pero al cabo de unos segundos trató de hablar nuevamente y escupió el paño. Se apretó el estómago y masculló unas palabras incoherentes.

—¿Qué tienes, *bibi yun*? —pregunté.

Ella se frotó el estómago.

—Empujé y empujé —susurró como un soplo de aire. Me cogió la mano de nuevo y la apretó débilmente—. Y luego hubo... —añadió moviendo los labios sin emitir sonido alguno, pero yo entendí sus palabras porque las conocía muy bien.

—Por favor, por favor, no digas nada —le pedí dulcemente.

Sus brazos y sus piernas se tensaron y arrugó la frente. Abrió la boca y por fin pudo decir con un hilo de voz:

—... ¡tú!

Me acarició la mejilla mirándome con cariño. De todas las historias que había hilvanado a lo largo de su vida, yo era la que estaba escrita con tinta de su alma.

Apreté sus dedos contra mi cara, con el deseo desesperado de infundirle fuerzas.

—*Bibi yun* —exclamé—. ¡Por favor, toma la vida que late en mi corazón!

Sus dedos se quedaron flácidos y la mano cayó. Luego permaneció inerte, agotadas sus escasas fuerzas.

Habría dado los ojos por volver al momento en que Gordiyé y Gostaham me dijeron que debía renovar el *sigué*. Habría suplicado al maestro que me liberara de aquella obligación del modo más conveniente, y si él se hubiera negado, habría accedido a quedarme con Fereidun hasta que se cansara de mí. Todo con tal de impedir que mi madre sufriera.

Ella intentaba volver a hablar. Pronunciaba las palabras una por una, con esfuerzos denodados.

—¡Que Alá... te guarde... de la necesidad! —susurró despacio. Luego su cuerpo pareció quedarse sin vida.

—¡*Bibi*, quédate conmigo! —exclamé. Le apreté la mano, pero no hubo reacción. Le sacudí el brazo ligeramente y luego el hombro, pero no se movió.

Rápidamente me acerqué a Maleké, que aún dormía acurrucada con un niño a cada lado.

—¡Despierta, despierta! —le susurré con impaciencia—. Ven a ver a mi madre.

La mujer se frotó los ojos, suspiró y se levantó con aire somnoliento. Se agachó junto a mi madre y al ver de cerca su rostro hundido y cetrino, soltó una exclamación de temor. Colocó los dedos junto a las ventanas de la nariz de la enferma. Yo contuve el aliento, pues si mi madre no respiraba, tampoco podría respirar yo.

La primera llamada a la oración de la Gran Mezquita surcó el aire. La gente empezaba a despertar y levantarse. Fuera, un burro rebuznó y un niño berreó. Salman se despertó y llamó a Maleké, pidiendo pan. La mujer cubrió el cuerpo de mi madre como si quisiera evitar que su hijo lo viera.

—Su vida pende de un hilo —dijo finalmente—. Rezaré por ella... y por ti.

Poco después del amanecer, me cubrí con el chador y el *piché* y fui corriendo casi todo el camino hasta las carnicerías del bazar. Los corderos ya habían sido sacrificados y despellejados. Una multitud de compradores se arremolinaba en torno a las reses muertas que colgaban de ganchos o yacían sobre los mostradores. Viendo la carne con sus vetas de grasa, se me hizo la boca agua y pensé en la fuerza que le daría a mi madre un buen guiso de cordero fresco. Tal vez encontrara alguna persona caritativa. Coloqué mi fajín en el suelo y empecé a mendigar.

Vi a un mozo de corta edad, sin duda de una familia rica, que pedía más carne casi de la que podía acarrear, mientras que a su lado una mujer con un chador raído regateaba denodadamente por unos menudos y unos huesos para un caldo. Un hombre mayor que compraba riñones me recordó a mi padre, al que le encantaba el kebab de éstos y solía asarlo expertamente sobre el fuego. En medio de aquel

bullicio, nadie me prestó la menor atención.

Pasaba el tiempo y yo no podía esperar más. Me arrojé al suelo y grité a cuantos podían oírme que recordaran los dones que Alá les había concedido y los compartieran con los demás, a gente me miró con curiosidad, pero mi arrebató no les ablandó el corazón.

Atormentada por el estado de mi madre, abandoné aquel rincón y me puse a buscar al hombre gordo de manos callosas por todo el bazar. Lo encontré en su tienda solo, troceando una pierna de cordero a hachazos. La túnica azul celeste, salpicada de sangre, apenas disimulaba la redondez de su vientre, y tenía largos churretes rojos en el turbante.

—¿En qué puedo servirte? —preguntó.

—Soy la mujer que había en el mausoleo de Yafar —musité, moviendo los pies con inquietud.

El carnicero sonrió con aire de suficiencia.

—Deja que te dé un poco de carne —dijo.

Me ofreció un pincho de kebab que acababa de asarse. El sabroso aroma del cordero salpicado de sal gruesa me hizo olvidar toda prudencia. Me levanté el *piché* e hiqué el diente en la carne. La gente que pasaba se me quedó mirando, sorprendida de ver a una mujer con *piché* que mostraba el rostro, pero yo estaba demasiado hambrienta para preocuparme de nada.

—Ah, buena y tierna —dijo el carnicero. Yo me comí todo el kebab sin hablar, y el jugo me chorreó por la barbilla—. Y ahora he podido ver tus bonitos labios.

No respondí. Cuando terminé de comer, le dije con voz suplicante:

—Necesito carne para mi madre, que está enferma.

El carnicero se echó a reír y su vientre se agitó bajo la ropa.

—Sí, pero ¿puedes pagarla?

—Por favor —supliqué—. Dios te recompensará con corderos más rollizos el próximo año.

El carnicero indicó el mercado con un ademán.

—Hay mendigos por todas partes —señaló—. ¿Quién puede alimentarlos a todos?

Pensé que era un hombre repugnante. Di media vuelta y eché a andar, aunque sólo fingía.

—¡Espera! —me llamó. Empuñó un afilado cuchillo y dio un tajo a la pierna, que se abrió hasta el hueso. Luego cortó la carne en trozos del tamaño de mi mano y los arrojó en un recipiente de barro.

—¿No quieres esto? —preguntó, ofreciéndome el cuenco.

Agradecida, alargué la mano para cogerlo.

—¡Gracias por tu caridad! —dije.

Pero él lo retiró antes de que yo pudiera tocarlo.

—A cambio sólo pido una hora después de la última llamada a la oración —

susurró. Sus labios se curvaron en una sonrisa lasciva con la que por lo visto parecía convencido de atraerme como una flor a las abejas. La idea de yacer bajo su enorme vientre y notar el tacto de sus manazas manchadas de sangre me revolvió el estómago.

—Necesito más —dije en tono altanero, como si estuviera acostumbrada a tan sórdidos regateos—. Mucho más.

El carnicero volvió a reír, convencido de que por fin nos habíamos entendido. Cogió la pierna de cordero y me cortó el doble de carne que antes. La arrojó al cuenco y volvió a tendérmelo. Se lo arrebaté de las manos.

—¿Cuándo?

—Ni hablar hasta dentro de una semana —repliqué—. Cuando mi madre esté mejor.

El carnicero rió.

—¡Hasta dentro de una semana, pues! —Y me advirtió en un susurro—: Y no pienses ni por un momento que podrás perderte en la ciudad. Vivas donde vivas, te encontraré.

—Necesitaré más carne dentro de unos días —aseguré, tratando de seguirle la corriente, pero temblando de asco.

—Como quieras —asintió.

—Bien, hasta dentro de una semana —me despedí, tratando de mostrarme coqueta, y me alejé. A mi espalda resonó la desagradable risa del carnicero.

Me fui a una botica del bazar y cambié una parte de la carne por el mejor remedio que tenían para la fiebre. Luego volví corriendo a casa, preocupada por mi madre. Cuando llegué, me llamó por mi nombre con voz apenas audible y yo di gracias a Alá por haberla salvado un día más. Le hice beber agua y le di la medicina metiéndosela con una cuchara en la boca.

Aún me quedaba tanta carne que pude dar una pequeña parte a la familia de Katayun a cambio de apio y arroz. Con todo ello preparé un abundante estofado que nos duraría varios días, si seguía haciendo frío por la noche, así como un espeso caldo para mi madre.

Aquella noche nos dimos un festín inimaginable. Maleké, Davud y sus hijos no habían probado el cordero en un año. El enfermo comió todo el rato sentado, lo que nunca le había visto hacer antes. Mi madre estaba demasiado enferma para tomar estofado, pero bebió caldo a sorbitos y aceptó un poco más de medicina.

—¿De dónde has sacado la carne? —preguntó Maleké.

—De la caridad —contesté, pues no quería que se enterara de la verdad. La gente rica sacrificaba a menudo un cordero como parte de un *nazr*, pero jamás ofrecía tan excelentes trozos. Si mi madre no hubiera estado tan enferma, habría recibido mi respuesta con suspicacia.

Agradecí a Alá la comida y le pedí perdón por la promesa que le había hecho al carnicero, ya que no tenía intención de volver a verlo. Decidí que, a partir de ese día,

daría un gran rodeo para evitar la zona del bazar donde se vendía la carne.

En las noches sucesivas, serví el estofado recalentado a la familia. Los niños engullían cuanto se les daba a toda prisa; Maleké y Davud comían despacio, agradecidos, mientras que mi madre apenas se mojaba los labios con el caldo.

Cuando el estofado casi había desaparecido, un niño perdido de suciedad entró en nuestro patio y preguntó por mí. Me hizo señas para que saliera y me tendió bruscamente una gran vasija llena de carne roja. Yo di un respingo, asustada.

—¿No te complace? —preguntó el niño—. Es del carnicero.

—Ah —dije, tratando de comportarme como si ya lo esperara.

—El carnicero espera tu visita con impaciencia —añadió el mensajero—, después de la última llamada a la oración.

A pesar de sus escasos años, vi en sus ojos el desprecio y la repugnancia que yo le producía, por lo que creía que era.

—¿Cómo me has encontrado? —pregunté con voz entrecortada.

—Ha sido fácil —explicó—. Te seguí hasta aquí la otra noche.

Cogí la carne y me despedí de él adustamente. Una vez dentro de casa, puse la carne en una olla con un poco de aceite. Cuando mi madre me preguntó de dónde había salido, le contesté con una obviedad:

—De una carnicería.

No sabía qué hacer. Si no acudía a la cita con el carnicero, se presentaría en casa de Maleké y me cubriría de ignominia delante de todo el mundo. Entonces caería la vergüenza sobre mi madre y sobre mí, y volverían a arrojarnos a la calle. Pensé en el joven y apuesto músico, reducido a mendigar vestido con harapos. Cuando la carne empezó a chisporrotear, noté que sudaba, pero no era ni mucho menos por el calor del horno.

Esa noche soñé que el carnicero me conducía a un cuarto pequeño y oscuro y me rompía los huesos con sus manazas. Luego me colgaba desnuda de uno de sus ganchos ensangrentados, y cuando alguien pedía carne me troceaba en vivo. Chillé y chillé de terror, y desperté a todo el mundo. Cuando me preguntaron qué me ocurría, no pude contárselo. Me quedé despierta y angustiada, intentando buscar una salida a mi situación. Faltaban dos días para la cita con el carnicero.

Gordiyé y Gostaham nos habían echado de su casa, abandonándonos en la calle a nuestra suerte, y ahora tenía que apelar a ellos como una mendiga, cubierta de oprobio. Era como si el propio Dios deseara que se completase mi humillación.

Hacia el atardecer de ese frío día, me cubrí con el chador sin pensar en el estado del vestido y la túnica que llevaba, y me dirigí a su casa. Me resultó difícil llamar a las grandes puertas de Gostaham, y más aún enfrentarme con Alí Asgar cuando éste acudió a abrir.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó, como si viera un *yinn*.

—He venido a pedir caridad —contesté agachando la cabeza.

Él suspiró.

—No creo que nadie quiera recibirte.

—¿No podrías intentarlo?

Alí Asgar me miró fijamente.

—Les recordaré tu mandíbula —dijo al fin, y desapareció durante unos instantes.

Cuando volvió y me hizo pasar, el corazón empezó a palpitarme con fuerza. Me quité el chador y lo seguí hasta la Gran Sala, donde Gordiyé y Gostaham tomaban el café de la tarde cómodamente sentados en cojines. Ella llevaba una túnica de terciopelo que había mandado hacer con la tela que tenía un estampado de hojas otoñales, rojas y amarillas, y había dejado las babuchas a juego pulcramente colocadas junto a la puerta. Comía un pastelito de agua de rosas que me hizo salivar con desesperanzada añoranza.

—*Salam aleikum* —me saludaron al mismo tiempo. No me invitaron a sentarme, pues ahora era sólo un suplicante más.

Sabía que no conseguiría nada de Gordiyé si no mostraba la más completa sumisión, así que me incliné hasta el suelo para besarle los pies, pintados con alheña rojo brillante.

—Apelo a vuestra caridad —dije—. Mi madre está muy enferma y necesito dinero para medicinas y comida. Os suplico que me ayudéis, por el amor de Fatemé.

—¡Que el imán Reza le devuelva la salud! —contestó Gostaham—. ¿Qué ha ocurrido?

Gordiyé me miró de arriba abajo y sus sagaces ojos lo captaron todo al instante.

—Estás más delgada que una torta de pan —comentó.

—Sí. Ya no comemos como lo hacíamos aquí.

—¡Qué sorpresa! —replicó ella con satisfacción.

Refrené la lengua, aunque consideraba que Gordiyé estaba yendo demasiado lejos.

—Os suplico que nos aceptéis de nuevo bajo vuestra protección —pedí—. Haré lo que sea por ver a mi madre sana, abrigada y bien alimentada.

Gostaham pareció afligirse, pero Gordiyé tenía un aire triunfal.

—Ojalá fuera posible —intervino—, pero la mala suerte se desvaneció en cuanto tú te fuiste. Fereidun pagó por la alfombra de gemas y por la que habían encargado los padres de Nahid. Supongo que fue ella quien lo convenció para que lo hiciera.

—Creo que sé por qué lo hizo —dije—. Le conté que había renunciado a su marido y le rogué que me perdonara. Tal vez animara a su esposo a hacer las paces con vosotros por mi causa.

—Fue muy amable por tu parte —observó Gostaham—. Nos ha ayudado mucho.

—Dejar a Fereidun no te ha beneficiado —apuntó Gordiyé, interrumpiendo a su marido—. ¡Qué mal aspecto tienes!

Me miré la túnica sucia y raída. Tan penoso era su estado que ni siquiera una

criada de Gordiyé habría aceptado llevarla.

—¿Cuándo viste a Nahid? —preguntó Gostaham.

—No la vi —contesté—. Le escribí una carta.

—¿Le escribiste una carta... tú? —El maestro se quedó asombrado.

No vi motivo alguno para seguir ocultando mis habilidades.

—Nahid me enseñó a escribir un poco —expliqué.

—*Mash Alá!* —exclamó él—. Mis propias hijas no saben ni coger una pluma. — Gordiyé pareció abochornada, pues tampoco ella sabía escribir.

—No soy una erudita —me apresuré a puntualizar—, pero quería que ella supiera cuánto me arrepentía de todo de mi puño y letra.

Gostaham enarcó las cejas, maravillado.

—Siempre consigues sorprenderme —comentó. Aún me apreciaba, lo noté en su mirada.

—Hay más sorpresas —dijo Gordiyé—. Seguramente no te habrás enterado de que Nahid ha dado a luz a su primer hijo. Es un varón.

Yo había sospechado ya que estaba embarazada durante nuestra última entrevista.

—Ojalá yo hubiera tenido tan buena fortuna —respondí, para impedir que Gordiyé me recordara una vez más todo lo que había perdido.

—En efecto, la suerte no te ha favorecido —admitió ella.

—Pero os ha favorecido a vosotros —señalé, pues empezaba a cansarme de pensar en el cometa y de que me hablaran de mi mal fario—. ¿No podéis ayudarnos, ahora que mi madre está enferma?

—¿Acaso no hicimos cuanto pudimos? —preguntó Gordiyé—. ¿Y no nos arrojaste tú nuestra generosidad a la cara?

—Lamento profundamente mis acciones —declaré, y era cierto. Pero ella no parecía escucharme.

—No entiendo por qué sois tan pobres —manifestó—. ¿Qué pasó con tu alfombra? Deberías haber sacado un montón de plata por ella.

Quise responder, pero la mujer empezó a agitar una mano como si espantara una mosca.

—No sé para qué pregunto —dijo—. Ya hemos oído tus explicaciones demasiadas veces.

—¡Pero he tenido que mendigar para comer!

—Lo sé —apuntó Gordiyé—. La cocinera te vio en el mercado de la carne mendigando monedas.

Me estremecí al pensar en el carnicero.

—No habíamos comido en...

—¿Cómo que mendigando? —me interrumpió Gostaham.

Traté de concluir la respuesta, pero Gordiyé no lo permitió.

—Déjalo —intervino con acritud.

—Espera un momento —insistió Gostaham—. Deja que se explique.

—¿Y para qué? —exclamó la mujer con severidad. Pero esta vez su insolencia suscitó la ira del marido.

—¡Basta! —estalló, y por un momento Gordiyé pareció acobardarse. Estaba atónita, pues era la primera vez que la hacía callar—. ¿Por qué no me dijiste que la cocinera la había visto mendigando? ¿Acaso esperas que deje morir de hambre a personas de mi familia?

Gordiyé tartamudeó, tratando de hallar la respuesta adecuada.

—Yo... Se me olvidó comentártelo —adujo débilmente.

Gostaham le lanzó una mirada y fue como si, en aquel preciso instante, descubriera todos los defectos de Gordiyé escritos en su cara. Se produjo un largo silencio, durante el cual la mujer no tuvo valor para mirar a su marido.

—¿Qué pasó con tu alfombra? —quiso saber Gostaham, volviéndose hacia mí.

—Se la envié al holandés —contesté con voz—. Pero luego tuve que curarme la mandíbula, y cuando por fin fui en su busca, se había marchado del país.

Gostaham esbozó una mueca; no sabría decir si por la mención a mi mandíbula o por el comportamiento del holandés.

—¿No te pagó?

—No —respondí tristemente.

—¡Sucio perro! —exclamó Gordiyé, indignada, como si hubiera comprendido que en presencia de su marido debía tratarme con mayor generosidad—. Poco después de que tu madre y tú os fuerais, vino a recoger las alfombras que había encargado. Menos mal que le habíamos exigido el pago por adelantado. Deberías haber hecho lo mismo.

—¡Desde luego, esos *farangis* roban todo lo que pueden! —se lamentó Gostaham—. No tienen honor.

Cambié de postura, cansada de estar de pie.

—De lo contrario —añadí—, no habría venido a pedir os ayuda.

Gostaham me miró con piedad y llamó a Tagui para que fuera en busca de su bolsa.

—Toma este dinero —me ofreció, entregándome una pequeña bolsa de monedas—. Haz todo lo posible para que tu madre se restablezca.

—Trataré de no volver a molestaros —dije.

—Me sentiría sumamente ofendido si no tuviera noticias vuestras —replicó Gostaham—. Si Dios quiere, volverás y nos dirás que las rosas han vuelto a florecer en sus mejillas.

—Gracias. Soy y seré siempre vuestra humilde servidora.

—Ve con Dios —se despidió Gordiyé con tono glacial. Gostaham la miró con ceño—. Lo digo en serio —se apresuró a añadir ella.

Cuando Alí Asgar me acompañó hasta la puerta, salí sin apartar la mano de la bolsa de monedas, cuyo reconfortante peso notaba bajo el fajín. Creo que el maestro lamentaba haber sido tan duro conmigo y quería enmendar su error. Por eso

finalmente había hecho callar a su esposa, aunque fuera sólo por una vez.

De camino a la Imagen del Mundo, pasé por delante del amable mendigo con el muñón que había a la entrada de los Cuatro Jardines y me detuve para entregarle una pequeña moneda. Luego me dirigí al bazar en busca del carnicero gordo. Casualmente, llegué a su parada al iniciarse la última llamada a la oración, y la voz del muecín vibró clara y pura, desde la Gran Mezquita del otro extremo de la plaza, haciendo que me sintiera purificada por dentro.

—¡Ah! —exclamó el carnicero al verme. Y susurró—: ¡Te has adelantado un día para nuestro deleite! Voy a limpiarme las manos. —Tenía las uñas negras de sangre seca.

—No te molestes —le susurré—. Aquí está tu dinero —añadí en voz alta, contando las monedas una por una, para que sus ayudantes fueran testigos de que saldaba la deuda—. Con esto te pago la carne y el tiempo de tu mozo de los recados.

El carnicero enrojeció de ira. Con ese reembolso había eliminado todo el poder que tenía sobre mí. Alzó el cuchillo y empezó a cortar un corazón de cordero en rodajas.

—La salud de mi madre ha mejorado gracias a tu excelente carne —dije—. Fuiste muy amable al fiármela.

Él hizo una pausa y recogió las monedas con sus manos ensangrentadas.

—Has tenido mucha suerte —siseó, y luego en voz alta, para que le oyeran los demás, agregó—: Alabado sea Alá por su recuperación.

—Alabado sea —corroboré.

Me sentía como si acabara de escapar al más negro destino. Sería esclava de Dios, de las alfombras, o incluso de Gostaham, pero no quería volver a ser esclava del placer de nadie nunca más.

Regresé a la casa y serví a la familia el estofado de carne que había hecho, aunque Maleké aún no había vuelto. Todo el mundo se encontraba más animado que antes. Los niños se comportaban mejor, pues el hambre ya no los volvía irritables. Davud se había recuperado lo suficiente como para moverse por la habitación. Pero la que más había cambiado era mi madre. Por fin le había bajado la fiebre y empezaba a recobrar su color normal. Di las gracias a la bendita Fatemé por su intercesión.

Maleké llegó muy tarde ese día, cargando con una única alfombra y caminando con pie ligero.

—¡He vendido una! —anunció orgullosamente al entrar.

Se la había comprado una familia recién instalada en Isfahán para decorar su nueva casa. La esposa había visto que sus nudos estaban bien hechos y su precio era asequible, y le había dicho que prefería ayudar a una joven madre necesitada que a uno de los prósperos mercaderes del bazar.

—¡Alabado sea Alá! —exclamamos todos alegremente.

Los niños se emocionaron ante la visión de las brillantes monedas de plata en manos de su madre. Esa noche, después de que Maleké hubiera cenado, todos

estábamos tan contentos que decidimos montar un *korsi*. Calentamos excrementos de paloma en el horno y pusimos las brasas en un gran recipiente metálico que colocamos debajo de una mesa. Maleké arrojó unas mantas por encima, advirtiéndolo a sus hijos que no tocaran el recipiente con los pies, pues se quemarían. Luego nos sentamos alrededor de la mesa, tapándonos con las mantas, al delicioso calor de las brasas. Por primera vez en semanas, bebimos té fuerte y mascamos azúcar cristalizado con azafrán. Maleké acarició la cabeza a sus hijos hasta que se durmieron. Luego Davud nos contó historias divertidas y la risa de mi madre, tan infrecuente, llenó mis oídos con la más hermosa música que hubiera oído jamás.

Durante los dos meses siguientes fue recuperándose lentamente. No podía levantarse sin quedar extenuada, de modo que desde el lecho me explicó qué hierbas secas debía comprar en el bazar y me dio instrucciones para preparar medicinas con ellas. Después de macerarlas, las ponía en tarros y se las entregaba a Amir, que las vendía con éxito por su cuenta. Con el dinero así obtenido conseguíamos la comida necesaria, pero no ahorrábamos gran cosa para comprar lana. Yo estaba impaciente por empezar una nueva alfombra, pues era la única forma de mejorar nuestra suerte, y seguía soñando con contratar a más personas que nos ayudaran.

Cuando le hablé a Maleké de mis sueños, ella se mostró indecisa.

—¿Comprar lana y contratar mujeres? —dijo, recelosa.

—¿Y qué me dices de lo que ganaste con la venta de la alfombra?

—Es demasiado arriesgado —contestó, haciendo chasquear la lengua—, pero si consigues ahorrar algo, pondré la misma cantidad que tú.

En otro tiempo tal vez me habría enfadado con ella, pero su cautela estaba fundamentada. Yo jamás podría ahorrar el dinero suficiente para comprar lana, aunque siguiera vendiendo medicinas o incluso mendigara, de modo que finalmente comprendí que sólo me quedaba una cosa por hacer. Puesto que mi madre se estaba recuperando, tenía la obligación de ir a ver a Gostaham y Gordiyé para decirles que su acto caritativo había sido nuestra salvación. Me puse las mejores ropas de las que me había dado Nahid —la túnica púrpura con puños de piel, y un vestido rosa aún bastante limpio—, y fui a verlos.

Cuando llegué, la señora no estaba en casa. Alí Asgar me dijo que había ido a visitar a la madre de Nahid, lo que sin duda significaba que las dos familias se habían reconciliado. El criado me condujo al taller, donde Gostaham trabajaba en unos esbozos.

—¡Ven y siéntate! —dijo, y llamó a Shamsi para que nos sirviera café—. ¿Qué tal se encuentra tu madre?

—Mucho mejor —contesté—, y todo gracias a ti. Con las monedas que me diste pude comprarle carne, y eso le ha devuelto la salud. Gracias por tu ayuda.

—Da gracias a Alá, sanador de los hombres —replicó él.

Miré el papel que Gostaham tenía sobre el regazo. Su diseño era tan hermoso como un jardín florido.

—¿En qué estás trabajando? —pregunté.

—En una alfombra con cipreses.

Los árboles eran largos y esbeltos, con un leve abultamiento en el centro, como las caderas de una mujer. Alrededor de los árboles había dibujado gran profusión de guirnaldas de flores. Viendo sus dibujos, sentí el anhelo de volver a trabajar a su lado.

—*Amu* —dije—, como sabes, ahora no tengo protector, así que debo hacer todo lo posible para ganar dinero honradamente.

—Desde luego, pero ha llegado el momento de empezar a correr riesgos por tu cuenta, si bien es cierto que a ti los riesgos nunca te han arredrado.

Gostaham tenía razón. No podía evitarlo, formaba parte de mi naturaleza.

—¿Podrías ayudarme?

—Tal vez, si puedo confiar en que harás lo que te pida —contestó él con expresión cauta—. ¿Puedo confiar?

Yo sabía que él siempre me había considerado una persona excepcional, por mi talento y mi apasionada vehemencia. Jamás había visto nada igual en su mujer y sus hijas, que se contentaban con llevar una vida regalada. Sin embargo, el maestro también tenía motivos para desconfiar de mí. Respiré profundamente.

—Lo prometo, *amu*, he aprendido la lección —aseguré—. Casi pierdo a mi madre. He mendigado en el bazar y he soportado los peores insultos de desconocidos. Me he resignado a vivir humildemente. No iré en contra de tus sabios consejos, al menos en lo que concierne a las alfombras.

Gostaham dejó la mirada perdida, llena de remordimientos. Carraspeó varias veces antes de poder hablar.

—No nos portamos bien contigo —dijo finalmente.

—Ni yo con vosotros —repliqué—. Lamento mucho todos los problemas que os he causado, pues nada me ha agradado más que aprender a tu lado.

El maestro me observó como si se estuviera formando un nuevo juicio sobre mí. Me pareció que apreciaba cierto cambio en mí: ya no era una niña caprichosa, sino una mujer serena, prudente y fuerte.

—Ya es hora de reparar los agravios —declaró—. Si estás segura de que puedes seguir mis indicaciones, tengo un modo de ayudarte.

—Haré todo lo que me digas.

—Necesito tejedores. La alfombra de cipreses es un encargo particular y mis ayudantes habituales tienen demasiado trabajo. Ahora ya sabes cómo seguir un diseño para cantar los colores y supervisar a los demás. Te pagaré a ti y a dos tejedoras un salario diario por hacer esta alfombra, y además os daré la lana.

—Gracias, *amu*, por tu generosidad —dije rebotante de alegría.

—No tan deprisa —advirtió—. Hay una condición: visitaré tu taller cada semana para asegurarme de que todo se desarrolla de acuerdo con mis instrucciones.

—Por supuesto —asentí—. Te abriremos nuestras puertas. ¿Y para quién es la alfombra?

—Para un amigo de Fereidun.

—¡Ya no está enfadado! —exclamé sorprendida.

—Al parecer nos ha perdonado a todos —explicó Gostaham—, y también los padres de Nahid, que justamente han vuelto a encargarnos la alfombra hace unos días.

—Me alegro mucho —dije. Se notaba que Gostaham estaba más tranquilo ahora que tenía el dinero asegurado.

Bebimos el café. Era agradable disfrutar de nuevo de la compañía del maestro. Sin embargo, todo había cambiado, pues yo no servía ya como criada en su casa. Aunque no me encontraba bajo su protección, tampoco estaba ya bajo su dominio. Gostaham tenía razón: siempre correría riesgos. Tal vez fuera mejor no depender de nadie que me impusiera restricciones.

—*Amu* —dije—, ¿me permites enseñarte el diseño en que he estado trabajando? —Mientras mi madre y Davud estaban convalecientes, yo me había dedicado a dibujar motivos para alfombras.

Gostaham echó la cabeza atrás y prorrumpió en carcajadas.

—Eres una joven fuera de lo común —declaró—. Dentro de poco tendrás a setenta y siete tejedores trabajando para ti, no me cabe la menor duda.

Le mostré el diseño y le pedí consejo para elegir los colores. Era un sencillo dibujo de un sol radiante con un universo de flores diminutas. Esperaba que el diseño resultara atractivo para las esposas jóvenes que disfrutaban comprando artículos para su casa en el bazar. Gostaham lo examinó con detenimiento, pero vi que torcía el gesto, indicio seguro de que algo no le gustaba.

—No lo utilices —me recomendó, alzando la vista.

Me sorprendió tanto que lo miré sin decir nada.

—Si haces esta alfombra e intentas venderla, tendrás que competir con fabricantes de todo el país que utilizan el mismo motivo. Es un diseño muy respetable, pero puedes hacerlo mejor.

Pensé en el tiempo que había tardado Maleké en vender una de sus alfombras con el motivo del sol radiante, a pesar de lo bien hecha que estaba. Yo no quería pasar por lo mismo.

—Entonces ¿qué debo hacer?

—Haz otra alfombra de plumas como la que se llevó el holandés —me aconsejó Gostaham.

Me estremecí al recordar mi estúpido error, que tan caro me había costado. Su recuerdo resultaba doloroso.

—Esa alfombra demostraba que tus diseños no tienen rival —explicó Gostaham con voz amable—. Ésa es la única manera de ganar dinero de verdad en este negocio.

—Me alegro de que te gustara.

—Sigues sin comprenderlo —replicó—. Posees el raro talento de diseñar cosas

bellas y valiosas, y debes cultivarlo, en lugar de desperdiciarlo.

Sentí que me ruborizaba. Después de todo lo que había ocurrido, me resultaba difícil expresarme.

—*Amu*, ¿querrás ayudarme? —pedí con voz forzada y bajando la mirada—. No sé cómo hacerlo sola.

—Tienes razón: no sabrías hacerlo sola. Me alegro de que por fin lo hayas entendido.

—Sí —respondí con humildad.

—Entonces te ayudaré en todo lo que pueda con sumo gusto.

Animada por su entusiasmo, le pedí un adelanto sobre mi salario por la alfombra de cipreses, aprovechando que Gordiyé no estaba presente para entrometerse.

—Así podré empezar a hacer una alfombra de plumas al mismo tiempo —expliqué.

Gostaham rió de mi audacia y me entregó las monedas en el acto, para mi gran satisfacción.

Me despedí y volví a casa de Maleké canturreando por lo bajo. Seguía haciendo frío, pero sólo faltaban unas semanas para el Año Nuevo y la llegada de la primavera. A lo lejos, la cúpula amarillo limón de la mezquita privada del sah resplandecía como el sol que da la vida, infundiéndome un nuevo calor, aunque tenía piel de gallina.

Cuando llegué a casa, se lo expliqué todo a Maleké y Katayun, y ambas recibieron con júbilo la noticia de tener tres meses de trabajo pagado por delante. Maleké expresó su sorpresa al saber quién hacía el encargo.

—¿Has vuelto a ver a tu tío después de que te echara de su casa? —exclamó—. ¡Qué atrevida!

Sonreí con satisfacción. Atrevida sí, pero imprudente nunca más. Por fin había comprendido la diferencia.

Maleké prometió poner la misma cantidad de dinero que había recibido yo como anticipo para comprar la lana de la alfombra de plumas, lo cual me permitiría empezarla inmediatamente.

Por primera vez en muchos meses, la casa estaba tan alegre que nadie quería dormir. Volvimos a montar el *korsi* para calentarnos. Fuera empezaron a caer finos copos de nieve, pero entre aquellas cuatro paredes nos encontrábamos muy cómodos y calientes. Observé a los demás mientras charlábamos y saboreábamos un buen té. A pesar de que mi madre y yo no formábamos parte de la familia, Maleké y Davud se comportaban como si lo fuéramos, y aunque les obligábamos a vivir con la mayor estrechez, jamás habían expresado la menor queja. Compartían con nosotras cuanto tenían y nos ensalzaban por todo lo que les dábamos. Y entonces pensé que ellos eran nuestra auténtica familia, pues nos querían y nos habían ayudado en tiempos de penuria sin lamentarse.

—¿Os gustaría oír una historia? —preguntó mi madre de pronto.

Yo me incorporé, sorprendida. Durante meses, mi madre había permanecido tan

silenciosa como un ruiseñor en invierno. Ahora sí no me cupo duda de que se recobraría del todo.

Los niños gritaron de contento y prometieron quedarse quietos. Maleké les acarició la cabeza, e incluso Davud pareció dispuesto a mantenerse despierto durante la narración. Todos miramos a mi madre, expectantes. La vi hermosa de nuevo, con las mejillas arreboladas por el calor del *korsi*, los ojos centelleantes y la abundante cabellera gris echada hacia atrás. Inició el relato con la dulce voz que mi padre siempre había alabado, y que me devolvió como en una ensoñación a la época en que nos sentábamos a escucharla en nuestra aldea, cautivados por cada una de sus palabras.

«Primero no hubo y luego hubo. Antes de Alá, nadie hubo.

»Erase una vez una joven llamada Azadé, por naturaleza fuerte y segura de sí misma. Desde pequeña siempre había sabido qué quería: prefería las almendras a los pistachos, el arrullo de las palomas al canto del ruiseñor, su tranquila amiga Lalé a su parlanchina amiga Qomri. Incluso cuando le llegó el momento de casarse, Azadé no se comportó como las demás jóvenes, que temblaban de miedo bajo el velo. En una ocasión había visto a su marido, cuando él la había visitado antes de la boda para admirar su rojo cabello y su piel lechosa, y para tomar un ácido refresco de cerezas con los padres de ella. Cuando Azadé lo vio y le oyó hablar con voz temblorosa sobre su caballo favorito, comprendió que era un hombre sensible. Miró a su madre y cerró los ojos un momento para indicarle que daba su consentimiento.

»Azadé y su marido vivieron en armonía durante dos años, momento en que él sintió el anhelo de peregrinar a Mashhad. Ella admiraba el sentimiento religioso de su esposo, que se había hecho más profundo durante su vida conyugal, y lo animó a viajar, a pesar de que no tenían dinero para ir los dos juntos. “Ya peregrinaré en otra ocasión —le dijo generosamente—, cuando mi corazón esté preparado.”

»El marido de Azadé partió musitando su agradecimiento al Señor del universo por haberlo bendecido con semejante joya de mujer. Pidió a su hermano que durante su ausencia cuidara de ella como si se tratara de una hermana, para que no careciera de nada y no sufriera daño alguno.

»El cuñado de Azadé siempre había guardado las distancias, pero eso cambió poco después de que su hermano emprendiera el viaje. Por la mañana temprano, cuando ella se levantaba y salía de su habitación para desayunar, el cuñado le decía: “¡Voy, Azadé! ¡Tu rostro es blanco y terso como la luna que apenas se oculta ahora en las esferas exteriores del cielo!” Y por la noche exclamaba: “¡Voy, Azadé! ¡Tus cabellos resplandecen como los últimos rayos del sol que da paso a la oscura noche!” Ella sonreía cortésmente y le sugería que la luna, el sol o las estrellas indicaban que haría buen tiempo. Interiormente, deseaba de todo corazón que su cuñado se casara.

»A medida que transcurrían los meses, Azadé añoraba cada vez más a su marido, y el cuñado la deseaba a ella cada vez más. A la menor oportunidad, le rozaba la ropa o el pelo, o se acercaba demasiado cuando hablaban, de modo que ella tenía que estar

siempre apartándose. Azadé pasaba largas horas sola en su habitación, y cuando salía para comer o por otras necesidades, él siempre la estaba esperando. Un atardecer, ella salió de su habitación y notó un tirón en la túnica. Al mirar qué pasaba, lo vio agachado cerca de la puerta, en la penumbra. Antes de que acertara a decir nada, él la agarró por las piernas y la tiró al suelo. En un instante, se le había echado encima y exigía su sumisión. “De lo contrario —advirtió, y su aliento a cebolla le acarició la mejilla—, le diré a todo el mundo que andabas acosando a un soldado hasta que no pudo resistirse a la tentación, y la primera historia que oírás de tu marido será la de tu adulterio.”

»Azadé llamó a gritos a su criada, obligando al cuñado a apartarse de ella, y se apresuró a encerrarse en su habitación muy asustada. Esa noche, el cuñado se acercó a su puerta y le susurró a través de la cerradura que le daba siete días para someterse, que fueron reduciéndose a seis y cinco y cuatro, hasta que se agotó el plazo.

»El octavo día, un grupo de hombres entre los que se contaba el cuñado irrumpió en su habitación. Mientras Azadé permanecía sentada cosiendo en silencio, él le anunció que había sido declarada culpable de adulterio. El cuñado había llevado cuatro testigos ante un juez, y cada uno de ellos había jurado que la había visto cometer el adulterio, por lo que iba a ser castigada ese mismo día.

»Los hombres la llevaron al desierto y cavaron un agujero, donde la enterraron hasta la cintura. Después recogieron piedras y formaron unas pilas cerca de ella. El sol abrasaba el rostro de Azadé, que al tener los brazos fuertemente sujetos a los costados, no pudo defenderse cuando empezaron a llover piedras sobre ella. La sangre le caía sobre los ojos y pronto vio círculos de luz que parecían explosiones de estrellas. La cabeza le cayó a un lado como si se le hubiera roto el cuello. Cuando los hombres creyeron que ya no respiraba, se fueron, esperando que pronto sus huesos relucirían al sol.

»A la mañana siguiente temprano, un beduino que viajaba por el desierto pensó que la extraña criatura que había divisado debía de ser un espejismo. Al acercarse reparó en que aún se le movían los labios. El beduino desenterró a Azadé, echó su cuerpo sobre el camello y la llevó a su casa para que su mujer se ocupara de ella hasta que sus heridas sanaran.

»A pesar de que Azadé sentía una gran congoja, al cabo de unos meses había recuperado su deslumbrante belleza, con los cabellos rojos como teñidos con alheña, la piel blanca como la leche y los labios rosas como el coral. Locamente enamorado, el beduino le pidió que se convirtiera en su segunda esposa. Cuando ella le recordó gentilmente que ya tenía marido, él prometió cuidar de ella como si fuera una hermana, y cumplió su palabra.

»Pero, para la mayoría de los hombres, la belleza de Azadé pinchaba como una aguja. Uno de ellos era el criado del beduino, cuyo corazón se agitaba cada vez que la mujer se acercaba a él. Si pasaba por su lado para ir a buscar agua, él musitaba conmovedores poemas, pero ella permanecía sorda a sus hermosas palabras. Una

noche, cuando el criado no pudo soportar su rechazo por más tiempo, amenazó con cometer un crimen a menos que se entregara a él. Pero Azadé se mantuvo firme, rechazándolo por respeto a su marido. Desesperado y con el juicio nublado por la lujuria, el criado agarró una piedra y se fue junto a la única hija del beduino, una niña muy pequeña que dormía en su cuna. El criado aplastó el frágil cráneo de la criatura y ocultó la piedra ensangrentada bajo la almohada de Azadé.

»Cuando se descubrió la muerte de la niña y se halló la piedra, el beduino llamó a la hermosa mujer llorando a lágrima viva.

»—¡Voy, Azadé! —exclamó—. Yo te devolví la vida. ¿Es así como me lo pagas, con sangre y muerte?

»—Amo misericordioso, te ruego que hagas uso de tu buen juicio —contestó ella—. ¿Qué motivo podría tener yo para matar a la hija del hombre que me salvó la vida? Mira a tu alrededor: ¿quién más podría haber cometido tan malvada acción?

»El beduino sabía que su criado siempre había deseado a Azadé. Hizo todo lo posible por dominar sus emociones, comprendiendo que ella tenía razón y que jamás había hecho nada que suscitara su desconfianza.

»—Creo que eres inocente —dijo despacio—. Pero si te quedas, cada vez que mi esposa te mire, se consumirá de dolor. Ninguna mujer puede soportar que se le recuerde una pena tan grande. Lo siento mucho, pero debes marcharte.

»El beduino entregó a Azadé una bolsa llena de monedas y ella se fue sin más pertenencias que el dinero y la ropa puesta. Al no saber qué camino tomar, fue caminando hasta que llegó a un puerto. Allí encontró un barco que zarpaba rumbo a Bakú, adonde se había ido un tío suyo en busca de fortuna hacía muchos años. Azadé entregó todo su dinero al capitán, y a cambio éste le prometió llevarla hasta Bakú sana y salva. Pero pocos días después de hacerse a la vela, el capitán quedó prendado de la cabellera llameante de Azadé y de sus mejillas como rosas.

»—¡Pero soy una mujer casada! —protestó ella, cubriéndose el cuerpo y la cabeza, y deseando haber nacido tan fea como su amiga Lalé.

»La hermosa mujer huyó de las garras del capitán y rezó al Redentor de los hombres. Maravillada, observó que los cielos empezaban a oscurecerse y que un fuerte viento agitaba las aguas. Cuando las olas se hicieron tan altas como casas, incluso los más endurecidos marinos se unieron a sus plegarias. De repente se produjo un fuerte y violento crujido y el barco se partió en dos, vertiendo su contenido al mar. Una vez en el agua, una tabla le golpeó la mejilla y Azadé se encaramó a ella, con la túnica hinchándose en el agua tras de sí. Pasó horas a la deriva, sola, y aunque tenía razones para creer que moriría de hambre o de sed, se sorprendió de lo serena que se sentía, pues el cielo, el mar y las aves no parecían preocupados por su presencia.

»Al cabo de una noche y un día divisó una estrecha franja de tierra. Remando con las manos llegó hasta la orilla y se echó sobre la arena, dolorida por la fatiga. Tenía la mejilla hinchada como un melón por el golpe que le había dado la tabla salvadora.

Apenas podía abrir el ojo derecho.

»No lejos de allí, divisó el cuerpo de uno de los tripulantes, que parecía ahogado. Se arrastró hasta él y comprobó que no respiraba. Entonces se quitó la ropa mojada y se puso la del muerto, acartonada por la sal. En el bolsillo encontró un cuchillo. Lo desenvainó y examinó su afilada hoja. Se le ocurrió entonces una idea para eliminar su dolor de una vez por todas.

»Siempre había sabido lo que quería, de modo que nunca le había costado tomar las decisiones. Sin embargo, en ese momento vaciló bajo el peso de la duda. ¿Cómo podía llevar a cabo su propósito? Permaneció sentada con el cuchillo en la mano hasta el alba. La despertó el ruido de los pescadores que se preparaban para echar sus barcas al agua. Y de repente Azadé, que estaba demasiado cansada para soportar más sufrimientos, tomó su decisión.

»Se cogió un mechón de pelo y lo cortó con la afilada hoja tan cerca del cuero cabelludo como le fue posible. Luego cortó otro, y a continuación otro más. Las guedejas de cabello rojo salieron despedidas y revolotearon a su alrededor, moviéndose hacia el mar como una extraña criatura que regresara a las profundidades. Cuando terminó, el cráneo de Azadé notó el aire nocturno por primera vez, y se estremeció de placer como si la acariciaran. Se cubrió la cabeza con la gorra del marino, se alejó del cadáver a rastras y se quedó profundamente dormida.

»A media mañana, un grupo de pescadores la encontró, así como unos fardos de plata que formaban parte del cargamento del barco. Sabiendo que semejante tesoro debía ser entregado al sah, llevaron a Azadé a su palacio para que explicara lo ocurrido.

»A ella, que tenía el cuerpo magullado y cubierto de sal, el sah le pareció tan limpio como si se hallara bañado en luz. Llevaba una túnica de seda roja y su rostro resplandecía bajo un turbante con rosas bordadas y rubíes centelleantes.

»—¿Tu nombre? —exigió saber el sah.

»—Soy Amir, hijo de un capitán de mar —contestó ella, enronqueciendo la voz.

»—¡Qué apuesto joven debías de ser antes de esta tragedia! —exclamó el sah—. Tienes la cara herida y amoratada, pero Dios en su misericordia te ha conservado la vida.

»Azadé estuvo a punto de sonreír, estremeciéndose de alivio al pensar en su fealdad. Serenándose, dijo:

»—Todo el cargamento de mi padre ha ido a parar a tus costas, pero él, ¡ay!, se ha ahogado. Te ofrezco toda su mercancía a cambio de una cosa tan sólo.

»—Te concedo permiso para presentar tu petición —accedió el sah.

»—A partir de ahora, renuncio a viajar y a mercadear —dijo Azadé, convertida en Amir—. Únicamente te pido que mandes construir una torre de piedra cerca del mar, donde yo pueda vivir sin recibir visitas y donde adoraré al Que Guía a los Fieles durante el resto de mi vida.

»—Concedido —replicó el sah, y despidió a Amir sin más.

»Se dirigió a la plaza de la ciudad. Unas cuantas personas expresaron sus condolencias y le ofrecieron cataplasmas para la herida de la cara. Más tarde, un posadero le proporcionó una cama en una habitación con otros hombres, que bromearon un poco con el pretendido muchacho para mitigar su tristeza, dejando que sus miradas resbalaran sobre el rostro del desdichado sin más interés que el que habrían puesto al contemplar una mula. Cuando se tapó con las mantas, Azadé supo que dormiría apaciblemente por primera vez desde que la habían abandonado en el desierto dándola por muerta. Esa noche soñó con su torre de piedra, donde viviría libre y olvidada, sin volver a escuchar ardientes palabras de amor, sino únicamente el tranquilizador sonido del mar.

»Amir adoró a Dios en aquella torre, y su fama como hombre devoto se extendió por el país. Era tal su reputación que cuando el sah enfermó, lo designó su sucesor, pues no conocía a nadie más puro que él. Pero en lugar de aceptar, Amir reveló que era una mujer. Sobrecogido por semejante demostración de humildad, el sah le pidió que eligiera a un hombre que pudiera ser un digno gobernante.

»Por aquel entonces, también había adquirido fama de sanadora. Cada día acudían peregrinos a su torre de piedra para pedir su bendición y rogarle que los curara. Uno de ellos fue el cuñado traidor. Cuando el marido de Azadé había regresado de su peregrinaje, había encontrado a su hermano con las piernas paralizadas y se había ofrecido a llevarlo a la torre de piedra para rogar por su curación. Otro fue el criado del beduino, que misteriosamente se había quedado ciego. El beduino había prometido acompañarlo hasta la torre de piedra para visitar al sabio que moraba en ella. Los cuatro se habían encontrado por el camino y habían decidido viajar juntos.

»Naturalmente, Azadé los reconoció nada más verlos, pero iba disfrazada de hombre y ellos no supieron quién era. Cuando los enfermos pidieron que los curara, ella exigió que primero confesaran sus crímenes. “Revelad cuanto se oculta en vuestros corazones —les dijo—, pues sólo entonces podréis sanar. Si seguís ocultando algún secreto, es seguro que seguiréis tal como estáis.”

»Su cuñado, avergonzado, reveló que por lujuria había acusado falsamente a una mujer de infidelidad y había sido el causante de su muerte. El criado admitió que también él había deseado a una mujer y había aplastado el cráneo de una niña para perjudicarla porque no se sometía a sus deseos. Desvelada toda la verdad, Azadé rezó a Dios para que los liberara de sus enfermedades. Su cuñado volvió a caminar y el criado recuperó la vista. Los dos pidieron perdón por sus crímenes y Azadé se lo concedió.

»Entonces se dio a conocer a su marido, y todo el amor que les había sido negado durante tanto tiempo fluyó de nuevo como un río. Azadé designó a su marido como sah y convirtió al beduino en su visir, y la justicia reinó por siempre jamás en aquel país.»

Los niños y Davud se habían quedado dormidos. Maleké dio las gracias a mi madre por la historia y se acurrucó junto a su marido. Sólo nosotras dos quedamos

despiertas.

—¡Menuda historia! —dije—. Azadé debía de tener un corazón tan grande como el de la bendita Fatemé, para perdonar a quienes tanto la habían agraviado.

—Era lo correcto —señaló mi madre cariñosamente, sosteniéndome la mirada.

Viendo aquellos ojos llenos de amor, comprendí de repente lo que quería decir. Mi madre me había perdonado, a pesar de los sufrimientos que le había causado. Guardamos silencio durante un rato, y por primera vez desde que abandonamos la casa de Gordiyé y Gostaham, sentí que mi corazón estaba en paz.

Nos acercamos más la una a la otra para hablar tranquilamente sin despertar a los demás. Cuando el *korsi* se apagó, colocamos una lámpara de aceite entre las dos y nos envolvimos en unas mantas. El viento ululaba en el exterior y la nieve se convirtió en una lluvia helada. Al caerme una gota en la túnica azul, me desplacé un poco para evitar la gotera. A pesar del frío, estuvimos despiertas charlando sobre las experiencias vividas: el cometa maligno, la muerte prematura de mi padre, la peculiar familia de Gostaham y la maravilla que era Isfahán. Al principio sólo intervenía mi madre, pero luego empecé a hablar yo. Las palabras brotaban de mis labios y me sentía como ante el templo de un santo, susurrando la verdad de mi corazón en sus oídos.

Mi madre me escuchó con atención, igual que yo había escuchado sus historias en tantas ocasiones. A veces lo que decía parecía sorprenderla, pero su mirada era cariñosa, y yo me sentía como si me estuviera convirtiendo en una mujer ante sus ojos. No terminé hasta que oímos el canto de un gallo que anunciaba el despuntar del día.

—Hija mía —dijo ella—, tu corazón es ahora tan puro como una cornalina, pues has contado la verdad.

Apagó la lámpara de aceite de un soplido, se arrebujó bajo las mantas y cerró los ojos. Bostezando, cansada y dichosa, ocupé mi lugar a su lado. Cuando su respiración se hizo regular, pensé en el cometa y en las predicciones de Haj Alí, y en lo mucho que me habían afectado. ¿Existía alguna razón por la que debiera vivir para siempre bajo la influencia de una desafortunada profecía, ahora que había pasado ya el año del cometa? También Azadé parecía hallarse bajo tan maligna influencia, pues su suerte se había evaporado, aunque luego había regresado para brillar aún más que antes. Sus sufrimientos no habían sido en vano, pues su corazón había aprendido a perdonar a quienes habían sido injustos con ella.

No sabía lo que me depararía el futuro, pero sí que lucharía por conseguir una buena vida, igual que Azadé. Pensé en mi padre, y su amor me recorrió como un río. Cuando empezaba a quedarme dormida, alcancé a oír su último consejo: «Deposita tu fe en Alá, pero no olvides atar la pata del camello.»

El invierno tocaba a su fin. El tiempo era más suave, con lloviznas que salpicaban los primeros días cálidos del año. A medida que se acercaba el Año Nuevo, nos fuimos preparando para recibirlo. Maleké, mi madre y yo limpiamos nuestra pequeña habitación, barrimos el patio, lavamos las ropas de cama y quitamos el polvo a nuestras escasas pertenencias. Después frotamos con brío las raídas ropas y nuestros propios cuerpos, para entrar limpias y esperanzadas en la primavera.

Celebramos el primer día del Año Nuevo con un magnífico guiso de pollo y verduras, y llevamos a Salman y Shavali a jugar cerca del río. Los niños hundieron los pies en el agua, locos de deleite, pues hacía mucho tiempo que no podían disfrutar sin preocuparse por nada. Cuando terminaron de jugar, nos fuimos a una casa de té que había bajo el puente de los Treinta y Tres Arcos y tomamos té caliente y dulces de dátiles. El río parecía bailar junto a nuestros pies, salpicándonos de vez en cuando de refrescantes gotas. Era la primera vez que todos, incluso Davud, nos sentíamos lo bastante bien para salir juntos como una familia.

Al día siguiente, a pesar de que todo Isfahán iniciaba unos festejos de quince días, Maleké, Katayun y yo empezamos a trabajar en la alfombra de cipreses para Gostaham. Resultaba difícil avanzar en el patio, con tantos niños rodeándonos y tantas idas y venidas de los vecinos, sobre todo en aquella época de festejos, pero pusimos todo nuestro empeño en el trabajo, conscientes de que lo más importante de todo era hacer una alfombra que impresionara a Gostaham.

Poco después del final de los festejos, el maestro realizó su primera visita de inspección. Cuando llegó, vestido principescamente con una larga casaca de seda añil sobre una túnica azafrán y un turbante púrpura, abandoné mi puesto tras el telar para recibirlo. Maleké y Katayun le dieron las gracias por ser nuestro benefactor, mientras mantenían los ojos respetuosamente fijos en el telar.

Gostaham paseó una incrédula mirada por el patio. Un niño sucio y mocososo se apretaba contra la puerta de su casa, sobrecogido de temor por la presencia de Gostaham, mientras una niña harapienta corría en busca de sus padres. Ya había empezado a hacer calor y el lugar desprendía el rancio olor a pies que rezumaban los zapatos que se dejaban a la puerta de las casas. Mi madre rogó a Gostaham que se sentara y aceptará una taza de té, pero cuando el olor llegó a su nariz, él apenas pudo disimular la repugnancia y dijo que no podía quedarse. Tampoco tocó el té que se colocó a su alcance, junto con un viejo pero codiciado caramelo de azafrán que atraía a un pequeño enjambre de moscas.

Gostaham examinó la alfombra por ambos lados para comprobar que los nudos estuvieran bien apretados y que el diseño siguiera con exactitud sus indicaciones, y manifestó su satisfacción con las pocas hileras de nudos que habíamos completado. Luego alegó que tenía asuntos urgentes que atender y se marchó. Yo salí corriendo detrás de él y le di las gracias por la visita.

—Queda con Dios, hija mía —se despidió él, como si la ayuda divina fuera lo único que pudiera salvarme. El maestro subió al caballo que lo aguardaba en la calle. Antes de alejarse, añadió con cierto tono de admiración—: *Mash Alá!* No habrá terremotos, plagas o sufrimientos que te impidan jamás hacer alfombras para deleite de los ojos.

Regresé al telar con paso ligero. Maleké y Katayun me miraron expectantes, y yo las cubrí de elogios y les aseguré que nuestro patrón estaba satisfecho con el trabajo. Aliviada tras haber aprobado aquel primer examen, canté los colores como un ruiseñor hasta que llegó la hora del almuerzo.

Después de comer, los demás se ocuparon de las tareas domésticas, mientras yo me dedicaba a la nueva alfombra de plumas. Esta vez era más fácil, pues conocía bien el diseño y había elegido los colores basándome en las críticas de Gostaham a mi primer intento, en un esfuerzo por que el motivo pareciera aún más delicado. El trabajo me resultaba muy placentero. Mis dedos parecían volar sobre los nudos, como pájaros rozando la superficie de un río, y la alfombra fluía bajo mis dedos como el agua.

En el patio hacía calor y a menudo tenía que enjugarme la frente. De vez en cuando, mi madre me traía agua con esencia de rosas para refrescarme. Yo estaba tan absorta en mi trabajo que ni siquiera me fijaba en los niños del patio y en los rebuznos de los burros que pasaban por la calle. Era como si yo misma viviera en la superficie de la alfombra, rodeada por sus serenos colores y sus imágenes de paz eterna. Perdida en su belleza, llegué a olvidar la miseria que me rodeaba. Al caer la noche, mi madre tuvo que arrancarme del telar y recordarme que debía cenar, descansar las manos y estirar las piernas.

Mi madre recitó:

*Mi amor tiene el talle fino como un ciprés.
Y cuando sopla el viento, mi amor
no se quiebra ni se dobla.*

Habían transcurrido unos meses y habíamos acabado la alfombra de cipreses para Gostaham. La extendimos en el suelo del patio y la rodeamos para admirarla tal como la vería su futuro dueño.

—¡Es igual que los jardines que nos esperan, si Dios quiere! —proclamó Davud—. Su propietario sentirá un gran sosiego cuando descansa su cuerpo sobre este tesoro.

Salman y Shavali estaban tan emocionados que empezaron a corretear sobre la alfombra hasta que por fin chocaron entre sí y cayeron en un enredo de piernas y brazos.

—¡Es como estar en el parque! —declaró Shavali, y en verdad, tumbado de espaldas con los brazos y piernas abiertos, parecía descansar en el corazón mismo de un jardín.

Aquel barullo infantil me hizo reír, igual que a los demás, y cuando crucé la mirada con mi madre, Katayun y Maleké, mi corazón se llenó de dicha por haber terminado nuestro primer proyecto. Juntas habíamos trabajado bien, con la sensación de estar construyendo un futuro que nos beneficiaría a todos. Y durante todo ese tiempo no nos habíamos quebrado ni doblado, como los cipreses.

Gostaham envió a uno de sus hombres por la alfombra, y unos días más tarde fui a verlo. Quería saber si le habíamos entregado exactamente lo que había pedido y cuál era su valoración de nuestro trabajo. Me alegré al oír que al cliente le había gustado tanto que había encargado otra del mismo tamaño para tener dos iguales adornando su Gran Sala. Gostaham le había advertido que habría sido más barato hacer las dos simultáneamente, pues yo podría haber cantado los colores para dos grupos de tejedoras. Pese a ello, acepté el encargo de buena gana.

Gostaham me preguntó qué tal me iba con la alfombra de plumas, y le dije que trabajaba en ella todas las tardes.

—Procura terminarla pronto —me aconsejó—, pues se acerca la visita que realizan las mujeres del harén al Gran Bazar dos veces al año.

No dije nada, pero una llama de esperanza empezó a arder en mi corazón.

—Si la terminas a tiempo, te daré permiso para que la pongas a la venta en mi tienda.

Le di las gracias cuarenta veces y volví a casa casi corriendo para seguir trabajando. Estaba tan impaciente que no oía las advertencias de mi madre, sino que empezaba a tejer cada mañana, en cuanto despuntaba el alba, y no paraba hasta que estaba demasiado oscuro para ver. Cuando el plazo se me acababa, seguía trabajando hasta muy entrada la noche a la luz de una lámpara.

Terminé los flecos justo un día antes de la visita del harén, y después de rasar la alfombra, vi que Gostaham tenía razón en la elección de los colores: con apenas unas pequeñas variaciones de tono había conseguido una alfombra superior a la primera. Todos los elementos encajaban, como los ingredientes de un estofado, y la pieza era un placer tanto para la vista como para el ánimo.

A la mañana siguiente temprano, Salman y Shavali me ayudaron a llevar mi obra hasta la Imagen del Mundo. Eran aún muy pequeños y no les estaba prohibido ver a las mujeres del harén, como a los hombres. No obstante, para protegerlos, los envié a casa antes de entrar en la plaza, y yo misma transporté la alfombra enrollada hasta la tienda de Gostaham. Su hija mayor, Mehrbanu, había tenido que dejar a su familia para atender el negocio. Me saludó con un frío beso en cada mejilla.

—Va a ser un día muy largo —se lamentó—. Ojalá pudiera estar en cualquier otra parte.

Vestía una túnica de un naranja intenso, sin duda teñida con azafrán. En las manos

llevaba un árbol de la vida dibujado con alheña, en perfecto estado, lo que demostraba la vida tan ociosa que llevaba. Tuve que reprimir las palabras que acudieron a mis labios.

—No te preocupes. Yo te ayudaré —me ofrecí, lo más cortésmente que pude.

Mehrbanu no necesitó oír más para recostarse sobre un amplio y cómodo cojín cilíndrico, dejando escapar un suspiro de extenuación. Me indicó entonces que cambiara de sitio unas cuantas piezas.

Me incliné y fingí que trataba de moverlas, aunque era evidente que no podría hacerlo sola. Tiré de ellas, resoplando, hasta que Mehrbanu se avergonzó de su indolencia y se levantó para ayudarme, aunque aportó escasa fuerza.

Las damas del harén del sah Abbas empezaron a recorrer el bazar y entrar en las tiendas. Colgué mi alfombra de plumas de una de las paredes de la tienda y esperé. Al poco rato, Yamilé, que era tan hermosa como la recordaba, pasó por delante de nuestra tienda sin siquiera echarle un vistazo.

—¡Ésa es la favorita del sah! —exclamé.

Mehrbanu rió de mi ignorancia.

—Ya no —puntualizó—. Ahora es Mariam. La reconocerás por el color de su pelo.

Cuando Mariam entró en nuestra tienda un poco más tarde, me di cuenta de que era la misma mujer que había visto tiempo atrás, con los cabellos llameantes como el amanecer, pero sin la expresión perdida y asustada de antaño. Ahora iba con su séquito, hablaba farsi con tanta fluidez como su lengua circasiana y parecía llevar la voz cantante entre sus compañeras del harén. Después de saludarnos, examinó las alfombras de Gostaham hasta que llegó a la mía.

—¡Fíjate en esto! —exclamó, atraída por mi obra como por un imán. Después de observarla un buen rato, declaró con nostalgia que las plumas le recordaban los pájaros de su tierra natal.

No le dije que yo la había diseñado y tejido. Pensé que si veía mis dedos callosos o se fijaba en mis ojos cansados y enrojecidos —si comprendía el tremendo trabajo que había exigido—, su belleza quedaría empañada para siempre. Sería mejor que imaginara que la había hecho una joven despreocupada que recogía flores para los tintes al pie de las colinas, antes de sentarse tranquilamente a hacer unos cuantos nudos entre sorbos de zumo de granada.

Yo sabía bien el esfuerzo que en realidad costaba: me dolía la espalda, tenía las piernas agarrotadas y hacía un mes que apenas dormía. Pensé en todo el sufrimiento que se ocultaba tras una alfombra, empezando por los materiales. Inmensos campos de flores debían ser sacrificados para obtener los tintes; inocentes gusanos se hervían vivos para obtener su seda... ¿Y las tejedoras? ¿Teníamos que sacrificarnos también?

Había oído historias sobre mujeres que habían quedado deformes tras haber pasado largas horas sentadas ante al telar, de modo que, cuando trataban de parir, sus huesos formaban una prisión que impedía salir a sus hijos. En tales casos, madre e

hijo morían tras muchas horas de agonía. Incluso las tejedoras más jóvenes padecían de la espalda, tenían las piernas torcidas, los dedos cansados y los ojos exhaustos. Todo nuestro trabajo se ponía al servicio de la belleza, pero a veces parecía como si cada hilo estuviera empapado de la sangre de las flores.

Ésas eran las cosas que Mariam nunca sabría. Le expliqué tímidamente que esa pieza la distinguiría ante todos los demás, igual que su espesa melena roja. Le aseguré que cualquier hombre que supiera apreciar una buena alfombra, como sabía que las apreciaba el sah Abbas, se deleitaría grandemente y sentiría un gran orgullo ante un diseño como aquél, que no tenía parangón.

Mariam replicó que deseaba una igual, pero el doble de larga, para adaptarse a una de sus habitaciones. Cuando me preguntó por el precio, le respondí con voz dulce y férrea determinación. No pensaba volver a regalar ninguna de mis obras. Yo, mejor que nadie, sabía el valor de cada nudo.

Mariam no pestañeó al oír el elevado precio, y tras un breve regateo llegamos a un acuerdo. Su eunuco lo puso por escrito, incluyendo un primer pago que me permitiría comprar la lana. Estaba tan contenta cuando se fueron, que sentí deseos de bailar por la tienda, pues al fin había logrado lo que quería: vender una alfombra diseñada por mí y según mis condiciones.

El día terminó con una sorpresa aún mayor. Justo después de que los guardias anunciaran el cierre del bazar, apareció Yamilé en nuestra tienda. Llegó sola y se comportó como si deseara mantener en secreto su visita. Aunque aún era hermosa, las pequeñas arrugas alrededor de los ojos indicaban que no estaba ya en la flor de la juventud. En lugar del desparpajo y la seguridad en sí misma que había mostrado en su visita de unos años atrás, percibí cierto hastío y amargura, pues su estrella había empezado a declinar a los ojos de la única persona que realmente importaba.

Sin echar un solo vistazo al resto de la mercancía, preguntó si teníamos una alfombra con la liviandad de las plumas. A Mehrbanu y a mí nos sorprendió que la conociera. Cuando se la señalé, Yamilé fingió examinarla y luego la menospreció, asegurando que había de ser barata por fuerza, pero vi el brillo de la codicia en sus ojos y comprendí que no se marcharía sin ella.

—Es un raro tesoro: sólo se ha encargado otra como ésta —aseguré, y al ver que su rostro se ensombrecía, deduje que sus espías la habían informado sobre la compra de Mariam.

Mi precio inicial fue muy elevado, pero dejé la puerta abierta a un posible descuento. A Yamilé no le gustó: hizo mohines, protestó, y finalmente suplicó, pero en vano. Todos los mercaderes de alfombras aprenden a distinguir el deseo en la mirada de sus clientes y a atrapar a quienes lo ponen de manifiesto. Yamilé no podía esperar una ganga, y se arrepentía de haber desnudado su corazón.

Para consolarla, pedí permiso a Mehrbanu para ofrecerle una funda de cojín de regalo. Y ella accedió, consciente de que sería beneficioso para futuros negocios. Creo que además se sentía vengada, pues estaba al corriente de lo que había ocurrido

años atrás, cuando Yamilé había conseguido engatusar a Gordiyé para conseguir un espectacular descuento por las fundas de unos cojines, y Gostaham había tenido que diseñarlas y hacerlas perdiendo dinero.

Yamilé llamó a un eunuco para que pusiera el acuerdo por escrito. Más tarde yo reclamaría el pago a uno de los administradores del sah, pues las mujeres no llevaban dinero alguno encima. Yamilé se fue con la codiciada presa, triunfante a pesar de la cantidad que había pagado por ella. Yo sabía que le proporcionaría una inmensa satisfacción ser la primera en mostrar su tesoro al sah, sabiendo que la alfombra de Mariam le parecería vieja cuando le fuera entregada.

Cuando llegué a casa, mi madre me sirvió una taza de té caliente y toda la familia se apiñó junto a mí para que les hablara de los acontecimientos del día, del aspecto de las mujeres del harén, de sus regateos y de cómo había conseguido yo sacar el mejor partido. Para celebrar nuestro éxito, mi madre preparó huevos con dátiles y los sirvió con pan fresco. Mientras comíamos, empezamos a hablar sobre el modo de llevar a cabo todo el trabajo que nos esperaba, pues teníamos dos encargos que cumplir.

—Sería mejor que hiciéramos las dos alfombras a la vez para aumentar nuestros ingresos —propuse.

—Cierto —dijo Maleké—, pero los vecinos están molestos con nosotros por ocupar tanto espacio en el patio, más del que nos corresponde.

—¡Ojalá pudiéramos tener nuestra propia casa! —exclamó mi madre, y todos asentimos.

Se inició así una discusión sobre la cantidad de dinero que íbamos a recibir en los meses siguientes. Tras hacer los cálculos, Davud declaró que sería posible alquilar una vivienda más grande y prometió indagar el precio.

Tardó sólo una semana en encontrar una casa que la mayoría de la gente no quería, porque las habitaciones eran muy pequeñas. Después de regatear, consiguió una rebaja en el alquiler tras ofrecerse a hacerle los zapatos al dueño de la casa y a arreglarle cualquier artículo de piel que lo necesitara, pues antes de caer enfermo había sido zapatero remendón. Calculamos que nuestros ingresos serían exiguos, pero convinimos en que no nos quedaba más remedio que mudarnos si queríamos tener dos telares trabajando a la vez, tratando de mejorar nuestra fortuna.

A final de mes nos mudamos a nuestro nuevo hogar. Era una humilde edificación de adobe con dos habitaciones pequeñas a ambos lados de un gran patio, y con un minúsculo y oscuro cuarto que servía como cocina. Para mí era como un palacio, pues mi madre y yo volvíamos a tener una habitación propia. La primera noche, cuando Davud, Maleké y sus hijos se metieron en su habitación, tuve el patio para mí sola. Me senté allí mientras los demás dormían, con una taza de té caliente, para disfrutar de la agradable sensación de estar sola pero rodeada de buenas personas.

En el patio había espacio suficiente para dos telares. Davud se ocupó de

instalarlos y ponerles las cuerdas, mientras Maleké y yo buscábamos nuevas tejedoras. Encontramos a cinco mujeres que necesitaban el dinero, y les pedimos que fueran a trabajar un día de prueba. Una de ellas era demasiado lenta y otra hacía los nudos demasiado flojos, pero nos satisfizo el trabajo de las otras tres.

Antes de empezar, enseñé a Maleké a cantar los colores. Ella supervisaba a Katayun y a una de las tejedoras, que hacían la alfombra de cipreses para el cliente de Gostaham, pues ya conocía el diseño, mientras yo me encargaba de las otras dos tejedoras, que trabajaban en la alfombra grande de plumas para Mariam. Por la mañana, el único sonido que se oía en nuestro patio era el fluir de los colores, que yo cantaba en un extremo, mientras Maleké lo hacía en el otro. Mi madre cocinaba para todas, y el aroma de sus guisos nos impulsaba a trabajar con más ahínco, aguardando con impaciencia el almuerzo.

Una mañana, mi madre dijo que estaba preparando uno de mis platos favoritos, pollo con nueces y granada, y yo recordé el día que Gordiyé me había obligado a moler las nueces.

—Pondré trocitos crujientes —añadió, como si me leyera el pensamiento—, porque así es como nos gusta a nosotras.

Se metió en la cocina y la oí cantar una canción popular que hablaba de la visita del dulce ruiseñor de la suerte. Eso me recordó los días felices en nuestra aldea.

Cuando mi madre sirvió el guiso, interrumpimos nuestro trabajo y comimos juntas en el patio. Yo disfrutaba observando las dos alfombras. Me encantaba ver que los trozos de lana teñida se iban transformando en jardines de inolvidable belleza.

Mi madre me preguntó por qué sonreía y yo contesté que porque me gustaba mucho su comida, pero era más que eso. En la aldea jamás había imaginado que una mujer como yo —sola, huérfana y pobre— pudiera considerarse bendecida. El mío no era el destino feliz de la esposa con un marido y siete hermosos hijos, como había predicho la historia de mi madre. Sin embargo, al respirar el aroma del pollo con granada y nueces, al oír las risas de las demás mujeres y al contemplar la belleza de las alfombras, el gozo que sentía era tan inmenso como el desierto que habíamos atravesado para emprender una nueva vida en Isfahán.

Trabajamos sin descanso durante meses para completar los encargos de Gostaham y Mariam. Maleké colaboró con nosotras hasta que su vientre fue demasiado abultado para sentarse ante el telar, pues estaba embarazada de su tercer hijo.

Davud entregó la segunda alfombra de cipreses en casa de Gostaham, pero cuando se ofreció a llevar también la de Mariam, tuve una idea mejor. Siendo un hombre, tendría que esperar a las puertas del harén mientras la clienta examinaba la alfombra e indicaba a través de un sirviente si era de su gusto. Como mujer, yo no estaba sometida a tales restricciones y podía entregarle la alfombra a ella en persona.

Así pues, Davud cargó con la alfombra hasta el palacio del sah en la Imagen del

Mundo y al llegar a la entrada la dejó junto a mí. Me acerqué a uno de los guardias y le comuniqué que debía entregar un encargo a una dama del harén. Y le mostré el documento redactado por el eunuco para confirmar el pedido.

El guardia me condujo a un lateral del palacio y me dejó al cuidado de un alto eunuco negro. Tras desenrollar la alfombra para demostrar que no ocultaba nada en ella, seguí al eunuco a través de una serie de puertas custodiadas por sendos guardias. Cuando por fin llegué a la última puerta, me encontré directamente en la parte posterior del palacio, en una zona prohibida donde se hallaban las viviendas de las esposas. Mariam vivía en una de las mejores, un edificio de seis lados conocido como los Seis Cielos.

Esperé en un patio, junto a una fuente. Un alto muro de ladrillos sin puertas rodeaba los edificios del harén; sólo se podía entrar y salir por las puertas que me había mostrado el eunuco.

Después de beber varias tazas de té y de comer medio melón jugoso, fui recibida por Mariam. En lo alto de las escaleras que conducían a sus aposentos, una criada recogió mi chador y yo me alisé el pelo y mis sencillas ropas de algodón. Un eunuco viejo y calvo me siguió cargando la alfombra. Mariam estaba tranquilamente recostada en los cojines de color plata y turquesa que decoraban la habitación. La atendía una mujer de grandes y perspicaces ojos, de la que después supe que hacía de médico del harén y que era respetada por sus grandes conocimientos.

El eunuco desenrolló la pieza a los pies de la favorita, cuya túnica azul oscuro daba a sus cabellos el aspecto de un sol llameante. Le dije que esperaba que mi obra fuera de su agrado, aunque jamás podría equipararse con su belleza. Ella se levantó para observarla de cerca.

—Es más hermosa de lo que había imaginado —declaró.

—Me honra ponerme a tu servicio —dije.

Mariam ordenó al eunuco que retirara la alfombra vieja y colocara la mía en el lugar de honor. Los colores combinaron perfectamente con los que ella había elegido para el resto de la habitación.

Tras admirarla una vez más, Mariam preguntó:

—¿Por qué has venido a entregarla tú misma en lugar de enviar a un hombre de tu tienda?

—Quería asegurarme de que el resultado correspondía a tus deseos —contesté, e hice una pausa.

Ella comprendió que no era la única razón y me miró con curiosidad.

—Espero que no te moleste —añadí—, pero me sentiría muy honrada si me dijeras lo que piensas de ella, pues la he diseñado yo misma.

—¿La has diseñado tú? —preguntó Mariam, asombrada.

—Yo misma hice el dibujo —asentí.

Por su expresión comprendí que no me creía, de modo que le pregunté si podía pedir papel, una pluma de junco y un atril. Cuando el eunuco calvo me lo trajo todo,

me senté junto a Mariam con las piernas cruzadas y dibujé uno de los motivos. Después dejé que mi pluma trazara otras figuras habituales en los tapices, como rosas, cedros, onagros y ruiseñores.

—¿Podrías enseñarme? —preguntó Mariam.

Entonces fui yo la sorprendida.

—Por supuesto —respondí—, pero, como concubina del sah, ¿para qué necesitas trabajar?

—No lo necesito, pero me gustaría aprender a dibujar. Es que me aburro mucho.

Su sinceridad me encantó. Sin duda, había de ser difícil hallar entretenimientos en el harén.

—Será un honor —acepté—. Vendré a verte siempre que me lo pidas.

Una criada sirvió café en tazas de pura plata, decoradas con escenas de leyendas, como la historia de Layli y Majnún. Jamás había visto piezas tan valiosas, ni siquiera en casa de Fereidun, y me maravilló su tamaño y su peso. Todo ello llegó acompañado de bandejas de plata con pilas de fruta y dulces, incluyendo mis galletas favoritas de garbanzos, además de *sharbat* de cerezas enfriado con hielo, que yo veía por primera vez en una bebida. Mariam me explicó que los servidores del sah cortaban bloques de hielo en los meses de invierno y los guardaban en los sótanos para que se conservaran durante la época de calor.

Después de comer y beber, Mariam me pidió que examinara otra alfombra que había comprado en el bazar, y yo alabé su sencillo motivo geométrico, que parecía procedente del nordeste.

—Mi madre hacía alfombras como ésta cuando yo era niña, en el Cáucaso —dijo Mariam, y entonces comprendí por qué deseaba aprender a dibujar.

—Si quieres, podemos estudiar los motivos de tu región —propuse, y ella contestó que nada la complacería más. Entonces me levanté para marcharme.

—Pronto enviaré a buscarte —dijo ella, besándome cordialmente en las mejillas.

El eunuco calvo me condujo hasta el administrador del harén, que a cambio de la alfombra me entregó una gran bolsa de monedas, la más grande que jamás había tenido en mis manos. Era casi de noche cuando salía por las puertas que daban a la Imagen del Mundo.

Cuando los dos gruesos portones de madera se cerraron a mis espaldas, pensé en los suntuosos ropajes de Mariam, en la suavidad de sus manos, en el resplandor de sus rubíes, en la perfección de su rostro y en sus cabellos rojos y sus perfilados labios rojos, tan encantadores. Sin embargo, no la envidiaba. Cada golpe sordo de esas puertas me recordó que yo era libre de moverme a mi antojo, mientras que ella no podía salir de allí sin que el sah lo aprobara y rodeada siempre por un numeroso séquito. No podía cruzar el puente de los Treinta y Tres Arcos para admirar la vista, ni dejar que una lluvia nocturna la empapara. No podía cometer los errores que había cometido yo para luego volver a intentarlo con más ahínco. Estaba condenada a vivir una vida de lujo en la más inmaculada de las prisiones.

Todas las semanas, Mariam me llamaba y yo le daba clases de dibujo. Nos hicimos amigas y me convertí en una curiosidad del harén. Las demás mujeres me invitaban a menudo a examinar sus alfombras para que les diera mi opinión. Era libre de mezclarme entre ellas, facilidad de la que no disfrutaba ningún hombre, salvo el sah, y a las mujeres les complacía la novedad de mis visitas.

Gostaham me felicitó por mi trabajo en el harén. Él no había podido lograr una clientela fiel entre las mujeres, y me animó a aprovechar la ventaja de poder visitarlas. Incluso pagó a un sastre para que me hiciera una elegante túnica de seda naranja, con un fajín turquesa y babuchas a juego, a fin de ofrecer un aspecto más próspero cuando acudiera al harén.

A medida que iba conociendo a las damas que allí vivían, empecé a recibir encargos de alfombras y fundas de cojín, no sólo de ellas, sino también de sus familiares y amigos que vivían en la ciudad. Su apetito por los objetos hermosos era insaciable y el trabajo era tanto que nos vimos obligadas a contratar más tejedoras. Al poco tiempo, Maleké y mi madre tuvieron que encargarse de supervisar las labores, pues yo me encontraba a menudo en el harén o preparando delicados diseños para el deleite de las damas.

Un día, me sorprendí al recibir un encargo de una conocida de Mariam, quien envió a una de sus criadas con una carta en la que solicitaba una alfombra de plumas. Estaba escrita en un estilo muy sencillo para que yo pudiera leerla. Enseguida me di cuenta de que era de Nahid. Aunque no mencionaba ningún detalle personal sobre su vida o nuestra amistad, comprendí que con aquel gesto trataba de reconciliarse conmigo de la mejor forma que sabía. Tras reconocer el sacrificio que había hecho yo al renunciar al *sigué* con su marido (y el mío), había decidido ayudarme en mi nueva vida.

Sé que la mayoría de las personas jamás entenderán por qué cambié una vida de opulencia ocasional con Fereidun por el duro trabajo que tenía ahora. Yo misma no habría podido explicarlo en ese momento, pero en el fondo de mi corazón estaba convencida de que renunciar al *sigué* era lo correcto, pues con mis alfombras aspiraba a algo más elevado. No podía contentarme con un *sigué* secreto, ni fingir que estaba limpia por fuera cuando en realidad me sentía sucia por dentro. Gordiyé se habría sorprendido al descubrir que las lecciones de Gostaham habían contribuido a que yo tomara esa decisión, pues él me había enseñado esto: de igual manera que entramos en una mezquita y su alta cúpula eleva nuestro espíritu hacia cuestiones más importantes, una magnífica alfombra pretende hacer lo mismo bajo nuestros pies. Una alfombra así nos acerca a la magnificencia del infinito, velado pero siempre cercano, más incluso que el latido de nuestra propia sangre. El sol radiante que explota en el centro de una alfombra expresa ese resplandor sin límites. Flores y árboles evocan los placeres del paraíso, y siempre hay un punto en el centro del tapiz que sosiega el ánimo. Una única flor de loto blanca flota en un estanque turquesa, y

ahí está, en sus más nimios detalles: una apelación a lo mejor que cada uno tiene en su interior, invitándonos a sumarnos al gozo de la unión. Las alfombras no sólo representaban las complejidades de la naturaleza y el color, o el dominio del espacio, sino que también constituían una muestra del diseño del infinito. Cada motivo contenía la obra del Tejedor del Mundo, completa y entera, y cada nudo de la existencia diaria contenía la mía.

Jamás inscribiré mi nombre en un tapiz, a diferencia de los maestros del taller de alfombras real, a quienes se honra así por su arte. Jamás aprenderé a tejer el ojo de un hombre con tanta precisión que parezca real, ni trazaré diseños con capas de motivos tan intrincados que dejarían perplejos a los más grandes matemáticos. Pero he producido mis propias obras, que la gente atesorará durante años. Cuando se sienten en una de mis obras, con las caderas tocando el suelo, la espalda erguida y la coronilla apuntando hacia el cielo, se sentirán sosegados, reconfortados, transformados. Mi corazón llegará a conmover el suyo y seremos una sola cosa, incluso cuando me haya convertido en polvo y aunque nunca lleguen a conocer mi nombre.

Unos meses más tarde, Maleké dio a luz a su tercer hijo, una niña a la que Davud y ella impusieron el nombre de Elahai: diosa.

La primera vez que la cogí en brazos me sentí embriagada por su dulce olor infantil, sus negros cabellos pegados a la cabeza, sus cejas diminutas y suaves como plumas, y sus pies tan suaves como el terciopelo. La estreché contra mi pecho, y pensé en que me gustaría enseñarle todo lo que sabía.

Pero entonces experimenté un torrente de sensaciones que no esperaba, y tuve que devolver la niña a su madre para ocultar mis emociones. Había cumplido ya diecinueve años y seguía sin tener marido ni hijos. Desde que abandonara la casa de Gostaham había estado demasiado ocupada con mis proyectos para pensar en nada más. Pero ahora que veía a Elahai todos los días, empezaba a preguntarme si aún existía esperanza para mí, y si mi futuro iba a consistir en ser una respetada diseñadora de alfombras pero también una mujer amargada.

Una tarde, cuando volvía a casa desde el harén, pasé por delante del *hammam* donde tantas veces me había bañado con Nahid y pensé en lo mucho que echaba de menos a Homa. Al abandonar la casa de Gostaham, mi madre y yo ya no podíamos pagar la moneda para entrar, y habíamos tenido que contentarnos con lavarnos en un cubo cuando Davud se ausentaba. Pero ahora tenía plata de sobra para pagar la entrada, así que decidí hacerlo.

Había transcurrido más de un año desde mi última visita. Homa seguía trabajando allí, como esperaba, y me reconoció enseguida.

—¡Qué vacío dejaste! —exclamó—. ¡Cuánto he pensado en ti preguntándome por tu suerte! Ven, hija mía, y cuéntamelo todo.

Los cabellos que rodeaban su moreno rostro estaban completamente blancos, tan resplandecientes como la luna en el oscuro cielo. Se hizo cargo de mis ropas y me condujo a las zonas de baño privadas, donde indicó que me sentara antes de empezar a echarme cubos de agua caliente.

Sus ojos parecían llenos de tristeza.

—Hija mía, siempre que pensaba en ti temía que hubieras corrido la peor de las suertes, que hubieras acabado en la calle.

—No del todo —dije—, pero hemos pasado por momentos muy difíciles.

Le hablé entonces de todo lo que habíamos tenido que soportar, y mis palabras fluyeron con facilidad mientras ella me frotaba los músculos para relajarlos.

Le conté después lo mucho que había mejorado nuestra vida desde que tejía alfombras con la familia de Maleké, y que últimamente nos llovían los encargos de las mujeres del harén.

—Estamos pensando en comprar una casa para todos —añadí—, y ahora podemos permitirnos comodidades para los niños y para nosotros.

Yo misma acababa de comprarme un par de babuchas de seda naranja, cuya punta se curvaba grácilmente hacia arriba como el pitorro de una tetera. Eran las primeras que podía permitirme en mucho tiempo y me encantaba contemplarlas.

Homa abrió los ojos con asombro.

—¡De modo que tu suerte ha cambiado por fin! —exclamó—. *Azizam*, te lo mereces.

Cogió un *kissé* y empezó a frotarme las piernas, y yo observé cómo eliminaba la piel muerta. Cuando me hizo agachar la cabeza para frotarme la espalda, dejé que brazos y piernas se relajaran, pues me sentía segura entre sus manos.

—¿Y qué me dices de la familia con la que vivís?

Describí lo bien que les iba a los niños ahora que disponían de comida suficiente, y lo amable que era Davud con mi madre, pues estaba convencido de que sus remedios de hierbas lo habían curado. Le conté que Maleké y él acababan de tener una hija, y al mencionar su nombre me sorprendí de que unas lágrimas me resbalaran por las mejillas.

Homa cogió un paño suave y me secó la cara con gentileza.

—*Aj, aj!* —murmuró en tono comprensivo—. Ahora ya estás preparada para tener hijos. —Me hizo dar la vuelta y me frotó desde el tobillo hasta la axila—. Ya no eres joven, pero aún tienes tiempo para parir —señaló.

—Pero ¿y el *sigué*?

—No hay motivo alguno para que no puedas contraer un matrimonio normal, ahora que tienes dinero para la dote —replicó—. ¿Recuerdas lo que te dije? La primera boda es para los padres de la chica. La segunda es para ella misma.

De nuevo tuve que darme la vuelta y me frotó el otro costado.

Mientras me frotaba las manos y los dedos callosos, pensé en los casamientos de las jóvenes que había conocido.

Mariam era la que disfrutaba de más alta posición, como concubina del mismísimo sah, pero sólo lo veía cuando a él le interesaba, y siempre habría de temer ser suplantada por una nueva favorita.

A Nahid la habían obligado a casarse con un hombre al que aborrecía, y debía contentarse soñando con lo que podría haber sido su vida con Iskandar, al que seguramente no volvería a ver nunca más. Su historia era igual que la de Golnar y su amado rosál.

Mi amiga de la aldea, Goli, era el tesoro de su marido, pero en su presencia siempre se mostraba dócil; él era mucho mayor y ahora yo veía con claridad que ella lo obedecía como si fuera una niña.

Yo no me parecía a ninguna, pues tenía mis alfombras y una familia de adopción en la que pensar. Aunque me casara, eran mi deber y mi deseo seguir trabajando con la familia de Maleké y desarrollar aún más mi arte. Cada mes transcurrido confirmaba que mi trabajo podía equipararse al de cualquier diseñador. También ofrecía la novedad de tratarse de la obra de una mujer, y gozaba de gran popularidad entre las damas del harén. No pensaba renunciar a ello jamás, aunque mi marido fuera tan rico como el sah.

Sin embargo, mi camino no era el que había esperado cuando vivía en la aldea y escuchaba las historias de mi madre.

—Durante toda mi vida —dije a Homa—, las historias que oía contar terminaban con un matrimonio entre un príncipe rico y generoso y una joven hermosa y atribulada a la que rescataba para que se incorporara a su vida.

Homa sonrió.

—Así son las historias —asintió, echándome agua caliente por la cabeza—, pero en la realidad no siempre ocurre así. —Hundió los dedos en mi pelo para frotar el cuero cabelludo—. Recuerda, ya no pasas necesidad. Ahora has adquirido valor por ti misma, mayor aún que cuando eras virgen. No hay razón para que no tences tu propia historia.

Cuando terminó de lavarme el pelo, volvió a echarme cubos de agua por encima hasta dejarme la piel reluciente. Luego me envió a la pila de agua más caliente y yo cavilé en lo que me había dicho. Homa tenía razón: ahora que era mayor, estaba soltera y disponía de dinero, podía elegir por mí misma. No tenía de qué preocuparme, pues era mucho lo que podía ofrecer a un pretendiente. Pero jamás volvería a aceptar a un hombre como Fereidun, aunque fuera rico, pues en mí sólo vería un reflejo de su propio placer.

Yo ansiaba algo mejor, y eso me llevó a pensar en mis padres. Cuando mi madre había estado a punto de morir por la enfermedad, me había hablado del desinteresado amor de su esposo. Por ella, había sacrificado los más hondos deseos de su corazón, no una, sino dos veces. Primero, había resuelto soportar una vida sin hijos, en lugar de atormentar a mi madre tomando una segunda esposa. Luego, al nacer yo, se había conformado con no tener jamás un hijo varón. Mi padre era como la humilde piedra

que sufrió tanto y derramó tanta sangre que finalmente se transformó en rubí. Tal era la brillante joya que yo andaba buscando.

Después del baño, me tumbé sobre un blando cojín en un cubículo privado. Homa me llevó agua fresca para beber y pepinos dulces para que los probara, y luego me dejó sola. No me dormí, pero una compleja historia empezó a hilvanarse en mi cabeza. No sé de dónde procedía, pues jamás la había oído hasta entonces; tal vez fuera de mi propia invención. Sin embargo, me gustó enseguida, pues parecía hablar del hombre-león que yo andaba buscando y que sería el amor de mi vida. Si Dios quería, algún día nuestra historia se escribiría con la tinta más brillante hasta llegar a la última página.

—¡Homa! —llamé—. ¡Tengo algo que contarte!

Homa acudió con los ojos brillantes como estrellas y los blancos cabellos tan resplandecientes como la luna. Se sentó a mi lado y se inclinó hacia mí para escuchar. Esto fue lo que le dije:

«Primero no hubo y luego hubo. Antes de Alá, nadie hubo.

»Erase una vez el visir de un sah viejo y cascarrabias. Cuando éste le exigió que le entregara a su única hija como esposa, el visir se negó. El sah mandó que lo ejecutaran por desobedecerle y dijo a la joven que sólo le concedería la libertad si tejía una alfombra que sobrepasara en belleza a cuantas él tenía.

»Encerraron a la joven en una habitación con una ventana diminuta que daba a los jardines del sah, donde las concubinas daban paseos, bebían té y comían dulces pastas de sésamo. Durante el día, la joven las veía reír y divertirse mientras ella permanecía sentada frente a un viejo telar y una tosca pila de lana marrón.

»Era tan honda su soledad, que cada mañana dejaba trozos de pan para los pájaros. Un día, un pájaro con una orgullosa cresta en la cabeza y largas plumas blancas entró en su celda desde una ventana cercana al techo. Se posó cerca del pan, comió un par de migas y se alejó volando.

»Regresó al día siguiente y comió un poco más. Desde entonces, acudió cada mañana para comer de la mano de la joven. Era su única compañía, y siempre que se sentía especialmente triste, el pájaro se posaba sobre su hombro y le cantaba.

»—¡Ay, *joda!* —se lamentó ella un día, invocando la clemencia divina—. ¡Esta lana es tan tosca y huele tan mal que jamás conseguiré tejer con ella una alfombra digna de un sah!

»El pájaro dejó de cantar como si la hubiera entendido y se esfumó de repente. En su lugar apareció una oveja de blanca y esponjosa lana. La joven alargó la mano para tocarla, sin dar crédito a sus ojos, y descubrió que el pelaje del vientre era de una delicadeza inimaginable. Esquiló a la oveja y el pelo volvió a crecer de inmediato. El animal soportó pacientemente que la joven la esquilara una y otra vez, y cuando por fin hubo suficiente lana, volvió a convertirse en pájaro y salió volando.

»La joven hiló la lana y empezó a utilizarla para la alfombra, que se volvió tan suave como el terciopelo. A la mañana siguiente, el pájaro regresó, se posó sobre su

hombro y cantó dulcemente mientras ella seguía haciendo nudos. Pero al cabo de unos días de tejer, la joven volvió a lamentarse.

»—¡Ay, *joda!* —exclamó con un suspiro—. Esta alfombra parece un sudario, pues no tengo hilos de ningún color. ¿Cómo haré así una alfombra digna de un sah?

»El pájaro calló y desapareció. En su lugar, un cuenco vacío se llenó de repente de brillantes flores rojas. Cuando la joven frotó una sobre la palma de la mano, dejó una huella roja como la sangre. La joven puso una flor en un jarrón con agua. Las demás las trituró y las puso a hervir para convertirlas en tinte. La lana blanca que sumergió brevemente en el tinte se volvió naranja, mientras que la que dejó durante más tiempo en el agua se volvió escarlata. Entonces usó la lana anaranjada y escarlata para seguir tejiendo su alfombra.

»El pájaro volvió a la mañana siguiente y le cantó su canción, pero su hermosa voz sonaba débil y parecía costarle mantener erguida la orgullosa cabeza.

»—Mi querido pájaro, ¿te sacrificaste por mí ayer? —preguntó la joven.

»El ave se estremeció y no pudo seguir cantando, pues estaba demasiado cansada. La joven lo alimentó con más pan y le acarició las largas plumas blancas.

»La alfombra era ahora muy hermosa, como los jardines que la joven veía desde su ventana. Tras terminar los bordes, empezó a tejer un motivo de arcos otoñales poblados de pájaros cantores. El intenso tono rojo de las hojas con matices naranjas ofrecía un delicioso contraste con los troncos marrones. Sin embargo, la joven sabía que la alfombra aún no era digna de un sah.

»—¡Ay, *joda!* —volvió a suspirar—. ¿Cómo puedo hacer una alfombra que deslumbré al sah? ¡Necesitaría hilo de oro para iluminar sus ancianos ojos!

»El pájaro se hallaba posado sobre su hombro, como de costumbre. De repente, empezó a agitar las alas y una pequeña pluma cayó al suelo. Luego empezó a temblar con tanta violencia que la joven temió por su vida.

»—¡No! —gritó—. ¡Prefiero tenerte a ti que tejer una alfombra digna de un sah!

»Pero la habitación se llenó de una luz cegadora cuando el corazón palpitante del pájaro se convirtió en oro macizo, más precioso que cualquier joya que poseyera un sah. La joven se quedó maravillada, pues su resplandor iluminaba la celda como el sol.

»A la mañana siguiente, la joven esparció las migas de pan y esperó al pájaro, pero éste no regresó. Tampoco volvió al día siguiente, ni al otro, ni en los largos meses invernales. La joven lo lloraba todos los días. Para honrar su sacrificio, fundió el corazón de oro, sumergió la lana blanca en su sangre licuada y utilizó el hilo de oro para seguir tejiendo la alfombra.

»Cuando terminó, pidió a sus guardias que le permitieran mostrar su obra al sah. La llevaron entonces ante el monarca y desplegaron la alfombra a sus pies. Los hilos dorados parecieron llenar de luz la fría sala. El sah se puso una mano detrás de la oreja y luego la sacudió con incredulidad, pues le pareció oír los dorados pájaros de la alfombra cantando las excelencias del amor.

»—¿Qué clase de hechicería es ésta? —preguntó.

»La joven le habló del pájaro que la había acompañado durante tantos días. El sah le ordenó que demostrara su historia y la joven le mostró la única pluma blanca que había caído al suelo, pues la había atado con un hilo y la llevaba colgada al cuello desde entonces.

»El sah mandó llamar a una anciana marchita conocida por sus poderes mágicos y le ordenó que deshiciera cualquier hechizo impío que hubiera en su real presencia. La mujer cogió la pluma y masculló unos conjuros que terminaron con: “¡Por el poder de Dios, te libero de tu hechizo!”

»La pluma tembló tanto que la anciana no pudo seguir sujetándola, y se transformó en un hombre alto de mejillas aterciopeladas, labios como tulipanes, ojos oscuros como la noche y cabellos de un negro azulado como los jacintos.

»—¡Sin duda no puede haber nada más extraño que esto, ni siquiera una alfombra que canta! —exclamó el sah—. ¿Quién te hechizó?

»—Un malvado demonio —contestó el joven—. Mis padres lo habían ahuyentado y él los castigó lanzándome un hechizo. Para atormentarme más aún, me dio el poder de transformarme en cualquier cosa, menos en mí mismo.

»—¿Y qué tienes tú que ver con esta joven?

»La voz del hombre expresó toda su emoción.

»—Al ver su inocencia esclavizada, mi corazón se prendó del suyo —contestó—, pues también yo estaba prisionero.

»El sah no se dejó conmovir.

»—A partir de ahora eres de mi propiedad —manifestó secamente. Y añadió, dirigiéndose a la joven—: Y ahora tú y yo nos casaremos.

»La joven se puso en pie de un salto.

»—Por el Dios de los cielos —exclamó—, ¿acaso no prometiste liberarme si tejía una alfombra que superara cuantas posees?

»—Sí, lo hice —admitió él.

»—¿Y puedes jurar que tienes alguna mejor que ésta?

»El sah señaló al visir que había reemplazado al padre de la joven.

»—Tráeme mis mejores alfombras —le ordenó.

»El visir se apresuró a cumplir la orden, y cuando desplegó los tres tapices en el suelo, la joven los examinó uno por uno.

»—Mi dibujo es mejor que el de la primera —señaló—. Mi alfombra tiene muchos más nudos por ray que la segunda. ¡Y ninguna de las tres cantan a los ojos, los oídos y el corazón como la mía!

»El sah guardó silencio, pues no hallaba modo de rebatir aquellas palabras.

»—No obstante —se apresuró a añadir la joven—, aceptaré convertirme en tu esposa con una condición: que liberes a este hombre de la esclavitud, pues él ha sacrificado su vida por mí.

»El sah parecía a punto de aceptar, pero la anciana marchita se adelantó:

»—Gran sah, te ruego que seas clemente. Concede la libertad a estos esclavos, pues al sacrificarse el uno por el otro se han convertido en leyenda.

»—Es cierto que jamás había visto tales maravillas en un solo día —exclamó el monarca—. Sin embargo, ¿por qué habría de liberarlos?

»—Porque serán recordados para siempre —proclamó la mujer con voz autoritaria—, y tu munificencia será alabada a lo largo de los siglos.

»El sah, que se preocupaba mucho por su reputación, siempre estaba dispuesto a mejorarla.

»—Te concedo la libertad —dijo a la joven—, pues has cumplido lo que te había pedido. Tu alfombra es mejor que cuantas yo poseo. —Y añadió dirigiéndose al hombre—: Te la entrego a ti pues tú sacrificaste la vida por ella.

»Y mandó celebrar unos esponsales que duraron tres días y tres noches, y los jóvenes se casaron sobre la alfombra que habían tejido juntos. Los pájaros dorados del tapiz cantaron para ellos mientras la joven daba su consentimiento, pues había encontrado al león de su corazón. Después, los dos antiguos esclavos cuidaron el uno del otro con amor y alegría hasta el final de sus días.»

Agradecimientos

Esta obra no existiría sin la constante ayuda de mi padre, Ahmad Amirrezvani, y la de su esposa, Firoozeh Firoozfar Amirrezvani. Durante los tres viajes que realicé a Irán para llevar a cabo las investigaciones destinadas a este libro, ellos me acompañaron por todo el país para visitar los emplazamientos históricos y los museos, me aguardaron mientras yo tomaba notas y husmeaba por todas partes, y contestaron a mis inagotables preguntas. Les doy las gracias por toda su paciencia y amor.

También quisiera agradecer la labor de mis fieles lectores, Janis Cooke Newman, Rosie Ruley Atkins, Bonnie Wach y Steph Paynes, así como la de mi vieja amiga, la narradora Ruth Halpern, quien me iluminó sobre el arte de contar historias.

Me siento en gran deuda con la novelista Sandra Scofield, a quien conocí en la Comunidad de Escritores de Squaw Valley. Sandra, maestra por vocación, supo ofrecerme comprensión, estímulo y útiles consejos en todo momento.

El hecho de escribir una novela no sólo representa un esfuerzo para la autora, sino también para cuantos la rodean. Quisiera dar las gracias a Ed Grant por su constante amor y ayuda.

Mi más sincero reconocimiento al eficiente equipo de Little, Brown, sobre todo a mi correctora Judy Clain y a mi editor Michael Pietsch, y a sus igualmente competentes colegas de Headline Review, en particular a mi correctora Marión Donaldson y a la subdirectora ejecutiva Kerr MacRae.

Mi más especial agradecimiento a mi agente, Emma Sweeney, por su constante tutela y amables sugerencias.

Finalmente, quisiera dar las gracias a todos los investigadores que han dedicado su vida al estudio de Irán. Sin su extraordinaria contribución, este libro nunca podría haber sido escrito.

Nota de la autora

Durante los nueve años que duró la redacción de *El rojo de las flores*, me he sentido como Alí Baba, el personaje de *Las muy una noches*, a quien le bastaba pronunciar las palabras mágicas «¡Ábrete sésamo!» para descubrir una cueva llena de oro y piedras preciosas. En mi caso, las riquezas se manifestaban en forma de libros sobre la historia y la cultura del Irán premoderno que, al igual que aquéllas, permanecían escondidos en los polvorientos estantes de recónditas bibliotecas. Dedicué muchas horas al estudio de estos tesoros, y cuanto más leía, más me fascinaban.

En mis investigaciones me adentré en el reinado del sah Abbas (1571-1629), un período histórico sin parangón tanto por los terribles desastres que acaecieron como por las increíbles hazañas que suscitó. Cuando el sah alcanzó el poder a los diecisiete años, Irán había sufrido un baño de sangre debido a las luchas de poder, durante las cuales muchos miembros de la corte safaví fueron mutilados o asesinados, y se perdieron las vidas de innumerables soldados así como grandes extensiones de territorio. El sah Abbas fue capaz de trazar un camino en medio de semejante caos. A lo largo de sus cuarenta y un años de reinado demostró ser un espléndido administrador, pese a que su concepto de la justicia se consideraría excesivamente severo según los criterios actuales. Por su valor, ingenio y contribuciones a la vida cultural iraní, ha pasado a la posteridad como Abbas el Grande.

He ambientado *El rojo de las flores* en la década de 1620, momento en que el monarca había conseguido establecer las fronteras de Irán, derrotar a sus enemigos políticos dentro del país y crear un clima favorable al desarrollo de las artes, entre ellas especialmente la confección de alfombras. En Europa, la realeza, los nobles y los más ricos comerciantes apreciaban en gran medida estas obras, que merecieron la atención de pintores como Velázquez, Rubens y Van Dyck. Siempre atento a las oportunidades, el sah estableció en todo el país talleres como el que se describe en esta novela. Según el investigador Roger M. Savory, «bajo sus auspicios la confección de alfombras se convirtió en todo un arte», de tal manera que estas piezas ya no fueron la obra de un único tejedor que trabajaba solo en su telar, sino el resultado de la técnica de especialistas instruidos en las ciudades para producir verdaderas obras maestras para el disfrute de la corte. Hasta nuestros días han llegado excepcionales muestras de alfombras iraníes de los siglos XVI y XVII, conservadas en museos o colecciones privadas, y muchos especialistas coinciden en que las del período safaví (1501-1722) se cuentan entre las más hermosas jamás confeccionadas.

Cuando el sah llegó al poder, la capital del país era Qazvin, situada al noroeste del territorio. En 1598, Abbas el Grande trasladó la capitalidad a Isfahán —ciudad mucho más fácil de defender debido a su estratégica situación en el centro de sus dominios—, donde llevó a cabo una de las más excepcionales renovaciones en la historia del urbanismo. A lo largo de tres décadas y con el concurso de sus arquitectos

y urbanistas, el sah erigió una ciudad que aún hoy sigue conservando su magnificencia. La enorme plaza conocida como Imagen del Mundo, cuyo nombre se debe a sus extraordinarias dimensiones, superaba en tamaño a la mayoría de las plazas de las ciudades europeas de la época. El palacio del sah, su mezquita privada, el Gran Bazar y la imponente Gran Mezquita que se describen en la novela son maravillas que aún se conservan, así como las porterías de mármol que se usaban en los partidos de polo que el sah se complacía en contemplar desde la balconada de su palacio. Thomas Herbert, un joven que visitó Irán de 1627 a 1629 con el embajador inglés *sir* Dodmore Cotton, la describió como «sin duda el mercado más espacioso, ameno y aromático del universo». Al igual que Herbert y tantos otros viajeros, caí bajo el hechizo de Isfahán cuando visité la ciudad por primera vez a los catorce años. La antigua capital causó en mí tan profunda impresión que cuatro décadas más tarde se reveló como el único lugar que podía concebir para ambientar mi novela. Aunque los principales personajes de *El rojo de las flores* son ficticios, he procurado mantenerme fiel a los acontecimientos que habían de determinar sus vidas y su mentalidad. Por ejemplo, el cometa que se describe en el primer capítulo, así como algunas de las desgracias que se asociaron a su paso, fueron registrados —no sin consternación— por Eskandar Beg Monshi, historiador oficial del sah Abbas y autor de una crónica de mil trescientas páginas sobre los principales hechos de su reino (yo me basé en las *Persian Heritage Series*, traducidas por Roger M. Savory). No obstante, me he tomado la libertad de incluir en mi relato sucesos que no ocurrieron exactamente en ese período.

Cada gran momento histórico se merece un gran escritor de libros de viajes, y el Irán del siglo xvii lo halló en Jean Chardin, un joyero francés. Chardin viajó a Irán en la década de 1670 y escribió diez detallados volúmenes sobre sus experiencias. Pocos cronistas resultan tan minuciosos en sus informes y al mismo tiempo ofrecen una lectura tan apasionante. En mi caso, las observaciones de Chardin constituyeron una importante fuente de información sobre las tradiciones y costumbres durante el período safaví, máxime al observar algunas de sus perspicaces notas sobre intrigantes temas contradictorios. He aquí algunos ejemplos: «Los musulmanes tienen prohibido el consumo de vino y bebidas alcohólicas, pese a lo cual son pocos los que no consumen algún tipo de licor», y también: «En Persia existen dos costumbres opuestas: por un lado se reza constantemente a Dios y se alude a Sus atributos, por el otro se profieren las peores maldiciones y se recurre a la palabra soez» (de *Travels in Persia: 1673-1677*).

En sus viajes, Chardin consiguió un almanaque de Isfahán y tomó nota de las profecías que se registraban en él, a partir de las cuales yo elaboré las que aparecen en el primer capítulo. La predicción sobre el comportamiento de las mujeres es una cita literal de *Voyages du chevalier Chardin en Perse, et autres lieux de l'Orient*.

Muchos viajeros han quedado cautivados por las alfombras persas, que han formado parte de mi vida desde que mi padre me regaló mi primer tapiz siendo yo

una adolescente. Los diseños, colores, métodos de tintura y técnicas de nudo que aparecen en este libro son, en general, iraníes. Aunque he consultado numerosos manuales sobre el tema, las dos principales fuentes de información han sido *The Traditional Crafts of Persia*, de Hans E. Wulff, y *Ties That Bind: A Social History of the Iranian Carpet*, de Leonard M. Helfgott. Muchas publicaciones han abordado el tema de la espiritualidad que expresan las alfombras orientales, como el catálogo de la exposición *Images of Paradise in Islamic Art*, a cargo de Sheila S. Blair y Jonathan M. Bloom, y ensayos como «Symbolic Meanings in Oriental Rug Patterns», de Schuyler V. R. Cammann. Por otra parte, la obra de Nader Ardalan y Laleh Bakhtiar *The Sense of Unity. The Sufi Tradition in Persian Architecture (El sentido de la unidad: la tradición sufí en la arquitectura persa)* ofrece una aproximación a las construcciones.

Varios lectores han expresado su curiosidad sobre la incidencia del contrato matrimonial temporal que se describe en esta novela, conocido como *sigue*. Este ancestral tipo de matrimonio forma parte de la cultura iraní y aún hoy lo practican tanto hombres como mujeres. Mi principal fuente de información ha sido el estudio de Shahla Haeri *Law of Desire: Temporary Marriage in Shi'i Irán*. Este tratado presenta entrevistas a personas que lo contraen en la actualidad y realiza un análisis pormenorizado de esta compleja e insólita institución.

Durante el proceso de documentación también me acerqué a la extensa tradición oral iraní, debido a su gran proyección en la época pre-moderna. Muchos viajeros han señalado que los campesinos iraníes, pese a su analfabetismo, eran capaces de recitar extensos poemas; aún en la actualidad existe un juego en el que los contendientes se retan a recordar poemas y demuestran sus conocimientos recitándolos. Además de estas composiciones poéticas, la tradición oral se compone de un extenso corpus de cuentos, fábulas, leyendas, discursos e historias morales que versan sobre el crecimiento espiritual.

La inclusión de unos cuentos dentro de otros, esto es, la estructura por capas, era una práctica común en Oriente Próximo, tal como se observa, por ejemplo, en *Las mil y una noches*. En este sentido, debo una gran contribución a Nizami, poeta persa del siglo XII, cuya obra *Haft Paykar (Las siete princesas)*, narración en verso sobre las proezas del sah, incluye siete reflexivos cuentos acerca del amor. En mi opinión, la estructura por capas de esta composición guarda un gran paralelismo con los diseños de las alfombras iraníes, al crear un tejido de infinita riqueza y profundidad.

Cinco de los siete cuentos intercalados en mi novela son versiones de historias de la tradición islámica o iraní. Cuando lo he considerado necesario, he llevado a cabo una adaptación libre de las narraciones. El inicio de estos cuentos, la fórmula «Primero no hubo y luego hubo. Antes de Alá, nadie hubo», es una traducción aproximada de la expresión iraní equivalente a «Erase una vez».

La historia que se narra al final del segundo capítulo aparece en la obra de Henri Massé, *Persian Beliefs an Customs*. La fuente original de Massé fue el libro de

cuentos iraníes *Tchehardeh efsane ez efsaneha-ye roustayi-e Iran*, compilado en la región iraní de Kerman y publicado en 1936 por Kouhi Kermani.

Las historias del final de los capítulos 3 y 4 fueron escritas en verso por Nizami, autor antes mencionado. La narración que sigue al tercer capítulo está basado en partes del cuento de Layla y Majnún, que ya existía mucho antes de que el poeta lo versionara y lo hiciera suyo. Mi fuente principal ha sido *The Story of Layla and Majnun* (*La historia de Layla y Majnún*), traducido al inglés por el doctor Rudolf Gelpke en colaboración con E. Mattin y G. Hill, aunque tomé el nombre iraní de Layli. La narración sobre la esclava Fitna al final del capítulo 4 aparece en *Haft Paykar*, de Nizami; yo me basé en la traducción de Julie Scout Meisami, cuyas extensas notas facilitan la lectura de esta maravillosa obra.

El relato del final del capítulo 5 es una adaptación de un cuento tradicional islámico, y el del capítulo 6 está basado en el inicio de *Illahi-Nama* (*Libro de Dios*), del poeta Farid al Din Attar, en la traducción de John Andrew Boyle. Attar, cuya extensa vida abarcó el siglo XII, tal vez sea más conocido por el público como autor de la famosa parábola sufí en verso El lenguaje de los pájaros.

Los cuentos que aparecen al final de los capítulos 1 y 7 son de mi propia pluma. El uso del lenguaje, el argumento y los rasgos de los personajes tanto de estas narraciones breves como del cuerpo de la novela están hondamente influidos por la tradición narrativa iraní. Otra de mis fuentes de inspiración ha sido la obra de la eminente especialista Annemarie Schimmel, *A Two-Colored Brocade: The Imagery of Persian Poetry*.

El título procede del poema «Ode to a Garden Carpet», incluido en el monumental volumen *Survey of Persian Art*, de Arthur Upham Pope y Phyllis Ackerman. Se trata de una enciclopedia de cuatro mil trescientas páginas, una auténtica obra de amor, publicada en 1939 por Oxford University Press, que me ha servido como referencia para múltiples cuestiones, desde monedas hasta alfombras. El poema se registra como «obra de un poeta sufí desconocido, *circa* 1500», y alude a la alfombra como un jardín que ofrece refugio y estimula la visión de la divinidad.

El nombre de la narradora se ha omitido deliberadamente a lo largo de la novela, como tributo a todos los artesanos anónimos de Irán.



ANITA AMIRREZVANI nació en Teherán el 13 de Noviembre de 1961 y se educó en Estados Unidos.

Estudió en el Vassar College y se graduó en Literatura Inglesa en la Universidad de California en Berkeley. Trabajó varios años como crítica de arte y como publicista. *El rojo de las flores*, su primera novela, se ha traducido a catorce idiomas.